

Juanita Gallardo Ramírez

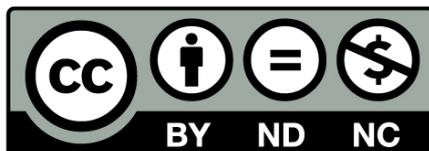
Vivir enfrentando las flechas

Relatos de vida de la EAO-UTE-USACH



Colección Huella Cultural
Vicerrectoría de Vinculación con el Medio
Universidad de Santiago de Chile





Gallardo Ramírez, Juanita

Vivir enfrentando las flechas, relatos de vida de la EAO-UTE-USACH

Colección Huella Cultural ViME - Usach

Registro de Propiedad Intelectual: 243.810

ISBN: 978-956-9651-00-7

Motivo de cubierta: Mural "Doscientos años de la ingeniería chilena" de Roberto Geisse.

Mural en Estación de Metro Estación Central.

Cortesía de Metro S.A.

Diagramación: Daniel Rodríguez Yáñez - Departamento de Comunicaciones - ViME

Fotografía: Marco Avilés Valencia - Departamento de Comunicaciones - ViME

Colección Huella Cultural

Ediciones de la Corporación Cultural Universidad de Santiago de Chile

Vivir enfrentando flechas

Relatos de vida de la
EAO-UTE-USACH

Juanita Gallardo Ramírez

Estos son recuerdos imborrables que deberían formar parte del patrimonio de cada miembro de la USACH. Este recuento no es la expresión de un logro personal mío. Acaso fui tan solo un catalizador. En esta casa cristalizó un trabajo de hombres libres que en forma comunitaria decidieron regir su propio destino, creando para la patria la cultura de su independencia. Así floreció entre estos muros la expresión más plena de los valores humanos.

Enrique Kirberg

Extracto del discurso “La Universidad y los valores humanos” pronunciado por el ex rector Enrique Kirberg Baltiansky con ocasión de la ceremonia en la cual le fue otorgado el grado de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Santiago de Chile, 30 de agosto de 1991.

Índice

Índice	7
Prólogo: Sergio González Rodríguez	9
Introducción	15
Guacolda Antoine Lazzerini	21
Inés Erazo Corona	35
Humberto Guzmán Rubio	55
Mimi Larrañaga Prichard	75
Hugo Omar Inostroza Sáez	87
Erasmus Antonio Díaz Guerra	105
José Ramírez Allende	119
Mario Navarro Cortés	131
Ricardo Núñez Muñoz	165
Luis Cruz Salas	181
Robinson Jara Canales	197
M. Angélica Muñoz Espíndola y Erica Osorio Araya	215

Prólogo

Historias como flechas plenas de futuro

La Universidad de Santiago de Chile es hija de sus propios pulsos e impulsos. Su historia está anclada en sus antecesoras: la Universidad Técnica del Estado y la Escuela de Artes y Oficios. Ambas con todos sus afluentes localizados a lo largo del territorio nacional. Motores de los esfuerzos de modernización del país y de la intención industrializadora en pleno siglo XX. Un derrotero transversal en nuestro devenir de vida republicana del país. Así, nuestra historia forma parte de la piel de la nación.

Es interesante constatar que no existe una versión oficializada de la historia institucional, cosificada en dispositivos unilaterales, no obstante, persisten en la tradición oral imágenes, trazos, hitos que, en lo sustancial, han sido delineados de manera concordante y que permiten referir una representación colectiva de lo que esta Universidad es y significa para sí misma y para el país.

Las instituciones se nutren del quehacer de quienes representan el sentido común de sus integrantes en cada etapa, en cada momento significativo. De este modo, se instala en las organizaciones la intersubjetividad que las comunidades consensuan y negocian activamente como agentes interpretativos de su propio pasado y presente. Esta construcción es un proceso colectivo catalizado -sobre todo- por quienes lograron ampliarlo, ensanchándolo de contenidos relevantes, dando forma y sustancia al proyecto que reproduce a la organización. Actores que condensan los latidos e impulsos del colectivo. De allí que es necesario atender a la historia subjetiva de quienes a través de sus acciones, decisiones, omisiones y devenires alimentan la narración viva de una institución

con identidad permanente y plural. De allí la mirada integradora de esta identidad subsumida en los trece relatos de vida aquí recopilados y que conforman, sin proponérselo, un discurso al que es posible adherir. El tono intersubjetivo alcanzado en los relatos trasunta una mirada compartida y aglutinadora más allá de la riqueza de las diferencias.

Al parecer, no resulta acertado hacer una distinción tajante entre la objetividad de las tareas instrumentales, de las funciones cotidianas en el cumplimiento de funciones y metas de las organizaciones y, por otra parte, de las vidas, las percepciones, los planes, los anhelos de las personas que conforman y reproducen las instituciones con su quehacer cotidiano. Ambas perspectivas complementan la identidad organizacional. Los roles de estudiantes, académicos, funcionarios, militantes políticos no darían suficiente cuenta de la riqueza de sentidos que las resonancias de estas disposiciones estructurales aportan en la vida de cada persona.

Instituciones con una trayectoria decisiva y fructífera como la de nuestra Universidad cuentan con antecedentes historiográficos de alto impacto. No obstante, es necesario reforzar la sistematización de una/s narrativa/s que se constituyan en lugares de encuentro, en puntos de reconocimiento para una comunidad viva y siempre en ebullición. Nuestra Universidad se está constituyendo, además, en su relato, en lo que ella se cuenta y *encuenta* sobre su pasado, su presente y las proyecciones para diseñar su futuro. Se trata del reconocerse en una biografía colectiva que refuerza la trasmisión oral de trazos simbólicos que permiten reforzar la pertenencia. Nuestro afecto a la institución se ve fortalecido por esta plaza pública imaginada, plena de referencias de lo que fuimos y lo que queremos ser, incorporando los pliegues que nos definen de manera singular y plural, a la vez.

Las identidades de las personas y de las organizaciones las podemos entender y analizar como discursos, de este modo constituimos una integralidad de las entidades. En palabras de Ricoeur: “El frágil vástago, fruto de la unión de la

historia y de la ficción, es la asignación a un individuo o a una comunidad de una identidad específica que podemos llamar su identidad narrativa”. En consecuencia, esta perspectiva nos permite comprender el hilo conductor del acontecer, vislumbrar el sentido en medio de las prácticas y los hechos dispersos. Esto supone actos de significado con intencionalidad, acciones de interpretación y reconstrucción del sí mismo organizacional.

Las tramas de las narraciones aportan denominadores comunes, una suerte de *habitus* (Bordieu), un hogar de significados que refuerzan la pertenencia y la cohesión, que se extrapolan de los valores y los objetivos trascendentes de la Universidad. Un espacio donde todos cabemos y tenemos un lugar con nuestros anhelos en una conversación abierta. El conjunto del relato institucional permite traspasar las fronteras de nosotros mismos para proyectarnos en este imaginario colectivo que trasunta un sello de identidad propio.

El trabajo realizado por Juanita Gallardo en la escritura del libro ha implicado un trabajo de orfebrería para dar forma a este primer mosaico en que se reconstruye parte de los rastros del acontecer institucional. La tarea es el rescate de nuestra historia común que nutre la memoria institucional. Los relatos de vida de las personas aquí reunidas nos hablan, además, de las vicisitudes de la Universidad y del país. Son textos en contextos precisos. Las realidades, conversaciones, interrupciones y flagelos por los que el país ha atravesado están entrelazados con los hechos cotidianos y las experiencias personales.

La historia de nuestra institución no es sólo el devenir de hitos administrativos y fundacionales sino que también está conformada por el acontecer, por la cotidianeidad, por las épicas personales, por los hilos colectivos que las personas entretejieron. Una historia vivida aquí revelada como ejercicios de memoria activa.

Entendemos esta colección de relatos de vida -del cual

el presente volumen es una primera entrega- como una contribución a la historia social y cultural de la Universidad y del país. Hemos enmarcado esta línea de trabajo en las indagaciones propias de los esfuerzos por contribuir a la huella cultural de la institución¹.

Este trabajo de Juanita Gallardo, en su doble condición de escritora y de socióloga, con una escucha activa y la mirada esclarecedora, ha aportado a la lucidez de los relatos experienciales aquí sistematizados, y a la claridad del lugar desde donde se habla. Así, continuando con Ricouer “La identidad de la historia forja la del personaje”. Una corriente alterna que refuerza nuestra constatación del sello de la Universidad de Santiago de Chile.

Estos retazos de vida han debido recomponerse y re-encontrarse en este cuerpo único, el presente libro, para esclarecer parte importante del devenir de esta Universidad. A la vez, los fragmentos de los relatos aquí urdidos aportan un cristal original y armónicamente diseñado por la autora.

Este cristal, cual espejo de Borges, seguirá reflejándonos en una historia que está lanzada al futuro como las flechas con que nos connotó Roberto Matta. Flechas cargadas de certezas que seguirán dando en el blanco con la convicción que ellas forman parte de nuestros desafíos y compromisos.

Dr. Sergio González Rodríguez.

¹Esta indagación está en consonancia con uno de los lineamientos estratégicos en el Ámbito de Vinculación con el Medio del Plan Estratégico Institucional que reconoce el desarrollo del Estudio de Sello, Marca y Huella Cultural Universidad de Santiago. PEI 2011-2015.

Introducción

Fácilmente aceptamos la realidad, acaso porque intuimos que nada es real
Jorge Luis Borges, "El inmortal".

“Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos”, también dice Borges en El inmortal, y esta forma de entender la memoria, el olvido, los lapsus y también las invenciones, es lo que constituye el material del que está hecho este libro.

Al inicio fue un deseo difuso de rescatar los recuerdos de personas que vivieron sus vidas entrelazadas con la Universidad. Al final, este libro se ha convertido en la búsqueda de piezas de un rompecabezas con el fin de recomponer fragmentos de una historia rota: la de la EAO-UTE-USACH, trizada por estos guiones que dan cuenta del proceso de desarrollo institucional de la Universidad y, sobre todo, fracturada en mil pedazos por el golpe de Estado de 1973 y los años de dictadura.

La lista de entrevistados se fue armando según iban apareciendo en conversaciones y lecturas diversas, aunque debo reconocer que, por sus años, la prioridad la tuvo la señora Guacolda Antoine, la primera mujer que ocupó un cargo académico en la Escuela de Ingenieros Industriales. Esto fue así porque no la conocía y, por tanto, no adivinaba que ella aún puede vivir 100 años más. Desde antes, solo conocía a Mario Navarro y había tenido un pequeño intercambio con Luis Cruz, María Angélica Muñoz y Erica Osorio.

Al escoger a los posibles entrevistados, mi intención fue contar con una diversidad de puntos de vista y experiencias. Ellos tienen edades que fluctúan entre los 49 y los 107 años, la gran mayoría con militancias en -o simpatías por-

versos partidos de la izquierda. Sus historias se entrecruzan de modos diversos como, por ejemplo, es el caso de las señoras Guacolda y Mimi, ambas descendientes de los pocos franceses que fueron traídos por el Estado chileno para colonizar la “Araucanía” en un intento de pacificación; este encadenamiento también se da entre los entrevistados que en distintas épocas fueron estudiantes de la Escuela Normal José Abelardo Núñez; y algo similar sucede en los numerosos casos en que los entrevistados quedaron huérfanos siendo niños, implicando un descalabro económico mayor para sus familias. Casi todos los relatos se detienen y cuentan detalladamente cómo vivieron el golpe de Estado de 1973, mostrando un hecho que transformó de un modo radical las vidas de los chilenos. Llama la atención que todas son vidas de mucho esfuerzo y tenacidad. Son mujeres y hombres pertenecientes a una institución que cada vez es menos marcadamente masculina pero a la que aún le quedan resabios importantes. Se trata de personas que fueron funcionarios administrativos y profesionales, académicos o estudiantes de la Escuela de Artes y Oficios, de la Escuela de Ingenieros Industriales, de la Escuela Normal Superior José Abelardo Núñez, de la Universidad Técnica del Estado y de la Universidad de Santiago de Chile.

Visité los hogares de doña Guacolda y de doña Inés, de Mimi y de José; recorrí a tranco largo el campus siguiendo al presbítero Guzmán; lloré junto a Mario; fui al Tavelli a encontrarme con Ricardo Núñez; estuve en las oficinas de la hija de Antonio Díaz; en la dependencias de la Vicerrectoría de Vinculación con el Medio tomé café con Luis, Robinson, don Hugo, Cachi y Erica. A todos los dejé hablar sin necesidad de hacerles preguntas, solo pidiéndoles que me contaran sus vidas desde que eran niños hasta hoy, sin olvidar sus vínculos con la Universidad y dejando en claro que era para publicar un libro.

El material que obtuve, da información sobre procesos y acontecimientos pero, sobre todo, muestra las interpretaciones que cada entrevistado hace de ellos, los sentidos que da a lo vivido, las significaciones que ha podido construir en base a sus experiencias, valores y convicciones, en definitiva,

al lugar en que se sitúa en el mundo. Todos los relatos se mueven en estas dos dimensiones de manera simultánea y los recogí y edité bajo la idea de que los hechos relatados no son menos verdaderos ni menos auténticos que aquellos que consideramos pertenecientes a la Historia oficial.

El punto de partida es mi creencia de que cada uno de nosotros cuenta con un abanico de infinitas versiones de su autobiografía de acuerdo a las interpretaciones que haga de los sucesos que ha vivido o del significado que dé a un nuevo dato de su niñez o de la vida de su pareja, hijos, amigos o del acontecer político del país. Ignoro si abrir o mantener cerrado el abanico es un asunto de voluntad o de posibilidades de desarrollo pero para mí es un alivio saber que podemos vivir miles de vidas o, mejor dicho, variar las interpretaciones de lo vivido, sea por un imperativo moral o para vivir vidas más plenas.

Aunque en el futuro pueda ser usado como material de base, por supuesto, este no es un libro de Historia sino de historias porque, al igual que Borges, entiendo que la Historia es una forma más de ficción. Se trata de historias de vida con las que busco remarcar que lo subjetivo de la experiencia personal se entreteje con la realidad social y cultural de la que formamos parte y que esta dimensión subjetiva es la que otorga sentido al trabajo de reconstruir los acontecimientos y procesos sociales.

La experiencia de entrevistar fue gozosa y también extraña. A menudo estaba tan atenta, tan abierta al otro, que no solo me parecía haberme convertido en una gran oreja sino que sentía que estaba fundiéndome con la persona entrevistada y después, al leer las transcripciones, me sorprendían sus relatos porque no recordaba absolutamente nada. A estas alturas, me parece claro que una entrevista es resultado del trabajo conjunto de entrevistado y entrevistador y que los hechos narrados son menos importantes que el sentido dado a ellos por parte de ambos.

Quiero remarcar que se trata de mi interpretación de las palabras de los entrevistados, no solo porque han sido editadas y no transcritas tal cual, con sus balbuceos, medias palabras, silencios y tonos sino porque a algunas les asigné mayor peso que a otras. Esto no fue un proceso intencional que obedeciera a un deseo previo por privilegiar algún elemento de sus discursos pero, claramente, mi escucha y comprensión están también condicionadas por el lugar que ocupo en el mundo.

Por último, la estructura general del libro está dada por una cronología más cercana al momento en que cada entrevistado estuvo ligado a la Universidad que a sus edades, de modo que cada relato es autónomo y se puede leer en el orden que a uno le acomode. Algunas notas a pie de página aclaran hechos que podría pensarse que no ameritan una nota aclaratoria, como es el caso del Paro de Octubre, por ejemplo, pero las incluí porque espero que los actuales estudiantes de la Universidad de Santiago de Chile, poseedores de una identidad nítida, también lean estos relatos.

Juanita Gallardo Ramírez
Vicerrectoría de Vinculación con el Medio
Universidad de Santiago de Chile

Guacolda Antoine Lazzerini

La primera mujer académica en Ingeniería

Es una mujer menuda, de ojos chispeantes, pelo albo, vestida de colores vivos, sonrisa fácil, voz firme para comentar que a veces olvida algún nombre. Es difícil creer que ella tenga más de 70 años pero he llegado a su casa sabiendo que cuando cumplió 100 años, en abril del 2008, recibió la Medalla al Mérito Científico otorgada por la Facultad de Ciencias de la Universidad de Santiago de Chile. También cuesta creer que, como si hubiese descubierto el secreto del don de la ubicuidad, esta señora tan serena haya trabajado tanto y en tantas partes al mismo tiempo.

Aunque soñaba con ser bailarina, a los 15 años, siendo aún liceana, empezó a dar clases particulares de matemáticas a sus compañeras de curso y no paró de dar clases en colegios y universidades y de ocupar cargos administrativos y directivos tan importantes como el equivalente a decana en la Escuela de Ingenieros Industriales (EII). Trabajó sin pausa hasta cumplir los 77. Por lo demás, tenía marido y dos hijos y en los ratos libres investigaba y escribía libros. Hizo todo esto como si fuera lo más natural y fácil del mundo.

Guacolda es hija de inmigrantes. Su padre, Ferdinand Antoine, era francés y llegó a Chile siendo un niño. También su madre, Minerva Lazzerini, llegó siendo niña desde Italia. Hay que recordar que durante la década de 1880 una medida central de la “Pacificación de la Araucanía” -en consonancia con la usurpación de tierras del pueblo mapuche- consistió en realizar una fuerte política de colonización de las provincias del sur del país para atraer a profesionales, artesanos y trabajadores especializados, valiéndose de numerosas campañas de contratación realizadas por la Agencia de Colonización de Chile en Europa. Varias decenas de colonos llegaron a Chile y entre ellos, los Antoine, que provenían de Burdeos. La campaña también tuvo resultados en Italia y desde Florencia llega-

ron los Lazzerini con varios hijos a cuestras.

Mi abuelo materno era de Florencia. Allá compraba bosques, los talaba y vendía la madera y así estuvo hasta que se incendió un bosque y se le terminó el capital. Entonces pensó en venir a Chile, formar nuevamente un capital y retornar a Italia. Pero cuando mi abuelo se puso a trabajar en Santiago nunca juntó plata porque era un hombre muy honrado. Mi mamá era su regalona y entonces la puso a estudiar en un colegio italiano particular que había armado una pareja de italianos y ahí cursó hasta sexto año de las Humanidades. Quiso ir a Italia para estudiar en la universidad pero la familia no tenía dinero para mandarla, así que se quedó ayudando a su maestra. En ese tiempo conoció a mi papá y se casaron cuando ella tenía 19 años. Mi papá llegó de Francia no sé en qué año pero sé que cuando llegó, lo pusieron en un colegio de curas. Mi papá era muy buenmozo. Su papá lo sacó del colegio así que fue un autodidacta y cuando se puso de novio con mi mamá planearon un matrimonio en la casa de ella pero el papá de él tenía que darle permiso porque en ese tiempo la mayoría de edad era a los 25 y mi papá tenía 22. Entonces, como era bien alto, dijo que tenía 25 y le creyeron. Mi mamá quedó decepcionada por no ser profesional y eso la frustró.

1907 fue el año en que Fernando y Minerva se casaron y al año siguiente nació su primera hija. Fernando quiso llamarla Guacolda, simbolizando así que su hija era chilena. *“Empecé a estudiar en una escuela pública que estaba en Vicuña Mackenna cerca de Marín, y a los cuatro años ya sabía leer. Ahí estuve hasta el año 1914 cuando mis padres se fueron a Chillán. Mi papá inventó un sistema para tener agua caliente en la cocina y ya había hecho varias ventas en esa zona. Me acuerdo que en Chillán le comprábamos a una almacerera francesa. Allá estuve en el Liceo Americano para Señoritas, que era donde se estudiaba las Humanidades. Entré a primer año y ahí estudié dos años. Como era buena alumna, me ofrecieron una beca hasta que terminara el colegio pero mi mamá no aceptó y prefirió mandarme a estudiar a Santiago, donde me quedé a vivir en la casa de la tía Hortensia.*

Cuando ella falleció, dejó a dos niños, uno de 2 años y el otro tenía 9. Mis padres, y después yo, nos hicimos cargo de ellos.”

Guacolda aún era una niña cuando murió su padre, a principios de la década del veinte, en momentos en que las salitreras cerraban sus puertas y la zona central vivía un período de miseria generalizada. Difícil situación para una viuda con nueve bocas que saciar. Es en este tiempo cuando Guacolda empieza a hacerles clases de matemáticas a sus compañeras del Liceo de Aplicación para Niñas y a aportar con sus primeros centavos al presupuesto familiar. El Liceo N. 2 creado en 1904, quedaba en la esquina de Alameda con Cumming, justo al lado del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y debe su nombre a que los estudiantes del Pedagógico “aplicaban” allí sus conocimientos. Guacolda estudió en este liceo, célebre por su alto nivel de exigencia académica, cuando doña Isaura Dinator de Guzmán era su directora. En su curso eran 25 alumnas y 10 querían estudiar en la Universidad de Chile y las demás soñaban con casarse lo antes posible. En 1923 terminó sus Humanidades y, puesto que le había gustado hacerle clases a sus compañeras, se matriculó en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, con lo cual pasó a proseguir sus estudios en el edificio contiguo al Liceo, abandonando sus sueños de ser intérprete de ballet clásico. Entró a estudiar Matemáticas y recuerda perfectamente que en su curso eran cuatro hombres y dos mujeres.

Yo fui alumna de una generación formada por los alemanes y tuve alemanes auténticos de profesores y estuve por varios años de ayudante. Primero fui alumna de Poenisch² y cuando me nombraron ayudante, también nombraron a dos profesores de liceos, o sea, eran dos profesores y yo. A mí me dieron el tercer curso y ahí me tocó trabajar con Grandjot³. Él

² Richard Poenisch, nacido en 1859 en Sajonia, murió en Chile en 1936. El gobierno chileno lo trajo a fines del siglo XIX para desarrollar la enseñanza de las matemáticas en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

³ Karl Grandjot, doctor en Matemática de la Universidad de Goettingen, fue traído por el gobierno chileno para apoyar la enseñanza de las matemáticas. Primero enseñó en el Liceo de Rancagua, luego en el Liceo Superior de Niñas y en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile entre 1930 y 1960.

me explicaba qué ejercicios tenía que hacer y ahí me quedó claro que los alemanes tenían un método distinto para enseñar. Era algo muy singular, no sé si mejor o peor. Carlos Grandjot era una persona muy importante y le había enseñado matemáticas al que ganó el Premio Nobel de Física de 1925. Me acuerdo de su felicidad cuando supo esta noticia.

Grandjot llegó al Pedagógico desde Alemania, precedido de una enorme fama como estudiante prodigio debido a su colaboración con Landau en cierta mejora en la axiomatización de los números naturales, conocida como “la objeción de Grandjot.” Además, tenía numerosas publicaciones en las más prestigiosas revistas europeas en una de las áreas más difíciles de las matemáticas de la época: la teoría de los números conjuntos. Doña Guacolda sigue recordando a su profesor: *Era un tipo que se las traía, tenía una forma tan extraña de enseñar. Él llegó a Chile como llegaron todos los alemanes en esa época, o sea, principalmente por problemas políticos en Alemania, que ya los tenía en los años 20. Yo había tenido a uno de esos alemanes como profesor en el liceo, y aprendí mucho con él. Los dos Liceos de Aplicación, el de Hombres y el de Niñas, fueron creados por el presidente Balmaceda y para desarrollarlos, trajo como directores y profesores a muchos alemanes.*

A los 20 años, en junio de 1928, Guacolda se recibió de profesora de Matemáticas y Física, con un trabajo de tesis sobre resolución de ecuaciones diferenciales y su implementación como nueva asignatura en las carreras de Pedagogía e Ingeniería. Recién recibida y recomendada por sus profesores, particularmente por don Enrique Froemel, postuló a una vacante de 30 horas de clases en La Escuela de Artes y Oficios.⁴ Bastó una sola mirada para que la rechazaran. ¿La razón? Era una mujer.

Entonces, desanimada, se presentó en el Liceo Lastarria, donde fue contratada pese a tratarse de un Liceo de

⁴ Escuela de Artes y Oficios (EAO) creada en 1849 como respuesta a la necesidad de formar artesanos requeridos por el incipiente proceso de industrialización de Chile.

Hombres -no de “niños”, como era el nombre oficial de los liceos para mujeres- comenta la señora Guacolda. Cuando entró al Lastarria ya había una profesora de Química, pero ella no recuerda su nombre. En el Liceo Lastarria trabajó a lo largo de 30 años.

Al año siguiente la nombraron profesora de Geometría Analítica por horas en el Instituto Pedagógico, *donde fui compañera de trabajo de Nicanor Parra*, dice con tono risueño. Era 1929 y recién comenzaba la crisis económica que estremeció a Chile, sobre todo, en el norte, donde cada día se cerraban nuevas salitreras y los mineros, con sus mujeres e hijos, se trasladaban hambrientos hacia el sur. La dependencia de Chile de los vaivenes de la economía mundial era extrema por ser el salitre su principal producto de exportación y por el endeudamiento que adquirió el gobierno del general Carlos Ibáñez con prestamistas estadounidenses. Se dice que Chile fue el país más golpeado del mundo con la crisis conocida como la Gran Depresión. Entre 1929 y 1932 el comercio internacional se redujo a un tercio del que había en “los locos años veinte”, años de grandes fiestas, endeudamiento y aumento explosivo del consumo. Fue la época en que se construyeron palacios en la Alameda, las calles Dieciocho, Ejército, República y sus alrededores, los años cuando desde los Estados Unidos llegaron autos y también los primeros electrodomésticos.

En plena crisis de 1929 Guacolda fue nombrada profesora en el Instituto Superior de Comercio (INSUCO), donde ejerció hasta el año 1931, y mientras tanto, aprovechó de estudiar la carrera de actuario en el mismo Instituto. En ese año de 1929 también fue nombrada profesora ayudante en el Instituto Pedagógico, donde dio clases de varias asignaturas a los estudiantes de tercer año y posteriormente asignaturas de otros niveles, en especial Geometría Analítica y Geometría. En 1933 la nombraron profesora auxiliar. Tuvieron que pasar varios años para que la Universidad de Chile concretara su designación como profesora titular de cátedra, en consonancia con sus méritos reconocidos por profesores y alumnos. Esto

sucedió recién en 1954 cuando fue designada profesora titular de cátedra en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, de la cual dependía el Instituto Pedagógico.

Guacolda siguió con sus clases en el Lastarria y en el Pedagógico y en esos años de crisis económica pudo sacar adelante a sus hermanos y primos, logrando que todos terminaran sus estudios. La FECH, que en esos tiempos era la Federación de Estudiantes de Chile –y no solo de la Universidad de Chile- tuvo un rol crucial en el derrocamiento de Ibáñez y, aunque Guacolda no tenía tiempo para participar muy activamente en política, esos años de crisis que van desde la caída de Ibáñez pasando por el período en que los gobiernos duraban pocos días y que culminó con la reelección de Arturo Alessandri, la hizo considerarse hasta el día de hoy como una mujer de izquierda, cercana a los socialistas pero nunca militante. *Mi marido sí era militante del Partido Socialista, desde su fundación*, aclara.

A su futuro marido lo conoció en el Liceo Lastarria, donde él era inspector ad honorem mientras estudiaba Derecho en la Universidad de Chile y ya se había titulado de profesor de castellano en el Pedagógico de la Chile. En el Liceo no le pagaban pero le daban una pieza y comida y así, Arcadio Escobar Zapata logró sobrevivir durante sus años de estudiante. Desde 1955 fue profesor del Instituto Pedagógico Técnico y su director entre los años setenta y setenta y dos, siendo el último en ocupar este cargo, antes de la creación de la Facultad de Educación de la UTE. A fines de 1972 don Arcadio Escobar fue designado Profesor Emérito, distinción que solo han obtenido seis académicos de la UTE-USACH.

Guacolda y Arcadio se casaron en 1944, apenas él se recibió de abogado. Ella tenía 36 años y recién había terminado de asumir la responsabilidad de la educación de sus hermanos y los dos primos. Mientras seguía haciendo clases en el Liceo y en el Instituto Pedagógico, tuvo a sus dos hijos: Fernando y Álvaro.

En su tiempo de estudiante del Pedagógico Guacolda había sido una alumna destacada de Enrique Froemel y a mediados de los años 40 él la llamó a trabajar en su equipo de investigación. Froemel había sido el discípulo más destacado y el ayudante predilecto de Poenisch, el padre y fundador de la pedagogía en Matemáticas en Chile, quien antes de jubilar también alcanzó a ser profesor de Guacolda.

En 1947 Enrique Froemel hizo el segundo intento por incorporar a Guacolda a la Universidad. Esta vez la propuso como profesora en la Escuela de Ingenieros Industriales (EII), creada por él en 1940 como respuesta a las exigencias planteadas por el necesario proceso de sustitución de importaciones durante la segunda guerra mundial. La Escuela fue concebida como una entidad independiente pero bajo la tutela del Ministerio de Educación, con la tarea explícita de preparar a los profesionales que egresaban de la Escuela de Artes y Oficios de Santiago y de las Escuelas de Minas de Antofagasta, La Serena y Copiapó con el objetivo de aportar al desarrollo del proceso de industrialización de Chile. Inicialmente hubo muchos problemas para conseguir profesores porque la EII contaba con una fuerte oposición por parte del Instituto de Ingenieros de Chile que protegía los intereses de las universidades tradicionales, vale decir, la Chile y la Católica. Distinta fue la actitud del Instituto de Ingenieros de Minas, que desde el principio acogió a los profesionales de la EII. La posterior creación del Instituto de Ingenieros Industriales -que agrupó a los egresados de la EII, de la Universidad Técnica Federico Santa María y de los ingenieros mecánicos de la Armada- terminó con la situación discriminatoria que experimentaban los egresados de estas instituciones y paulatinamente empezaron a contar con los mismos derechos que los profesionales de las universidades tradicionales.⁵ A partir de la Escuela de Ingenieros Industriales se creó, en 1972, la Facultad de Ingeniería de la UTE.

Enrique Froemel invitó a Guacolda Antoine para reem-

⁵ Versión libre a partir de información tomada de: Hernán Danús Vásquez: Crónicas mineras de medio siglo: 1950-2000, RIL editores, Santiago, 2007.

plazar a don Domingo Almendras, profesor de matemáticas de varias generaciones de estudiantes de la EAO y de la EII. Los alumnos se opusieron a esta designación, argumentando que se trataba de una persona con una trayectoria que no era en absoluto comparable a la del gran profesor Almendras, y, además, era una mujer. El profesor Froemel les pidió que no se precipitasen, que la conocieran primero, que asistieran unos días a clases y *entonces conversamos*.

Una semana más tarde la profesora Antoine recibió una llamada del director Froemel, invitándola de parte de los alumnos para unas onces de bienvenida. Así, la Escuela de Ingenieros Industriales, bastión machista, se rindió ante la calidad docente de Guacolda, el manejo de los temas que enseñaba, su simpatía natural y el gusto que mostraba por la actividad docente.⁶

La señora Guacolda lo cuenta así: Él me llevó a la Escuela de Ingeniería, donde don Domingo Almendras hacía las clases y a mitad de año las dejó para concentrarse en la Universidad de Chile. Entonces se quedaron sin profesor y don Enrique Froemel me propuso pero los alumnos se opusieron. Enrique Froemel les propuso “¿por qué no la dejan hacer una clase y después opinan? yo no voy a influir en nada.” Y yo sin saber de esta situación fui a hacer mi clase y después de una semana los alumnos me invitaron a tomar té con ellos y con don Enrique. Entonces comencé a hacer clases. Y debo decir que ahí nunca tuve una mujer de alumna.

Guacolda Antoine fue la primera mujer en ocupar un cargo académico en la Universidad. Era 1949. Sin embargo,

⁶ Entrevista de Luis Cifuentes a Enrique Kirberg: “Los estudiantes de Ingeniería y la campaña por la fundación de la Universidad Técnica del Estado” (1945-47), Revista de la Facultad de Ingeniería de la USACH, 1996. “En 1964 el 5.8% de los estudiantes de la UTE eran mujeres; en 1972 las estudiantes correspondían al 31% y el promedio de matrícula de mujeres en las universidades tradicionales era 38%. Fue en Copiapó donde ingresaron las primeras mujeres, Laurentina Riquelme y Miriam Paredes, que estudiaron Ingeniería en Minas. Posteriormente, Carmen Padilla, Inés Basulto y Alejandrina Ibacache ingresaron a estudiar Metalurgia. En la sede de Santiago la primera alumna estudió Química Industrial y su nombre ha quedado en el olvido”.

cuando comenzó a hacer clases, ella no era la única mujer que trabajaba en la Escuela de Ingenieros Industriales, que en esa época estaba ubicada en la esquina de Alameda y Vergara. Cuenta que ya había *un baño de damas* porque había una secretaria que se llamaba Elena Gil y también una ayudante de química, de quien no recuerda el nombre, y después llegó una ayudante de Horacio Aravena, también de apellido Gil, *porque era hermana de la secretaria*.

Juan Vera Gandulfo, en un testimonio acerca de la historia de la EAO y la EII, escribe: *“Es importante notar que en esos años (1955) casi no había estudiantes mujeres en la Escuela de Artes y Oficios/Escuela de Técnicos Industriales ni en la Escuela de Ingenieros Industriales. Cuando yo ingresé a la Universidad había sólo una estudiante mujer en el Grado Técnico (Irena Dumler), ninguna en la EII y ninguna en el Grado de Oficios. En mi curso entraron cinco o seis compañeras de las cuales sólo una se tituló luego de algunas demoras. Entre los académicos sólo había una mujer: doña Guacolda Antoine, profesora de Matemáticas Superiores en la EII. Como ex-alumno de ella, debo declarar que era una excelente profesora.”*⁷

En 1952, la Escuela de Ingenieros Industriales y el Instituto Pedagógico Técnico de Santiago, las Escuelas de Minas de Antofagasta, Copiapó y La Serena y las Escuelas Industriales de Concepción, Temuco y Valdivia, se unieron para constituir la recién creada Universidad Técnica del Estado. En 1956 la EII se cambió de la casona de calle Santo Domingo a los nuevos edificios de estilo modernista del campus de Quinta Normal: *Cuando fue la inauguración me tocó recibir al presidente Alessandri; estuve entre las damas que lo recibieron. Él me debe haber conocido en la casa de su familia porque yo le hice clases particulares a don Arturo Matte, que era casado con una hermana de Jorge Alessandri. En esa oportunidad en la UTE, si me reconoció, se hizo el leso pero sabía que yo le hacía clases a su cuñado.*

La señora Guacolda se esforzó por ser una excelente

⁷ Testimonio de Juan Vera Gandulfo en <http://www.oocities.org/uteito/articulos/vera.rtf>

profesional pero nunca le interesó especialmente la lucha de las mujeres por la obtención del derecho a voto, por ejemplo. Esta conducta es usual entre las mujeres que se mueven en ambientes masculinos, con la consiguiente ausencia de pares femeninos y la dificultad para crear complicidades con otras mujeres.

A Eugenio González, que era muy amigo de mi marido, lo he admirado desde que lo conocí. También destaco al que fue rector del Colegio Kent School, Alejandro Tarragó, por su preparación intelectual; a Arturo Matte y a mi profesor de historia, don Guillermo Labarca. Son las cuatro personas que he conocido y admiro. ¿Mujeres? No destaco a muchas porque no las he conocido. Conocí a Olga Poblete porque era compañera de Liceo pero estaba en un curso paralelo al mío. Y después en la Universidad de Chile, donde destacaban tanto a Amanda Labarca, para mí no fue importante.

César Fernández, alumno de la señora Guacolda en la Universidad de Chile y que después fue profesor de Matemáticas en la UTE y al regreso del exilio, en el Programa Propedéutico y de Bachillerato, dice: *Yo quiero agregar que la señora Guacolda no solo fue la primera decana de la Universidad Técnica, que era de puros hombres, sino que en el Pedagógico de la Chile, durante todo el tiempo en que yo estudié y después cuando fui profesor, ella era la única mujer entre todos los profesores.*

César Fernández también cuenta que cuando la señora Guacolda fue presidenta del Consejo Docente de Matemáticas, Física y Química luchó con ahínco a favor de una iniciativa de Armando Quezada, quien era Director de la EII en esa época. Esa iniciativa propiciaba que la UTE contratara profesores de jornada completa, medida que ayudó a mejorar significativamente la calidad de la docencia y favoreció el inicio de la investigación en la Universidad. Gracias a esto llegó a la Escuela de Ingenieros Industriales un gran número de profesores jóvenes altamente calificados.

En 1953, reconociendo que se trataba de un concepto educacional innovador, Guacolda se sumó al grupo de profesores que bajo la dirección del exiliado español Alejandro Tarragó Borrás había iniciado pocos años antes la puesta en marcha del Colegio Kent School, donde, por lo demás, estudiaban sus dos hijos.

Su hijo, Fernando Escobar Antoine, cuenta que en ese período, junto a la actividad docente en la Universidad de Chile, en la Universidad Técnica, en el Liceo Lastarria y en el Kent School, Guacolda desarrolló una intensa actividad de dirección de memorias y seminarios de título, especialmente en relación a los nuevos métodos de la enseñanza de las matemáticas en las Humanidades. Junto a toda la actividad docente, ella también asumió responsabilidades directivas en la Universidad Técnica, donde se desempeñó como Secretaria del Consejo Docente de Matemáticas, Física y Química entre los años 1954 y 1958 y para el período 1958-1962 fue elegida presidenta del mismo Consejo Docente, cargo equivalente al de decano de facultad en la Universidad de Chile. En esta última, fue Jefe del Departamento de Matemáticas de la Facultad de Filosofía y Educación en 1959 y entre 1960 y 1962.

Fernando sigue contando que su madre representó a la UTE ante el Congreso de Universidades Latinoamericanas realizado en Buenos Aires en 1957 y fue delegada de las Universidades chilenas ante la Comisión Elaboradora del Informe de la Enseñanza Científica en 1960. Ese mismo año fue designada Jefe de la Comisión de Bachillerato en Matemáticas, cargo que ejerció hasta 1965. Paralelamente inició junto a un grupo de colegas una actividad intensa de perfeccionamiento de profesores en el Centro de profesores de Matemáticas y Física de Santiago, donde fue elegida presidenta para el período 1960-1963. En 1962 recibió una invitación de los Gobiernos de la República Federal Alemana y de Francia para visitar universidades, centros de enseñanza industrial y otros establecimientos educacionales.

Fernando dice que a fines de 1962 su madre jubiló de

todos sus cargos al haber cumplido 35 años de servicio. Pero al año siguiente la Universidad de Chile la distinguió designándola Profesora Extraordinaria de la Facultad de Filosofía y Educación, con lo cual volvió a dar clases en el Instituto Pedagógico y en la Escuela de Psicología de la Universidad de Chile. Entre 1963 y 1968 fue jefe del Departamento de Matemáticas de la Facultad de Filosofía y Educación de la misma Universidad. Entre 1964 y 1973 se desempeñó como presidenta del Centro de Profesores de Matemáticas y Física de Santiago. En un esfuerzo por divulgar la enseñanza de las Matemáticas modernas -en específico, la teoría de conjuntos- junto a la profesora María Lara publicó el libro “Nuevas Matemáticas para los padres.” Y siguió dictando clases en el Kent School hasta 1985, año en que cesó formalmente de dar clases. Tenía 77 años.

A César Fernández la señora Guacolda le cuenta de su hijo Fernando, quien, al igual que César, estuvo preso en el Estadio Nacional: *Ahí estuvo mi hijo mayor. Lo tomaron preso en el Ministerio de Obras Públicas y no supimos de él por una semana, a pesar de que lo buscamos por todos lados. Descartamos el Estadio Chile porque alguien de la UTE que estuvo ahí nos dijo que Fernando no estaba. Un primo mío, profesor de historia en la Escuela Militar, consiguió con un conocido una autorización para ir a sacar a Fernando del Estadio Nacional. Lo inquietante fue que, cuando lo llamaban por altoparlantes, Fernando no contestaba. Esto sucedió varias veces. Después nos contó que cuando los llamaban, era para llevarlos a las torturas y por eso se hizo el leso. Finalmente se fue a presentar y llegó de regreso a la casa con la mitad del pelo cortado y, como él tiene mucho pelo ondulado, lo que le habían hecho se le notaba aún más.*

En abril de 2008, al cumplir 100 años de edad, la señora Guacolda Antoine Lazzerini recibió la Medalla al Mérito Científico, otorgada anualmente por la Facultad de Ciencias de la USACH, por su aporte en la formación matemática de importantes contingentes de estudiantes de enseñanza media y universitaria.

Otro de los reconocimientos que también la llena de orgullo es el de Profesional Destacada, entregado en el año 2000 por la Agrupación de Mujeres Ingenieras. En esa oportunidad, se reconoció también a Elena Caffarena, emblemática abogada defensora de los derechos de las mujeres.

La señora Guacolda cuenta una última anécdota: *Cuando yo llegué a la Universidad Técnica, el rector le dijo a Enrique Kirberg⁸ acompañe a la señora y la presenta a los profesores”, así que fue él quien me presentó en la Universidad. Fue un gran presentador porque Enrique ya tenía mucha fama, ya era el ídolo de la Universidad Técnica. No sé si era buen ingeniero, pero tenía mucha influencia en los alumnos, tenía muchas ideas novedosas. Además, poseía una figura interesante, siempre andaba elegantísimo, muy bien trajeado, con mucho gusto.*

La señora Guacolda hizo clases en el Lastarria hasta 1957, pero hasta el día de hoy está pendiente del Liceo y para ella las protestas estudiantiles no son ajenas. *Los alumnos actuales quieren modificar las cosas, quieren mejorar la educación. Es carísimo el estudio, en mi tiempo no se pagaba. Hay cosas que conviene cambiar.*

Hice yoga durante 30 años, hasta fines de los 90, cuando me lesioné el hombro, y ahora hago wushu, un arte marcial chino. Por eso estoy bien física y anímicamente, cuenta por último. Viéndola tan espléndida, es fácil creer que el secreto de la juventud reside en la práctica del yoga y trabajar en lo que a uno le produce placer.

⁸ Enrique Kirberg Baltiansky nació en 1915 y murió en Santiago en abril de 1992. En 1929 ingresó a estudiar electricidad en la Escuela de Artes y Oficios. Posteriormente estudió ingeniería eléctrica en la Escuela de Ingenieros Industriales. Activo militante del Partido Comunista. Fue el motor de la campaña por la fundación de la UTE entre 1945 y 1947. Académico y actor preponderante del proceso de Reforma Universitaria. Fue el primer Rector en Chile elegido en claustro pleno (votación universal) de profesores, funcionarios y estudiantes. Dos veces fue reeligido rector de la UTE.

Inés Erazo Corona

Una mujer con agenda propia

...hicimos lo que nos enseñó la tradición, lo que se trasmite de generación en generación y que pareciera que impregna nuestros patios y aulas, y que nosotros tratamos de transmitir a la generación de relevo: nada se le ha otorgado gratis a esta Universidad, todo se ha debido conseguir a costa de esfuerzos colectivos, de grandes luchas y sacrificios y, en todo momento, los estudiantes debieron jugar el papel de vanguardia.

Enrique Kirberg⁹

Su familia, originaria de Talca, proviene de terratenientes empobrecidos. Ella nació en 1918 en San Felipe, siendo la cuarta de cinco hermanos: dos mujeres y tres hombres. Su padre era masón y liberal, amigo cercano de don Pedro Aguirre Cerda. Su madre era católica no estrictamente observante pero conservadora o, mejor dicho, miedosa, como la califica su hija. Quizá esta mezcla de padre masón y madre católica, situación tan común en la clase media del siglo veinte chileno, trajera consigo el presagio de que Inés sería una militante comunista y se iba a casar con quien, al pasar los años, se convertiría en el único rector elegido por toda la comunidad universitaria que ha tenido esta Universidad.

Inés estudió las Preparatorias en el Colegio de las Carmelitas y las Humanidades las comenzó en el Liceo de San Felipe pero luego se trasladó al Liceo de Niñas Número 5 de Santiago, donde terminó sexto año de Humanidades. Este liceo, creado en 1906, se ubicaba en la calle San Diego y su primera directora fue doña Guillermina von Kalchberg de Froemel, madre de Enrique Froemel, fundador de la Escuela de Ingenieros Industriales. El Liceo Número 5 de Niñas fue el primer liceo en Chile que no buscaba “ilustrar y culturizar a las

⁹ Entrevista de Luis Cifuentes a Enrique Kirberg: “Los estudiantes de ingeniería y la campaña por la fundación de la Universidad Técnica del Estado (1945-47)”, Revista de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Santiago, 1996.

señoritas de sociedad”¹⁰ sino que seguía los mismos planes de estudios que el Consejo de Instrucción Pública establecía para los liceos de hombres, propiciando que sus alumnas obtuvieran el bachillerato para ingresar a estudiar a la universidad o se integraran al mundo laboral.

Cuando Inés estudiaba en el Liceo 5, la directora era doña Josefina Dey Giles, profesora de Ciencias Biológicas y Química. Doña Inés la recuerda como una mujer de criterio muy amplio, miembro del Movimiento por la Emancipación de la Mujer Chilena, MEMCH, y con orgullo cuenta que doña Josefina también era colaboradora de la revista Zig-Zag y autora del libro de poemas “Burbujas.”

Ya en Santiago y por influencia de su hermano mayor, en 1933 Inés entró a militar a las Juventudes Comunistas. Tenía 15 años y al mismo tiempo iba al Liceo y al Conservatorio Nacional de Música, dependiente de la Universidad de Chile, donde era estudiante de piano. La primera tarea que le encomendaron las Juventudes Comunistas fue transcribir la partitura de La Internacional. Dado que se vivían tiempos de mucha represión -en especial por parte de las milicias republicanas creadas en el segundo gobierno de Arturo Alessandri con la misión de reprimir todo intento de sublevación- para que no la sorprendieran la policía, las milicias republicanas ni sus padres, doña Inés recuerda que como título, a la partitura le puso Mi Caballo Blanco. Cuando la estrenaron, la música fue tocada por Daniel Quiroga.

Otra inspiración para entrar a las Juventudes Comunistas fue su profesora ayudante del Conservatorio, doña Sarita Las Heras, quien organizó un grupo de apoyo a los comunistas en el Conservatorio, que por aquel entonces quedaba cerca de Eleuterio Ramírez con Almagro. La familia de Inés vivía en calle Lira y uno de sus hermanos tenía que acompañarla en el

¹⁰ Pilar Vicuña Domínguez: “Muchachitas liceanas: La educación y la educanda del liceo fiscal femenino en Chile, 1890-1930”. Tesis para optar al grado de Magister en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Humanidades, Escuela de post grado, Universidad de Chile, Santiago, 2012.

trayecto entre la casa y el Conservatorio. *El provincianismo se pega a la piel*, dice doña Inés, cuando cuenta que su mamá no la dejaba andar sola por la calle.

Cuando Inés debía entrar a estudiar el segundo ciclo de piano, correspondiente al grado universitario, tuvo que abandonar sus estudios de piano y empezar a trabajar. Lo hizo en el Banco Anglo-Sudamericano, que luego se llamó Banco de Londres, *porque había un pariente que me podía proteger y por eso mi mamá me dejó trabajar*.

A Enrique Kirberg lo conoció a los 16 años, cuando todavía estudiaba piano y ya era militante de la Jota. Dice que no fue amor a primera vista. Él era compañero de curso, amigo y camarada de Gustavo, el hermano mayor de Inés. El año anterior, en 1933, Enrique Kirberg había sido miembro del soviét presidido por Elías Lafferte que funcionó en la Casa Central de la Universidad de Chile y que fue creado durante la República Socialista encabezada por Marmaduke Grove. Antes, en 1931, junto a Gustavo Erazo y muchos otros estudiantes, había participado activamente en las manifestaciones de las guardias estudiantiles que llevaron a la caída de la dictadura del general Ibáñez del Campo. Eran los tiempos en que la FECH -Federación de Estudiantes de Chile- agrupaba a todos los estudiantes, o sea, a los de la Escuela de Artes y Oficios, a los de la Universidad de Chile, a los de liceos y a los de las escuelas técnicas, industriales y comerciales, y también a los del Conservatorio y del Bellas Artes. En esas reuniones y actividades se encontraron muchísimas veces.

Don Enrique Kirberg da cuenta de este período de la historia nacional¹¹:

“Hacia 1920, Chile vivía un momento particularmente crítico, de agudización extrema de las tensiones sociales -reflejo en el país de la crisis económica de posgue-

¹¹ Enrique Kirberg: Los Nuevos Profesionales, Educación Universitaria de Trabajadores, Chile 1968-1973. EDUC, Universidad de Guadalajara, México, 1981.

rra- acompañado de malestar social generalizado y de violentas crisis políticas. Estos hechos, unidos a los acontecimientos internacionales -movimientos revolucionarios en Europa, constitución de la III Internacional, etc.- alimentaron las luchas proletarias que alcanzaron un alto grado de intensidad y organicidad. En suma, Chile vivía un clima verdaderamente revolucionario frente al cual practicaba la tradicional política represiva: masacres de obreros, asaltos a locales sindicales y estudiantiles y a locales de partidos obreros.”

Se trata de un período de la historia de Chile en el que los estudiantes jugaron un rol prominente:

“La tensa efervescencia de la época alcanzó al movimiento estudiantil. La FECH se incorporó ardorosamente a las luchas populares siguiendo los principios de Córdoba. A comienzos de 1920 se realizó la Primera Convención Nacional de la FECH en donde se aprobó una Declaración de Principios que asumía una posición ante los problemas sociales y políticos. Establecía que: “Ante las necesidades reales de la época presente, la FECH estima que el problema social debe resolverse por la sustitución del principio de la competencia entre los hombres por el de la cooperación; que es indispensable la socialización de las fuerzas productivas y la consecuente distribución equitativa del producto del trabajo común; y el reconocimiento electivo del derecho de cada persona a vivir plenamente su vida intelectual y moral.” Al final observaba que todo progreso social implica la perfección moral y cultural de los individuos.”

“Así, la FECH se definía y tomaba claro partido en la contienda social. En este ambiente se habían agudizado las dificultades en las relaciones con el Perú por problemas de límites pendientes desde la guerra del siglo anterior. La FECH adoptó una actitud pacifista y denunció la movilización militar como maniobra políti-

ca, por lo que se la acusó de estar pagada por el “oro peruano.” El 21 de julio de 1920, una turba azuzada por agentes de las familias de la alta sociedad, la “cannalla dorada”, asaltó el local de la Federación, destruyó todos sus bienes y golpeó a los ocasionales ocupantes. Posteriormente fueron encarcelados varios líderes estudiantiles.”...

“Luego, en los años 1930 y 1931, cuando el pueblo luchaba contra la dictadura de Carlos Ibáñez, los estudiantes de la FECH, de la Escuela de Artes y Oficios y otros, se unieron a ellos. Se combatía en las calles contra la policía y los lanceros que montaban a caballo y esgrimían largas lanzas. Muchos estudiantes murieron, pero al final el dictador fue derrocado y huyó del país. Los estudiantes asumieron con éxito el control de la capital por varias semanas al retirarse totalmente las fuerzas policiales.”

“Las luchas por la reforma fueron permanentemente sostenidas por los estudiantes, se obtenían victorias paso a paso. Varios de los postulados de Córdoba se estaban imponiendo en Chile a través de la lucha diaria. Ya en 1931 el gobierno decretó la nueva Carta Orgánica de la Universidad de Chile que se había proyectado desde mucho antes y por cuya promulgación se había combatido largamente. Ella contenía varios logros de importancia, tales como la ampliación de la autonomía universitaria con el aumento de las atribuciones del rector, más la independencia económica, concursos públicos para proveer las cátedras, investigación científica, extensión universitaria, bienestar para los alumnos, reconocimiento de la organización estudiantil y representación, aunque sin voto, de los estudiantes en los organismos directivos de la universidad.”

Kirberg, estudiante de electricidad en la Escuela de Artes y Oficios, continúa recordando el protagonismo que en

sus años iniciales tuvo el movimiento estudiantil chileno:

“La aparición de grupos políticos entre los estudiantes dinamizó sus actividades. Por 1931, la Juventud Comunista propició la organización del Grupo Avance el que llegó a tener gran influencia y amplia militancia entre los estudiantes. Al año siguiente, se organizó una filial del Grupo Avance en la Escuela de Artes y Oficios que alcanzó singular actividad. Nuevos grupos emergieron, entre ellos, Renovación que era identificado con el Partido Conservador, aunque dentro de ese partido representaba una corriente juvenil reformista. En la elección de presidente de la FECH de 1932, el representante del Grupo Avance se impuso sobre el candidato de Renovación. El período de este presidente se caracterizó por notables conquistas de los estudiantes en la universidad. En 1939, los jóvenes conservadores se rebelaron contra su partido después de que éste apoyara la candidatura presidencial de Gustavo Ross Santa María y algunos meses más tarde se separaron para formar la Falange Nacional. Entre otros grupos, puede mencionarse la Brigada Socialista, el grupo Universitario Radical, el grupo del Movimiento Nacional Socialista (nazi) y, más adelante, las combinaciones de partidos: el Frente Popular Universitario, el Frente Antifascista Unido organizado por radicales, comunistas, socialistas y otros sectores políticos dentro de la universidad.”

“A comienzos de 1936 se desencadenó una gran movilización sindical cuyo punto de partida fue una huelga de los obreros ferroviarios a la que se unieron rápidamente otros gremios. Este movimiento fue ampliamente respaldado y apoyado por los estudiantes universitarios que participaban en sus actos y ayudaban en labores de secretaría. “La FECH apoyó a los trabajadores en las grandes huelgas de 1936 y se le podría considerar, generalmente, junto a los trabajadores en cualquier conflicto”, dice un estudio sobre la época.”

“El gobierno de Arturo Alessandri respondió con el estado de sitio y pidió facultades extraordinarias al congreso, pero el senado no se las otorgó. En todo caso, desató una violenta represión por la que fueron encarcelados y relegados dirigentes obrero y estudiantiles.”

Uno de esos relegados fue Enrique Kirberg, dirigente estudiantil de la Escuela de Artes y Oficios. La señora Inés recuerda que desde su relegación en Aysén él escribía cartas a sus amigos de Santiago y en una de ellas contó que había tenido un accidente en el aserradero en el que trabajaba y que se había cortado un dedo. Gustavo Erazo entendió que se había quedado sin dedo y organizó una colecta. Inés donó los 40 centavos que costaba el tranvía para ir de su casa al Banco y muchos años después todavía se los cobraba a su marido.

Acerca de sus inicios en el movimiento estudiantil don Enrique Kirberg le cuenta a Luis Cifuentes en una entrevista¹²:

“En septiembre del año 31 hubo una gran huelga en la Escuela de Artes y Oficios. El director era un ingeniero, Ramón Montero, y nosotros queríamos un pedagogo. Lo solicitamos a la Dirección General de Enseñanza Profesional, pero fue denegado. La huelga se preparó muy bien. Yo seguía las instrucciones que nos daban en las noches los miembros del comité. Al principio ocupamos la Escuela pero la cerraron, de manera que nos encontrábamos todos los días en el Teatro Septiembre, que quedaba en Alameda con Lira. La huelga duró hasta fin de año y la verdad es que perdimos el primer round.”

“Al matricularnos en marzo tuvimos que firmar una declaración comprometiéndonos a no intervenir en movimientos. Juan Esteban Montero había sido elegido Presidente de la república poco tiempo antes y su

¹² Luis Cifuentes: KIRBERG: testigo y actor del siglo XX. (Segunda Edición) <http://pvir-ibar.files.wordpress.com/2010/05/kirbergtestigoyactor.pdf>

hermano era el director (de la EAO), de manera que éste estaba protegido y fue imposible sacarlo. Pero Montero duró muy poco como Presidente, ya que lo desplazó Marmaduque Grove, que declaró la efímera República Socialista. Sólo allí pudimos sacar al director.”

“Por esos días, mi interés en asuntos políticos aumentó y conversaba mucho con mi tío Mauricio Baltiansky, que había sido revolucionario en Rusia, creo que menchevique. Ya estaba Stalin en el poder y a mí tío no le gustaba. Me invitaron a ingresar a la Juventud Comunista, pero no acepté de inmediato, sino que me dediqué a leer. Comencé a trabajar con los jóvenes que se agrupaban entonces en la Federación Juvenil Comunista. Formamos en la EAO un grupo amplio al que llamamos Spartacus. Este organismo adhirió al Grupo Avance de la Universidad de Chile, quienes nos acogieron y manteníamos representantes en su directiva. Venía gente de afuera de la Escuela a darnos charlas.... Pero no dependíamos de la Jota [Juventud Comunista]. El ascenso al poder de Hitler nos impresionó mucho, hicimos campañas, publicaciones, conferencias en locales sindicales. Cometíamos el error sectario de considerar a la Federación de Estudiantes de la EAO un “organismo de colaboración de clases”, mientras que considerábamos a Spartacus un organismo “de clase.” Perdíamos de vista el hecho de que todos los estudiantes eran miembros de la Federación, pero nunca iban a ser todos miembros de Spartacus. El presidente de la Federación de Estudiantes era Jorge Mora, un joven muy capaz que no era comunista y polemizábamos con él. Fuimos amigos y contrincantes. Esta amistad duró muchos años.”

“El año 33 aparecieron unas proclamas escritas contra el Presidente Arturo Alessandri, que creo fueron escritas por gente del partido [Comunista] que eran funcionarios de la EAO. Eso dio origen a un juicio contra ocho

estudiantes, entre los cuales estaba yo. Fuimos encarcelados. Nos encontrábamos en la galería 20 de la Cárcel Pública, donde recluían a los presos políticos. Por ese entonces fue detenido un congreso completo del Partido Comunista que estaba en la ilegalidad. Fue el famoso Congreso de Lo Ovalle. En la cárcel conversábamos mucho con los “viejos.” Ellos hacían un diario que se llamaba “Celda Roja”, en el que colaboré, pero además yo hice uno más chiquito que se llamaba “Calabozo Colorado” donde les echaba tallas. A los jóvenes esto nos divertía. Durante el juicio fui transferido al Juzgado de Menores por mi edad [17 años]. Tengo la impresión de que, por favorecerme, el Juez de Menores de la época declaró que yo había obrado «sin discernimiento» con lo que fui puesto en libertad. Yo quedé muy molesto con esa calificación. Ingresé a la Jota ese mismo año, antes de hacer el servicio militar. Lo hice como voluntario y la Jota me pidió realizar “trabajo revolucionario en el ejército.” De más está decir que no hice nunca nada. No había cómo.”

La familia Kirberg Baltiansky era amante de la música y entonces Inés, por insinuación de su hermano Gustavo, los invitó a un concierto de fin de año en el Conservatorio, organizado por la ya famosa pianista Rosita Renard, que tocó sonatas de Beethoven. Así fue cómo Inés descubrió que Enrique tenía un gran sentido musical y se empezó a sentir encandilada. Empezaron el pololeo en tiempos del presidente Pedro Aguirre Cerda, cuando se auguraba una época de aguas calmas tras el triunfo del Frente Popular. El romance se interrumpió cuando, después del terremoto de 1939, a él lo mandaron a Chillán a trabajar en la reconstrucción de la ciudad y del partido.

Se casaron en 1944 y con el transcurrir del tiempo tuvieron 3 hijos: Lena que ahora vive en Santiago, Gloria que vive en Ginebra, casada con un médico suizo y Luis Carlos que estuvo preso después del golpe de Estado de 1973 y murió de cáncer hace algunos años. Los tres hermanos estudiaron en el

Liceo Manuel de Salas y por eso la familia Kirberg Erazo construyó su casa cerca del Liceo.

En la entrevista dada a Luis Cifuentes, don Enrique muestra su trasfondo familiar:

“Nací en Santiago, pero mi padre me inscribió en Valparaíso. Aunque mi infancia transcurrió en varios lugares, mis principales recuerdos son de Valparaíso y Quilpué, por lo tanto me considero porteño y cuando alguien dice que lo soy, yo no lo desmiento. Nací en plena guerra mundial, el 30 de julio de 1915, creo que a medianoche.”

“Provenía de una familia de inmigrantes judíos. Mi padre era hijo de inmigrantes austriacos que se radicaron en Argentina. Él nació allí y viajó a Chile en su adolescencia, alrededor de 1910. Mi madre era hermana de cuatro mocetones judíos rusos de apellido Baltiansky que llegaron a Chile huyendo de las persecuciones de judíos en Rusia y del servicio militar del zar, que duraba cuatro años. Mis padres se conocieron en Chile y se casaron, creo que en 1912”.

“Mi padre no tenía profesión y trabajaba de comerciante como casi todos los inmigrantes. Yo de niño lo veía trabajar en los cerros de Valparaíso vendiendo cuadros que él mismo fabricaba en la casa. Los clientes le pagaban dos o tres pesos por semana. Mi hogar era modesto, pero no faltaba nada. Muy pulcro, muy limpio todo, nunca vi alcohol. A veces se reunía un grupo de judíos al anochecer, comían maní, nueces y tomaban Bilz. Hablaban en yiddish, que yo no entendía bien. Mi padre fue un autodidacta y siempre se preocupó de mi educación. Sabía mucho, me explicaba y me enseñaba. Teníamos largas conversaciones.”

“Por ahí por el año 24 o 25 nos fuimos a Quilpué y allí mi padre conoció a unos terratenientes y les propuso

lotear y vender algunas de sus tierras. En eso trabajó con ahínco, tuvimos una situación más holgada, casa y hasta un coche con caballo, que era el símbolo de estatus de esos años. El año 27 murió mi madre de cáncer en Santiago. Nos vinimos a Santiago por un año y estuve en una escuela católica, donde me chocó mucho tener que rezar al comenzar cada clase, aparte de que tuve que ocultar mi condición de judío. De vuelta en Quilpué hice el tercer año de Humanidades en un colegio particular y entonces fue cuando mi tío Mauricio, hermano mayor de mi madre, un dentista que actuaba como el jefe del clan Baltiansky, convenció a mi padre de la importancia de la Escuela de Artes y Oficios, con la idea que las profesiones técnicas tenían mucho futuro. Yo visité una exposición de la Escuela y me gustó, de modo que dije “Aquí me quedo”.

“El año 34 hubo una manifestación estudiantil en la Alameda y me detuvieron y me mandaron a la comisaría. Pedí que llamaran al Subdirector de la EAO, que vivía en la Escuela, y me soltaron esa misma noche, con gran celebración de los internos por el preso que volvía. Ese año fui miembro de la directiva de la Federación y a fin de año se organizó, como actividad paralela a la exposición anual de la EAO, una exposición de “arte subjetivo” que se consideró ofensiva para las autoridades y condujo a la expulsión de tres estudiantes, los presuntos organizadores, entre ellos yo, cuando estábamos a punto de sacar el título de Técnico.”

“Fue una sanción muy dura, más aún cuando yo estaba eximido en todos los ramos, menos en uno. Así fue como, faltándome un solo examen, me quedé sin título y sin carrera. Hacía medio año que había muerto mi padre y yo me encontré totalmente aislado, sin el apoyo de la Escuela, que por lo general les conseguía trabajo a sus egresados. Mi tío Mauricio, que fue la única ayuda que tuve, me contactó con la AEG, la compañía alemana, y en febrero empecé a trabajar en sus talle-

res. Allí tuve mi primer contacto directo con obreros, ya que mi familia era de clase media. Mi trabajo consistía en reparar motores y generadores eléctricos, transformadores de alta tensión y construcción de tableros de comando y distribución para máquinas eléctricas. Cuando en una industria fallaba un motor vendido por la AEG, yo era enviado allá con instrumental para tratar de superar la falla. Si esto no era posible, enviaba el motor a nuestro taller.”

“El año 35 me fui a una pensión junto con Jorge Mora, el dirigente que le nombré. Luego nos invitaron a trabajar en el Socorro Rojo Internacional, que era como la Cruz Roja del movimiento comunista. Por esos días pasé de la Juventud al Partido. Hasta Febrero de 1936 tuvimos mucha actividad. En ese tiempo se produjo la gran huelga ferroviaria que amenazó con transformarse en huelga general y entonces Alessandri decretó el estado de sitio y empezaron a detener a mucha gente. El local donde funcionaba el Socorro Rojo, que era el local de la Federación Obrera de Chile, fue ocupado y todos fuimos detenidos. En Investigaciones nos tuvieron tres días con los delincuentes comunes, en un gran recinto lleno de chinches, piojos... Lo interesante fue el respeto de los delincuentes por los presos políticos. Fue algo emocionante. Pasó algo muy divertido. Nos trajeron comida, unos porotos aguados en un pocillo de aluminio y un pan para cada uno. Pero no había suficientes pocillos, de modo que cuando cada preso terminaba, devolvía el plato, lo volvían a llenar y así. Yo estaba más atrás y cuando me llegó el turno, me dio asco y apenas comí. En eso, los guardias empezaron a pedir los platos para irse y algunos presos se dieron cuenta que yo devolvía el mío casi lleno y empezó un griterío, “¡Que termine, que termine!” Fue tan sorprendente que los de Investigaciones se paralogizaron. Me devolvieron el plato, ¡y me lo tuve que comer todo!”

“La represión continuó y yo terminé siendo relegado por tres meses a Puerto Aysén. De más está decirle que la AEG no me recibió de vuelta. Fui relegado por el gobierno de Arturo Alessandri en febrero de 1936. Como ve, fue hace más de medio siglo, lo que significa recuerdos muy lejanos. Éramos cerca de 25 dirigentes políticos y sindicales. Llenábamos un vagón del ferrocarril junto a otros tantos agentes de Investigaciones. El tren llegó a Osorno alrededor de las 10 de la noche y de inmediato abordó nuestro vagón una delegación de obreros ferroviarios, quienes, desafiando los peligros del estado de sitio, llevaban un enorme fondo con cazuela de ave caliente, platos, servicios, pan, etc. ¡Imagínese, llevábamos un día entero sin comer! Con la natural generosidad del pueblo chileno, también hubo cazuela para los agentes. Después de una noche en la Comisaría de Puerto Montt, nos embarcaron a Puerto Aysén en un pequeño barco de carga y pasajeros, el “Colo-Colo”, que tardó cinco días de navegación entre los canales para llegar. Allí, una vez registrados en la Comisaría, fuimos dejados “en libertad” con instrucciones de concurrir a firmar todos los días.”

“Los primeros momentos fueron desoladores. Anochecía, hacía frío y neblina y no teníamos dónde ir, dónde dormir. Se nos acercaron unos vecinos y nos propusieron ocupar el Cuartel de Bomberos que estaba en construcción. Era un barracón de madera, inconcluso, pero techado. Nos trajeron unos cueros de oveja y buenas noches. No recuerdo nunca haber pasado tanto frío como esa noche. Fueron días duros. A pesar de ser yo el más joven [20 años], me eligieron presidente del Comité de Relegados. Organicé una comisión que recorrió el comercio y obtuvimos generosa ayuda para nuestra olla común. Como había buenos obreros entre los relegados -albañiles, zapateros, pintores, etc.- pronto empezaron algunos a trabajar y aportaron al fondo común.”

“Recuerdo que una vez alguien nos regaló un gran saco de choros zapatos, producto de la zona; fue una fiesta que duró un par de días. Yo había dejado la Escuela de Artes y Oficios sólo un año antes y un hecho que me emociona recordar fue que los estudiantes de la escuela, modestamente, reuniendo de a 20 y 40 centavos, me enviaron ayuda en dinero, haciendo una hermosa labor de solidaridad. Puerto Aysén era donde se embarcaba el ganado lanar de la zona. Bajaban las tropillas a caballo desde las montañas conduciendo inmensos rebaños de ovejas. Allí observé por primera vez el inteligente trabajo de los perros ovejeros. Me emocionó verlos colaborando con el hombre en el cuidado del ganado, ya que estos traslados duran varios días y no se pierde una sola oveja.”

Después de varios meses Enrique Kirberg regresó a Santiago y surgió el obstáculo de no haber terminado sus estudios y carecer del título de técnico en electricidad. En ese tiempo se dedicó a la creación de la Federación de Estudiantes Mineros e industriales de Chile (FEMICH)¹³ de la que en 1945 fue fundador y primer presidente.

A Luis Cifuentes le cuenta cómo se las arregló para continuar con sus estudios:

“Los estudiantes mineros e industriales habían decidido en esos años luchar por una tercera etapa de la educación que recibían. La primera era la formación de operarios especializados, la segunda era el grado de Técnico y la propuesta era el grado de Ingeniero. Hubo oposición de las universidades tradicionales, que querían conservar su monopolio, hasta que se logró vencer esa resistencia y se fundó la Escuela de In-

¹³ La FEMICH, Federación de Estudiantes Mineros e Industriales de Chile, creada en 1945 por iniciativa del Centro de Alumnos de la Escuela de Ingenieros Industriales. Enrique Kirberg fue un activo impulsor de ella y su presidente a lo largo de años. Fue la antecesora de la FEUT -Federación de Estudiantes de la Universidad Técnica del Estado- y jugó un papel fundamental en la lucha por la creación de la Universidad Industrial que posteriormente quedó plasmada en la UTE.

genieros Industriales (EII) en 1940. A mi regreso de Chillán, en 1942, yo trabajaba en Santiago como funcionario del partido en tareas ligadas con el movimiento antifascista y que tenían carácter confidencial. En eso estuve un par de años. Se me ocurrió que era una buena oportunidad para reanudar mis estudios y me acerqué al director de la EII, Enrique Froemel quien había sido profesor mío, le conté mi situación y él me dijo “Esta escuela se ha hecho para hombres como Ud. Estoy dispuesto a darle facilidades para que ingrese, pero como Ud. no ha terminado su Grado de Técnico, debe regularizar su situación en la Escuela de Artes y Oficios.” Así fue como presenté una solicitud para dar el examen que me faltaba, Hidráulica. El director de la EAO autorizó mi reincorporación, aprobé el examen y continué estudios en la EII. Me matriculé como alumno libre, ya que tenía el trabajo que le mencioné, hice los tres años de estudio en cinco, entre 1942 y 1947.”

“La Escuela de Ingenieros Industriales era sui generis, ya que sólo ingresaban egresados de la EAO y de otras escuelas técnicas chilenas de nivel terciario. El local estaba en la Alameda. Lo que más predominaba era un espíritu de esfuerzo, de lucha. El que ingresaba sabía que iba a fregarse por varios años estudiando y todos éramos adultos, muchos con familia y trabajando. Había cursos vespertinos y muchos alumnos libres. Se trabajaba bastante. Las pruebas eran extensas y profundas. El porcentaje de fracaso era alto como resultado. Allí hizo escuela don Rubén Toro, un gran profesor de Física, que se destacaba por su rigurosidad. Aunque le teníamos cariño, también le teníamos miedo. Había buenos profesores, pero laboratorios incipientes, por tanto hacíamos mucho trabajo experimental en la Escuela de Artes [y Oficios]. El Laboratorio de Química lo dirigía Horacio Aravena, quien posteriormente fue rector de la UTE. Yo, como estudiante de Electricidad, no tuve muchos problemas pues había laboratorios establecidos. En total, la Escuela debe haber tenido

unos 90 a 100 alumnos.”

Al recibirse, fundó su propia empresa, “Kirberg Ingeniería Eléctrica”, que fue confiscada después del golpe, junto a las cuentas bancarias y el auto Mercedes Benz, recuerda doña Inés. No hay un catastro de cuántas obras eléctricas realizó don Enrique. Se dice que trabajó en la construcción del Teatro Municipal del Barrio Yungay y en la de una población obrera que quedaba por avenida Matta. Su hija Lena cuenta que su papá trabajó la parte eléctrica de, por lo menos, una decena de aeropuertos en el sur de Chile y, sobre todo, dice que él hizo el trabajo de iluminación del Estadio Chile; justamente del Estadio Chile, donde estuvieron cientos de presos de la UTE, entre ellos, la señora Inés. Pero, por sobre todo, don Enrique hizo clases en la Escuela de Ingenieros Industriales, primero como ayudante y luego en calidad de profesor. Participó activamente en el movimiento por la Reforma de la Universidad, que comenzó en 1961 en la sede de la UTE en Copiapó y terminó y fue destruido por el golpe de Estado de 1973.

Durante todos esos años, doña Inés -dedicada a criar hijos y velar por su casa y esposo- continuó siendo una activa y disciplinada militante de base del Partido Comunista y tenía su agenda propia en el área de mujeres, en el Comité Comunal de Ñuñoa. De los tiempos cuando su marido era Rector, doña Inés recuerda que él le pedía que fuera a la UTE cada vez que el Presidente Allende, acompañado de su esposa, visitaba la Universidad, lo que ocurría 2 o 3 veces al año.

De la Reforma y don Enrique Kirberg es imposible referirse acá. Solo dejaremos fluir los recuerdos del día del golpe de 1973 que doña Inés guarda: *El once de septiembre lo llamaron de madrugada avisando que la antena de la radio había sido destruida. Dudó si ir primero a gimnasia, porque él madrugaba 3 veces a la semana para ir a hacer gimnasia a Vida Sana que estaba en el centro de Santiago, o ir directo a la Universidad. Como a las 10 me llamó para decirme que no me fuera en mi auto a la UTE porque él ya había mandado a Can-*

cino, el chofer, a buscarme. Yo ya sabía lo que estaba pasando así que de una carrera fui a hacer algo al local del Partido en Ñuñoa y volví de inmediato a esperar a Cancino. En el camino hacia la UTE, por avenida Matta vi una cola donde vendían pollos y pensando que Gloria, mi hija menor, y uno de mis nietos estaban de cumpleaños ese día, me puse en la cola. Así fue cómo el día del golpe llegué a la UTE con un pollo con plumas. Mi hija mayor estaba casada, tenía 2 hijos y vivía en su propia casa. Mi hija menor era veterinaria y desde muy temprano estaba en su lugar de trabajo y nuestro hijo estudiaba en la UC de Valparaíso. Cuando llegué a la Universidad ya se sabía de la muerte de Allende. Entonces a mi marido le dije “este es el fin de nuestros sueños” y él agregó “ahora empezamos a vivir la pesadilla”.

La señora Inés recuerda con cariño a María Victoria, la secretaria de su marido. Al día siguiente, el 12 de septiembre, después del asalto a la Casa Central, bajaron juntas las escaleras arrastrándose como gusanos -recuerda ella- para protegerse porque todo era de vidrio y seguían disparando. Salieron por la parte posterior de la Casa Central y cruzaron el puente pequeño. Ella miró el agua que en aquellos años rodeaba el edificio y la vio sucia. Estuvo durante horas en la avenida Sur, tirada en el suelo, boca abajo, junto a los demás. En la tarde la subieron a una micro en la que iban unas 30 mujeres. Primero las llevaron a la plaza Bulnes y unas estudiantes desde la micro vieron a Kirberg entrando, con las manos en la nuca, al Ministerio de Defensa. Después de mucho rato las llevaron al Estadio Chile. Unos hombres de Patria y Libertad se quedaban con los carnets de identidad de los presos. En el Estadio Chile estuvo junto a Cecilia Coll, directora de Extensión Artística de la Universidad y esposa de Hugo Fazio, vicepresidente del Banco Central. También recuerda haber estado con Lita Viela Riquelme e Irene Concha Gálvez, hija del poeta Juvencio Valle.

Como otra entrevistada en este libro que también estuvo presa en el Estadio Chile, doña Inés es parca en este tema y rápidamente pasa a contar acerca de cuando ya estaba libre,

del momento cuando salió del Estadio Chile y no se atrevió a volver a su casa, así que se fue donde su hija casada. A los pocos días llegó hasta allí la hija menor y ella se sintió un poco más aliviada pero no sabía dónde estaban presos su marido y su hijo, que estudiaba Valparaíso.

Ella iba a todos los lugares donde había presos hasta que la esposa de un ministro -no recuerda el nombre- le entregó un papelito en que don Enrique le daba instrucciones muy precisas para que le mandara algo que estaba a la izquierda, detrás del tercer cajón, debajo de... Por la precisión de las instrucciones ella supo que su marido estaba vivo. Las hijas habían escuchado que lo habían matado *—le hicieron tantos simulacros de fusilamiento, dice—* pero no se habían atrevido a decírselo.

Después que él fue enviado a la Isla Dawson, con otras mujeres iban a La Vega Central y compraban cajas y más cajas de huevos y otros alimentos para mandarles. La esposa de una ex autoridad de Punta Arenas se encargaba de hacerlas llegar hasta el campo de concentración *y al final, ellos recibían un poquito*. Hasta que se fueron al exilio su gran apoyo fue su cuñada, Graciela Torricelli, casada y ya separada de uno de los hermanos de doña Inés. Junto a Graciela y a otras mujeres que se encontraban a diario a las afueras del Estadio Nacional y otros lugares de detención, en octubre de 1973 formaron la Asociación de Mujeres Democráticas, con el fin de dar apoyo de dinero, comida, aliento y lo que fuera necesario a tantas otras mujeres que buscaban a sus parientes presos, perdidos, desaparecidos, y que estaban en una situación económica mucho peor que ellas.

Le pregunto por los años de exilio pero con los ojos perdidos en sus recuerdos dice que las mujeres perseguían a don Enrique porque era muy buenmozo y a él le daban pena porque no tenía ningún interés en ellas; *por suerte, yo no era celosa*. A propósito de que lo perseguían las mujeres, murmura: *Alguna vez Castillo Velasco dijo que Kirberg era elegante por dentro y por fuera. Yo lo corregí diciéndole que era hones-*

to por dentro y por fuera.

Muchas penas ha tenido la señora Inés, sobre todo, la muerte de su marido en 1992 y pocos años después murió su hijo Luis Carlos. Se inició en política a los quince años y hasta el día de hoy es una participante activa de la Asociación de Mujeres Democráticas. No ha sido una dirigente que buscara visibilidad pero a lo largo de toda su vida adulta ha tenido su “cuarto propio”, principalmente en actividades de defensa de los derechos de las mujeres y en la lucha en pro de los derechos humanos.

Humberto Guzmán Rubio

Ingeniero, profesor y sacerdote de la EAO-UTE-USACH

Humberto Guzmán cuenta que él proviene de una familia de clase media sin pretensiones. El padre estudiaba Leyes pero varias veces tuvo que retirarse para trabajar con el fin de costear sus estudios del año siguiente además de mantener a su familia que se componía, además de padre y madre, de dos hijos varones y una niña, que era la mayor. Humberto fue el benjamín. De niño vivió en una casa en calle Domínica, en el barrio Recoleta, al otro lado del Mapocho, cerca del Cerro San Cristóbal; *mi madre me dio a luz en la casa donde vivíamos, como se acostumbraba en esa época. En ese tiempo no había sistema público de salud; estoy hablando de ochenta y tantos años atrás. Nací y viví mi niñez en torno a la familia en un barrio que ya en ese tiempo –años treinta- era antiguo.*

Desde primera preparatoria estudió en un colegio cercano a su casa, llamado Academia de Humanidades, que era de los padres dominicos y quedaba en la avenida Recoleta. *El convento era muy grande y para adentro, hacia el cerro, los dominicos tenían la Academia de Humanidades.* Terminadas las Preparatorias, Humberto pidió a sus padres que lo cambiaran de colegio porque no estaba de acuerdo con muchas cosas de los curas. Sus padres lo escucharon y lo llevaron a estudiar las Humanidades al Liceo Valentín Letelier, ubicado en la entrada de Recoleta. Este Liceo fue fundado en 1888 bajo el gobierno de José Manuel Balmaceda y al principio su nombre era Liceo de Santiago pero en la época en que Humberto estudió se llamaba Liceo Número 1 de Hombres.

Por distintas circunstancias, desde niño Humberto se interesó en la electricidad, cómo se generaba la luz y cómo se

transmitía y, sobre todo, para qué se usaba.¹⁴ Entonces, al terminar sus estudios secundarios entró a la Escuela de Artes y Oficios a estudiar la carrera de técnico electricista. Una vez obtenido el grado de técnico, estudió Ingeniería en Ejecución de Electricidad y después Ingeniería Civil Eléctrica en la Escuela de Ingenieros Industriales. *Estudié siguiendo una vocación muy fuerte.*

Cuando estudiaba en la EAO, por un compañero oyó hablar de un sacerdote que era carismático e interesante, que analizaba los temas a fondo. Muchas veces fue invitado a escucharlo, pero Humberto no quería tener ninguna relación con la Iglesia Católica, *“estaba lejos de ella y la criticaba por esto y por lo otro.”* Pero su compañero insistió tanto con sus invitaciones que un día Humberto partió al colegio de San Ignacio, en la calle Alonso Ovalle, a escuchar al personaje. *Lo escuché con mucha atención y me interesó lo que decía. Me pareció que era un hombre sabio que tenía cosas interesantes que decir. Hablaba con imágenes profundas y de un gran simbolismo al momento de referirse a una realidad concreta y aterrizada.”*

Al finalizar ese encuentro, su amigo lo presentó al sacerdote. Se trataba del Padre Alberto Hurtado, quien lo saludó con cordialidad y por las preguntas que le hizo, Humberto comprendió que lo ubicaba perfectamente porque su amigo le había hablado de él. El Padre Hurtado le preguntó por qué no había querido ir antes a escucharlo y Humberto le explicó que tenía muchas críticas contra la Iglesia porque no se preocupaba de lo que le sucedía a los pobres. Alberto Hurtado le dijo que había muchas otras cosas criticables, que en sus 2000 años de historia, la Iglesia Católica había vivido las Cruzadas con sus masacres, las condenas injustas a la ciencia, como en

¹⁴ En marzo de 1883 se iluminó por primera vez con luz eléctrica la Plaza de Armas y sus alrededores, asombrando a los santiaguinos. Así comienza un proceso de electrificación que cambió los hábitos domésticos y laborales de la población urbana de Chile. A partir de 1920 se masificó el uso de la electricidad y las ampolletas incandescentes reemplazaron a las lámparas a gas para iluminar casas y calles. A partir de los años treinta comienzan a llegar desde el extranjero los primeros electrodomésticos: radios, planchas, calentadores de agua, refrigeradores y cocinas.

los casos de Giordano Bruno y Galileo Galilei, más la Inquisición y tantas otras situaciones muy complejas.

De inmediato sintonicé con él, con la mirada objetiva, realista, completa, y desde ese momento quedé más conectado con la fe y el cristianismo. Después seguí asistiendo a las reuniones, en las que él hablaba del tema de la justicia social. Paulatinamente fui captando la profundidad de su pensamiento y comprendí que a él le inquietaba mucho el tema social.

A los encuentros del Padre Hurtado con jóvenes asistían unos 100 o 150 estudiantes de distintas universidades y Humberto Guzmán fue un activo participante de las actividades que fueron naciendo a partir de esas reuniones. *Con justa razón a Alberto Hurtado se le llamaba profeta de la justicia en Chile, justicia que iba desde no dejar botados a los niños debajo del Mapocho hasta todo lo que significa el Hogar de Cristo, pasando por formar dirigentes sindicales para que ellos -con conocimiento de las leyes y derechos de los trabajadores- se insertaran en sus sindicatos como cristianos con el objetivo de que fueran por buenos caminos en la defensa de los derechos sindicales, salariales, por la dignificación de ellos, su trabajo y sus familias.*

Al ver que el Padre Hurtado era un hombre tan comprometido, Humberto sintió que vivía en un mundo ajeno o distante a los pobres. Para remediar esto, tomó la opción de suspender sus estudios e irse a trabajar como obrero a la chancadora del Mineral de El Teniente, que en ese tiempo era de una empresa norteamericana, la Braden Copper Company. *Esto fue en la primera mitad de los años 40. Los obreros vivíamos en Sewell y nuestra vida era subir y subir escaleras. Desde el principio lo que me impactó y me llegó muy adentro fue ver que muchos de mis compañeros con los que compartía la pieza donde dormíamos los solteros, subían unos 10 a 15 escalones y se paraban largo rato a serenar la respiración. Cuando les pregunté qué les pasaba, por qué tanto cansancio, me respondieron que tenían silicosis. Calculo que más o menos un 40*

por ciento de los obreros tenía la enfermedad. Para el procesamiento del cobre, en El Teniente existían los molinos mojados y los molinos secos, hasta donde llegaba el chancado que se sacaba del subsuelo. El chancado daba un polvillo muy fino que casi no se veía y a los trabajadores no les entregaban mascarillas de protección así que respiraban eso. El polvillo se iba depositando en los bronquios y finalmente en los pulmones, que se rigidizaban, bajando su capacidad de llenarlos de aire. Los enfermos de silicosis respiraban cortito y por la falta de buena circulación sanguínea la piel se les ponía amarilla, entonces uno veía -hablando en sentido figurado- cadáveres trabajando y subiendo escaleras. Yo me preguntaba cómo era posible que esa fuese la suerte de los trabajadores chilenos. Ellos explotaban el cobre y además de cobre, había litio, oro y otras cosas valiosas que no se les pagaba a los mineros y los dueños sacaban todas las ganancias y se las llevaban a Estados Unidos. En El Teniente maduré mucho en la comprensión del sentido social de las cosas. Volví a estudiar a la EAO con una conciencia nueva, más existencial, ya no de libros ni de conferencias sino de algo experimentado vitalmente.

Quando terminó sus estudios en la UTE, don Pedro Pablo Pérez Zañartu contrató al ingeniero Guzmán para que se fuera a trabajar con él. Pérez Zañartu había sido uno de sus profesores y, además, era subgerente de ENDESA¹⁵. Humberto entró a trabajar en las oficinas de la calle Ramón Nieto, en Santiago. *En ese entonces en ENDESA reinaba la anarquía. Esto era así a todo nivel, incluidas las centrales que ya estaban en explotación, como Los Molles, Abanico, Pilmaiquén, Sauzal, Sausalito, donde había muy malas condiciones laborales. Pese a ello, se seguía construyendo más centrales por todo Chile. Los trabajadores vivían situaciones muy duras, familiar y personalmente, y en la Empresa no tenían a quien acudir. Los derechos laborales eran muy vulnerados.*

¹⁵ La Empresa Nacional de Electricidad S.A., ENDESA, fue creada en 1943 por la CORFO como parte de su plan de industrialización de Chile y, en específico, para desarrollar el Plan de Electrificación del país, incluyendo la generación, el transporte, la producción y distribución de energía eléctrica. Hasta 1987 ENDESA fue una empresa estatal.

Entonces, a partir de la formación recibida de Alberto Hurtado y la experiencia en la mina de El Teniente, Humberto se juntó con unos colegas y les propuso formar un sindicato. *Así formamos el primer sindicato de profesionales y empleados de ENDESA y comenzamos nuestra labor. El Gerente General de ese tiempo era muy de derecha y muy autoritario, de modo que nos dijo que no iba a autorizar ningún sindicato. Pero las leyes permitían que nosotros, fuera de la empresa, nos juntáramos con un Inspector Provincial del Trabajo. En forma medio clandestina nos convocamos y nos reunimos con el Inspector Provincial, firmamos y fundamos el primer sindicato de profesionales y empleados de ENDESA. En la directiva éramos cinco: Sergio Lorenzini Correa, Noel Muñoz, y otros dos, cuyos nombres no recuerdo. Dado que teníamos fuero sindical, empezamos a recorrer las centrales hidroeléctricas para que todos supieran que había un sindicato e informarles que ellos pasaban a ser una especie de rama en el organigrama y que, por tanto, tenían pleno derecho a todas las conquistas que se fueran dando y a beneficiarse de ellas. Más tarde nacieron otras organizaciones sindicales.*

Humberto Guzmán trabajó como ingeniero en ENDESA a lo largo de 7 años, hasta que comprendió que *había un llamado que me hacía el Señor y la Iglesia para que me fuera al Seminario*. Tenía 29 años y había pololeado con las hermanas de un par de sus compañeros de trabajo y con una secretaria, pero el llamado de su vocación era más fuerte. Se reunió con el Gerente General de ENDESA y le dijo *traigo escrita mi renuncia como funcionario porque me voy al Seminario*. El Gerente General no le creyó, pensando que quería un ascenso. El ingeniero Guzmán le explicó que se iba al Seminario para hacer los estudios y ver si tenía condiciones para ser sacerdote. El Gerente trató de convencerlo de que siguiera su promisorio carrera de ingeniero y conversaron un largo rato hasta que finalmente le dio el visto bueno.

Así me fui al Seminario Mayor, que en ese tiempo estaba en el campo, en Apoquindo, como a dos cuadras de donde después viviría Salvador Allende. Habíamos varios adultos,

profesionales como yo, ya entraditos en edad y estudiábamos con veinte muchachos que venían saliendo del colegio y a lo sumo tenían 18 años. Parecíamos sus padres y se daba una relación de compañeros muy especial y bonita. En el Seminario Mayor estudié 7 años y finalmente me ordenó sacerdote el que en ese tiempo era arzobispo de Santiago, don Raúl Silva Henríquez.¹⁶

Apenas ordenado, habló con el arzobispo Silva Henríquez para comunicarle su deseo de ejercer su ministerio sacerdotal en la Universidad Técnica del Estado. *¿Cómo?, -me dijo- en esa universidad no hay católicos; ¡son todos masones o comunistas!* El presbítero Guzmán le contestó que precisamente por eso quería ir a la UTE y le explicó que en Santiago había 3 universidades: la de Chile, la Católica y la UTE y que en la Católica había 24 sacerdotes dedicados a acompañar a la gente de esa Universidad, y que en la Chile había uno en la Escuela de Medicina de avenida Independencia; otro en la Escuela de Agronomía; otro en Ingeniería, en Blanco Encalada; otro en Arquitectura en Los Cerrillos y dos o tres más en el Pedagógico y en la Casa Central. *En cambio, en la UTE no hay ninguno*, le dijo. Le explicó que creía tener posibilidades de trabajar en la UTE por ser egresado de ella, agregando que conocía bien la historia de esa Universidad nacida cerca de 100 años atrás con la Escuela de Artes y Oficios.

Él me miraba con los ojos muy abiertos porque no conocía nada de lo que era la Universidad Técnica del Estado. Finalmente le expliqué muchos detalles del porqué en ese tiempo estaban los hermanos masónicos a cargo de la Universidad y que los cuatro primeros rectores habían sido miembros de la Logia Masónica. Entonces don Raúl Silva me dijo: “entonces te va a tocar vértelas con la masonería.” Le respondí que no me causaba ningún problema, que sabía que no muerden y conocía personas de la masonería que eran buenos

¹⁶ Raúl Silva Henríquez nació en Talca en 1907 y murió en Santiago en 1999. Fue un destacado sacerdote salesiano y abogado, obispo de Valparaíso, arzobispo de Santiago, cardenal de Chile y acérrimo defensor de los derechos humanos durante la dictadura militar de Pinochet.

ciudadanos, que tendrían sus más y sus menos, al igual que nosotros, le dije.

A los pocos días el arzobispo Silva Henríquez lo llamó para decirle que lo había pensado y que postulara a un puesto de trabajo en la UTE. *En ese tiempo había que postular por medio de concursos para las vacantes y me había enterado que había una en Ingeniería Eléctrica. Así ingresé como profesor a la Facultad de Ingeniería.* Ante la pregunta de cuándo fue eso, saca cuentas en voz alta: *Egresé de la UTE el año 1950, salí de ENDESA en 1957 y me ordené como sacerdote en el año 1964, entonces entré como académico a la UTE el año 1966, y me mantuve hasta el año 2000, cuando renuncié a mi puesto académico. Fueron 34 años. Me tocaron períodos muy interesantes, como el de la Reforma Universitaria, y me tocó estar como académico cuando se produjo el golpe militar.*

La efervescencia del proceso de la Reforma lo encontró siendo sacerdote de la Pastoral de la UTE y profesor en Ingeniería Eléctrica. El presbítero Guzmán recuerda haber participado activamente en marchas y otras acciones. Sin embargo, algo de lo que se acuerda especialmente es un proyecto que nunca se realizó. *La idea de que en la Universidad hubiera una capilla ecuménica nació a partir de la dificultad que a veces se daba cuando moría una secretaria o algún académico que vivían en una comuna lejana y pocos podían asistir al funeral. Entonces pensamos en la posibilidad de tener un lugar para juntarnos y rendir homenaje a los nuestros con un máximo de asistencia de académicos, funcionarios y estudiantes. Creíamos que podríamos suspender las actividades por un rato corto para ir ahí a encontrarnos con el que partió, o a pedir por el que estaba enfermo o, como se hace en algunas catedrales, dar un recital de música. Hubo coincidencia en la necesidad de tener un lugar ecuménico y al principio surgieron muchas ideas de dónde erigirlo hasta que finalmente la gente del Departamento de Obras señaló el lugar más apropiado. Era por donde en aquellos tiempos se llamaba El Tattersall, cerca de la casa vieja donde antes estaba Ingeniería en Construcción. Queríamos que fuera de fácil acceso y que si-*

guiera la estética del tipo de construcción de la UTE, así que se le pidió a una arquitecta que hiciera un proyecto. Lo hizo, lo discutimos, se mejoró con diversas sugerencias y finalmente se llegó al proyecto definitivo y se dijo cuánto costaría y nos pareció un monto razonable. Empezamos a usar el espacio donde en el futuro iba a estar la capilla ecuménica para ir con los estudiantes en el tiempo de navidad, por ejemplo, para reflexionar desde el punto de vista de la fe católica sobre el tema y después hacíamos música con guitarras y cantábamos villancicos, o sea, mientras esperábamos tener la capilla, se celebraba en un potrerito.

Esto era en los tiempos de todas las peleas por la reforma universitaria, porque eran tiempos de reformas. Todas las universidades estaban en reforma, incluso la Católica, donde los chiquillos se tomaron la Universidad Católica y eso provocó un vuelco muy fuerte porque ahí los rectores siempre habían sido eclesiásticos. Con la toma y en nombre de los estudiantes, el líder de los jóvenes -que ahora es médico, Miguel Ángel Solar- exigió la salida del Rector. Por intervención del Cardenal Silva Henríquez, que habló con el Papa, sacaron al rector que era un obispo y quedó entonces el arquitecto Fernando Castillo Velasco, el mismo arquitecto de esta Universidad y de la Villa Portales. Esos fueron tiempos de mucha riqueza intelectual, en los que se desarrolló mucho la creatividad, era de una efervescencia especial. Así fue el tiempo en que nació el proyecto de la capilla ecuménica. Después hicimos una campaña entre los académicos para que esto fuera conocido por la comunidad y la gente aportara dinero y entonces hacíamos rifas y otras actividades para reunir fondos para construir la capilla ecuménica. Yo hice gestiones para que el Arzobispado de Santiago hiciera una primera donación y, aunque no estaban con las arcas muy llenas, nos donaron un millón de pesos con un cheque a la orden de la Universidad Técnica del Estado, que se depositó en una cuenta abierta especialmente con el fin de construir la capilla ecuménica. Hasta hoy no sé qué hicieron los militares con esa plata. Es cierto que la mayoría de la gente de esta Universidad era agnóstica o militantemente atea, pero entre los académicos había muchos judíos y entre los es-

tudiantes había evangélicos y católicos.

Con el rector Enrique Kirberg teníamos una sintonía entre eléctricos: al igual que yo, él era ingeniero eléctrico egresado también de la EAO y de la Escuela de Ingenieros Industriales”. Alguna vez el rector Kirberg supo que había un académico que era cura, entonces pidió que fuera a hablar con él. Cuando el profesor Guzmán llegó a su oficina, Kirberg lo saludó dándole la bienvenida a nombre de la Rectoría como sacerdote, como egresado de la UTE y como académico y le ofreció su colaboración en todo lo que fuera por el bien de la Universidad y de los estudiantes. El presbítero Guzmán recuerda que tuvieron una larga conversación y que la actitud del rector fue de mucha confianza. “Después, a través de Bárbara Ossandón, una mujer muy valiosa que estaba a cargo del Departamento de Estudiantes, le pedíamos salas para reunirnos y Bárbara tenía instrucciones del Rector de facilitar todo lo que pidiera la Pastoral. En ese tiempo pudimos hacer bastantes cosas y había una muy buena relación, a diferencia de lo que había sucedido en tiempos anteriores y a lo que sucedería después, durante la dictadura.

Ese día 11 de septiembre de 1973 Humberto Guzmán ocupaba el cargo de subdirector del Departamento de Ingeniería Eléctrica y como tal, debió llegar muy de mañana para supervisar las instalaciones ya que la UTE encabezaría una cadena radial. Así supo que en la madrugada había pasado un comando de gente vestida de civil que cortó el cable axial de la antena y a punta de metralletas silenció la radio.¹⁷ Ese día a las 11 de la mañana iba a venir a la UTE el presidente Allende para inaugurar la exposición “Por la Vida Siempre” y, según se dice, anunciar la realización de un plebiscito. Guzmán llamó al rector Kirberg para comunicarle lo sucedido. Recuerda que ese día se quedó en la Universidad.

Y después vino el bombardeo de La Moneda, los por menores de lo que pasó, que fue tan doloroso, muy triste, y

¹⁷ En la página 18 del libro de entrevistas de Sergio Marras llamado “Confesiones” (Editorial Ornitorrinco, Santiago, 1988), Federico Willoughby asegura haber encabezado esta acción.

que todavía uno no termina de asumir porque ¿cómo podemos los seres humanos llegar a esa barbarie tan insólita? Hacer eso contra nuestros hermanos y de profesor contra profesor, denunciándose para que al otro lo tomaran preso y desapareciera, todos los alumnos a los que mataron, todos los alumnos y alumnas que fueron torturados. Como yo estaba a cargo de la Pastoral de la Universidad me tocó -como asesor de la Pastoral y como académico- visitar a muchas familias de esos estudiantes asesinados, dinamitados, desaparecidos y ver a las mamás destrozadas buscando a sus hijos y haciendo contacto con otras mujeres que vivían la misma situación. Algunas veces aparecía el cadáver de alguno de ellos y era un drama humano tremendo. La Iglesia Católica, a través del cardenal Raúl Silva, junto con Helmut Frenz, obispo de la Iglesia Luterana, y con otros pastores y personas formaron lo que se llamó Comité para la Paz en Chile. Entonces se formó esa primera instancia de ayuda y hay toda una historia cruenta de persecución a las personas que trabajaban ahí.

Sabíamos que en las Naciones Unidas los representantes del gobierno chileno negaban las denuncias de lo que pasaba en Chile, entonces empezamos en todas partes a hacer registros, con nombre y apellido, de todo lo que pasaba. En ese momento yo hice lo que nosotros llamamos un discernimiento, o sea, ver la situación en presente y futuro, considerando el pasado también. Comprendí que yo estaba en esta Universidad, viviendo y viendo lo que pasaba y que no podía ser uno más que no cree, no oye ni dice nada y entonces me dije “además, soy cristiano y tengo el rol profético de denunciar lo malo, y aquí nadie dice nada, todo se oculta, y hay mucha maldad en lo que sucede”.

El presbítero Guzmán se acuerda de algunos trabajadores que eran aseadores y que le rogaban que no botara ningún papel en el basurero de su oficina porque ellos tenían la obligación de entregar todo papel que encontraran en su basura, en especial, aquellos con números de teléfono, direcciones, nombres. Ellos tenían la orden de denunciarlo y le pedían que tuviera cuidado, que lo estaban siguiendo y que también

se cuidara de lo que les decía a algunos profesores que estaban a favor de los militares.

Era un ambiente irrespirable, no se podía confiar en nadie, entonces fue cuando comencé a escribir todo en un cuaderno, todo lo que me contaban los que llegaban a la Pastoral. Nosotros teníamos una casa en avenida Ecuador que pertenecía a una parroquia y que el obispo Enrique Alvear nos consiguió para que funcionara la Pastoral de la UTE. Y ahí sigue funcionando hasta el día de hoy. Las reuniones eran con estudiantes, académicos y trabajadores de la Universidad pero también con las mamás y amigos de los que necesitaban ayuda.

Me acuerdo de más de una mamá que llegó a decirme “señor, mi hijo no llega a la casa, me dicen que lo vieron cuando unos hombres lo subían a un auto, pero no sé dónde está, no sé qué hacer.” Entonces yo les pedía que me contaran más y les informaba que teníamos un organismo encargado de la parte legal que permitía poner recursos de amparo y las acompañaba a la Vicaria de la Solidaridad, que estaba en la Plaza de Armas, y hablábamos con un abogado para que interpusiera un recurso de amparo que firmaba la mamá y lo avalaba yo.

Me acuerdo mucho de la mamá de Michelle Peña, la estudiante de Ingeniería Eléctrica que estaba embarazada de más de ocho meses. También era de Ingeniería Eléctrica Carmen Gloria Quintana, a la que quemaron viva. Ellas dos fueron alumnas mías, las conocí mucho y mi dolor por ellas es hasta hoy muy fuerte. Me acuerdo de otros, como Gregorio Mimica, que era dirigente del Centro de Alumnos de Ingeniería y a quien también lo mataron, y recuerdo a tantos jóvenes, a tanta gente que sufría. Después de conversar con las mamás de ellos, llegaba a mi casa y anotaba en el cuaderno todo lo que había sucedido en el día, que a tal hora se vio por última vez a fulano de tal, que estudiaba tal carrera, en fin, todos los datos que había obtenido los escribía en mis cuadernos; y después otro caso, tal fecha tal día, tal hora, y así hasta el final. Yo

quiero que se sepa que hay dos muchachos que fueron dinamitados y que el Estado no los reconoce como víctimas de violaciones de los derechos humanos, pero ellos sí son reconocidos en su calidad de víctimas por la Universidad de Santiago. Hubo muchos casos polémicos, el caso de Santibáñez, el caso de unos jóvenes que dinamitaron en La Florida y otro en el Edificio Panorámico que queda en Nueva Providencia con Lyon. Otro caso muy dolorosa fue la de un alumno que apareció muerto en la playa de Rocas de Santo Domingo, Mario Martínez, que era el presidente de la FEUSACH. Hubo muchos casos muy sórdidos, muy complicados pero finalmente no hubo voluntad para seguir investigando hasta encontrar a los responsables. Después pensé que sería bueno sacar un librito, aunque fuera muy modesto, muy rústico, pero tenía que dar a conocer todo eso, porque no podía quedar silenciado y lo hicimos. Ese libro, difícil de encontrar, se llama “Tiempo de dolor, Tiempo de Esperanza”, y fue publicado a fines de 1990 y reeditado diez años después.

Cuando editó el libro, el presbítero Guzmán no sabía que después de haber conversado con Francisco Javier Gil y otros académicos, el rector Morales había gestado la idea de que la Universidad -como institución- debía constituir una comisión que estudiara las violaciones a los derechos humanos en la UTE y en la USACH e hiciera una publicación sobre todo lo sucedido¹⁸. *Yo no estuve en esa comisión que investigó las violaciones a los derechos humanos en la Universidad, no supe de ella, no me invitaron, pero en gran parte se basa en la información que fue registrada por la Pastoral Universitaria.*

Esta es la única universidad que lo ha hecho y, además, lo ha actualizado y ahora estamos al día gracias a todos los que han colaborado pero probablemente cuando se cumplan 50 años del golpe de Estado se va a hacer otra actualización y se van a encontrar más víctimas de la UTE y de la USACH. Hay

¹⁸ “Informe de la Comisión de Reconciliación Universitaria”, 1991. Reeditado y actualizado en 2013 como “Libro Memorial de la Universidad Técnica del Estado y la Universidad de Santiago de Chile”. Ver: <http://www.usach.cl/libro-memorial-la-universidad-tecnica-del-estado-y-la-universidad-santiago-chile>

tanta gente que se asiló y que no ha vuelto a Chile y no ha dado información respecto a muchas cosas que están por saberse. Pienso en tantos que estuvieron en Tres o Cuatro Álamos o en Villa Grimaldi. Hubo un grupo muy grande de miristas que fueron a dar a Villa Grimaldi, la mayoría de ellos murieron; una vez estuve con los sobrevivientes del MIR que estuvieron ahí; la mayoría de ellos aún está en Suecia, y otros en Bélgica, Canadá, Inglaterra. Es por esto que creo que poco a poco van a seguir surgiendo nuevos casos. Es una herida que no ha cicatrizado todavía.

Durante ese tiempo tan duro, emocionalmente difícil, tuve el apoyo de Alfonso Baeza; también conversaba mucho con Carlos Camus; con Fernando Ariztía, que fue nombrado obispo auxiliar de Santiago; y, en especial, con Enrique Alvear, que nos apoyó mucho cuando el rector delegado expulsó de la Universidad a la Pastoral, y estaba totalmente prohibido colocar un afiche que dijera Dios te ama, por ejemplo.

Al poco tiempo de esa expulsión, a don Enrique Alvear le llegó una carta de uno de los rectores delegados, de apellido Smith me parece, diciéndole algo así como: “muy estimado señor obispo, he sabido de que usted fue a un gran evento latinoamericano, y lo invito para que en el campus de la Universidad nos dé una conferencia sobre ese tema.” Lo hacía para limpiar la imagen y tener a los obispos dando charlas dentro de la Universidad que estaba regida por rectores militares delegados. Entonces don Enrique me pidió que leyera la carta y le diera mi opinión. Le contesté que había dos posibilidades: “que usted vaya y diga algunas cosas, teniendo claro que mientras dure la dictadura no va a volver a pisar más la Universidad y también está la alternativa de mandar una carta que podemos publicar después”. Finalmente don Enrique le contestó - en mi archivo yo tengo copia de esa carta-: “con mucho gusto yo iría a dar la charla a la Universidad pero recuerde que soy parte de una Iglesia que es la misma que usted ha expulsado de la Universidad, que es la pastoral de la USACH, de manera que yo iría a dar la charla siempre que conmigo entrara y se quedara la pastoral de la USACH, porque

somos de la misma Iglesia.”

Recordando esos años difíciles se me viene a la memoria la transición del último rector delegado al rector Morales. Fue una época plana, en el sentido de que no hubo nada llamativo. Después vino un período en el que la Universidad todavía estaba muy herida y se comenzó a pedir unidad a los académicos. Para el rector Morales fue muy complicado porque tal y cual eran profesores que habían denunciado a muchos de sus colegas, además de haber actuado activamente en favor de la dictadura, y seguían en la Universidad. Para terminar con esa situación el rector Morales les ofreció que dejaran sus cargos a cambio de una indemnización de millones de pesos. Pero no se fueron. Fue muy complejo tratar de remar para el mismo lado con gente que había traicionado principios básicos de la vida académica y de la ética. La verdad es que todavía, hasta ahora, quedan algunas de esas personas en esta Universidad.

El presbítero Guzmán recuerda que fue en la Pastoral Universitaria donde conoció a Francisco Javier Gil, a quien admira mucho y han trabajado codo a codo en varias oportunidades. *Él es un doctor en Química que trabajaba en sistemas catalíticos, con muchos papers, un gran científico a la vez que un gran hombre que ha ocupado los cargos más importantes como, por ejemplo, rector de la Universidad Silva Henríquez. Acá en la Universidad, Francisco Javier tiene una historia increíble, toda la política de la inclusión social de la USACH es obra de él, con mucho apoyo de otra gente, por supuesto, pero él creó el Propedéutico y también ha escrito en muchas revistas de distinto tipo y dado entrevistas en canales de televisión sobre el tema de la bonificación de puntaje a los alumnos pobres que postulan a las universidades.*

A su vez, Francisco Javier Gil cuenta que el proceso que Humberto Guzmán hizo con el Padre Hurtado, es decir, la transformación desde ser un científico ateo o agnóstico hasta acercarse a Dios y a la Iglesia Católica, es el mismo que él – Francisco Javier Gil- hizo con el Presbítero Guzmán. Cuando

Francisco Javier Gil recibió el encargo de formar la Comisión de Verdad y Reconciliación de la Universidad y fue elegido presidente de la Comisión no dudó en ir a conversar con el profesor Guzmán. No dudó porque sabía que había hecho un trabajo prolijo de registrar todo lo que había pasado y también sabía que Guzmán conocía la Universidad mejor que él porque había estudiado en la EAO, en la Escuela de Ingenieros Industriales y en la UTE, y también sabía que en sus tiempos de estudiante había marchado pidiendo la creación de la UTE. Entonces le dijo: “Humberto, tengo esta misión, nuestra Universidad quiere hacer esto, ayúdame con material, con todos los datos que tengas”.

El presbítero Guzmán lo invitó a ir juntos a la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado para que con sus propios ojos viera los archivos y leyera la información de todo lo que pasó en la UTE, información que en la Vicaría estaba refrendada por las peticiones de justicia y causas judiciales que se habían presentado por las violaciones a los Derechos Humanos. *Fuimos a la Vicaría y ahí se dio cuenta del problema enorme que debía enfrentar. También le regalé el librito verde que habíamos sacado años antes con mucha información y entonces él empezó a elaborar el Informe de la Comisión usando como una de las fuentes de estudio, los registros de la Pastoral de la USACH.*

Gracias a las puertas que le abrió el presbítero Guzmán, Francisco Javier Gil conoció a algunas familias que habían sufrido la pérdida de sus hijos. Esas experiencias, el libro de la Pastoral, el testimonio de mucha gente que trabajaba en la Universidad y, después, a toda esa información se sumó el Informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación (Informe Rettig). A partir de esa montaña de documentos e informaciones, la Comisión fue escribiendo el Informe que había pedido el rector Morales. Ese Informe se publicó, se mandó a todas las universidades de Chile -tanto privadas como estatales- y, sobre todo, a las que habían sido sedes de la UTE, ya que casi todas las sedes tenían estudiantes, académicos o funcionarios entre los ejecutados políticos y detenidos desaparecidos

mencionados en dicho Informe. Antes que se conociera el informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación de la Universidad, la Pastoral editó más ejemplares del libro verde -como lo llama el presbítero Guzmán- y él, personalmente, dejó diez ejemplares en la Biblioteca Central pero no queda ninguno; *aunque deben quedar libritos de la reedición que años después hizo Rafael Chavarría, agrega.*

Yo estaba en contacto con los estudiantes y ellos me contaban de las actividades que estaban haciendo y las dificultades con que se topaban y cómo los profesores los conminaban a no meterse en cuestiones raras. Había asedio para meter miedo a todo tipo de reuniones que fueran contestatorias a la dictadura. Yo iba a reuniones con los estudiantes en la Casa de la Pastoral y muchas veces frente a la puerta había uno o dos autos con civiles que con cámaras fotográficas registraban a los que entraban y salían. También acompañaba a los estudiantes dentro del campus cuando había una manifestación y venían los carabineros con guanacos desde Alameda y desde Ecuador. Los chiquillos arrancaban y nosotros les teníamos las puertas abiertas en la Casa Pastoral y cuando ya habían entrado a la casa, cerrábamos la puerta y afuera decía -aún dice- “Arzobispado de Santiago, Pastoral USACH” y hasta ahí nomás llegaban los carabineros.

Los estudiantes de la Pastoral iban a iglesias del barrio alto, mucho más pudientes, y conseguían que en los períodos como Navidad, por ejemplo, los párrocos les dieran la posibilidad de hacer un breve discurso en el que se presentaban como estudiantes católicos de la Universidad Técnica del Estado y pedían ayuda porque muchos de sus compañeros tenían dificultades para pagar la matrícula semestral. Cuando pasaban el canastillo, la gente sacaba billetes y algunos incluso echaban cinco o veinte dólares. Toda la colecta era traída a la UTE y así lograban ayudar económicamente a cien o ciento cincuenta alumnos. *También los académicos ayudaban cuando podían, porque sus sueldos no eran como los de ahora.*

Humberto Guzmán dejó la Pastoral cuando jubiló de

profesor del Departamento de Ingeniería Eléctrica. Dice que fue un proceso difícil que aún le provoca nostalgia y lo trae a menudo a visitar a sus amigos de la Pastoral porque para él, la vida universitaria es como un río que pasa. *Llegan las chiquillos a primer año y tienen muy poco tiempo para otras cosas que no sea estudiar, aprender a tomar el ritmo, asegurarse con matemáticas y álgebra. Después, en segundo y tercer año se van adentrando un poco en otras actividades y en cuarto año están más maduros y ya están pensando en egresar. Es un río que va pasando y pasando. Es muy bonito ese trabajo de poder acompañarlos en su breve paso por la universidad, dejar huella en ellos y poder ayudarlos en sus dificultades de estudio, familiares y otras de distinto tipo.*

Ahora, con más de ochenta años, es párroco vicario de la Parroquia del Montecarmelo, donde, además, vive. *Queda en la comuna Pedro Aguirre Cerda, donde tenemos una alcaldesa que es una mujer macanuda, Claudina Núñez, que estudió en esta Universidad gracias al convenio CUT-UTE que hizo el rector Kirberg, así que Claudina Núñez tiene muy buenas relaciones con la Parroquia y nosotros colaboramos con ellos en la Municipalidad. Y cuando les pedimos alguna ayuda concreta nos la dan porque de repente una cámara del alcantarillado se hunde y la gente se puede caer o necesitamos pavimentación o arreglar el tendido eléctrico. En esas situaciones les damos aviso y de inmediato llegan del Departamento de Obras de la Municipalidad. Afortunadamente, hay una muy buena interacción con ellos. Mucha gente vive sin alcantarillado. Se me ocurre que también podríamos hacer una alianza con la Universidad porque necesitamos ingenieros que nos ayuden.*

La mención de Claudina Núñez y del Convenio CUT-UTE le trae el recuerdo de que esta Universidad siempre ha cumplido un papel importante en movilidad social, *como ahora se le llama a lo del Propedéutico pero hay otras cosas que se pueden hacer. En esta Universidad había –y me dicen que aún hay- estudiantes muy pobres, con mamás que trabajaban hasta las tres de la mañana como costureras para ganar unos*

pesitos para pagarle la Universidad al chiquillo. En ese tiempo la Universidad tenía ese convenio con la CUT que tenía cupos para trabajadores y entonces teníamos el compromiso de recibir, por ejemplo, a treinta alumnos campesinos, -campesinos auténticos, que trabajaban con ojotas- o a treinta alumnos de la industria metalúrgica, veinte alumnos de la industria textil, etc.

Asegura que a propósito de esto había mucha gente -y eso a él aún lo indigna- que decía que la UTE era una universidad comunista y *que estaban preparando a esa gente del convenio con la CUT para que fueran profesionales para que en el futuro gobernaran el país. Entonces se oponían a la universidad comunista.* Cree que por esta razón la UTE-USACH fue mucho más golpeada que las otras universidades.

Hay que considerar también que esta Universidad contó con muy poco apoyo para nacer, con mucha oposición, mejor dicho. Esto se debió a que estaba el problema político, el problema ideológico y también el problema religioso. Las otras universidades se opusieron tenazmente a que la UTE existiera. Desde su nacimiento esta es una Universidad de lucha, con una historia muy bonita. A mí me dan ganas de volver a la Universidad pero los tiempos y las circunstancias me han alejado un poco, pero de corazón estoy muy cerca de ella. Hay tantos cortes tajantes que es difícil tener una visión de la historia de la Universidad y también es difícil tener identidad, entonces ese es el trabajo que ahora es necesario hacer.

Mimi Larrañaga Prichard

Esposa y madre de profesores y estudiantes de la EAO y de la UTE

A Mimi nunca le ha gustado que la llamen por su nombre verdadero, que a mí me lo dijo y me pareció bonito, pero a ella le recuerda el tono de voz de una monja que la llamaba por su nombre cuando había cometido un pecadillo. Era una monja del Colegio de Señoritas de la Santa Cruz de la ciudad de Victoria, donde Mimi nació y se crió.

Mimi cuenta que su abuela materna llegó de Francia en el tiempo en que recién se había fundado Victoria, después de la llamada Guerra de Pacificación de la Araucanía. Se dice que hasta hoy en la Plaza de Armas de la ciudad se juntan los vecinos a discutir si es cierto que la ciudad se llama así porque su núcleo inicial, el Fuerte Victoria, fue bautizado con este nombre por los triunfos en la Guerra del Pacífico y porque parte importante del contingente militar fundador del pueblo participó en esa guerra o si ese nombre alude al triunfo sobre los mapuche a fines del siglo XIX y el inicio de la usurpación masiva de sus tierras y ganado, matanzas de mapuche e incendio de rucas y sembradíos, entre otras “medidas pacificadoras”. Lo que nadie pone en duda es que en sus inicios la ciudad fue muy pobre y constaba solo de unos cuantos ranchos, algo de comercio destinado a surtir a la guarnición del Fuerte y algunas calles con soleras de madera. Así era Victoria al momento de ser fundada en 1881. Cuando Mimi nació, Victoria ya tenía más de 25 años de existencia y había hoteles, colegios, casas de madera de dos pisos, un puente sobre el río Toltén, la estación del ferrocarril que en 1901 había llegado a la ciudad y una plaza en la que se lucían los jinetes expertos en hacer piruetas ante las niñas. Victoria recibió el impulso de muchas familias que llegaron a colonizar esta zona provenientes especialmente de Suiza, Alemania, Francia, Palestina y España. En 1906, con el aporte de profesores extranjeros, se fundó la Escuela Normal Rural Experimental de Victoria que sobrevivió hasta 1973 y que dio un gran realce a la educación

y a las actividades artísticas y culturales. Es así, como desde muy niña Mimi tuvo la posibilidad de tomar clases de piano.

Ella confiesa haber nacido el 16 de diciembre de 1920; *tengo 93 años*, dice con orgullo. Su abuela, Blanca Labiña, tenía 11 años cuando llegó de Burdeos con su familia y de inmediato el padre de Blanca recibió lo que se denominaba “tierras fiscales”. En la familia se dieron cuenta de que Blanca era muy inteligente por la facilidad con que aprendió castellano, puesto que a los pocos meses de haber llegado a Chile ya se había convertido en la traductora de los colonos franceses y suizos cuando debían hacer gestiones ante las autoridades chilenas. Siendo muy joven, Blanca se casó con un inglés de apellido Prichard pero él no se acostumbró a la vida poco civilizada del sur de Chile y a los pocos años regresó a Inglaterra, dejándola con dos hijos: León y Blanca. Blanca Prichard fue la madre de Mimi. Ella aclara *pero mi abuelo no se fue en mala, fue un acuerdo entre ellos*. Su mamá se casó con un señor Larrañaga, que era descendiente de una familia vasca, *“pero eran vascos sin plata*, dice. Se habían conocido en Victoria aunque él era de Santiago. El abuelo de Mimi, Rómulo Larrañaga, *era el doctor encargado de sacarles el corazón a los héroes que morían en la Guerra del Pacífico*. Mimi cuenta que ellos fueron cuatro hermanos pero el mayor murió de 4 años, así que a partir de eso, ella fue la única mujer y la del medio. Su hermano menor, Sergio, era poeta y ella aún guarda dos o tres poemas de él. También era músico, aventurero y, según ella, su hermano vivía muy a su manera y era un hombre feliz. Los hijos de Mimi recibieron mucha influencia de su tío Fauno, el apodo de Sergio Larrañaga.

Mimi estudió hasta quinto Humanidades en el colegio de monjas de Santa Cruz y tuvo que interrumpir sus estudios al enfermar de anemia. Se quedó en Victoria hasta que a su hermano mayor, que trabajaba en un Banco, lo trasladaron a Santiago y ella llegó por primera vez a la capital con la misión de ayudar a su hermano a instalarse. Fueron recibidos en la casa de una antigua amiga de ella con la que había sido compañera de colegio, Irma Coulon. Ahí conoció a quien después

de un tiempo sería su marido. Pero no fue flechazo a primera vista. Mimi regresó a Victoria y él empezó a ir a visitar más a menudo a sus hermanas. *Jorge era tan buena persona y generoso que se hizo cargo de las hermanas, porque eran jovencitas, y niñas algunas, y los padres habían muerto, recuerda Mimi.*

Lo primero que le atrajo de Jorge Coulon Bravo fue su generosidad y lo segundo, su profesión: él era técnico electricista y ella aún estaba impresionada y le bastaba cerrar los ojos para rememorar el momento en que vio luz eléctrica por primera vez en su vida. Fue en 1927 cuando la electrificación llegó hasta Victoria. *Recuerdo tan bien la primera noche que vi la electricidad; mi mamá nos sacó a pasear a mis hermanos y a mí para ver las luces. Pensé que habían bajado las estrellas.*

De a poco Mimi se dejó convencer por Jorge Coulon. Para ello, primero debió vencer su desconfianza porque *antes de ir a Santiago me habían dado muchos consejos, que mucho cuidado, que los hombres aquí y que allá, pero él era un hombre recto y en mi hermano mayor yo tenía un muy buen ejemplo de que no todos los hombres son malos.* Después de un tiempo el pretendiente la convenció y ella fue a visitarlo a Santiago, donde estuvo cerca de tres meses hasta que le escribió a su mamá comunicándole que había un problema: él había estado casado y tenía una hija. Como la mamá de Mimi conocía a la familia Coulon, puso condiciones para que no hubiera problemas con la otra señora y aceptó.

Jorge era ocho años mayor que ella y también era descendiente de la misma oleada de inmigrantes franceses que fueron traídos por el Estado chileno para poblar la zona recién conquistada en la Araucanía. La familia Coulon provenía del pueblo de Cognac. El padre de Jorge se llamaba Raymond y llegó con sus padres y dos hermanos a Curacautín, aproximadamente en 1890. Jorge, que nació en 1912, quedó huérfano a los 12 años y sus hermanos decidieron que era el más avisado y en 1924 lo enviaron a Santiago a estudiar en la Escuela de Artes y Oficios, la EAO. Estudió electricidad y a lo largo de

todos sus estudios fue compañero de curso de Enrique Kirberg. Y al igual que Kirberg, estuvo preso cuando los alumnos se tomaron la EAO para exigir la renuncia del director Montero, hermano del Presidente de la República.

La familia de Jorge ya no vivía en Curacautín sino que se había trasladado al campo, cerca de Traiguén pero algunas de sus hermanas estudiaron en el mismo colegio de Victoria al que fue Mimi. Una de ellas llegó de pensionista a la casa de los Larrañaga y así fue como años después el hermano mayor de los Larrañaga se casó con una de las hermanas Coulon.

Jorge Coulon Larrañaga, hijo de Mimi, cuenta: *Mi abuelo Raymond Coulon era francés, me imagino que, como casi todos los inmigrantes, de orígenes muy humildes. No lo conocí, pero sí tuve influencias francesas por parte de mi abuela materna, nacida en Victoria, hija de francesa e inglés. En su casa se hablaba bastante el francés, nosotros nunca aprendimos ni hablamos francés de niños, pero evidentemente algo asimilamos, visto que cuando me fue necesario afloró casi sin que me diera cuenta. Mi abuela nos hablaba en francés cuando había que usar palabras gruesas o pelar a alguien. Lo hacía en voz baja, lo que me dejó para siempre la sensación de que era el idioma de los secretos. Los Larrañaga de mi abuelo paterno eran bastante chilenos, venían de las primeras emigraciones vascas. Aristócratas aventureros y empobrecidos por los malos negocios. Mi bisabuelo Rómulo Larrañaga Carrera fue médico del Ejército de Chile durante la Guerra del Pacífico y, dice la leyenda familiar, descendiente de José Miguel Carrera y que fue también poeta popular y colaborador de la lira popular bajo el seudónimo de Rolak. Era liberal y balmacedista, perdió las posesiones salitreras de la familia en un juicio del que aún se hablaba en mi infancia. Mi abuelo Carlos y su hermano Julio fueron al parecer aventureros, mujeriegos y jugadores. No sé cuánto de todas estas leyendas sea cierto, pero el advenimiento de Internet me ha permitido encontrar trazos de verdad en algunas de ellas. No he tenido ni el tiempo ni la pasión de investigar más a fondo, pero he desarrollado un cariño especial por esos abuelos un poco taramba-*

*nas, inconformistas, poéticos y perdedores en el mundo de los negocios, rasgos que hemos mantenido rigurosamente en las generaciones sucesivas.*¹⁹

Recién casada, Mimi se fue con su marido a Temuco, donde él trabajaba en la Escuela Industrial de esa ciudad. Una vez en Temuco, con hijos que iban naciendo, paralelamente a su actividad docente, Jorge hizo una sociedad con otra persona y compraron la Confitería Central. Los ojos de Mimi aún se humedecen cuando recuerda que en Temuco, en su segunda vez que dio a luz, nació su única hija que murió a los dos meses. De todas formas, la familia se iba consolidando y la Confitería estaba teniendo tanto éxito que él debió retirarse de la Escuela Industrial para dedicarse por completo al negocio. Al poco tiempo Jorge Coulon Bravo comprendió que no quería pasar el resto de su vida lejos de la electricidad y la docencia y decidió vender la Confitería y regresar a Santiago para volver a la EAO, *su madre escuela, le decía él*, cuenta Mimi.

Una vez en Santiago y en la EAO, comenzó a trabajar en los laboratorios de electricidad, donde pronto fue ascendido a jefe, cargo que mantuvo durante muchos años. Recién cuando sus hijos eran grandes y estudiaban en la UTE, él ingresó a estudiar Ingeniería en Ejecución Eléctrica.

Jorge Coulon Bravo, como muchos de los profesores y estudiantes de la EAO de aquel tiempo, era radical y masón. La rama de los masones que funcionaba en la Escuela se llamaba Círculo de la Amistad pero como él nunca aceptó aprovecharse de su condición de masón para hacer carrera y vio mucho de eso, se fue alejando de la masonería. Fue profesor de matemáticas en el Departamento de Electricidad a lo largo de 56 años y también fue jefe del Bachillerato Industrial a nivel nacional, cargo que lo llevó a viajar mucho por todo Chile.

¹⁹ Esta y las siguientes citas de Jorge Coulon Larrañaga fueron tomadas de la entrevista realizada por Claudio Acevedo y Rodrigo Muñoz, miembros del colectivo “El Único Inti” (EUI) a comienzos de 2009 y publicada en el sitio Web <http://elunicointi.blogspot.com/>.

Mimi cuenta que cuando llegaron a Santiago desde Temuco primero vivieron en Salvador Donoso número 15. Llegó con tres hijos varones que quedaron para siempre marcados por Temuco, con añoranza por la lluvia y el olor a humo de quillay. Su hijo Jorge en entrevista a Acevedo y Muñoz recuerda: *Llegué a Santiago a los cuatro años, sin embargo para mí la capital era una especie de internado que terminaba apenas llegaban las vacaciones y partíamos de vuelta al sur de diciembre a marzo. Para mí el sur era trenes, trilla, ríos, caballos, madera, carretas, bueyes, graneros, sacos de trigo y olores imposibles de olvidar... el olfato es impermeable al olvido, tal vez el archivo en el que el cerebro guarda los olores y aromas es uno de los más incorruptibles. Mi volcán fue el Llaima. Victoria, Curacautín, Lonquimay y Temuco los lugares de esa infancia maravillosa. Mi padre fue toda su vida un exiliado del sur. Creo que nunca se adaptó a la vida en Santiago, su felicidad eran la Escuela de Artes y Oficios y los veranos en el sur, donde yo lo ayudaba a hacer instalaciones eléctricas en casas y graneros perfumados de madera nueva, o dirigiendo una cosecha de trigo u ordeñando vacas en la madrugada.*

Embarazada del hijo menor, el cuarto, Mimi llegó a vivir en una casa enorme en Gran Avenida pero les entraron a robar varias veces así que se cambiaron a vivir a la comuna de Ñuñoa, a la que por muchos años fue la casa de los Coulon Larrañaga, en la calle Clemente Fabres. Los que la conocieron, cuentan que era una casa abierta, donde se hacían tertulias, se tocaba mucha música y Fauno Larrañaga cantaba rancheras. Además, Papo, el sobrenombre con el que todos conocían a Jorge Coulon Bravo, era un radical que estaba virando hacia la derecha y, por tanto, en la casa había mucho debate político. *No eran peleas, aclara Mimi.*

Jorge Coulon Larrañaga les cuenta a Acevedo y Muñoz: *Desde que tengo uso de razón en mi casa hubo un piano. Igualmente presente está la presencia del Fauno, mi tío músico, periodista, camionero y poeta, iriólogo, naturista, filósofo, creativo publicitario, técnico agrícola y seductor legendario. Hay canciones, cantantes y sonidos que estaban en el ambien-*

te de mi casa desde antes de que tuviera uso de razón: Atahualpa Yupanqui, Gardel, Los Cuatro Huasos, Lunita Tucumana, Paisajes de Catamarca, Bajando pa' Puerto Aysén, Matecito de Plata, mi Buenos Aires Querido, Amores de Estudiante y tanta música clásica...

Jorge Coulon Larrañaga cuenta que cuando sus hijos cumplían 12 años, Papo les comunicaba que se iban a estudiar a la EAO. *Era un padre a la antigua, lo tratábamos de usted y su mayor miedo era que uno de los hijos le saliera homosexual o comunista. Cuando me comunicó que me iba a la EAO, aunque yo tendía más hacia lo humanístico o lo artístico, no se me ocurrió negarme.*²⁰ El primer atisbo de que alguno de los miedos de Papo se cumpliría se manifestó en 1964 cuando Jorge, en el mismo año en que entró al grado de oficio, fue presidente del FRAP en la EAO, la coalición que llevaba a Salvador Allende como candidato a presidente mientras Papo apoyaba la candidatura de Bossay, del ala derechista del Partido Radical. *Mi papá era muy amigo de Julio Durán, ese radical facho que terminó apoyando a Pinochet.*

Jorge recuerda que en los años en que él estudió en la EAO aún no había ninguna mujer que fuera profesora o alumna, pero sí había secretarías. Se acuerda de una de ellas en particular. Sucedió antes de que él entrara a la Escuela, cuando de chico iba a jugar por esos patios donde trabajaba su papá. *Debe haber sido en 1956 cuando esa secretaria me llevó tomado de la mano al Instituto Superior de Comercio a ver a Gabriela Mistral.* Él recuerda que es recién después de 1966 cuando empiezan a entrar mujeres a estudiar el grado técnico; *muchas a Química, donde yo estaba, y pocas a Eléctrica, donde estaba mi papá.*

En la EAO y después en la UTE los hermanos Jorge y Marcelo Coulon continuaron con los canturreos de su casa y, de a poco y viviendo peripecias diversas, llegaron a constituir los Inti Illimani y a ser militantes del Partido Comunista. Pero esa es otra historia, una historia conocida y, sobre todo, escu-

²⁰ Entrevista a Jorge Coulon para este libro, mayo 2014.

chada. Jorge-hijo en la entrevista dada a Acevedo y Muñoz recuerda: *Curiosamente, y por contraste, la Escuela fue un gran ambiente para desarrollar mis inquietudes artísticas e intelectuales, estas inquietudes no eran masivas entre los estudiantes, pero quienes las teníamos encontramos mucho apoyo entre algunos profesores y sobre todo entre los compañeros que nos miraban como bichos raros, pero valiosos y necesarios. Mi relación con el aspecto académico de la Escuela fue un crescendo de interés y luego pasión. Comencé sin tener ningún interés especial en el saber tecnológico y cuando terminé la EAO y di el Bachillerato Industrial, estaba embarcado de lleno en actividades artísticas, me gustaba la ciencia y la tecnología. Luego vino la Universidad, la inmortal Universidad Técnica del Estado (UTE) y el creciente conflicto que se resolvería a favor de la música, pero que me dejó cojo de una parte que ya me apasionaba, la ingeniería, la física, la termodinámica, la electrotecnia, también terminó mi relación con la enseñanza de esas materias porque me gustaba mucho hacer clases.*

Mi padre fue profesor de la UTE durante 56 años y el día que él mismo decidió dejar de enseñar, porque se dio cuenta que comenzaba a olvidar cuestiones básicas, empezó a morir. Fue radical y las lealtades personales lo fueron arrastrando hacia el sector más derechista de ese partido por lo que el golpe militar fue para él un trauma múltiple, desde el punto de vista de sus convicciones republicanas y en lo afectivo-familiar ya que significó la prisión de Fernando, su hijo mayor, y el exilio de Marcelo y mío, además de la intervención militar de la Universidad y la desaparición de la UTE que lo tuvo entre sus fundadores y que sin duda fue uno de los grandes legados (entre muchos) del radicalismo en Chile. Creo que sus hijos artistas, involuntariamente, le dimos más dolores de cabeza que alegrías, por lo menos hasta nuestro reencuentro en Buenos Aires en 1985 tras doce años sin vernos. Ya teníamos suficiente edad para quererlo sin cuestionamientos y él se dio cuenta que sus sentimientos de culpa hacia nosotros por lo que tenía que ver con la llegada de Pinochet o con su oposición a nuestras elecciones de vida en política y arte, no tenían razón de

ser frente al cariño de hijos y al respeto que su calidad humana extraordinaria nos inspiraba. Hasta el día de hoy me encuentro con sus ex alumnos que me abrazan agradecidos por lo que mi padre, el Papo, significó en sus vidas. Murió en 1991 y el día que recibimos la noticia estábamos por subir a un escenario en Milán.

Mimi se acuerda poco de su marido. Dice que él estaba siempre trabajando y que si no estaba en la EAO, estaba donde sus hermanas porque les gustaba mucho jugar al naipe apostando plata. *Papo era un excelente padre de sus alumnos y un excelente profesor de sus hijos*, lo dice antes de asegurar que tuvo una buena vida con él, que le quedó un dejo agradable, una sensación de haber sido cuidada y dejada libre a la vez.

Hace muchísimos años que no toca piano. *Ya no tengo voz, la perdí. Creo que la última vez que canté fue en la peña de la UTE a la que me invitaron y volví como a las 6 de la mañana a mi casa. Estoy vieja pero tengo buena salud aunque ahora casi no salgo porque no puedo caminar y no veo con un ojo porque me dejaron mal de una operación de cataratas. Pero cuando viene mi nieto, me saca a pasear por el barrio en una silla de ruedas.*

Fernando es su hijo mayor, acaba de jubilar y vive con ella. Acerca de él dice: *No es fácil tener un hijo de 71 años. Si se demora en llegar, ya no puedo dormir tranquila. Fernando estuvo preso y le costó tanto contar todo lo que le había pasado, que todavía me duele. Él es ingeniero químico y trabajaba en la ENAP en Punta Arenas. Iba para jefe de la ENAP y detuvo la fábrica al momento del golpe, porque había una orden que lo decía y por eso lo tomaron preso. Lo torturaron, lo ridiculizaron, lo hacían cantar en francés, jugar al caballito. Yo fui a Punta Arenas a verlo. Poco antes él había venido a Santiago a buscar a mi mamá, así que a ella le tocó el golpe en Punta Arenas. Ella me acompañó a visitarlo a la cárcel. Fernando no quiso contar hasta hace poco tiempo que lo habían tenido muchísimas horas con un foco enfrente. Eso era una tortura,*

aparte de los golpes y todo lo que ellos acostumbran hacer. Después se fue como exiliado a Ecuador y allá trabajó como ingeniero.

Mimi sigue diciendo: No puedo asociar a mi marido con los días del golpe, no tengo recuerdos de esos días en que pasaron tantas cosas pero, en resumen, no nos fue mal, porque estamos vivos y mis otros hijos estaban en Italia. Si miro para atrás, fue una buena vida, con unos momentos muy duros, pero la muerte es natural aunque siempre duele. Ya murió mi marido y han muerto dos de mis cinco hijos. El último fue Patricio, el menor, que murió de un tumor al cerebro, aquí en mi casa.

Jorge, el hijo, cuenta que a Patricio le descubrieron el tumor a los 20 años, cuando él y su hermano Marcelo estaban exiliados en Italia. En los días posteriores de haberse enterado de esta noticia, los Inti Illimani fueron a una gira por Alemania y en alguna ciudad, por azar, cenaron con el doctor Ulloa, *el que trabajó con el doctor Asenjo en armar todo lo de Neurocirugía en Cuba*, y él se ofreció a operar a Patricio. Los hermanos Coulon hicieron los arreglos para que el sindicato de Alitalia trasladara a Patricio desde Chile hasta la República Federal Alemana. Sobrevivió 30 años, en los que trabajó en hotelería, se casó y tuvo hijos. Su hijo mayor es el que saca a pasear a Mimi y le ayuda con los trámites.

Como conclusión, Mimi dice: *Todos mis hijos han sido un siete. Cuando estuvieron en el exilio, Jorge me llevó a Europa y conocí Burdeos, y estuve una semana en Italia y en varios países más de paso. En realidad, fui muchas veces a Europa para estar con ellos y me pasearon por todas partes.* Mimi tiene quince nietos y otros 3 que vienen en camino. *“Y tengo una nieta muy linda, la hija de Marcelo que vive en Bruselas y que es educadora, siguiendo con la tradición de su abuelo.*

Esta nieta no es la única que continúa con la tradición familiar de participar en procesos educativos. En marzo de 2014 los Inti Illimani se hicieron cargo –patrocinando y diri-

giendo- el Colegio Artístico Sol del Illimani que funciona en lo que antes fue la Escuela República Dominicana, ubicada en la comuna de La Florida. En el 2012 esta escuela fue cerrada por el alcalde comunal debido a la escasez de alumnos, pero la comunidad escolar se tomó la Escuela y la tuvo en funcionamiento durante todo un año, al cabo del cual, y por no haber presentado un proyecto educativo al Ministerio de Educación, Fuerzas Especiales de Carabineros procedieron al desalojo de la toma. Entonces, el grupo Inti Illimani -con los hijos de Mimi a la cabeza- presentó su proyecto de colegio artístico.

Hugo Omar Inostroza Sáez
Primer director elegido democráticamente en la
Escuela Normal Superior José Abelardo Núñez

El 10 de diciembre de 1973, mediante Decreto con Fuerza de Ley N° 179, la Junta de Gobierno ordena suspender las clases en las Escuelas Normales y declara un “estado de reorganización”, lo que en la práctica significaría el fin de este modelo de formación docente. Esta decisión se fundamentó principalmente en dos argumentos:

- a) “La situación de anarquía en que se desenvuelve la Enseñanza Normal, tanto en sus aspectos técnicos, administrativos y pedagógicos, y que es el propósito de la Junta de Gobierno restablecer los principios de orden, disciplina y moralidad en los establecimientos educacionales, máxime en aquellos que tienen por misión preparar el profesorado de las escuelas de enseñanza básica;
- b) La necesidad de reestructurar administrativamente los establecimientos educacionales señalados, tanto respecto al alumnado como al personal que en ellos labora.”²¹

Hasta diciembre de 1973 las Escuelas Normales de Chile fueron las únicas instituciones encargadas de la formación de los profesores de Educación Primaria o Básica. Iniciaron sus actividades en 1842, con la fundación de la Escuela Normal de Preceptores, que posteriormente pasó a llamarse Escuela Normal Superior José Abelardo Núñez (JAN). Al cabo de algunos años ya se había consolidado una red de Escuelas Normales dispersas estratégicamente en todo el país.

Entre 1973 y 1974 dos decretos impuestos por la dic-

²¹ Decreto Ley N. 179, Diario Oficial de la República de Chile, Santiago, Chile, 10.12.1973

tadura militar terminaron abruptamente con la larga tradición pedagógica de las dieciséis Escuelas Normales chilenas. Para ejecutar lo dictado en el decreto ley 179, la Junta Militar creó una Comisión Coordinadora Central, encargada de proponer pautas para la reestructuración y reorganización del sistema de formación docente. Otra medida relevante fue la creación de Comisiones Examinadoras de los alumnos, a cargo de evaluar su “idoneidad” para la docencia y sus niveles de rendimiento escolar, suspendiéndose su calidad de estudiantes hasta que estas comisiones emitieran sus resultados. La tarea real de las comisiones era constituirse en un filtro ideológico. Las conclusiones del informe presentado por la Comisión Coordinadora Central fueron lapidarias. Además de apelar a la antigua demanda de formar profesores -tanto de Enseñanza Básica como Media- en un sistema unificado de formación, señaló la absoluta necesidad de desarticular las Escuelas Normales producto de su “degeneración”, politización excesiva y alto costo económico.

De acuerdo a las conclusiones señaladas en este informe, la Junta de Gobierno dictó el Decreto Ley Nº 353 del 15 de marzo de 1974. Mediante este decreto la Junta Militar traspasó de forma exclusiva a las universidades del Estado y a las particulares la responsabilidad de formar profesores y el otorgamiento de los títulos correspondientes de acuerdo a ciertas normas de formación docente que entregaría el Ministerio de Educación. Algunas universidades recibieron los bienes muebles e inmuebles de las Escuelas Normales y debieron absorber a los estudiantes normalistas que fueron autorizados a continuar sus estudios. La Escuela Normal Superior José Abelardo Núñez fue traspasada a la Universidad Técnica del Estado.²²

Un testigo privilegiado de lo que fue el modelo educativo de la Escuela Normal Superior José Abelardo Núñez es Hugo Omar Inostroza Sáez, quien se formó en ella como profesor normalista y después de varios años y diversas circuns-

²² Versión libre a partir de “Miguel Gimeno Vielma: Cierre de las Escuelas Normales de Chile, en Cuadernos Chilenos de la Historia de la Educación, Número 2, enero 2014”.

tancias llegó a ser su director.

Hugo ingresó como docente a la Universidad Técnica del Estado en marzo del año 1971, recién renunciado al cargo de director de la Escuela Normal JAN. Primero trabajó en el Instituto Pedagógico Técnico, en el que estuvo hasta diciembre de 1971, momento en que se presentó a un concurso de oposición y antecedentes, ganando una jornada completa en la Facultad de Administración y Economía, donde ejerció hasta 1981.

Para mostrar su trayectoria se remonta a la infancia, mencionando que estudió los seis años de preparatorias en la Escuela N°1 de Los Ángeles, en la entonces provincia de Bio Bio. *Yo egresé del liceo en 1945, pero no tenía ninguna posibilidad de trabajo. En aquellos años Los Ángeles era una ciudad rural, llena de prejuicios de todo tipo y sobre todo, muy clasista. Trabajé como obrero en Chiprodal, hoy Nestlé. A fines del año 46 empecé a desesperarme porque veía que el futuro era muy mezquino y no encontraba a qué aspirar. Entonces decidí emigrar a la capital. Conociéndolo bien, le dije a mi padre que quería irme a Santiago y que necesitaba su apoyo. Se lo pedí sabiendo que él no me podía dar nada porque nosotros éramos ocho hermanos y yo era el mayor.*

El apoyo de su padre consistió en escribirle a un amigo de Santiago pidiéndole que recibiera a Hugo en su casa. Este señor lo acogió con la condición de que al cabo de un mes encontrara trabajo, porque él no estaba en condiciones de mantenerlo. *Mi futuro apoderado, el amigo de mi padre, un día me invitó a ir a la Plaza de Armas a escuchar al Orfeón de Carabineros. En aquella época lo dirigía un italiano de apellido Ballarini, muy aficionado a componer música chilena, y como mi apoderado se había dedicado un tiempo a la música, tenía muchas partituras y se las llevaba para que le hiciera arreglos.*

Esto sucedió en el mes de mayo de 1947. Hugo lo recuerda con exactitud porque cerca de la glorieta del Orfeón se encontró con un amigo del sur quien le dijo que en vez de

ponerse a trabajar, estudiara. Y le pasó una información fundamental para su vida futura: *el director del Departamento de Educación y Perfeccionamiento de las Escuelas Normales de todo Chile fue profesor del Liceo de Los Ángeles. Y me dio su nombre: Alejandro Covarrubias Zagal. Y me contó que en la José Abelardo Núñez – “la escuela donde se forman los profesores normalistas y los especialistas de la educación primaria”, tuvo que explicarme- había dos cupos de becas que no se habían llenado. Me dijo que fuera al Ministerio de Educación y hasta tuvo que decirme que quedaba en la Alameda porque yo tampoco sabía dónde quedaba.*

Al día siguiente Hugo fue al Ministerio de Educación y por provenir de Los Ángeles, fue recibido de inmediato. Al señor Covarrubias le dijo que buscaba una beca para estudiar en la Escuela Normal Superior José Abelardo Núñez y que, pese a ser el mes de mayo, había dos cupos. Una llamada telefónica al director de la Escuela Normal, don Santiago Tejías Fuenzalida, bastó.

El primer nombre de la Escuela Normal fue Escuela de Preceptores de Santiago. Fue fundada en 1842 por inspiración del exiliado argentino José Faustino Sarmiento y el entusiasmo del entonces ministro de Educación, Manuel Montt. Fue la primera escuela formadora de profesores primarios de América Latina y al principio, transitoriamente, funcionó en el Portal de Sierra Bella de la Plaza de Armas de Santiago. En 1845 fue transformada en internado y se la reubicó a un costado de la Quinta Normal, en un viejo edificio que había sido ocupado como caballerizas y que después fue una unidad de la Escuela de Agronomía de la Universidad de Chile. Finalmente fue trasladada a su edificio definitivo, en la Alameda.

En la Alameda tomé una góndola –así se llamaban los buses en aquel entonces- que llegaba hasta Ecuador y en cosa de minutos ya estaba en la Escuela. Así llegué al viejo edificio construido a fines del siglo XIX, que sirvió de cuartel para las Fuerzas Armadas en la guerra contra el presidente Balmaceda en 1891, y donde hubo un hospital para atender a los heridos.

No llegué con todos mis bártulos, traía solo documentos. Entonces el portero, de apellido Azócar, me dijo “lo están esperando.” Era tan tranquilo Santiago en aquella época que de inmediato me recibió la secretaria, que se llamaba Alicia, y por esas cosas de la vida, cuando años más tarde fui director de la Escuela, ella fue mi secretaria.

Don Santiago Tejías Fuenzalida era una persona muy afable, de una humanidad tremenda. Llamó al Subdirector, don Domingo Valenzuela Moya, y al Inspector General, don Manuel Sepúlveda Godoy, y los tres me recibieron y me llevaron a pasear por la Escuela Normal para mostrarme las dependencias. Después de eso el Inspector General me llevó a su oficina, sacó el juramento del estudiante normalista, que ya casi no se usaba, y me hizo jurar. Después me dijo que luego de ese acto solemne ya estaba incorporado a la Escuela. “¿Cuándo puede traer su cama?”, me preguntó. Le dije que en una semana más porque tenía que volver a Los Ángeles a buscarla. La verdad es que volví a Los Ángeles por dos razones, a buscar las cosas y, además, porque ya estaba en una relación que dura hasta ahora, o sea, 67 años, con la que es mi mujer; llevo 62 años casado con ella.

Me incorporé a la Escuela en el mes de junio de 1947 y me encontré con un mundo absolutamente diferente al que yo conocía. Teníamos profesores brillantes, de esos que hoy ya no se encuentran, por ejemplo, don Roberto Munizaga, autor de un libro que se llama Principios de Educación; también don Luis Gómez Catalán, don Moisés Mussa, don Víctor Molina Neira, doña Guillermina Kunz, porque había también mujeres profesoras aunque en ese tiempo la Escuela era sólo de hombres. Y había dos tipos de cursos: estaba el regular, la sección común, que recibía alumnos de sexto año primario que se incorporaban al primer año y estudiaban 6 años y estábamos los liceanos, que debíamos estudiar 2 años muy intensos.

En noviembre de ese año me enfermé y así estuve más de un año. Me enfermé de hambre. Me dio tuberculosis por el hambre padecida porque como yo no conocía el régimen de

las Escuelas Normales -es decir, que la comida de los días sábados, domingos y festivos había que pagarla- y esos días me quedaba sin comer ya que no tenía dónde ir. En otras palabras, en la Escuela Normal alcancé a estar de junio a noviembre de 1947 y después estuve en el Hospital Sanatorio El Peral. El hospital era nuevo, con muy buena atención pero, en el caso de mi enfermedad, se practicaba una medicina que consistía solamente en reposo, sin fármacos, porque el uso de la terramicina se empezó a practicar años más tarde. En el hospital existía la oportunidad de hacer muchas cosas, así que me dediqué a aprender alemán, sicología y sociología. Ese tipo de lecturas eran mis favoritas, junto con la literatura, de la cual ya era muy amigo. Durante ese tiempo también me dediqué a la poesía.

Volví a la Escuela porque me habían guardado la beca. Cuando llegué a dar mis exámenes, la profesora de sicología, la brillante doctora Guillermina Kunz, me dijo “lo encuentro extraño a usted. Ahora es otro, antes era tan tímido.” Le respondí: “no se olvide que soy provinciano, bien huaso, y el pasado fue un año de aprendizaje por estar muy solo y tener tiempo para pensar mucho.” “Y de cercanía a la muerte”, agregó ella.

Cuando ingresé al segundo año, me llamó el inspector general y me dijo que dado que no tenía familia en Santiago ni plata para comer, me nombraba inspector de comedores. A los que estaban en la misma situación que Hugo, los llamaban “pulpos” porque les faltaban brazos para rebuscárselas y conseguir comida. Los pulpos eran 20 o 25 alumnos que se quedaban en el internado los fines de semana y Hugo tenía que usar el ingenio a fin de guardar comida para sus compañeros de infortunio.

En el año 49 terminé mis estudios. En ese momento los egresados de la Escuela que provenían de los liceos veníamos de dos cursos de unos 30 alumnos, o sea, éramos unos 60 en total, y los otros, los que habían llegado de primaria, eran muchos más. Me titulé con resultados que solo fueron relativa-

mente positivos porque nunca pude ponerme al día después del año en que estuve enfermo y, además, había entrado a primer año con tres meses de atraso.

Me fui de vuelta a Los Ángeles. Primero trabajé en varias escuelas y en el año 54 finalmente llegué a trabajar a la escuela N° 1, donde había aprendido a leer y a escribir. Ahí estuve hasta mediados del 56. Fui dirigente gremial en Los Ángeles y Vicepresidente de la Federación de Educadores de Chile; también fui dirigente del básquetbol y del fútbol. Y de nuevo me puse a estudiar. Yo había sido un buen alumno en el liceo, entonces me preparé para dar el bachillerato. Los otros profesores deseaban que diera un buen bachillerato porque si no, desprestigiaba a todo el resto. Y di un bachillerato que fue calificado como el segundo mejor de la zona sur, lo que posteriormente me permitió entrar a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile.

El resultado de su bachillerato ayudó a que consiguiera lo que entonces se denominaba “el traslado de don Manuel Astudillo Oliva”, a quien Hugo califica como un hombre excepcional, director administrativo de la Dirección General de Educación Primaria y Normal. Don Manuel Astudillo era un socialista de una personalidad muy parecida a la de don Santiago Tejías, que también era socialista. Don Manuel me hizo escribir en su oficina el decreto que disponía mi traslado a Santiago.

Antes, en los años cuando estudiaba en la Escuela José Abelardo Núñez, me habían invitado a entrar al Partido Comunista pero posteriormente ingresé a lo que podríamos llamar el partido de Eugenio González, el que fue rector de la Universidad de Chile, o sea, ingresé al Partido Socialista. De don Eugenio fui, no digo un amigo, porque yo era muy cabro para ser amigo de él, pero me recibía en su oficina con una cordialidad tremenda y conversábamos de lo divino y lo humano. Cuando don Eugenio era rector, yo era dirigente universitario y así nos conocimos y mantuvimos una especial amistad de hombre maduro y hombre joven. Después eso me permitió orientar mi

vida en política, lo cual fue difícil, porque me costó muchos sustos.

Ese año de 1957 Hugo ganó una beca de la División de Educación Primaria y Normal para estudiar un curso en la Escuela Normal Superior José Abelardo Núñez en la sección que formaba a los profesores de los que estudiaban para ser profesores normalistas; ese es el significado de “Normal Superior.”

Fue el año en que tuve que operarme de una peritonitis primero y enseguida, me contagié la influenza asiática; fue un año para el olvido. Ya estaba casado y tenía dos hijas. Mientras estuve enfermo y como conservaba el sueldo de profesor, nos fuimos a vivir a una pieza en calle Hamburgo, en Ñuñoa. Era una pieza muy grande que debe haber tenido unos 36 metros cuadrados, en una de esas casonas antiquísimas, y la persona que nos arrendaba, nos dio una cocina. En ese período, que fue bastante difícil, con mi mujer nos dedicamos a hacer empanadas y a limpiar ropa. El peso mayor lo tenía ella, por supuesto, pero salíamos adelante, aunque hubo momentos en que nos encontrábamos sin un centavo. Pero estas son cosas que a uno lo van fortaleciendo.

Después los jefes nuevos del Ministerio me nombraron para hacerme cargo del horario de la tarde en una escuela primaria, de modo que en las mañanas podía ir a las clases de Derecho. Además, al mismo tiempo estaba asistiendo a unas clases de Educación Manual. Y en las noches hacía empanadas. Era imposible seguir ese ritmo, así que dejé de estudiar Derecho pero entonces descubrí que tenía dos alternativas para estudiar en régimen vespertino: en la escuela de contadores auditores o contadores públicos que recién se había abierto y que estaba en la calle Echaurren o podía entrar a la Escuela de Ciencias Políticas y Administrativas, que es la que escogí.

El director de la escuela primaria donde trabajaba en las tardes fue bastante comprensivo. Era un hombre severo,

de la vieja escuela, duro, muy cumplidor. A las 8 de la mañana ya estaba ahí, y las clases comenzaban recién a las 9. Después ese director se enfermó y yo me hice cargo definitivamente de la escuela 114, que quedaba en Carlos Valdovinos con Juan de Bastidas, una calle chiquita. Y al mismo tiempo comencé a estudiar en régimen vespertino en la Escuela de Ciencias Políticas de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile. Me fue bien porque estudiaba los sábados, domingos y festivos. Además, varios cursos estaban muy relacionados con Derecho. La Escuela quedaba en Compañía con Amunátegui y el director se llamaba Jorge Guzmán; era hijo de Manuel Guzmán Maturana, autor de varios libros de lectura, y de doña Isaura Dinator, la de la escultura que está frente a la calle Dieciocho; fueron dos pedagogos brillantes.

Hugo se tituló en 1961 como Administrador Público con mención en Administración Financiera del Estado. En el año 1962 entró a trabajar en la Escuela Normal Superior José Abelardo Núñez y al año siguiente fue nombrado profesor de la Sección Superior para hacer clases de Administración Pública a quienes iban a ocupar cargos altos en el sistema de educación primaria. *Ahí empecé a influir un poco para cambiar la formación de los directores de escuelas y de los directores departamentales que después iban a ser directores provinciales. Dado que mi formación de administrador público estaba fresca, introduje cambios profundos en la formación de estos directivos del sistema educacional. Aumenté las horas de contabilidad pública, de administración financiera, de planificación y de presupuestos. Estas ideas las llevé al Departamento que estaba a cargo de Aída Parra, una profesora del Pedagógico de la Universidad de Chile. Ella había estudiado en los EEUU y tuvimos discusiones muy severas.*

En la formación de directores departamentales introduje cursos de Estadísticas, tanto descriptiva como analítica, materia que nunca había tenido la Sección Superior. Esto significó que estos futuros directores, en vez de hacer un año, tuvieron que hacer dos, porque ellos mismos pidieron que se prolongara su estadía y también pidieron que su diploma de

titulación llevara la especialización en el área de administración de recursos humanos, o bien, de administración del Estado. Ellos venían de todo Chile y eran seleccionados mediante un proceso que no era muy riguroso en lo profesional, sino que era más bien político partidista. No hay que olvidar todos estos trajines porque, a mi juicio, hay que decir las cosas como son. Pero, de todos modos, llegaba gente de talento.

En 1964 se produjo un cambio que para mí fue violento. El gobierno de Jorge Alessandri Rodríguez había suprimido la Escuela Normal Superior y en su lugar creó el Instituto Superior del Magisterio, INSUMA. El siguiente gobierno, el de Eduardo Frei Montalva, eliminó el INSUMA, que dependía del Ministerio de Educación. En el año 64 ya se empezaba a decir que INSUMA sería reemplazado por el Centro de Perfeccionamiento, Experimentación e Investigaciones Pedagógicas, CPEIP, que hasta hoy está en Lo Barnechea. A mi juicio, con tales determinaciones se acabó con un ciclo importante de la Educación Primaria y Normal en Chile.

Me mantuvieron en el cargo hasta la completa desaparición del INSUMA en 1968. Al subdirector y al director general del INSUMA -este último soy yo- nos devolvieron a la Escuela Normal José Abelardo Núñez. Entre 1965 y 1967 no me dieron ninguna hora de clases, me mantuvieron simplemente en el cargo, encerrado en mi oficina, con lo cual yo gozaba, entre comillas, de una amplia libertad para hacer otras cosas. El de Frei fue un gobierno impositivo, muy sectario. Yo pasé amarguras muy grandes por el desprecio de los nuevos directivos de la Escuela Normal. Pero, un grupo de amigos -de los cuales uno que, paradójicamente, era demócrata cristiano, y presidente del sindicato de los profesores, Waldemar Cortés Carabantes, y otro, Javier Herrera, radical- me persuadieron a postular a una beca para estudiar en el Centro de Formación de Profesores Especialistas de la UNESCO. Fue un diplomado de más de mil horas, con alumnos y profesores de toda América Latina, realizado en 1966.

Una vez diplomado, Hugo volvió a la Escuela Normal

José Abelardo Núñez en las mismas condiciones que antes, o sea, sin tener nada que hacer pero recibiendo un sueldo, así que aprovechó de estudiar inglés en el Instituto Chileno Norteamericano y francés en el Instituto Chileno Francés de Cultura. Gracias a esto y al diplomado, pudo asesorar a organismos internacionales y estudiar en otras partes del mundo, como Australia, por ejemplo, donde estuvo en una universidad tecnológica, y en España, en Castellón de Valencia, donde comenzó a preparar su doctorado. Y también aprovechó el tiempo para escribir tres libros.

Y por lo demás, en ese tiempo empezó a relacionarse más con los profesores. *Era un gremio muy poderoso. Pero ya mostraba fisuras porque el gobierno de Frei Montalva provocó un quiebre muy fuerte en el Partido Radical, que era poderoso entre los profesores, lo que llevó a la pérdida de su liderazgo en la Federación de Profesores Primarios.*

Pasó el tiempo, y bajo estricto secreto, con los alumnos y los profesores decidí tomarme la Escuela Normal. Ya estaba terminando el gobierno de Frei, o sea, estamos hablando de mediados del año 69. Justo en ese momento el gobierno de Frei nombró a un nuevo Director porque el anterior había fallecido y este señor nuevo no asumió porque con los profesores y alumnos yo me tomé la Escuela Normal y también la Escuela Anexa República de Venezuela. Simplemente un día la Escuela amaneció cerrada y pusimos cadenas con candados en los dos locales y se cerraron las puertas y no dejé entrar a nadie que no fuera conocido nuestro. Al segundo día el director nuevo vino con su comitiva y pidió hablar conmigo y, a través de las puertas de fierro que todavía están hacia la Alameda, me explicó que quería entrar para hacerse cargo de la Escuela Normal. Yo estaba con mis profesores y mis alumnos y le dije: “señor, usted no entra. Simplemente no queremos que entre” y el tipo respondió: “voy a hacer la denuncia correspondiente.” Entonces empezó a oírse la voz de “queremos Consejo” y todos se pusieron a corear esa frase. En el intertanto, -a fines de 1970- el doctor Salvador Allende Gossens había asumido el gobierno y las nuevas autoridades estaban infor-

madas de lo que ocurría en la JAN. La directora recién nombrada del Departamento de Educación Normal, la profesora y administradora pública Lidia Torres, fue la primera que se comunicó conmigo. Intervino Mario Astorga, el Ministro de Educación recién nombrado, y también Lidia Torres, para buscar una solución al conflicto. Para tales efectos, convocamos al Consejo de Escuela. Se abrieron las puertas y se invitó al nuevo director, Omar García, un colorín que era profesor de la Escuela Anexa, y se hizo la reunión, a la cual también asistieron profesores opositores a la toma.

Nosotros queríamos un cambio porque al suprimir la Sección Superior de la JAN, o sea, la que formaba directores de escuelas y a los profesores de la Escuela Normal, se acababa todo lo que había habido para el magisterio primario. En el fondo, lo que queríamos, era crear una Escuela que tuviera prestancia y características iguales a la Universidad de Chile. Entonces el Consejo de la Escuela Normal acordó llamar a elecciones para provocar un cambio de estructuras y procesos. Y me acuerdo que en ese instante se empezó a proyectar la elección de una manera tal que la oposición dijo que no iba a participar. Ganamos y como resultado, yo fui el primer director elegido de una Escuela Normal en Chile. Después, cuando renuncié a la Escuela, vinieron Henán Grenet y después Gustavo Faunes. En todo caso, hay que decir y reconocer que las autoridades del Ministerio de Educación —el ministro Mario Astorga y Lidia Torres— tomaron decisiones que hasta hoy los compromete. Una de las más importantes fue la recuperación material de la Escuela Normal, que estaba muy deteriorada.

A los conflictos propios de la JAN en 1970 se sumó la fusión de las dos Escuelas Normales de Mujeres, la Escuela Normal N° 1, que estaba en calle Catedral, y la Escuela Normal N°2, que estaba en Recoleta. La Escuela N. 1 fue fundada en 1853, con una fuerte oposición por parte de los conservadores que no veían con buenos ojos que mujeres ejercieran la profesión de educadoras. Los ánimos se calmaron cuando el ya presidente Manuel Montt anunció que la Escuela de Preceptoras sería dirigida por monjas del Sagrado Corazón de Je-

sús. Al respecto Hugo comenta: *no hay que olvidar que también había una Escuela Normal Católica que estaba en Bascuñán Guerrero; la JAN les tomaba los exámenes para que el Ministerio les reconociera el título de profesoras.*

Ese período fue riquísimo. Hubo un cambio en la administración, en la ubicación de la gente, se trajeron nuevos profesores, y los traje especialmente de la UTE. Llegaron profesores jóvenes y con ellos se empezó a innovar; la sociología se actualizó y Latorre, que era el profesor de sociología, tenía un par de ayudantes que trabajaban con él y que después fueron profesores de la Escuela y de la UTE. Y así fueron llegando profesores de filosofía, de orientación, de psicología, de administración, etc. En un año logramos empezar a crear una nueva visión de excelencia académica que representó el inicio de una recuperación de lo que en ese instante era la educación normalista. Yo no tuve contacto mayor después, porque justo me fui a la UTE en 1971 pero sé que en un comienzo esa nueva formación de los profesores normalistas fue muy exigente pero después aflojó y terminó en el gobierno militar, que puso fin a la enseñanza normal con un decreto muy duro e injusto en la manera cómo se calificó a las Escuelas Normales.

En marzo de 1971 entré a trabajar al Instituto Pedagógico Técnico de la UTE. Estuve en él hasta diciembre de ese año, cuando era decano un joven Eduardo Castro, hombre talentoso y equilibrado. En ese entonces yo era profesor auxiliar en el Departamento de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad de Chile, donde se respiraba un aire muy especial y en el que se combinaba la política con mayúscula y la vida académica. Director del Departamento era Mario Verdugo Marincovic y profesores, entre otros, recuerdo a Clodomiro Almeyda, Waldo Fortín, Guillermo Geisse, Germán Urzúa. Uno de los recién llegados en 1973 fue Benny Pollack, doctor recién graduado de Ciencias Políticas en la Universidad de París, el cual, a poco andar, me propuso que hiciera el doctorado en Francia. Fuimos a la Embajada y conversamos con el agregado cultural. Me ahorro de contar las peripecias pero obtuve la beca y, además, otra beca de la Mu-

nicipalidad de Paris, lo que me permitía arrendar habitación para llevar a mi familia. A los pocos meses estaban todos los documentos y papeles complementarios listos y en la Embajada me dijeron que debíamos estar en Paris en la primera quincena de septiembre de 1973. La pre-tesis que presenté se llamaba: “La importancia de los gobiernos militares en Latinoamérica.” Se produjo el golpe militar y no pude irme porque había solicitado postergar mi viaje para la segunda quincena de ese mes.

En septiembre del 73 yo estaba haciendo clases en la Facultad de Administración y Economía de la UTE, la FAE. El decano era Luis Vargas Valdivia, que en aquella época ya tenía un libro de contabilidad escrito y era un excelente profesor. Yo siempre llegaba a la FAE a las 8 de la mañana pero aunque parezca increíble, ese día 11 de septiembre me quedé dormido. Todas las noches ponía el reloj a las 6 y media de la mañana, pero ese día no lo escuché o quizá me equivoqué y no lo puse. A las 8 me llamó el pololo de una de mis hijas para decirme que encendiera el televisor porque los milicos se habían tomado La Moneda. Decidí venirme de inmediato a la Universidad. En ese tiempo tenía un cacharro que parecía taxi inglés y cuando me estaba preparando para salir a toda carrera, me encontré con que el auto estaba sin bencina. En esa época ya vivía en Macul y traté de salir a tomar micro pero entonces vi que venían carabineros, unos mirando hacia el frente y otros de espalda, todos con ametralladoras y en pocos minutos había dos tanquetas frente a mi casa. Bueno, ya después de eso, lo digo con mucha franqueza, estaba muy asustado, desconcertado, lo que sucedía era una cosa que uno no se imaginaba. Las comunicaciones prácticamente se cortaron hasta que empezó la reorganización de la Escuela de Administración de la FAE.

A fines de septiembre empezaron a llamar a algunos académicos y a personal administrativo y de servicios para regularizar funciones. Yo no sé cuánta fue la cantidad de profesores que no regresaron a la UTE: Unos estaban presos, algunos lograron salir al extranjero. Mucha gente desconfiaba

incluso de uno porque se había quedado trabajando en la UTE y había muchos soplones y acusaciones. Al profesor Vargas Valdivia, que era el decano de la Facultad, después de un interrogatorio lo confirmaron en su cargo de profesor de jornada completa, y hay que decir que él era un socialista muy conocido. A mí me llamaron también y me interrogó alguien a quien nunca antes había visto. Estuve varios años más en la Universidad pero nunca dejaron de advertirme que tenía que portarme bien. Al final me echaron, fueron años amargos esos, muy amargos. A uno lo tuvieron siempre bajo la lupa, hasta que llegó ese día en que nos echaron a 14 profesores de jornada completa. Fue en el año 1981. También echaron a Vargas Valdivia, que era el hombre más importante de la Facultad porque había sido decano. En fin, la FAE se desmanteló de un día para otro y no había cómo reponer a los profesores exonerados para hacerle clases a los alumnos.

Acerca del proceso de incorporación de la JAN a la UTE puedo decir que fue muy poco claro porque, en realidad, la UTE no sabía qué hacer con ella, era un bulto demasiado grande y con una tradición larga porque no hay que olvidar que fue creada incluso antes que la Escuela de Artes y Oficios. A la Facultad de Educación de la UTE se incorporaron los edificios, los alumnos y la Escuela Anexa. Esos procesos, a mi parecer, fueron indefinidos y complejos. Los profesores de la Escuela Normal José Abelardo Núñez tampoco sabían qué rumbo tomar y, además, nadie sabía si los profesores que no tenían título universitario -porque se habían titulado en la Normal Superior- iban a continuar trabajando. Fue el caso, por ejemplo, de los profesores de educación musical, en que algunos incluso eran directores de departamento -y muy buenos, por lo demás- como ocurría con el director del departamento de música de la JAN, que era un gran profesor pese a no ser de educación superior y, sin embargo, era un gran músico. Lo mismo sucedía con los profesores de deportes. En fútbol los de la JAN eran campeones de la Asociación Universitaria. Y también eran extraordinarios en básquetbol, siempre le disputaron la final a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, con los cuales se hacía la Selección Chilena de Básquetbol.

Fue el tiempo en que ellos jugaban con esos negros extraordinarios que venían de EEUU, los Harlem Trotters. La Escuela Normal les daba esas posibilidades a los profesores de Educación Física y de pronto a esa gente la arrojaron en algún lugar de la Universidad Técnica, donde, a diferencia de lo que ocurría en la JAN, no había un Luis Álamos de entrenador de fútbol, por ejemplo.

Recapitulando, estimo que los cambios que trajo el término de las Escuelas Normales produjo una tremenda crisis en la formación de los profesores primario que se prolonga hasta hoy día. Vino un decaimiento total, los profesores de la Universidad no sabían qué hacer y las universidades tampoco sabían qué es lo que deben conocer de la formación de un profesor de Educación Básica.

Erasmus Antonio Díaz Guerra

Una historia de tenacidad y resiliencia

“La Universidad de Santiago tiene la firme convicción en que los talentos están igualmente repartidos en todos los estratos socioeconómicos del país. (...) Un acceso con mayor equidad es lo que permite una mayor movilidad social de jóvenes que ven en la educación superior la única forma de acceder a mejores ingresos y de sentirse partícipes del desarrollo económico y social del país”²³

Erasmus Antonio Díaz nació en Palquibudi, al interior de Curicó, en 1938.

Su hija Ángela cuenta que para él siempre fue difícil hablar de su infancia y que por esta razón ella desconoce muchos detalles pero sí sabe que cuando él tenía 4 años quedó huérfano de madre. Desde ese momento y por muchos años tuvo una vida dura. Muy dura. Su papá era un campesino aficionado al trago y a las mujeres, de modo que le tocó vivir bajo una sucesión de madrastras que lo maltrataban. Harto de tanto golpe y castigos, a los 6 años huyó de su casa. Como respuesta, su padre lo colgó de los pies a la rama de un árbol y lo molió a patadas y combos, mientras él se balanceaba con la cabeza colgando hacia la tierra. Sin embargo, pese a tener solo seis años, ya no soportaba más episodios de golpes y violencia de todo tipo y con esa fuerza, encontró la forma de volver a escapar, yéndose a refugiar en casas de parientes por parte de padre y madre que vivían en los alrededores. Pese a ser parientes, lo hacían trabajar de sol a sol sin siquiera darle diariamente un plato de comida. Aburrido del abuso, a los 8 años se escondió en un tren para irse a Santiago, donde, como muchos niños en su misma situación, deambulaba día y noche por la Vega y el Mercado Central en busca de algo para

²³ Universidad de Santiago: Reporte de sostenibilidad 2012, Vicerrectoría de Vinculación con el Medio, Programa de Responsabilidad Social Universitaria.

comer. Así llegó a establecerse como parte de los niños que dormían bajo el Puente Recoleta y comenzó su vida de niño del Mapocho.

Ángela Díaz se recibió de abogada en la Universidad de Chile, heredó de su padre una empresa de la que ella es actualmente directora y, además, es coach ontológico de la Escuela Newfield Consulting, profesora de habilidades genéricas en diversas universidades y presidenta de Abrazarte, una Fundación dedicada a trabajar con los niños del Mapocho de hoy día. Se unió a esta institución con el convencimiento que la historia de su padre dejó en ella. Este convencimiento viene de una declaración que, como buena coach, se hizo a sí misma: contribuir con su granito de arena y su capacidad de hacer distinciones para lograr que Chile sea un país mejor, con empresas más conscientes, educación integral y menos pobreza.

En una entrevista, Ángela dice que la historia de su padre la marcó. *“Por una parte, entregándome una interpretación habilitante respecto de lo que es posible; tener una historia de calle como la de él y ser capaz de construirse de la manera que él lo hizo, habla de que todos tenemos el derecho de declarar “quién voy a ser.” Ese aprendizaje ha sido fundamental en mi vida; tengo el mundo que me posibilitan mis declaraciones y, eso es tan así, que creo que el foco para empezar a erradicar la pobreza de la calle y la pobreza en general, es empezar a abrir el terreno de los sueños para quienes hoy viven en ese mundo y donde como emoción basal sólo tienen resignación y, lo que es peor aún, la certeza de que no importa lo que hagamos porque eso no va a cambiar. Cuando mi padre tuvo la oportunidad de ver algo distinto, de entender que se podía vivir en dignidad, bañarse, tener un plato de comida, una cama y ropa limpia, hizo una gran declaración que fue tener una vida distinta a la que había tenido, terminar los estudios y ser un profesional. Y esas declaraciones hicieron que emprendiera acciones que al final marcaron la diferencia.”*²⁴

²⁴ Entrevista de la periodista Loreto Castillo Val a Ángela Díaz en el blog “Historias de Mujeres, Mundo Mujer Chile.”

Y Ángela sabe de lo que habla: Erasmo Antonio Díaz fue un niño del Mapocho a lo largo de más de 10 años, en los que sufrió hambre, frío y explotación ejercida por adultos que lo hacían trabajar para luego burlarse y no pagarle. Por años vivió de vender boletos de lotería y otras cosas pequeñas. Esta situación dio un giro cuando tenía quince años y se convirtió en un “apostador profesional.” Este oficio, por la habilidad de manejarse con los desafíos que requiere, tal vez fue una prefiguración de lo que luego vendría. Primero se convirtió en un eximio jugador de pool, además de póker y dominó. Y de ahí pasó a apostar. De este modo acumuló plata suficiente para comprarse un carretón y transportar por cuenta propia las verduras y frutas de La Vega, la misma actividad en la que antes lo engañaron infinidad de veces.

Ángela no sabe exactamente cuándo su padre ejerció el oficio de pescador en San Antonio y en Llolleo pero así pasaron algunos años en los que de vez en cuando volvía a vivir bajo el puente Recoleta. Este tipo de vida continuó con puntos altos y bajos hasta que, por alguna razón, tuvo que hacer un trámite y para eso necesitaba tener carnet de identidad. En el Registro Civil se enteró que tenía un segundo nombre y dejó de llamarse “Erasmo” para siempre. En esa misma oportunidad a Antonio Díaz también le fue comunicado que era remiso del servicio militar y que no tenía otra alternativa que presentarse en un regimiento. Esto significó un vuelco en su vida y hasta el fin de sus días fue un agradecido del servicio militar, donde decidió que no quería vivir más en la calle, que quería estudiar y tener un trabajo formal. Desde ese momento no pasó un día en que Antonio no dijera que el servicio militar le había salvado la vida. Ángela sabe que su papá hizo el servicio en el Ejército pero no sabe en qué regimiento ni en cuál ciudad.

Una vez terminado el servicio militar, encontró trabajo en el área de aseo en la Escuela de Artes y Oficios y así pudo arrendar una pieza en el barrio de Estación Central. Nunca más viviría sin tener un techo, cuatro paredes y una cama. Enseguida se matriculó en una escuela nocturna, probable-

mente en la Escuela Venezuela o en la de la calle Ruiz Tagle. En cuatro años completó los estudios primarios y las Humanidades. Entonces, con sus estudios secundarios completos, fue ascendido y empezó a trabajar como garzón en el casino de la EAO. Al poco tiempo logró sacar un buen Bachillerato Industrial, lo que le permitió entrar a estudiar Ingeniería en Ejecución Química en la Universidad Técnica del Estado. Esto sucedió a mediados de la década de los sesenta, cuando la UTE -nacida de la confluencia de varias instituciones, entre ellas, la EAO y la Escuela de Ingenieros Industriales- llevaba pocos años de existencia.

Ángela participa en la Fundación de Egresados y Amigos de la Universidad de Santiago (FUDEA) que todos los años realiza sus tradicionales almuerzos, espacio en el que ella se encuentra con los compañeros de curso de su padre. Algunos de ellos colaboran con la Fundación Abrazarte. “La Escuela Refugio Abrazarte Felipe Cubillos y Antonio Díaz” fue inaugurada a principios de 2013 en la comuna de El Bosque y su construcción fue posible gracias al trabajo que hace más de diez años realiza la Fundación Abrazarte, en coordinación con “Desafío Levantemos Chile” y el Ministerio de Bienes Nacionales. La Escuela Refugio acoge a 20 niños, adolescentes y jóvenes que hasta hace poco vivían en caletas del Mapocho y persistieron en el camino ofrecido por la Fundación Abrazarte. Mediante una relación de mucho amor, que incluye atención médica y psicológica más educación formal y el aprendizaje de las artes, los oficios, el deporte y la autogestión, se preparan para insertarse en la sociedad.

Al respecto, Ángela dice: *Como competencia genérica, lo que hizo mi papá fue hacer declaraciones potentes y ser consecuente con sus declaraciones* y está convencida de poder acoger a estos chiquillos y ayudarlos a hacer ese mismo tipo de declaraciones y llevarlas a cabo hasta el fin, tal como lo hizo Antonio Díaz. El nombre de la Escuela Refugio rinde tributo al padre de Ángela y a Felipe Cubillos Sigal, fundador de “Desafío Levantemos Chile” y quien, al igual que Ángela, repetía: *“Soy un convencido de que las utopías de construir un*

*mundo mejor, una sociedad más humana, un lugar donde cada uno pueda alcanzar sus propias metas y apoyar a los que no han tenido nuestras propias oportunidades, todavía es un sueño posible.”*²⁵

La Universidad de Santiago de Chile participa con su grano de arena en esta experiencia de rehabilitación respondiendo a su más que centenario compromiso con la movilidad social y declara que *está consciente que uno de los eslabones de una sociedad más justa está dado por el acceso igualitario a las oportunidades educativas. Por ello, se ha propuesto ser un actor preponderante en la inclusión y la movilidad social de estudiantes talentosos que provienen de quintiles más vulnerables. Ha logrado desarrollar un adecuado rol de inclusión social, al implementar programas especializados para captar estudiantes de los quintiles más pobres, cambiando el concepto del talento y agregando variables que reconozcan las situaciones de inequidad. Esto ha generado que estudiantes de los sectores más vulnerables hayan accedido a la educación superior, lo que ha permitido una disminución de las brechas sociales de origen y movilidad social ascendente.*²⁶

El aporte de la Universidad fue gestionado gracias al vínculo que mantiene la Fundación de Egresados y Amigos (FUDEA) con Ángela, y por ende, con la Fundación Abrazarte. Mediante este vínculo, la Escuela de Psicología y el Departamento de Educación colaboran en la elaboración de un plan educativo que sea apropiado a las necesidades de estos niños, adolescentes y jóvenes con el fin de que tengan una formación y un oficio que después les permita mantenerse por sus propios medios.

La fundadora y directora ejecutiva de la Fundación Abrazarte, Pía Salas, explica que el plan de apoyo en las dependencias de la Escuela-Refugio contempla tres años de formación integral y personalizada para los beneficiarios. *“El pri-*

²⁵ Entrevista a Felipe Cubillos Sigal: www.fundacionabrazarte.cl/index.php?option=com.

²⁶ Universidad de Santiago: Reporte de sostenibilidad 2012, Vicerrectoría de Vinculación con el Medio, Programa de Responsabilidad Social Universitaria

mer año es para la sanación y ya desde el segundo semestre comienza la nivelación de estudios. Así, en el segundo año ya se trabaja con el sentido que cada uno quiera darle a su vida.”²⁷

Volviendo a la historia de Antonio Díaz, Ángela cuenta: *Don Próspero Canales, que es del directorio de FUDEA, me contó que se acordaba que cuando estudiaba en la EAO, veía a mi papá haciendo aseo en los laboratorios de física. En todo caso, cuando Antonio entró a estudiar Ingeniería en Ejecución Química, estudió en sistema vespertino, igual como había hecho la Primaria, las Humanidades y el grado técnico. Mientras estudiaba Ingeniería siguió trabajando como garzón en los comedores de la EAO.*

En 1968 mi mamá llegó a trabajar como nutricionista al casino de la UTE. Después de haber estudiado en la Universidad de Chile, ese fue su primer trabajo. Mis padres se conocieron trabajando en el Casino y sé que pololearon un año. Mi papá debe haberse recibido en 1970, cuando ya estaban casados. Le ofrecieron hacer el doctorado en Alemania pero entre medio, en 1971, nací yo y la posibilidad de hacer el doctorado quedó pospuesta. Estábamos en plena época de la Unidad Popular y aunque mi papá nunca se metió en política, su espíritu era cercano a la Democracia Cristiana. Cuando mi mamá quedó embarazada, él entró a trabajar a una empresa que se llamaba Vidrios Planos Cerrillos y mi mamá trabajaba en la Posta 4. Entonces vino el golpe de Estado.

Me acuerdo que cuando fue el día del golpe, nosotros vivíamos en Los Cerrillos y mi papá justo ese día, por alguna razón, tenía que estar en la UTE. Como si estuviera viendo una foto todavía me acuerdo de mi mamá con mi hermano recién nacido en brazos, yo a su lado y al otro, tenía una pistola. Así estuvimos esperando a mi papá hasta que horas después llegó. Recordando esto, me doy cuenta que aún veo esa imagen y comprendo la tensión de esas horas. Yo tenía 2 años y aún lo tengo como un recuerdo vivo.

²⁷ Entrevista a Pía Salas: www.udesantiagooldia.cl/.../programa-de-radio-u-de-santiago-dispuestos...

Después, en 1975 mi papá contactó a un compañero ingeniero de la UTE que estaba en Venezuela y él le dijo que allá todo iba muy bien, que era la tierra de las oportunidades y entonces mi papá decidió irse. Primero se fue él. Mi hermano y yo nos quedamos con mi madre. Después se fue ella y nosotros nos quedamos con la abuela. Eso fue atroz. Estuvimos un año y medio solos. Después nos mandaron a buscar. Se podría creer que una vez que viajamos, llegamos y fuimos felices, pero no. Nos devolvieron a Chile porque la situación económica de mis padres aún no daba para podernos tener con ellos. Entonces con mi hermano nos enfermamos, pero mi abuela creía que ella se podía encargar de nosotros y que no había que molestar a mis padres. Por suerte, la hermana menor de mi mamá le llevó la contraria a la abuela y llamó a mi madre diciéndole que si no nos venía a buscar pronto, nos encontraría en un ataúd. De inmediato nos mandaron a buscar. En Caracas ellos vivían en una pensión de un español, una casa muy sombría, donde en una pieza había dos camastros donde dormíamos. Después ellos comenzaron a remontar, arrendaron un departamento y empezamos a vivir mejor.

En Caracas, Antonio Díaz trabajó en varios laboratorios farmacéuticos y después se integró a una compañía que todavía existe, que se llama Didacta. Entró como un vendedor cualquiera y, gracias a sus dotes, llegó a ser la mano derecha del dueño. Ahí aprendió el negocio y se dijo a sí mismo “yo quiero esto para mí pero en mi país.” Mientras trabajó en Didacta pudo juntar experiencia y capital y en 1981 decidió volver a Chile para montar su propia empresa. Más tarde, Antonio Díaz siempre contaba que lo más potente que se trajo de Venezuela fueron las redes, porque mientras trabajaba en Didacta a cargo de las importaciones, conoció a dueños y vendedores de fábricas en distintos países. Tan buenas fueron las relaciones que entabló, que un empresario estadounidense que conoció en esas lides le ofreció un préstamo para que se viniera a instalar a Chile.

Fui feliz en Venezuela -dice Ángela- y creo que mi mamá no tenía intención de volver a Chile, no por la situación

de acá sino por lo bien que estábamos allá. A ella le encantaba todo en Venezuela y, de hecho, cuando volvimos a Chile hablabamos como venezolanos pero a mi papá nunca se le pegó el acento. Cuando llegamos a Santiago debe haber sido en junio o julio porque tuve problemas para entrar al colegio y terminé haciendo el quinto año en cuatro meses. Pero lo más difícil de volver a Chile fue el frío insoportable.

Al principio vivimos donde mis abuelos, en una de esas típicas casas antiguas en el centro de Santiago, de esas con muchas habitaciones y un patio central. Quedaba cerca de la Plaza Bogotá. Volvimos en el año 1981, justo cuando había una tremenda crisis económica en Chile. Mi abuela le prestó a mi papá un escritorio gigante que ella tenía frente a su dormitorio. Ahí mi papá empezó su empresa, primero con un vendedor, después contrató a una secretaria, luego puso unas tarimas que hacían las veces de bodega y ahí empezó a guardar material. Con el tiempo fue ampliando el espacio de la casa que usaba para el negocio hasta que la empresa se amplió tanto que mi abuela prefirió cambiarse a otra casa. Entonces mi papá botó la casa y en el lugar construyó el local donde estuvo EQUILAB hasta enero del 2006. Ese fue el mes y año cuando nos cambiamos a un edificio nuevo ubicado en unos terrenos que años atrás no valían nada, por Panamericana Norte con Buenaventura. Mi papá fue visionario porque compró un terreno inmenso a precio de huevo. Hasta hoy la compañía está allá.

Antonio Díaz partió de cero y la empresa que fundó hace 30 años hoy es un referente importante en su área a nivel nacional. Ángela trabajó más de 20 años full time con él, y lo siguió haciendo durante tres años después que él muriera de un cáncer de páncreas en 2008. Ángela confiesa: *lo que yo hice, fue profesionalizar esa compañía y hoy opero como directora. La mitad de mi tiempo lo dedico a consultorías pero, en el fondo, EQUILAB siempre ha sido mi foco.*

Actualmente la familia de Ángela es dueña de tres compañías, EQUILAB, dedicada al equipamiento de laborato-

rios; ADG, dedicada a la biomedicina, cuyo nombre le hace honor a Antonio Díaz Guerra; y EPC MÁS PROYECTOS, empresa de ingeniería y automatización de procesos industriales. Sin embargo, llegar a esto no fue un proceso fácil.

Mi padre siempre fue parco, duro, incapaz de mostrar cariño, pero el ser que le echó abajo todas esas conductas fue mi hijo mayor, su primer nieto. Creo que fue el regalo que el universo le mandó para reparar todo el dolor de su infancia y juventud. Mi hermano es artista, estudió guitarra. La exigencia familiar era que yo fuera abogada y mi hermano, ingeniero comercial. Obedeciendo a mi papá, estudié Derecho en la Universidad de Chile y mi hermano entró a la USACH a estudiar lo determinado por mi papá, pero creo que alcanzó a ir una semana a clases y no volvió jamás. Mi acto de rebeldía en la vida fue casarme con el marido que mi papá no quería para mí pero que al final terminó aceptando. En cambio, mi hermano rápidamente le dijo “eso no es lo mío. Tú nunca me escuchaste: yo quiero ser ingeniero en sonido.” Y al final estudió lo que quería y hoy es gerente técnico en nuestra empresa.

Ángela está a cargo de EQUILAB, DE EPC MÁS PROYECTOS y de ADG, una empresa del área de biomedicina que está en la búsqueda de desarrollar implantes vivos, algo así como producir semillas de dientes mediante células madres que permitirán tener dientes vivos para hacer implantes. Esta es una historia que empezó hace 20 años atrás, cuando llegó una pareja a la Universidad de Chile después de haberse doctorado en EEUU. Él era veterinario y ella bióloga y la razón por la que se vino él, que no era chileno, fue el amor. Golpearon la puerta de las seis o siete compañías del área que había en ese entonces en Chile, proponiendo hacer una investigación que les tomaría un año y para la cual no tenían ni un peso y pedían que les implementaran el laboratorio y, a cambio, cuando se ganaran el FONDECYT al que habían postulado, devolverían todo el dinero. Todas las compañías les dijeron que no, excepto Antonio Díaz.

Hicimos el laboratorio y ellos no se ganaron solo uno,

sino que muchísimos proyectos importantes. Para él, que es japonés, eso creó un vínculo sagrado. Hace unos años, luego de un cambio de rector en la Universidad de Chile, golpearon la puerta de la compañía de la que no se habían olvidado. Los recibí y me dijeron que la Universidad de Chile ya no era el lugar apropiado para sus investigaciones y que querían hacerlo con nosotros. En esa época EQUILAB ocupaba dos pisos y en el tercero había una parte que era como una terraza abierta. Les pedí que me dejaran pensarlo. A grosso modo hice un cálculo de cuánto estábamos dispuestos a perder en esa aventura, lo consulté con mi madre y pensé que por alguna razón mi padre nos había dejado ese espacio sin ocupar. En resumen, ahora tenemos ahí un centro de investigación que tiene dos proyectos: uno en biotecnología con 50% de crédito CORFO y otro proyecto de transferencia de tecnología, también financiado por CORFO, en el que operan diferentes científicos.

Enseguida, la familia de Antonio Díaz armó otra empresa, EPC MAS PROYECTOS, buscando nuevos negocios más allá del tradicional de EQUILAB. Cuando recién comenzó EQUILAB se cobraba lo que querían las compañías existentes. Pero los valores de mi papá siempre fueron a favor de un precio justo y transparentó los precios, lo que para la competencia fue un golpe fuerte. Él nos decía que un empresario tiene que ganar pero no desproporcionadamente y que la plata no es para acumularla sino para hacerla circular.

Hoy día, con la globalización, cualquiera puede importar y el mercado se puso muy competitivo. Y ocurre otro fenómeno: el 50% de nuestras ventas es a universidades, que aprueban algunas cosas como insumos y otras como bienes de capital pero, como los profesores saben que tienen que recurrir a la justicia divina, ya no están interesados en un equipo que dure 50 años, o sea, si les compran el equipo a China, sabiendo que les va a durar a lo sumo 5 años, lo encuentran perfecto. Pero nosotros no estamos en ese negocio, entonces la decisión vino de preguntarnos cómo darle valor agregado a lo que vendemos. Lo que descubrimos es que hay que automatizar los procesos.

En busca de esto, en un primer proyecto pidieron ayuda a profesores de la Escuela de Ingeniería en Minas de la Universidad Católica, armaron una red, presentaron una propuesta de planta de ácidos para la minería y, en definitiva, terminaron formando una nueva compañía, EPC MÁS PROYECTOS, que hoy maneja un variado portafolio de proyectos en ejecución.

Hoy en día somos una empresa que, por un lado, se dedica a la venta de equipos y, por otro lado, con EPC MÁS PROYECTOS rediseñamos los procesos, automatizándolos. Por ejemplo, trabajamos en una planta que era de una empresa minera y en este caso los procesos consistían en unas piscinas con diferentes ácidos que después alimentaban piscinas más pequeñas donde eran sumergidas las camisas de cobre; estos ácidos te permiten separar el cobre de los otros metales, o sea, se trata del proceso llamado lixiviación. El método que usaban en esa empresa era arcaico: primero un viejo metía la mano con un vaso precipitado en las piscinas y sacaba muestras y después eso se llevaba al laboratorio, donde se demoraban cerca de 72 horas en dar el resultado. En EQUILAB diseñamos una planta manejada por un cerebro electrónico que monitorea en tiempo real el PH del ácido en un contenedor donde se hacen las mezclas. Se trata de ir automatizando los equipos y esto significa mejorar la calidad de los productos que fabricamos en Chile y también mejorar la calidad de vida de los que trabajan en esos laboratorios.

Otro ejemplo: hace dos años recibimos un proyecto para lavado de gases, donde hicimos el diseño de un laboratorio para una empresa minera y mientras estaba conversando con estos caballeros -que por lo demás, habían estudiado en la Universidad Técnica del Estado y se acordaban de mi papá- de pronto me mostraron un computador que estaba corroído por completo. Me contaron que el computador llevaba apenas 4 meses en el laboratorio y que les inquietaba imaginar cómo estaban ellos por dentro. Para ellos diseñamos un sistema que en dos minutos monitorea la calidad del aire y automáticamente va limpiándose aire dentro de una fábrica o de un labo-

ratorio. Armamos un sistema completo de extracción de gases, o sea, las mismas campanas que vendíamos a secas, ahora la vendemos con el sistema que va limpiando el aire continuamente. El grueso de las empresas del área ha intentado copiarnos, pero llevamos 4 años adelantados y esto no es un detalle menor.

Ángela sostiene que en cierto sentido hoy en EQUILAB están haciendo lo mismo que 30 años atrás hizo Antonio Díaz: apoyar el proceso de industrialización de Chile. *Nosotros tenemos principios rectores y hemos declarado que lo que nos importa es desarrollar una industria nacional con altos estándares para que pueda competir en los mercados internacionales. Como país necesitamos tener investigación y docencia de alto nivel.*

Como parte del mundo de la empresa privada, Ángela está acostumbrada a tomar decisiones rápidas y por sí misma. Quizá por esta razón considera que las universidades, en especial las estatales, son entes excesivamente burocratizados, de respuestas lentas y en general, rígidas. Para ilustrar esta percepción, cuenta que tuvo una experiencia fallida con la Facultad de Administración y Economía de la Universidad de Santiago, a la que presentó un proyecto para hacer un curso de coaching, propuesta que nunca fue contemplada. *De todos modos, sigo siendo muy cercana a FUDEA pero, además, si yo no hubiera sido abogada estoy segura de que habría estudiado en la USACH. Me acuerdo que cuando mi papá revisaba un currículum de alguien al que iba a contratar, prefería a la gente de esta Universidad. Ahora que he estado interactuando con la USACH, veo que el sentido de pertenencia no está bien desarrollado. Es una universidad que tiene a mucha de su gente muy bien posicionada, pero no tienen esa pertenencia tan orgullosa como la tienen los de la Chile o los de la Católica. Y el sentido de pertenencia es algo que se construye. Alguien tendría que declararlo y ver cómo desarrollarlo.*

Jamás olvido que la USACH es la universidad de mi papá. Por lo demás, tengo la sensación de que es la única que

tiene esa cualidad de saber hacer las cosas bien y no solo hacer trabajo de escritorio. Y me gusta que sea una universidad que permite que haya movilidad social. Cuando estuve en un acto de FUDEA, algo que me sorprendió mucho fue que se presentaron unos estudiantes que tocaron música de una manera maravillosa, como profesionales de la música pero no lo eran, y uno de estos cabros habló y dijo que estaba sorprendido de la cantidad de historia que tiene la Universidad. Se me apretó el corazón. Él había estado detrás del escenario y escuchó lo que hablé acerca de mi padre y lo que dijo un profesor viejito de Metalurgia y el presidente de la Fundación, que en la Escuela de Arte y Oficios había estudiado la Educación Media completa.

En un encuentro anterior de FUDEA recuerdo haber visto un video con la historia de la EAO y la UTE y entendí el sentido de tener gente de edad avanzada que puede contarle a los actuales estudiantes de estas escuelas la historia de ellas y que, por lo demás, tenían talleres de teatro, de circo, música y una cantidad enorme de actividades. Hay que sacarle lustre a ese pasado tan rico. El tema es cómo construir un sello después de la debacle que vivió esta Universidad con el golpe de Estado y en los años de dictadura.

José Ramírez Allende

Gran deportista de la UTE - USACH

Nació el 12 de Marzo de 1941 en Rengo, siendo el cuarto hijo del matrimonio conformado por Rafael Ramírez y Zulema Allende. Son seis hermanos, cuatro hombres: Rafael, Luis, José e Ismael y dos mujeres: Zunilda y Zulema. José estudió en la Escuela de Rengo y apenas terminó el sexto año de Preparatoria, a los 14 años, empezó a trabajar en una fábrica de Rengo que producía baldosas. En la escuela había conocido a Ana Alfaro y siendo ambos adolescentes, empezaron a pololear. Se casaron cuando ella tenía 18 y él 21 años. Sus dos hijos mayores nacieron en Rengo y el menor, en Santiago.

Empezó su carrera deportiva a los 13 años, en 1954, como centro delantero del Club de Fútbol Carlos Condell y en el Club Quitalba de La Rinconada de Malambo, donde jugaba en la Selección Infantil de Fútbol de Rengo. A los 14 años José entendió que su única posibilidad de surgir, era a través del deporte y a él se dedicó con ahínco: *desde chico me gustó el deporte y vi que no tenía otro camino para el futuro, entonces me dediqué a él por entero. Tuve mucha suerte porque el deportista necesita mucho apoyo, tanto de los dirigentes como de los entrenadores.* A los dieciséis años dejó el fútbol y empezó su carrera de ciclista en el Club Volcán de Rengo. Al año siguiente, 1958, ya era el mejor ciclista de su ciudad. Participó en 3 campeonatos nacionales de ruta y en 1961 obtuvo el tercer lugar por equipo en el circuito de 175 kilómetros.

El 31 de Diciembre de 1962 José participó en una competencia en el Liceo de Rengo. Se trata de una fecha inolvidable porque marcó su futuro. Un dirigente deportivo de Rengo se fijó en él, encontrando que el muchacho tenía buenas condiciones para ser corredor. Entonces le propuso irse a la capital como corredor del Club Atlético Santiago, club fundado en 1933 con el propósito de desarrollar exclusivamente el atletismo. A lo largo de todo un año José siguió trabajando en la fá-

brica de baldosas de Rengo y entrenaba a diario bajo la supervisión del dirigente deportivo, quien cada fin de semana lo llevaba a Santiago para hacerlo participar en competencias. En 1964 el dirigente le consiguió un trabajo en una fábrica que quedaba en la avenida Vicuña Mackenna y José se vino a Santiago, dejando a su mujer y dos hijos en Rengo. Ese mismo año tuvo su primera participación internacional en la Maratón de La Playa, en Montevideo, Uruguay. Entre 482 participantes, obtuvo el lugar 17.

Compitió por el Club Atlético Santiago a lo largo de cuatro años, lapso en que llegó a convertirse en el corredor número uno de Chile. Finalmente podía traerse a su familia a Santiago para lo que debió arrendar casa porque hasta ese momento vivía en el Club. Y, puesto que ya era un atleta importante, recibió ofertas del Club Colo Colo y del Club Deportivo de la Universidad Católica. *Después me ofrecieron trabajo en la UTE para ser atleta de su Club Deportivo. Acepté porque en la UTE iba a ser un empleado público y no un obrero.*

A la Universidad Técnica del Estado llegó en febrero de 1967. *Estaban de vacaciones y todo estaba cerrado, así que por el momento me pusieron a trabajar en los jardines y en marzo comencé a trabajar como mensajero en la Casa Central. Desde el principio me dieron algunas regalías para entrenar, como por ejemplo, en el Estadio de la UTE me asignaron un camarín propio, con agua caliente para bañarme, y tenía un entrenador que se encargaba de mí. Después de unos años de ser mensajero en la Casa Central pasé al Departamento de Deportes y ahí estuve trabajando por más de 30 años como administrativo. Además, fui ayudante de entrenador y me dediqué a trabajar con los deportistas de la UTE. Me acuerdo de Carlos Carvajal, al que yo entrenaba y era estudiante de la Universidad. Ahora él es profesor de un Liceo y siempre ha seguido practicando su deporte.*

En la UTE tuvo dos entrenadores: Sergio Guarda y Luis Chávez. Ambos estuvieron siempre preocupados de conseguir que le dieran permiso para los entrenamientos y también

se preocupaban de su rendimiento laboral. *Y así fui surgiendo de a poco, fui escalando en el mismo trabajo. De mensajero pasé a ser mayordomo en el Departamento de Deportes y tuve a toda la gente encargada del aseo a cargo mío, en los gimnasios, piscina, estadio, y así fue mi vida.*

Desde muy joven, José es conocido como el Viejo Ramírez. *Me pusieron ese apodo cuando llegué a la UTE. En ese tiempo el campeón de todas las corridas era Ricardo Vidal, del Club de la Universidad Católica. Tenía apenas 37 años y le decían “el Viejo Vidal”. En esos años yo empecé a competirle y en el 64 le gané y cuando Vidal quedó en el segundo lugar y yo pasé al primero, me empezaron a decir Viejo Ramírez.*

La Universidad lo ayudó a tener una casa en Maipú, donde él y su esposa viven hasta el día de hoy. *Eso fue cuando volví de un Campeonato Sudamericano que hubo en Quito, Ecuador, y obtuve tres medallas, incluido el segundo lugar en la maratón de 42 kilómetros. En ese tiempo estaba el rector Enrique Kirberg y la Universidad tenía muchas sedes y él hizo un acuerdo de cooperar todos con un granito de arena y así se juntó la plata para el pie de esta casa y el resto lo seguí pagando yo.*

Con orgullo cuenta que sus tres hijos estudiaron en el Liceo de Aplicación. *Mis tres hijos son profesionales. Uno es ingeniero en aire acondicionado, el otro es contador auditor y el mayor es ingeniero en computación. El del medio, Exequiel Ramírez, estudió Aire Acondicionado en la USACH y los otros se recibieron en el DUOC. Y tengo cuatro nietos, dos hombres y dos mujeres, que son muy inteligentes.*

Cuando sus hijos estudiaban Educación Básica, practicaban fútbol y participaban en competencias de atletismo de distancias cortas, como 100 o 200 metros. *Pero ellos no pudieron seguir con los deportes. Cuando estaban chicos, mi señora siempre les dijo que tenían que ser profesionales, que necesitaban tener un cartón, “porque la suerte del papá nadie la tiene, muy pocos deportistas tienen esa suerte”. Eso les decía*

para motivarlos a estudiar.

Mirando hacia atrás, es claro que José tuvo mucha razón cuando a los 14 años pensó que dedicarse al deporte era su camino para surgir. *En los primeros años me sentía muy orgulloso apareciendo en los diarios, me sentía como que era otra persona, que todo Chile iba a saber mi nombre, que José Ramírez estaba en el diario. Conocí Chile de Arica a Punta Arenas y nunca me imaginé que iba a conocer el Morro de Arica. A Punta Arenas fui tres veces a competir en la Maratón de los Barrios y gané el primer lugar las tres veces. También empecé a viajar a otros países porque participé en cuatro Campeonatos Sudamericanos, en Ecuador, Uruguay, Colombia y Chile y fui a muchos países para correr maratones.*

Cuando salí campeón sudamericano de maratón, en Chile en 1974, para mí fue un gran triunfo. Eran 42 kilómetros y 195 metros. Partimos del Estadio Nacional, seguimos por la Gran Avenida que estaba llena de gente y así hasta San Bernardo y de vuelta al Estadio. Transmitían directamente por la radio y la televisión, entonces mucha gente salió a la calle y cuando llegué triunfando al Estadio Nacional había como treinta mil personas, todas de pie gritando mi triunfo. Cuando crucé la meta hubo muchos aplausos, muchos pañuelos blancos. Fue una cosa muy grande para mí. Y al momento de recibir la medalla de oro, oí que me cantaban la canción nacional. Para un deportista es algo muy grande que le canten la canción nacional. El corazón late y se vienen los recuerdos de la niñez, de la juventud, de cómo van pasando los años, se recuerda mucho y el corazón late mucho, muy fuerte. Y llevar la camiseta roja de la selección de Chile, con el pantalón azul y calcetas blancas, es un gran orgullo para el deportista. Me sentía totalmente satisfecho. En mi niñez nunca pensé que iba a llegar tan alto, que como deportista iba a tener un logro tan grande. Y recuerdo que en el último campeonato sudamericano fui abanderado de la delegación de atletismo y para mí eso fue grande, no caminaba, iba en el aire. Llevar la bandera y representar a Chile es glorioso. Me acordaba de donde salí, que soy una persona humilde, sencilla. Además, tuve mucha

suerte porque los reporteros siempre me trataron bien. Nunca les negué una entrevista y a los que querían sacarse fotos conmigo, también les daba en el gusto. Y eran muchos los que querían fotografiarse junto a mí porque yo fui una persona muy importante en el deporte chileno. Participar en cuatro campeonatos sudamericanos es una gran cosa.

José cuenta que en lo deportivo, en esos años la UTE se destacaba en judo, básquetbol y atletismo y que en fútbol llegaba en tercer o cuarto lugar. Agrega que se siente muy agradecido de Eugenio Reyes Tastets, el primer rector delegado de la Junta Militar de Gobierno en la UTE. *En el año 74, cuando salí campeón, don Eugenio nos dio una gira a Carmen Oyé y a mí por todas las sedes de la UTE, de sur a norte. Ella era secretaria de la Universidad y buena corredora. Trabajaba en el taller de imprenta cuando estaba en calle Fanor Velasco. De parte de don Eugenio conseguí una alimentación especial que me dieron hasta que terminé mi carrera deportiva. Y gracias a él obtuve ayuda para dos de mis hermanos: para la menor que pudo estudiar para ser profesora y mi hermano mayor que se vino a trabajar a la Universidad. Además de eso, en el 77 fue la corrida de San Silvestre, en Brasil, y don Eugenio consiguió que la Universidad me pagara el viaje porque en la llegada de la corrida del año anterior me ganaron por dos segundos, -dos segundos no es nada- pero quedé fuera del equipo de la Selección de Chile. Entonces don Eugenio me dijo “nosotros te vamos a mandar a Brasil”.*

A pesar de tantos triunfos y satisfacciones, José dice que ser deportista es una carrera difícil. *El atleta es solitario. Siempre entrena solo. Mi vida comenzaba el día lunes a las seis y media, entraba a trabajar a las nueve de la mañana y después del trabajo me iba al Estadio de la UTE a entrenar. En los primeros años no tuve permiso para hacerlo como parte de mi jornada laboral. Pero con el tiempo, los jefes se dieron cuenta que yo era una persona responsable en mi labor y muy dedicada al deporte, y como estaba triunfando, empezaron a darme permiso durante el día para entrenar. Me preguntaron cuántas horas necesitaba y les dije que tres, una de colación y*

dos de entrenamiento, de las once de la mañana hasta las dos de la tarde, todos los días. También conseguí una alimentación especial.

José participó cinco veces en la carrera de San Silvestre en Brasil, lo que significaba que su familia pasara tanto Navidad como Año Nuevo sin él, pero ni su esposa ni los hijos le pusieron mala cara. *Mi señora siempre me apoyó mucho. Comprendía que mi pasión era el deporte. Y mis hijos también. Incluso después, cuando ellos crecieron, me acompañaban en bicicleta mientras yo corría por todo Maipú. Tuve un gran apoyo por parte de mi familia, en cambio, muchos deportistas que estaban casados tenían problemas con sus señoras que se ponían celosas y alegaban porque las dejaban solas. Algunos se separaban, otros no podían entrenar bien porque la señora les ponía problemas. Yo tuve mucha suerte, por todas partes, tanto en el trabajo como aquí en mi casa.*

Ya es el momento de mostrar los triunfos deportivos más significativos de José Ramírez Allende:

- En 1969 obtuvo el tercer lugar en 5 mil metros, tercer lugar en diez mil metros y fue campeón sudamericano en la Maratón, obteniendo medalla de oro para Chile.
- 3 veces participó en la Media Maratón de Táchira, Venezuela. En 1970 obtuvo el segundo lugar y en 1971 y 1972, el tercer lugar.
- 3 veces participó en la Media Maratón de San Juan, Puerto Rico. En 1970 consiguió el octavo lugar. En 1971 obtuvo el décimo lugar y en 1972, el onceavo.
- 1970: obtuvo la mejor marca panamericana en Maratón.
- 1971: tercer lugar en la Maratón de Lima, Perú.
- 1971: cuarto lugar en la Maratón en los Juegos Pana-

mericanos de Cali, Colombia.

- 1974: cuarto lugar en los 10 mil metros y primer lugar en la Maratón de Santiago de Chile.
- 1974: elegido como mejor deportista por la prensa chilena.
- Cinco veces representó a Chile en la corrida de San Silvestre en Sao Paulo, Brasil.
- 1977: cuarto lugar en la Maratón de Montevideo.
- 1979: quinto lugar en la Maratón de Bucaramanga, Colombia.
- Seis veces fue campeón nacional en 5 mil metros pista.
- Diez veces fue campeón nacional en 10 mil metros en pista.
- Durante 10 años se mantuvo como el mejor fondista nacional, ganando todas las competencias en pista y en calle.
- En 1980 corre su última Maratón, llegando en el primer lugar al Estadio Nacional.
- En 1981 comienza a participar en la categoría senior: ese año se coronó en el Campeonato Nacional realizado en Valparaíso: primer lugar en 5 mil, en 10 mil metros en pista y en Media Maratón.
- 1982: Campeonato Sudamericano Senior: triple campeón: 5 y 10 mil metros y 21 kilómetros.
- 1982: triple campeón en Barquisimeto, Venezuela.

- Durante 3 años fue el mejor fondista en categoría Senior, ganando todas las competencias en pista y calle.
- En 1983 participa en la Gran Posta de Chile, obteniendo el primer lugar por equipos.
- En 1984 su equipo obtiene el tercer lugar en la Gran Posta de Chile.

En el año 70 hice una marca mundial en los 42 kilómetros y 195 metros. Marqué dos horas, nueve minutos y cuarenta y ocho segundos. La gente de Geomensura de la Universidad volvió a hacer la medición para inscribir la marca. Entonces llegaron los reporteros de Rancagua y de Santiago a la casa de mis papás en Rengo y ellos salieron en el diario. El título era: “La familia del corredor José Ramírez.” Había una foto donde salían ellos, y como mi papá trabajaba en el campo, salió con su pala y mi mamá, con su delantal de dueña de casa. Se sentían orgullosos de mí. Mucha gente en Rengo les decía “tu hijo triunfa en el deporte y le da mucha gloria a Chile.”

Acerca del día del golpe de Estado José recuerda: yo salí a trabajar como de costumbre, a las siete y media. Estaba trabajando y como a las diez de la mañana nos dijeron: “hay golpe. No se muevan de aquí. Cuando haya una orden, se retiran.” Y nos quedamos hasta las diez y media, que fue cuando nos dijeron que nos fuéramos a nuestras casas. Ya no había locomoción, así que me tuve que venir a la casa caminando junto a mucha gente, desde la Universidad hasta Maipú. Me demoré una hora y media. Llegué a mi casa y todo estaba bien, todo tranquilo, no pasó nada. Después, para volver a trabajar, nos empezaron a llamar por grupos. No recuerdo la fecha de cuando volví, pero fui de los primeros. Fue en septiembre.

Desde la cocina, donde prepara una cazuela olorosa, su esposa aclara que ellos nunca se metieron en política. Respondiendo a mi pregunta, José dice que sí supo que el fotó-

grafo Hugo Araya murió en el sótano del gimnasio. *Sí, lo ubicaba. Sí me acuerdo. En ese tiempo yo ya estaba trabajando en el Departamento de Deportes, a cargo del gimnasio, la piscina y el estadio.*

En la categoría de todo competidor corrí hasta 1980 y al cumplir 40 años de edad pasé a senior y seguí siendo atleta hasta 1991. Me retiré de mi carrera de deportista porque me dio tifus, que si no, hubiera seguido porque estaba en buenas condiciones, llevaba una vida sana, no tenía ninguna enfermedad y todos los días entrenaba.

El primero de marzo del año 2010 José Ramírez jubiló después de haber trabajado 43 años en la Universidad pero siguió ligado a ella. *Mi señora trabajaba en un quiosco que le había dado el Departamento de Deportes y cuando salí jubilado me fui a trabajar con ella en el quiosco que está en Humanidades. Pero el año pasado tuve una enfermedad en el pulmón, me sentía decaído y en los exámenes salió que tenía líquido en los pulmones. Me operaron y hace meses que estoy en mi casa. Tuvimos que entregar el quiosco porque no pude seguir trabajando después de la operación.*

Para José, trabajar en el quiosco fue una experiencia muy distinta a lo que conocía de la Universidad. *En el quiosco me sentí más relajado y como detenido en el lugar, no salía, estaba inmóvil. Me quedaba sentado atendiendo a quienes no conocía y para las cuentas estaba más o menos, porque uno se pierde con las cuentas. Después, en el segundo semestre, ya me iba como por un túnel. En el Departamento de Historia nos querían mucho, “la tía y el tío” nos decían, y muchos estudiantes que venían de Rengo me iban a ver porque sus papás les contaban de mí. Gracias al quiosco tenía mucho contacto con los estudiantes y con los profesores también.*

Al preguntarle por qué no fue a ninguna Olimpiada, con un hilo de voz respondió que estuvo a punto de ir pero que el Comité Olímpico lo castigó. Y se quedó callado. Entonces su esposa, la señora Anita, desde la cocina volvió a inter-

venir y enseguida se vino a sentar con nosotros para contar toda la historia: *Lo castigaron por la sencilla razón de que fue a Puerto Rico, adonde había ido repetidas veces, y esa vez le ofrecieron trabajo y se quedó un mes allá. Eso fue en el invierno del año 1973. Trabajó todo un mes y lo que acá ganaba en un mes, allá lo ganó en un día. Trajo muchos dólares. Teníamos un vecino que tuvo la idea de vender los dólares y que nos compráramos un taxi para trabajar de taxista. Pero yo no lo dejé retirarse de la Universidad. Así que vendimos los dólares y cancelamos la deuda que aún teníamos de la casa. Después vendimos el resto de dólares y alcanzó para comprarnos otra casa, media viejita, pero la fuimos arreglando de a poco. Esa casa la arrendamos y con esa plata aproveché de educar a los hijos. Valió la pena que yo me quedara bien callada cuando todos lo buscaban porque, por supuesto, yo sabía que se iba a quedar allá. Era un acuerdo que teníamos.*

La señora Ana trabajó 25 años en el quiosco: *Empecé cuando estaban los quioscos de Bienestar. Había tres quioscos azules que eran de Bienestar y hubo una asistente social que le quitó los quioscos a Bienestar y se los pasó a Deportes. Y como la gente de Deportes no los sabía administrar, los centros de alumnos se los empezaron a quitar de a poco. Al final, el Departamento de Deportes se quedó con uno nomás, gracias a que un profesor, el finado Claudio, lo peleó. Ese era el que yo trabajaba.*

En su casa José tiene una pieza entera, llena de pared a pared y de piso a cielo, con todos los trofeos, copas, galvanos y una diversidad de premios que acumuló a lo largo de su vida deportiva. Los que no cupieron en esa pieza, se los regaló a sus hijos y a sus hermanos y, además, hay que considerar que tiró a la basura los que se rompieron en el terremoto de 2010. También tiene varios álbumes con recortes de diarios y revistas donde aparecen consignados sus triunfos y entrevistas. *Es que desde niño me gustó mucho el deporte y cada vez que salía en el diario lo guardaba y lo iba archivando. Yo creo que pocos deportistas tienen los recuerdos que tengo yo, un álbum completo. Lo tenía todo ordenado por años, pero ahora*

está desordenado porque saqué muchos recortes para armar un libro que quiero publicar.

José Ramírez todavía lleva a Rengo en el corazón. Constantemente viaja a visitar a sus hermanos y amigos. *Mi hermano mayor, Rafael, empezó trabajando en la misma fábrica de baldosas que yo; después, en el año 74, se vino a Santiago a trabajar en la UTE; en los primeros años trabajó en la librería y después pasó a la Radio y ahí jubiló. El tercer hermano, Luis, se vino a Santiago a trabajar en la fábrica Scanavini, donde estuvo 25 años y después volvió a Rengo. El otro hermano, Ismael, tiene un taller de ciclismo en Rengo. Una hermana, la menor, que se llama Zulema, estudió en la USACH y ahora es profesora del Liceo de Rengo y Panquehue. La mayor, Zunilda, no tuvo estudios y se dedicó a empleada doméstica. Ella nos ayudó mucho a nosotros cuando estábamos chicos. Es la mala suerte que solían correr las hermanas mayores.*

Su última actividad deportiva tuvo lugar el 3 de mayo de 2014, cuando en Rengo se hizo una corrida que se llama "La ruta de José Ramírez. *Mis seis hermanos me acompañaron, y también las nueras, los cuñados, las cuñadas, los sobrinos, nietos y sobrinas. Era un grupo de como 25 personas. Incluso algunos de ellos participaron corriendo también, como un homenaje que me rendían. En esa competencia, que era de diez kilómetros, participaron mis tres hijos y mis nietos.*

Mario Navarro Cortés

Director de la Secretaría Nacional de Extensión y Comunicaciones de la Universidad Técnica del Estado

Mario nació en 1940 en La Serena. Su padre era obrero y su madre, dueña de casa. Eran ocho hermanos pero a dos de ellos no los conoció porque murieron antes que él naciera. Mario es el menor y con una diferencia grande con sus otros hermanos: cuatro hombres -Osvaldo, René, Misael y Domingo- y una mujer, Teresa. De su infancia un recuerdo imperecedero son las vacaciones en el campo, en Chañaral Alto, en la provincia del Limarí, con petroglifos al lado del camino, una estación de trenes y una escuela rural donde estudiaron sus hermanos. De esa zona era oriunda su mamá, doña Mercedes Elena Cortés. Mario me pide que escriba su nombre porque desea que los nombres de sus padres queden escritos en letras de molde.

Muchas veces su padre, Julio César Navarro, se iba a Santiago porque en La Serena no había trabajo y volvía solo por temporadas a la casa. En una oportunidad, don Julio César se fue por una temporada larga a vivir a Santiago con su hijo Domingo, que estudiaba en la Escuela de Bellas Artes. Julio César Navarro fue un activo participante en las actividades culturales de los sindicatos de los años 1920-30, tanto en el norte como en Santiago. Murió cuando Mario tenía 10 años y hasta hoy a Mario le queda el recuerdo de haber sido muy querido por su padre y, sobre todo, se le grabó para siempre que una vez le dijo: *“Debes superar siempre a tu papá.”* Mario les repitió esta misma frase a sus propios hijos.

En La Serena el papá trabajaba en la Cervecería Floto que era de un alemán. Años más tarde, alguna vez su madre le contó que Julio César Navarro era hijo natural del dueño de la cervecería y que, quizá por mala conciencia, un día le dijo que le iba a regalar una casa y que eligiera entre la de la calle Cordovéz, en el centro de la ciudad, o la casa de la calle Amu-

nátegui, que quedaba en la periferia sur de La Serena. El papá de Mario optó por esta última porque contaba con espacio suficiente para construir una cancha de rayuela. Era una casa grande, de adobe, de inicios del siglo XX y, sobre todo, tenía un patio enorme, con árboles frutales como chirimoyos, naranjos, limoneros, nísperos, damascos, duraznos, membrillos, perales, nogales, olivos y papayos, más un lúcumo, una higuera y un guindo.

Cuando Mario tenía 5 años se fueron a vivir a Copiapó. Su casa quedaba justo al frente de una escuela y -pese a tener 5 años en tiempos en que la edad mínima para entrar a la escuela era a los 7- cuando él se lo pidió, su mamá lo inscribió en la escuela. La profesora le entregó un silabario. Al tercer día no quiso volver pero la mamá lo obligó a ir a devolver el silabario. Recuerda haber entrado a la sala de clases, caminar delante de todos los niños y devolver el libro. Fue una gran enseñanza que recibió de doña Mercedes Elena Cortés. Por ser el menor, Mario fue el regalón de padre, madre y hermanos. Su hermano René, con muchas dotes manuales, para la Pascua de 1945 le fabricó un camión de madera y en otra ocasión, un caballo de cartón piedra.

En 1947 su mamá lo matriculó en la escuela pública Nº 6, a la que por no quedar cerca de la casa, en los primeros días ella tenía que ir a dejarlo. Sistemáticamente Mario se devolvía a la casa, no porque no le gustara la escuela sino que no quería separarse de su mamá. A menudo llegaba de vuelta a la casa antes que ella, por lo que dejaba la chaqueta o el bolsón a la vista para que su mamá supiera que él estaba en la casa. Pero un día se escondió en la rama más alta del guindo y lo buscaron por todas partes hasta que alguien encontró su bolsón y él tuvo que bajarse del árbol. La mamá le puso un ultimátum: hasta que no fuera a la escuela, debía quedarse en cama. Resistió dos días y al tercero fue a la escuela. De esa escuela tiene el recuerdo de haber hecho su primera exposición de arte. A fin de año su profesora, doña Teodomira Toro, que le enseñó a leer y escribir, colgó todos sus dibujos realizados en el transcurso del año en una pared de la sala de clases.

Ella fue mi primera curadora, dice.

Después, cuando ya sabía leer y escribir, lo cambiaron al colegio de los curas franciscanos, que en su mayoría habían venido de Bélgica escapando de la segunda guerra mundial. Era 1948. Este colegio usaba una pedagogía muy avanzada en comparación a las escuelas chilenas y se privilegiaba la educación artística. Mario recuerda, sobre todo, que hacían representaciones teatrales y para eso, los muros de las salas se movían, abriéndose, para dejar un espacio grande que al fondo tenía un escenario, con foso incluido, más todos los elementos de una tramoya profesional.

Sus cuatro hermanos varones terminaron trabajando en FFCC (Empresa de Ferrocarriles del Estado), aun cuando uno de ellos, Misael, estudió en la Escuela de Minas de La Serena pero no le gustó la idea de trabajar perdido en los cerros y se salió de la Escuela para irse a FFCC.

Después que murió don Julio César, se trasladaron a vivir a Santiago Mario, su mamá y su hermana Teresa, que había rendido el bachillerato con el deseo de ingresar a la Escuela de Bellas Artes y al Pedagógico de la Universidad de Chile para estudiar Pedagogía en Artes Plásticas, profesión que más tarde ejerció en el Liceo de Niñas de La Serena.

Llegaron a vivir por el paradero 13 de la Gran Avenida y su mamá lo puso en la escuela más cercana —en el paradero 15— para que se pudiera ir caminando. Era una escuela privada —*como las subvencionadas de ahora, explica*— y él llegó a quinta preparatoria pero al mes lo cambiaron a sexta y a los 15 días a primero de Humanidades. Ahora, con la perspectiva del tiempo, él interpreta esta situación diciendo que quizá los dueños recibían más subvención por los cursos superiores y no porque él viniera con una preparación extraordinaria del colegio de los franciscanos.

Teresa se tituló de profesora en la Universidad de Chile y, dado que la madre nunca se acostumbró a vivir en Santiago,

volvieron a La Serena. A esas alturas Mario ya cursaba 5º humanidades, toda su adolescencia la había vivido en Santiago y en La Serena casi no tenía amigos. Entonces, a los pocos meses no lo soportó y la mamá le permitió regresar a Santiago.

Llegó a vivir a casa de su hermano Domingo, que ya estaba casado y vivía en San Miguel, y volvió a su antiguo liceo a cursar 6º Humanidades. El liceo quedaba en la comuna de la Cisterna, en el paradero 28 de la Gran Avenida, y era coeducacional, aunque en el Ministerio de Educación figuraba como Liceo N° 10 de Niñas. En este liceo, al igual que en todas las escuelas donde estudió, Mario sobresalía por sus habilidades para el dibujo.

Terminadas sus Humanidades, entró a estudiar a la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile. Cuando comenzaba el segundo semestre, para no seguir siendo una carga para su familia, regresó a La Serena con la idea de buscar trabajo y aportar con ingresos para la familia. Al poco tiempo surgió la oportunidad de hacer un reemplazo como profesor de preparatorias en el colegio de los franciscanos. Le encantó ser profesor y con cara de felicidad recuerda haber hecho la escenografía para la obra de teatro que representaron ese año.

A partir de esta experiencia decidió que quería ser profesor. Entonces volvió a Santiago, esta vez para presentarse como postulante a la Escuela Normal José Abelardo Núñez. Lo más difícil fue el examen de habilidades musicales en el que cantó algo porque no dominaba ningún instrumento. Sí recuerda que su papá, como hábil maestro carpintero, arrancaba melodías curvando un serrucho pero él, ni eso aprendió.

Fue admitido en los cursos superiores porque ya tenía cursadas las Humanidades. En 2 años se recibiría de profesor normalista. *“Cuando entré a la Escuela Normal tomé la decisión clara de que yo estudiaba Pedagogía para ejercer en la educación primaria. Me había gustado mucho esa experiencia en La Serena, pero, además, tenía el claro propósito de seguir*

estudiando siempre.” Todas las prácticas las hizo en la Escuela Anexa, también conocida como Escuela Venezuela. El profesor que más influyó en él fue don Néstor Retamal, su maestro de Didáctica y su supervisor en las prácticas. Don Néstor Retamal era radical y masón, como la gran mayoría de los profesores de la Normal.

Pero Mario no fue radical ni masón sino que ingresó a militar en las Juventudes Comunistas. Esta decisión la tomó a partir de su experiencia cuando en 1961 se tomaron por más de tres meses la Escuela Normal²⁸, sumándose a los gremios de profesores de todo el país que pedían alza de sueldos.

Hubo una huelga de los profesores muy larga, de más de 50 días, durante el Gobierno de Jorge Alessandri. Nos tomamos la Escuela Normal y yo participé en la toma y en la dirección del colectivo. Dirigíamos la toma como parte de las actividades del centro de alumnos. Teníamos que administrar los alimentos porque la Escuela Normal tenía internado. Entonces administrábamos la toma y ahí había una actividad permanente y los estudiantes brindábamos facilidades a la organización gremial de profesores de educación primaria y secundaria y a nuestros propios compañeros. Las asambleas se hacían en el teatro de la Escuela Normal, que era muy similar al teatro de la Escuela de Artes y Oficios. Gracias a esto, nosotros éramos observadores privilegiados de lo que realmente pasaba en las asambleas de los profesores. Es en ese momento en que yo tengo un conocimiento de lo que significa la participación de los partidos políticos en una actividad gremial potente. Las asambleas de los profesores eran clarísimas. Y, nosotros, desde el segundo piso, mirábamos cómo se tomaban los acuerdos y las cosas fuertes que se decían. Era una experiencia que yo ya había vivido porque como estudiante de Humanidades habitualmente iba al Congreso y, después de presentar el carnet, subía al segundo piso y miraba las discusiones de los diputados y senadores.

²⁸ Se refiere a la huelga que más tarde pasó a ser conocida como “Huelga larga del Magisterio”.

En 1962, por influencia de sus compañeros de la Escuela Normal, entró a militar a las Juventudes Comunistas pero no tenía una militancia muy orgánica, ya que lo hacía en una célula de profesores normalistas -“con Gladys Marín”, comenta- y solo se juntaban cada dos o tres semanas. Sí tenía una vida sindical muy activa en el gremio de profesores.

Ese mismo año se recibió como el mejor alumno de su generación. Al recordar esto se emociona y dice sentir pudor de contarlo. En todo caso, los tres mejores de cada generación tenían dos privilegios: recibían desde su primer nombramiento un trienio de gracia, equivalente a un aumento de un 40% de sueldo, y, además, podían elegir en qué parte de Chile querían trabajar. Él eligió la provincia de Santiago.

Ya era mayo o junio de 1962 y Mario todavía no recibía una designación. Con ironía, le preguntó a su profesor si había que ser del Partido Radical para conseguir un puesto y no recibió respuesta. Años después, sus compañeros radicales de la Escuela Normal le contaron que en una asamblea partidaria el profesor reclamó por estas situaciones y expuso el injusto y arbitrario caso de Mario.

Junto a muchos de sus compañeros iba a diario al Ministerio de Educación hasta que finalmente desde una ventanilla preguntaron si a alguien le interesaba hacer clases en una escuela del Departamento de Pedro Aguirre Cerda. De inmediato dijo que sí. *Me quedé trabajando en Santiago en el paradero 15 de Gran Avenida, en una escuela muy pobre, en la Escuela Número 24 de San Miguel.* Alcanzó a hacer clases un mes porque sus alumnos, que eran de primera preparatoria, le contagiaron paperas. Tuvo que estar más de un mes en cama.

Para que no se aburriera a lo largo de la convalecencia, su hermano Domingo le traía todas las semanas el Topaze – una revista humorística de temas políticos- y él se la devoraba. Una vez restablecido, volvió a hacer clases a la escuela y también fue al Topaze a mostrar sus dibujos. La sede de la

revista quedaba cerca del departamento de su hermano, con quien Mario vivía, y después de la enfermedad se sintió envaletonado. Tuvo que atravesar el Mapocho por el Puente Loreto y caminar media cuadra hasta golpear a la puerta de una casa. Le abrió Lukas, el gran caricaturista. Le mostró sus dibujos y Lukas los encontró buenos y fue él mismo a mostrárselos al Director. Al poco rato lo hicieron entrar a la oficina y el Director le dijo que por cada dibujo publicado le pagarían una cifra que, en principio, a Mario le pareció muy buena. Desde ese momento y por muchos años trabajaba en la mañana en la escuela de San Miguel y en la tarde se iba a la revista, pero no tardó mucho en darse cuenta que ni así lograba hacerse de un sueldo que le permitiera vivir holgadamente.

Hasta ese momento, 1962, por haber sido estudiante de la Escuela Normal, había logrado eludir el servicio militar pero ya no tenía excusa y debió presentarse en el Regimiento de Infantería de San Bernardo. Recuerda a un señor que iba con documentos representando a muchachos que estaban en un centro de rehabilitación de delincuentes. Después que los separaron en dos grupos, Mario quedó en el que no estaban los muchachos que venían del centro de detención juvenil. Cuando finalmente le tocó su turno, después de pasar por trote, carrera ¡maarr!, más variados exámenes médicos, lo hicieron entrar a una sala con una gran mesa al fondo, donde se sentaban seis militares con charreteras y estrellas en las chaquetas. Se emociona mucho al contar que en aquellos tiempos los militares eran tan distintos a los que años más tarde a él lo torturaron y maltrataron con saña en la EAO, a la entrada y en las oficinas de la rectoría de la UTE y en el Estadio Nacional. En cambio, cuando en aquella oportunidad entró donde estaban los oficiales que decidirían dónde tendría que hacer el servicio militar, todos ellos se pusieron de pie. Mario, desconcertado, escuchó que le decían que a la Patria él la servía mejor como profesor que como soldado y por tanto quedaba eximido de hacer el servicio militar. La frase la recuerda con exactitud: *“Ciudadano Mario Navarro Cortés, por su condición de profesor primario, sirve más a la Patria enseñando a los niños de Chile. Pasa a la reserva sin instrucción.”*

Dio el Bachillerato Técnico en la UTE con resultados sobresalientes. Ahora tenía en mente estudiar en la Universidad Técnica del Estado. *Entré a estudiar al Instituto Pedagógico Técnico. La especialización era Pedagogía en Publicidad, Dibujo y Audiovisual para ejercer como profesor de Enseñanza Media en los institutos comerciales, en las escuelas técnicas femeninas y en las escuelas técnicas industriales. Vale decir, la educación media y técnica de este país, que ahora está diluida, destruida. Entraba a estudiar Pedagogía, lo que en la práctica, era un escalón más en mi formación académica, dado que en ese tiempo no existían los Magíster. Entonces, después de formarme como profesor en educación primaria, yo daba un paso más, estudiando el segundo tramo de Pedagogía para titularme como profesor de Estado para la educación secundaria. Mis otros compañeros que estudiaban en el Pedagógico se titulaban de Profesor de Estado en historia, en matemáticas, en castellano, etc. Mi vocación de profesor, que la había descubierto antes de entrar a la Escuela Normal y que, desde el punto de vista técnico, ahí se afianzó, la seguí manteniendo al estudiar en el IPT. Sin embargo, puesto que siempre me había gustado dibujar, mi interés se centró en la expresión visual y por eso estudié en esta área, porque si no, habría entrado a estudiar Pedagogía en Historia.*

La formación que uno recibió como estudiante del Instituto Pedagógico Técnico consistía, por llevarla a números, en un porcentaje significativo de ramos de la especialidad: dibujo publicitario, cine y televisión, taller publicitario, psicología de la compra-venta, etc. Además, dado que nos estábamos formando para ser profesores, teníamos psicología, sociología, filosofía, organización escolar. Y a continuación, los ramos específicos: didáctica general, didáctica de la especialidad. Para titularnos no íbamos a hacer la práctica a una agencia de publicidad sino que teníamos que dictar clases en un establecimiento de enseñanza media técnica. Recuerdo que una de mis prácticas fue haciendo clases de dibujo en una Escuela Técnica Femenina que estaba en la Alameda con San Martín.

Cuando estudiaba en el IPT, Mario vivía en una pen-

sión que quedaba en el tercer piso de un edificio muy antiguo y precario, en la calle Bandera entre Rosas y San Pablo. La habitación tenía una altura de tres metros y medio, de modo que Mario aún recuerda con escalofríos los inviernos que pasó ahí. En las mañanas iba a la Universidad, de la que se escapaba antes de terminar las clases con el fin de estar a la hora precisa en la Escuela N° 24 del Departamento Escolar Pedro Aguirre Cerda, donde seguía enseñando en el turno de la tarde y después volvía a la UTE para cumplir con su responsabilidad de presidente del Centro de Alumnos de Publicidad.

Cuando ingresó a la UTE los militantes de las Juventudes Comunistas eran pocos. *“Los principales liderazgos los desarrollaban los estudiantes de Ingeniería en Ejecución o los de la Escuela de Artes y Oficios, porque eran grupos consolidados que venían estudiando juntos desde hacía muchos años, en su mayoría desde que eran niños de doce o trece años.”* Cuando Mario entró a la UTE, el centro de alumnos del Pedagógico estaba en manos de la Democracia Cristiana, al igual que la FEUT. *“Estábamos en la época de mayor éxito de la Democracia Cristiana, recién elegido Frei padre, en el año 64.”*

Para los festejos de la semana de Publicidad, Mario fue artífice del primer número del diario “El Carlín”, una parodia del diario Clarín, en el que desde el humor comentaban el quehacer de la Universidad. Salieron cinco números. El último fue cuando Kirberg ya era rector. *El diario “El Carlín” lo ideamos e hicimos con mi compañera de curso Susana Sánchez. Sacamos los dos primeros números y después le tocó asumir la posta a otra generación de estudiantes y así sucesivamente. Además, fui Presidente del Centro de Alumnos de Publicidad y candidato a Presidente del Centro de Alumnos del Instituto Pedagógico Técnico.* A propósito, hay que recordar que en alguna de las veces en que don Enrique Kirberg estuvo preso cuando era estudiante, los viejos del PC sacaban un diario que se llamaba “Celda Roja” y el joven Enrique, en tono burlón, sacó “Calabozo Colorado.”

Dado que ya era profesor, tenía años de experiencia y

provenía de una escuela de renombre como era la Escuela Normal Superior José Abelardo Núñez, en la UTE Mario fue un alumno con ventaja. Primero fue ayudante de Psicología Educativa y muy pronto fue ayudante de su gran maestro, el profesor Osvaldo Salas Veas, formado en la Escuela de Artes Aplicadas de la Universidad de Chile. *El maestro de todos nosotros, lo que se ve reflejado en todos mis trabajos, fue el profesor don Osvaldo Salas Veas. Él era nuestro profesor de taller publicitario y de dibujo publicitario en los últimos cursos, vale decir, en tercero y cuarto año. Yo era su ayudante en los primeros cursos. Después, cuando se amplió la cantidad de cursos en la carrera de Publicidad, gané un concurso y fui el profesor paralelo a don Osvaldo en taller publicitario y en dibujo publicitario. Los dos éramos profesores de los últimos cursos. Don Osvaldo Salas era el dibujante de la caricatura del espacio de humor de la página editorial del diario El Siglo. Su personaje se llamaba “Don Inocencio.” Esa es la razón de fondo del porqué nunca llevé mis dibujos al diario El Siglo: jamás habría ido a competirle a mi maestro.*

Como parte de la política pro reforma, la FEUT (Federación de Estudiante de la UTE), en manos de las Juventudes Comunistas y con Alejandro Yáñez a la cabeza, propulsaba la política llamada “Universidad para Todos”, para lo cual hacían clases en enero y febrero para ayudar a los que se preparaban para dar el bachillerato técnico. *Era como un preuniversitario de los de hoy.* Difundían esta actividad en las escuelas industriales, en las escuelas técnicas femeninas, en los institutos comerciales y en los liceos. *Llegaban muchos jóvenes y el primer día vi a una morena de expresión muy dulce, muy linda, muy suave, muy especial. Y quedé prendado. Su delicadeza ejercía en mí un atractivo extraordinario. Andaba con pantalones blancos, me acuerdo. La vi en los pasillos, sentada solita en una banca, por ahí cerca del casino de la Pancha*²⁹. Por esas cosas de la vida, ella –Lucy Carvacho Sánchez- fue su alumna y al poco tiempo empezaron a pololear. La conoció en el verano de 1965.

²⁹ El casino de la Pancha quedaba al lado de la sede de la FEUT, donde ahora está la Biblioteca de Humanidades.

A esa altura, tenía 25 años y antes de titularme ya tenía 12 horas de ayudantías. Era ayudante de don Osvaldo Salas y en los cursos de plan común era ayudante de psicología educacional y de asignatura de la especialidad. Mis compañeros se burlaban diciendo que yo era el ayudante histórico. Me titulé y justo en ese momento se produjo el aumento de cupos de estudiantes y se crearon nuevos cursos y como tenía dos títulos de Pedagogía para postular a un cargo de profesor en la Universidad, gané los concursos sin problema.

En 1967, cuando se tituló, ya desempeñaba el cargo de Diseñador Gráfico en el Taller Gráfico de la UTE, que funcionaba en las dependencias que la UTE tenía en calle Fanor Velasco, y al ganar el concurso académico, fue nombrado profesor de Dibujo Publicitario y de Taller Publicitario. Había llegado el momento de tomar la decisión de dejar de ejercer como profesor normalista y renunciar a la escuela de Pedro Aguirre Cerda. *Lo más grande que he hecho en mi vida ha sido enseñar a leer y escribir a tantos niños y niñas*, dice con una mezcla de nostalgia y alegría en sus ojos.

En 1968 Mario y Lucy se casaron. Ella aún estudiaba Publicidad y él ya era profesor de la misma carrera. Lucy se tituló de Profesora de Estado de Publicidad, Dibujo y Audiovisual en 1970. Además de trabajar en el IPT y en el Taller Gráfico, Mario seguía haciendo caricaturas con el seudónimo de Nakor en la revista Topaze. Nakor viene de Navarro Cortés, explica, y eligió la letra K para que el seudónimo fuera más distintivo. Cuenta que muchos dibujantes chilenos han usado la K y nombra a Coke, Lukas y Pekén.

A los 31 años, en 1971, Mario asumió como Director de la Secretaría Nacional de Extensión de la UTE, lo que incluía a todas sus sedes. Mario resalta que en esta Universidad ha existido siempre una tradición de actividades artísticas provenientes de la iniciativa de los estudiantes. Como ejemplo pone a los estudiantes de Ingeniería que crearon estaciones de radio en muchas sedes. En el norte, en las sedes de La Serena y Copiapó hasta hoy existe el Circo Minero. El Teatro

Teknos fue creado por estudiantes de Ingeniería y del Pedagógico. *Existían coros en todas las sedes, y, en general, en cada una de ellas había inquietudes de distinto tipo, dependiendo de los liderazgos de los jóvenes. Por lo tanto, cuando por primera vez asumió el rector Kirberg en 1968, ya había en la Universidad ciertas actividades artísticas cimentadas o con cierta trayectoria. En Santiago también existía una imprenta, que empezó con un mimeógrafo y un laboratorio fotográfico.*

Puesto que Mario es pudoroso para hablar de sus logros, dice que su trabajo en la Secretaría Nacional de Extensión habría sido imposible -o muy difícil- si antes de él no hubiese estado Yerko Moretic, designado a cargo de lo que se llamaba Área de Extensión y Comunicación, asumiendo el encargo del rector Kirberg de organizar y preparar el trabajo administrativo que luego permitiría el desenvolvimiento a nivel nacional de la Secretaría de Extensión.

Moretic y Carlos Orellana ingresaron a trabajar en la UTE en 1969 y ambos jugaron un rol fundamental. *Carlos Orellana fue atraído por lo que estaba sucediendo en la UTE y se interesó en lo que era su especialidad: crear una editorial. Con absoluta y rotunda claridad y respeto a la memoria histórica, hay que dejar en claro que Carlos Orellana fue el creador de la Editorial de la Universidad Técnica del Estado.” Ayudó a esto, que la imprenta tuviera un desarrollo significativo y que existiera un buen laboratorio fotográfico. “El primer espacio de trabajo de Carlos Orellana fue dentro de la imprenta, que funcionaba en la calle Fanor Velasco, en una oficina muy pequeña. Él no necesitaba más que eso porque era profesor de Castellano y tenía experiencia pues venía de ser editor de libros importantes de la Editorial Universitaria de la Universidad de Chile.*

Moretic murió repentinamente en 1971 pero alcanzó a dejar el Área de Extensión y Comunicación lista para iniciarse como Secretaría Nacional de Extensión y Comunicación. Mario asumió la dirección de ella en Marzo de 1971. *La prensa de derecha, particularmente la más fascista, como PEC, en*

una de sus ediciones dedicó las páginas centrales a inventar una historia de una lucha intestina de los comunistas en la UTE; que había salido Yerko Moretic -que había vivido en China- y a cargo de extensión y cultura quedaba el pro soviético Mario Navarro. Está de más decir que no habían luchas intestinas dentro de los reformistas en la Universidad El trabajo anterior de Yerko Moretic nos permitió llevar adelante nuestras actividades de un modo eficiente y eficaz, con logros continuos y constantes. Pero a él le tocó la parte más dura, la de abrir el camino dentro de las viejas estructuras de la Universidad. Kirberg asumió a fines del año 68 y Moretic lo hizo a mediados del 69 y se preocupó de clarificar el por qué se hacía esto, de orientar el trabajo que ya había en la Universidad y, sobre todo, de reorganizar las estructuras y el personal.

La Secretaría Nacional la desarrollamos a partir de marzo del 71 y definimos con precisión tres grandes departamentos: Extensión Docente, Extensión Artística y Comunicación.

La función principal en Extensión Docente era el desarrollo de las escuelas de temporada, labor ampliada fuertemente por efecto del convenio CUT-UTE firmado en 1969. A cargo de esta área estaban Paulo Ramírez, un profesor de historia formado en la Universidad de Chile, y un joven historiador de la UTE, Luis Riveros, que posteriormente llegó a ser rector de la Universidad de Chile y Gran Maestro de la Masonería. Riveros era el productor del Departamento de Extensión Docente.

Extensión Artística estaba a cargo de Cecilia Coll, profesional con una amplia trayectoria en el ámbito de la cultura, en especial, en el desarrollo y el quehacer de la nueva canción chilena. Ella venía de desarrollar un trabajo poderoso en DICAP. En este Departamento, y respetando la tradición de la Universidad, el aire fresco consistió en desarrollar el trabajo artístico contratando a artistas estables. Aparte del Teknos que ya existía, estaba Mario Baeza, director del coro de la Universidad y dos directores más: el del coro de Química Indus-

trial y el del coro de la FEUT. A ellos se agregaron Víctor Jara, los Inti Illimani, los Quilapayún, Charo Cofré, Isidora Aguirre y otros artistas. Que los artistas fueran estables, es decir, con remuneración, permitía organizar giras, calendarios de actividades en las poblaciones y actividades en todas las sedes a lo largo del país.

El Departamento de Comunicaciones no tenía un jefe específico sino que me tocó dirigirlo paralelamente a mi cargo de Secretario Nacional. Este Departamento tenía nueve unidades especializadas de trabajo, entre ellas: la Dirección Nacional de Radio a cargo de Franklin Quevedo; Cine y Televisión a cargo de Fernando Balmaceda; el Taller Gráfico a cargo de Omar Rojas; la Editorial y Librería a cargo de Carlos Orellana; la Unidad de Vía Pública a cargo de Federico Cifuentes, estaba encargada de hacer los grandes cartelones o vallas que anunciaban distintas actividades de la UTE. Otra unidad era la de diseño publicitario, que desarrollaba el avisaje de la Universidad y otras necesidades internas del campus, a cargo de Jorge Guastavino. La otra unidad era Presencia UTE, el diario universitario de aquellos años, a cargo de Carlos Munizaga, del cual dependían los periodistas y fotógrafos. La última unidad era la de Relaciones Públicas, con una parte de sus funcionarios trabajando directamente y otros adjuntos a la Rectoría. Ahí trabajaban dos periodistas importantes: Silvia Rojas y Adriana Gómez.³⁰

A partir de todo esto, había una relación muy fuerte con el entorno. En nuestro tiempo, y así había sido concebido el campus, no había rejas que separaran a los vecinos de la Villa Portales del campus universitario; la Universidad era también de ellos. Las familias de pobladores venían los fines de semana -cuando había menos estudiantes- a pasear con sus niños y con sus cochecitos de guagua caminaban por los pasillos y el prado verde que empezaba desde el lado de la Casa Central hasta el fondo, más allá del patio de las rosas y de la Escuela de Ingenieros. Cuando había actividades artísti-

³⁰ Para más información sobre esto ver libro "La UTE Vive", de Francisco Rivera y Tomás Ireland.

cas los vecinos de la Villa también participaban. Era una relación fluida. Los pobladores no eran distintos a nosotros. Además, muchos funcionarios y estudiantes arrendaban departamentos ahí, para no hablar de las casas que la Universidad tenía en distintos lugares cercanos -en la calle Cumming, por ejemplo- destinados a ser pensionados para los estudiantes.

En el año 73, en los meses anteriores a septiembre, dado que esta Universidad era abierta, para cuidarla hubo que reforzar al equipo de nocheros. Ellos ingresaban a trabajar a las siete de la noche y su jornada terminaba al otro día a las siete de la mañana. Eran funcionarios contratados por el Estado y con decreto de la Contraloría. Al igual como estaba sucediendo en todo el país -en las industrias, universidades, ministerios y otras entidades- en la UTE se organizaron guardias con estudiantes, académicos y funcionarios, que hacían turnos para apoyar el trabajo de los nocheros. *El campus era muy abierto y la UTE era reconocida en su quehacer, entonces la derecha -Patria y Libertad³¹ y el Comando Rolando Matus³²- le tenían muchas ganas.*

El día 11 en la mañana me llamó un funcionario de Extensión que estaba de guardia para cuidar la exposición "Por la Vida Siempre", que habíamos montado el día anterior. Se trataba de casi 52 metros que ocupaban todo el frontis de la Casa Central y era fácil de destruir. Entonces ese funcionario me informó que la radio había sido atacada. Esto debió haber sido a las cinco o cinco y media de la mañana, no recuerdo con

³¹ El Frente Nacionalista Patria y Libertad fue un movimiento paramilitar de extrema derecha y de ideología nacionalista. Se formó en 1971 como reacción al gobierno de Salvador Allende, para lo cual realizó actividades políticas de activismo y proselitismo social, principalmente entre la juventud, y posteriormente, optó por la vía armada, el terrorismo y el sabotaje, para derrocar al gobierno de la Unidad Popular. Su origen se remonta a 1970, cuando el abogado Pablo Rodríguez Grez formó el Comité Cívico Patria y Libertad para impedir la elección de Allende en el Congreso

³² El Comando Rolando Matus fue un movimiento paramilitar derechista, creado en 1971 bajo el alero del Partido Nacional para organizar sabotajes y actos subversivos de todo tipo contra el gobierno de la Unidad Popular.

exactitud. Le pregunté si estaba el chofer del jeep que tenía Extensión para que me fuera a buscar, porque yo vivía en Cerrillos, frente al aeropuerto y a esa hora no había micros ni taxis. Me fue a buscar y llegamos rápidamente a la Universidad. La destrucción de los equipos correspondió a una operación militar típica: callar a los medios de comunicación antes de invadir un determinado lugar. Paralelamente acallaron al conjunto de las radios, salvo las radios Magallanes y Corporación, que transmitieron el discurso de Allende completo.

Al poco rato habían llegado el rector Kirberg y todas las otras autoridades y nos reunimos. Había claridad en que cada uno debía estar en su puesto de trabajo. Yo di todas las instrucciones pertinentes al área de Comunicación. Ya había llegado Fernando Balmaceda con toda la gente del Departamento de Cine para filmar la visita de Allende a la exposición. El Presidente iba a hablar en el Foro Griego, donde se había instalado el espacio para que diera su discurso. Llegó Víctor Jara, llamado por Extensión Artística para cantar en el acto.

Durante toda la mañana hubo comunicados y bandos militares y una serie de reuniones simultáneas en la Universidad. Cuando fue el bombardeo de La Moneda lo divisamos desde acá y oímos los estruendos. Algunos estudiantes se subieron al techo de la Casa Central y vieron a los Hawker Hunters bombardeando La Moneda. En ese momento se produjo una situación apremiante porque el hermano de la jefa de la librería trabajaba en la Policía de Investigaciones y le pidió a su hermana que se retirara de inmediato de la Universidad porque había información de que después del ataque a La Moneda iban a bombardear a la Universidad Técnica del Estado. Esa información fue transmitida al Rector y él se comunicó con el subdirector de Investigaciones. Esa mañana todo era una serie de llamados y la necesidad de recoger información para tomar decisiones.

La responsabilidad del Rector, de las autoridades y de los académicos respecto a la gran cantidad de estudiantes que había en esos momentos en la Universidad era enorme y

teníamos claridad de que se trataba de una situación muy delicada.

Nos correspondió a Comunicaciones —o sea, al área que yo tenía a cargo específicamente en ese momento— organizarnos para tener elementos de comunicación fácil, de rápido accionar. Cuando se decidió que los académicos, funcionarios y estudiantes nos quedábamos voluntariamente en la Universidad, tomamos la decisión de que el equipo de Comunicaciones se trasladara a la Escuela de Artes y Oficios. La indicación del Rector fue que la mayoría de los que se habían quedado se fueran a la Escuela de Artes y Oficios porque era el lugar más seguro dado su tipo de construcción y dado los tiroteos permanentes que hubo durante todo ese día.

Con el equipo de trabajo en vía pública y los fotógrafos de Extensión, decidimos instalar nuestros equipos bajo el escenario del Teatro de la EAO. Trasludamos una ampliadora fotográfica y los líquidos pertinentes para poder producir material fotográfico con rapidez. Desde la Unidad de Vía Pública trasladamos pliegos de papel grande, pinturas, pinceles y todo lo necesario para producir mensajes en letreros resueltos manualmente. Era lo mínimo para poder comunicar rápidamente a la comunidad universitaria lo que fuese necesario.

Aquella noche del 11 al 12, fácilmente éramos diez o doce personas las que nos quedamos bajo el escenario del Teatro de la EAO, como se llamaba en aquel tiempo el Aula Magna. Recuerdo a Juan Polanco, Cifuentes, Apablaza, Moya, tres fotógrafos, entre ellos, Hugo Araya, que en algún momento se nos escapó. Hugo siempre era un fotógrafo y no soportó estar encerrado en un sótano. Ya no recuerdo con exactitud la mecánica de funcionamiento de ese momento pero sabíamos que era un momento histórico y nosotros éramos una especie de retaguardia logística en comunicación. Pero el fotógrafo no, él era parte de la vanguardia y así fue su vida

hasta su muerte.³³

Esa noche, bajo el escenario, escuchamos un tiroteo permanente. Los teléfonos funcionaban así que logré comunicarme con mi esposa. A la mañana siguiente muy temprano, como a las seis, sentimos el estruendo cuando atravesaron con artillería pesada la Casa Central. Inmediatamente después de eso, sentimos la marcha al trote de botas militares con un sonido metálico que después, al visualizar eso, comprendimos que los militares venían con artillería pesada, capaz de emplazar ametralladoras de grueso calibre. La imagen que tengo es militares con botas y atravesando el pecho, lo que entiendo se llama canana, una especie de correa donde llevan miles de balas. Además, ironías del color, venían con una pañoleta naranja, que era el color de la UTE. En esa intervención militar las fuerzas leales a la Junta Militar se identificaban por pañoletas o brazaletes de colores porque, asumían ellos, podría haber guerrilleros con camuflaje militar.

Se oían disparos y órdenes perentorias de que teníamos que salir de donde estábamos. Y los jóvenes empezaron a salir de las salas de clases. Yo contuve a mis compañeros en la puerta del Teatro de la Escuela de Artes y Oficios y salimos con las manos arriba. Inmediatamente, en ese patio que hay a la salida del teatro, culatazos, golpes, gritos y nos lanzaron al suelo con manos en la nuca y boca abajo. Prohibido mirar hacia los costados. Más gritos y movimiento de armas, etc. Separaron a mujeres de hombres. No recuerdo cuántas horas estuvimos ahí. El único hecho que yo recuerdo es esa separación de mujeres y hombres.

Después de pegarnos más culatazos, nos trasladaron a una cancha de baby fútbol que daba a la calle Sur, al costado del gimnasio. Ahí separaron a los estudiantes extranjeros de nuestro grupo. Deben haber sido unos diez muchachos a los

³³ El fotógrafo Hugo Araya recibió disparos en la noche del 11 mientras fotografiaba a los soldados que desde los pasillos de los edificios de la Villa Portales asediaban a la UTE. En la madrugada del 12 murió desangrado en el sótano del gimnasio. El rector Kirberg realizó llamados al Hospital San Juan de Dios y a la Posta Central pidiendo una ambulancia pero le contestaron que también a ellos les disparaban y ya no se atrevían a salir.

que llevaron hacia los patios que están a continuación del teatro de la EAO. Nosotros, con las manos en la nuca, estábamos en ese espacio en que uno no ve hacia los otros patios. Esa fue la segunda separación.

Tercera separación: el oficial a cargo gritó: “¡los jardineros y los empleados de servicio a este lado!” Y los empezó a garabatear y les dijo “¿y ustedes qué hacen aquí? ¿Para qué se quedaron? Ya, vengan para acá, que los voy a dejar libres.” Y nosotros le dijimos que se fuera con ellos a Gastón Norero, que era la autoridad mayor de todo el sistema de jardineros y empleados de servicio. Él estaba cerca mío.

Hubo otra situación dura mientras estábamos en la cancha que colinda con un edificio, pero no recuerdo cuál. Tengo la visión clara de Osiel Núñez³⁴ –Presidente de la Federación de Estudiantes de la UTE- apoyado en la pared, o sea, le permitieron apoyarse en la pared. Osiel íntegro, entero, con la cara demacrada por no haber dormido y por haber vivido situaciones muy difíciles y desconocidas, como los simulacros de fusilamiento que recién había sufrido en la Casa Central, según supe después. Nos mirábamos, nos hacíamos señas para darnos ánimos. En algún momento, Marcelo Moren Brito, el oficial a cargo del asalto a la UTE, mostrando a Osiel les dijo a los soldados: “este estudiante ha sido muy valiente, respétenlo.”

Debe haber sido las cuatro de la tarde cuando, seguramente autorizados por Moren Brito, los soldados nos permitieron sentarnos. Los soldados recorrían las filas entre nosotros y nos ofrecían agua en sus cascos y en voz baja preguntaban “¿quién es de Serena, quién es de Serena?” Yo era de allá y a mi lado estaba Carlos Munizaga, el director del diario Presencia, que también era de Serena pero los dos permanecimos callados. Lo que pasa es que el regimiento que

³⁴ Osiel Nuñez Quevedo en 1973 era estudiante de ingeniería, militante de las JJCC y presidente de la FEUT. Preso en el Estadio Chile, en el Nacional, la Penitenciaría Tres y Cuatro Álamos. Actualmente, además de desempeñarse como ingeniero, preside la Corporación 3 y 4 Álamos que busca transformar este ex lugar de presidio, tortura y muerte en un espacio de Memoria.

invadió nuestra Universidad fue el Regimiento Motorizado Arica Número Dos de La Serena. Y el capitán que venía a cargo era el capitán Marcelo Moren Brito.

Luego vino una situación muy difícil. Llegó un piquete de carabineros que le transmitió a Moren Brito que la Comisaría³⁵ había sido atacada por francotiradores y que los disparos provenían de la Universidad Técnica. “¡Ustedes, comunistas, todos de pie! ¡Emplacen una ametralladora!”, gritó Moren. Nos hicieron poner de pie, emplazaron la ametralladora cerca de la pared que da a la Avenida Sur y empezaron a disparar para anular a los hipotéticos francotiradores que habrían estado en los techos de la Escuela de Artes y Oficios. A continuación Moren Brito dijo: “¡voy a sacar a los más extremistas: los negros y todos los barbones pónganse acá!”

En ese momento Fernando Balmaceda -que ya era canoso, con aspecto de prócer de la patria y de ser descendiente del presidente Balmaceda- se acercó a Moren Brito diciendo: “Oficial, yo vine a filmar la venida del Presidente Allende. Es mi trabajo como funcionario de la Universidad. Estoy con toda mi gente acá, con equipos que son de alto valor y que pertenecen a la Universidad.” Y le mostró un documento diciéndole: “en mi trabajo profesional he desarrollado una serie de documentales para la Fuerza Aérea de Chile”, lo que era efectivo. Entonces Moren Brito le contestó: “muy bien, hágame una lista y los voy a dejar libres. Ahí hay una máquina de escribir.” Ya habían instalado, como es típico entre los militares, un espacio donde un oficial se sienta y arma su sistema de comunicación. Ahí había una máquina de escribir, obviamente sacada de una oficina de la Escuela de Artes. Y le dijo a Balmaceda que escribiera lo que él le dictaba. Yo estaba muy cerca y escuchaba y veía todo. Entonces Balmaceda escribió un salvoconducto para el ciudadano tanto y tanto y tanto. Era un papel escrito en hoja de oficio, pero cortado en pedacitos, con cada uno de los nombres. Balmaceda le preguntó “¿y cómo van a respetar este documento?” Y el oficial dijo en voz alta, “nadie

³⁵ La Vigésimo Primera Comisaría de Carabineros quedaba en Avenida Ecuador con calle Ruiz Tagle, frente a la EAO.

desconoce la firma del capitán Marcelo Moren Brito.” *Fernando inscribió a toda su gente y me incluyó, porque yo era su jefe, así que salí en ese grupo, junto con la gente de cine y televisión de la Universidad. Tuve ese salvoconducto en mi poder por mucho tiempo; me acuerdo que lo guardé detrás de un espejo del botiquín del baño de mi casa pero después lo destruí para que no hubiese registro de que yo había estado en la Universidad el día del golpe de Estado.*

Pero antes que saliéramos, Ángel Pizarro, hizo lo mismo que Balmaceda. Ángel era profesor, y si mal no recuerdo, estaba a cargo de una unidad de formación y perfeccionamiento para profesores que eran ingenieros o técnicos en determinadas áreas y hacían clases en las escuelas industriales, careciendo de formación pedagógica. La Universidad Técnica creó desde el Instituto Pedagógico un programa de formación para estos profesores que ejercían en escuelas industriales pero que no tenían la formación pedagógica pertinente. Entonces Ángel Pizarro se acercó y le reclamó a Moren Brito que le habían destruido el parabrisas de su auto. “¿Y usted quién es?”, le preguntó. Y Ángel le mostró su carnet. Moren Brito miró el carnet y le dijo “pero usted vive en Las Condes, usted es un caballero, así que puede salir.” En un hecho de extraordinaria solidaridad y valentía, Ángel Pizarro me dijo que me llevaba a mi casa. De ese trayecto por General Velásquez hay una visión que no olvido: casas muy pobres que ya habían puesto banderas chilenas. En el camino nos pararon una serie de patrullas de la FACH y les mostrábamos el papel y pasábamos. Efectivamente, todos conocían a Marcelo Moren Brito.

Llegué a mi casa el día 12 en la tarde, muy a maltraer, sucio, adolorido. Me acuerdo que tenía un impermeable azul y estaba muy zamarreado. Ahí estaban Lucy y mis hijos. Ella me informó que aún no habían allanado la casa. Yo tenía 33 años al momento del Golpe y Lucy tenía 25, era jovencita. Así fue como llegué a mi casa mientras en esos mismos momentos todos mis compañeros eran trasladados al Estadio Chile.

Cuando levantaron el toque de queda, los que había-

mos quedado libres empezamos a venir a la Universidad. Nos reuníamos en la esquina de la calle Kirberg con Avenida Sur, cuidando de no pisar la vereda de la Casa Central, que no tenía rejas y estaba llena de patrullas militares. A los pocos días, en ese lugar me encontré con Cecilia Coll, la encargada de Extensión Artística. Conversamos de lo que sucedía, sobre lo que teníamos que hacer de ahí para adelante, no en nuestra condición de funcionarios sino de sobrevivientes, para transmitirnos noticias acerca de qué pasaba con tales y tales compañeros. Ya se sabía del traslado de la gente de la UTE al Estadio Chile y en los días siguientes ya era al Estadio Nacional. Nos seguimos reuniendo continuamente en esa esquina.

En algún momento supimos que el día 28 de septiembre se cancelarían los sueldos de ese mes. La mayoría de nosotros teníamos hijos pequeños y debíamos llevar plata a la casa. Cuando vine a cobrar mi sueldo, en la zona frente adonde ahora está el Planetario habían instalado unas mesas con letras. Uno hacía la fila ante la letra correspondiente al apellido y le entregaban el cheque que uno firmaba. Así se pagaba en ese tiempo, con una colilla de sueldo y un cheque. Bueno, llegué a la fila, di mi nombre, me entregaron el cheque y una persona de civil, que estaba al lado de la funcionaria, se acercó a mí y me dijo “tiene que acompañarme a la Casa Central. Mi teniente desea hablar con usted.” En la fila de al lado estaba Omar Rojas, mi compañero de trabajo, que era el jefe de la imprenta. Endosé el cheque y le pedí que se lo entregara a Lucy. Omar me miró con unos ojos muy abiertos porque ese acto significaba comprometerlo a él. Al día siguiente Omar y su esposa fueron a mi casa y le entregaron el cheque a Lucy y le ofrecieron todo su cariño y ayuda en lo que necesitara.

No tuve temor en esa caminata desde frente al Planetario hasta la entrada de la Casa Central. Ahí me entregaron a una patrulla militar de tres soldados. Al subir al segundo piso de la Casa Central ya me pegaban fuerte, manos atrás, manos en la nuca. Y subí con metralletas en mis costillas hasta la oficina del Rector, donde estaba el centro de operaciones de los oficiales a cargo. No reconocí a ninguno.

Ya había otros detenidos en el pasillo que enfrenta a la puerta de la rectoría. En el suelo, amarrados con alambres, estaban Ricardo Núñez, Secretario General de la Universidad, o sea, la segunda autoridad; Felipe Richardson, que era el jefe de planificación; Luis Isamitt, jefe de perfeccionamiento del personal. Me da la impresión que después llegó el profesor Antonio Clemente, un destacado profesor de Matemáticas de edad avanzada y muchos años en la Universidad, que había sido profesor de todos los estudiantes de ingeniería de la Escuela de Artes y Oficios. No interrogaban. Era solo golpear y garabatear. Muy indigno, muy duro. Además, era en la misma oficina donde yo había estado en las reuniones más importantes con el rector Kirberg. Entonces eso lo hacía más terrible. Garabatos, más garabatos. Me amarraron las manos con alambres en la espalda, las manos muy hacia arriba y la amarra pasaba por el cuello y los dedos pulgares, de modo que uno quedaba inmóvil y cualquier movimiento producía dolor. De hecho, posteriormente, cuando llegué al Estadio Nacional, durante muchas semanas no tuve sensibilidad en los dedos. Quedé insensible de los pulgares a tal punto que para orinar, mis compañeros tenían que bajarme el cierre del pantalón porque yo no tenía movilidad en las manos. Era algo muy indigno. En la tarde de ese día, a las cinco o seis de la tarde, pasó por encima de nosotros, pisándonos, alguien de civil a quien no reconocí. Y les dio la orden a los soldados "¡a estos comunistas péguenles fuerte!" Mil garabatos más.

Más tarde nos sacaron amarrados como estábamos y vimos un camión con barandas estacionado al lado de la Casa Central. Un camión civil de esos que requisaban, ordenándole a los dueños que hicieran determinados trabajos. Entre dos soldados nos agarraron como corderos para tirarnos arriba del camión. Después me contaron que mis compañeros del Taller Gráfico, o sea, a los que no habían echado de la Universidad, estaban en la esquina viendo qué estaba pasando conmigo y ellos vieron todo lo que me hicieron porque se traslucía por los vidrios. En ese tiempo no había oficinas hacia el lado de los ventanales y todo era transparente. Uno de ellos siguió en su camioneta al camión que nos transportaba y así le pudo

avisar a Lucy que me habían llevado al Estadio Nacional.

En el camión, cuando nos llevaban a alguna parte que desconocíamos, el oficial a cargo nos obligó a cantar el “venceremos.” En el trayecto un soldado se acercó y me preguntó muy calladamente a qué teléfono avisaba. Lucy me contó después que ese mismo día recibió un llamado de una voz de campesino diciéndole que su pariente había sido llevado al Estadio Nacional.

En el Estadio volví a encontrarme con mis muchachos y me hacían bromas, diciendo “ya creíamos que eras el padre Gatica, el que predica y no practica.” Otra cosa que ellos me contaron después, en el año 75, es que cuando llegué al Estadio, entre ellos se juramentaron para decir en el interrogatorio que yo era un trabajador más de Extensión, que no tenía cargos importantes y que quien tenía cargo importante era Rovira, porque él no había caído preso. A Jaime Rovira, que me sucedió en el cargo de Director Nacional de Extensión y Comunicaciones, lo salvaron los muchachos de la imprenta. Ese día que fuimos a recibir nuestro sueldo, antes de que traspasara las puertas de la Alameda, los muchachos de la imprenta le dijeron “don Jaime, están tomando presos; a Mario ya lo tomaron” y Rovira se viró y eso permitió salvar a muchos otros a quienes Rovira informó. Los muchachos nos querían tanto porque, ellos, o sea, los que quedaron trabajando, los que no eran de la Unidad Popular o no eran militantes de partidos siempre reconocieron -y hasta ahora lo hacen- nuestra honestidad. Nunca hubo nada deshonesto, siempre los respetamos y trabajamos codo a codo.

En el Estadio me interrogaron oficiales de la FACH que, por lo que se hablaba internamente, venían de Punta Arenas. Que si tenía armas, eso me preguntaban. Yo les decía que era profesor... en fin, una cosa simple... pero a otros los torturaron mucho. Veíamos a compañeros que tenían que estar durante horas contra la pared y en puntillas, con un soldado al lado dándoles culatazos. Así vi a Víctor Sánchez, el jefe de computación de la Universidad. En las tardes vi pasar a gente deshe-

cha, porque a esa hora volvíamos del velódromo, donde eran los interrogatorios y uno estaba ahí todo el día. Era muy doloroso ver eso. A algunos, los mismos compañeros los traían acostados en una frazada cargada entre dos, porque ni siquiera podían caminar. Al que vi muy, pero muy golpeado fue al hijo de Violeta Parra, Ángel Parra, que después fue mandado a Chacabuco. En una de esas esperas recordé que los reflectores del Estadio los había instalado el rector Kirberg en su calidad de ingeniero eléctrico.

En el Estadio lo maravilloso eran los estudiantes. Cuidaban a los viejos, a los que teníamos cinco o siete años más que ellos. Los estudiantes de la UTE se ofrecieron para ayudar a la Cruz Roja. Repartían lo que llegaba y de repente se quedaban con algo y entonces después llegaban al lado de uno y le pasaban un chocolate. Lo mejor era el cariño de ellos.

Vi llorar a los soldados que nos cuidaban. Así, escondidos. Me acuerdo de un muchacho de 18 años, era casi un niño que nos decía “cabros, lloro porque mi papá es dirigente del carbón y no sé nada de él.” Ese soldado sabía que lo mismo estaba pasando en todo Chile.

Una noche, no sé si fue a fines o a mediados de noviembre, sonaron las sirenas y ordenaron a todos los prisioneros salir a las galerías. Había movimientos de tropas y dieron instrucciones por los parlantes para que las personas que iban nombrando se dirigieran al lugar indicado. Así empezaron a distribuir a la gente. A mí me tocó al centro de la cancha. Estaba oscuro, había neblina y focos, entonces la luz y las siluetas que se divisaban eran iguales a las de los campos de concentración que uno había visto en las películas acerca de los nazis. No sabíamos de qué se trataba. Llegado un momento nos trasladaron a un camarín bajo la marquesina. Con Ricardo Núñez andábamos siempre juntos porque nuestros apellidos empezaban con la letra N. También las acusaciones que teníamos Ricardo y yo, aunque las desconocíamos, sabíamos que eran similares. Al otro día nos subieron a micros del Ejército y nos hicieron ir agachados, sin poder mirar por las ventanas.

Entonces en algún momento Ricardo Núñez me dijo “vamos hacia el sur, acabamos de pasar una línea del tren.” Era la línea que atraviesa la calle Placer porque pronto llegamos a la Penitenciaría de Santiago, que está al frente del Parque O’Higgins. Ahí nos hicieron bajar entre una fila de militares apuntándonos y entramos a la cárcel. Era de noche. Nos tomaron los datos y pasamos distintas rejas, sonar de rejas, cerrar candados, voces de mando. Cuando nos requisaron el carnet, comenzamos a vivir en un sistema carcelario desconocido y nunca imaginado por nosotros. Finalmente entramos a un pasillo largo con puertas chicas; eran celdas pero en la oscuridad uno no las reconocía claramente. Nos hicieron formar de ocho por celda, frente a cada puerta, con gendarmes dando las órdenes. Nos indicaron que entráramos. Era un espacio de dos por dos y sin camas ni baño. Muy inhóspito. Y eso que, por casualidad, nos tocó una celda un poco mejor porque era donde llevaban a los choferes de la Empresa de Transporte Colectivo del Estado.

La primera comida que recibimos fueron porotos y yo comí en una bolsa de nylon. Después, los presos comunes, porque no estábamos revueltos con ellos, nos tiraron por debajo de la reja platos viejos, tenedores, cucharas. Una forma solidaria de recibirnos al saber que no teníamos nada. Eso es lo que recuerdo, lo primero que comí y en esas condiciones.

En algún momento vino un fiscal a interrogarnos y a mí me dijo que la acusación que pesaba sobre mí era por un delito muy grave. “Usted está acusado de enfrentamiento con las Fuerzas Armadas el día 11 al interior de la Universidad Técnica del Estado. Esta es una acusación grave. Y es más grave porque yo he tenido que hacer una investigación y la de otros funcionarios de la Universidad Técnica que están aquí también.” Era un fiscal de Carabineros, o sea, estábamos asignados a una fiscalía militar de Carabineros. Continuó diciendo: “la información que dan de ustedes en la Universidad es dura.” Solo eso me dijo.

Lucy, con una fuerza extraordinaria, logró entrevistar-

se con el fiscal en el Ministerio de Defensa, en la parte de Carabineros, y él le dijo “En la investigación que yo hice en la Universidad, el funcionario a cargo de Extensión y Comunicaciones, un señor llamado Percy Eaglehurst, relata lo siguiente....” Y le leyó todo lo que había dicho Percy, que ya había sido nombrado Secretario Nacional de Extensión y Comunicaciones por el Rector Delegado de la Junta Militar. Antes del golpe Percy Eaglehurst³⁶ había sido profesor de la carrera de Publicidad; fue profesor mío, fue profesor de Lucy, fue el profesor de todos los que trabajábamos en Extensión.

El fiscal vino a la Universidad para tomar conocimiento del tipo de funcionario que era yo y Percy le dijo que en mi escritorio había encontrado material para la fabricación de explosivos y, además, un puro cubano. El puro me lo había traído de regalo Lucho Riveros –el que después fue rector de la Chile- cuando fue a Cuba. Yo fumaba hartos, pero cigarrillos y al puro lo tenía de adorno. Entonces el fiscal le dijo a Lucy que entre nuestros vecinos y la gente de la Universidad consiguiera a alguien que declarara a favor mío. “Eso va a servir mucho para el proceso porque él va a pasar a Consejo de Guerra”.

Ese fiscal fue muy buena gente, extraordinario, en realidad. Lucy consiguió a un vecino que declaró que yo era un padre de familia que se dedicaba a sus hijos. Y era cierto, en mi barrio no tenía más actividad que dedicarme a mi familia. Mi tiempo estaba absolutamente dedicado a la Universidad. Y nuevamente la gente que trabajó conmigo en la imprenta y que seguían trabajando ahí, o sea, no los habían echado, buscaron cómo ayudarme. Pensaron en el jefe que estaba a cargo de la imprenta en ese momento y que había sido jefe de la imprenta antes de Kirberg pero que había salido en tiempos de Yerko Moretic por usar la imprenta para fines personales. Entonces los funcionarios de la imprenta -un grupo de diez o doce, particularmente Alberto Moscoso, que es el que siguió al camión hasta el Estadio Nacional y que para la pascua del

³⁶ Percy Eaglehurst fue el creador de Pepe Antártico, una tira cómica que desde 1947 se publicó en el diario La Última Hora y después en La Tercera. En los años sesenta y setenta tuvo su propia revista.

73, mientras yo estaba preso, les llevó juguetes a mis hijos-conminaron a Julio Astudillo, el jefe de la imprenta, a que fuera a declarar a mi favor. Lo conminaron en estos términos “si usted no va, usted va a ser el responsable de lo que le pase a Mario.” Él fue acompañado por Lucy y declaró ante el fiscal en un cubículo con las paredes a media altura, de modo que Lucy, parada afuera, escuchó absolutamente todo. Él declaró la verdad, que me conocía hacía mucho tiempo, que era un profesional, un profesor, que era funcionario de alto nivel, responsable, etc. Eso ayudó mucho.

En algún momento nos hicieron formar y un oficial de alta graduación entró a la galería y nos preguntó uno por uno la profesión. Arquitecto, médico, ingeniero, ingeniero, profesor, profesor, abogado, etc. Separar por nivel educacional es una técnica carcelaria y lo habían hecho porque se habían producido situaciones difíciles entre los compañeros que tenían menor nivel educacional y resolvían sus problemas a golpes. Estábamos todos los profesionales en un lado, y en el otro lado los presos políticos con un nivel educacional distinto. Después de que cada uno dijo su nivel educacional, nos dijo a los profesionales: “ustedes son los más peligrosos porque piensan”, y se fue después de decirnos una cantidad infinita de garabatos.

En otra oportunidad nos visitó una delegación de la Cruz Roja Internacional y unos compañeros que eran abogados hicieron peticiones relacionadas a la Convención de Ginebra. Uno tenía que hacer la petición en forma individual, delante de todos. Yo solicité elementos para aseo, porque no teníamos nada, ni una escoba.

Los muchachos de la imprenta me visitaban todas las semanas, arriesgando el pellejo o, al menos, su trabajo. Además de Lucy y mi cuñado, iban dos de mis compañeros militantes que trabajaban en el área de vía pública. Ellos me llevaron pinceles, una acuarela, otros elementos para dibujar y una mesita chica. Lo más terrible de la cárcel, entre otras muchas cosas, era que teníamos que comer en el suelo, no tenía-

mos nada.

Llegó un momento en que el fiscal llamó a Ricardo Núñez –sobre quien pesaba la misma acusación que yo tenía y cuando volvió, me dijo “me voy libre.” Según él, se trataba de un logro de la presión de la solidaridad internacional. Luego me contó que el fiscal también le había dicho que su abogado -que era su suegro, o sea, el padre de la primera esposa de Ricardo- había presentado un escrito porque había una declaración a cargo del milico interventor de la Universidad Técnica³⁷ y el Jefe de la Plaza, algún general que no sé quién sería, que hicieron sendas declaraciones públicas afirmando que el día 11 en la Universidad no había habido enfrentamientos ni matanzas de estudiantes y que hubo un solo muerto, el fotógrafo. Entonces, dada esa presentación del abogado, el fiscal pudo declarar en libertad a Ricardo Núñez porque la acusación que nos hacían era falsa. Y Ricardo me dijo “no te preocupes, te van a llamar también, si no es ahora mismo, será mañana”.

Al otro día me llamaron y el fiscal me dijo que, dado que había esa declaración oficial de las autoridades militares, yo estaba en condición de quedar libre. Me conminó a que no me metiera en nada político y me informó que tenía que ir a firmar una vez a la semana al subterráneo del Ministerio de Defensa. Fue una noticia terrible porque a principios del año 74 estábamos en una época en que uno desaparecía.

Enseguida, el fiscal me dijo: “queda en libertad. ¿Tiene dinero para tomar un taxi?” Le dije que no pero que en esos casos hacíamos una colecta entre la gente de la galería. Todo mi mobiliario se lo dejé a Víctor Sánchez, quien posteriormente alcanzó a estar con don Enrique Kirberg en la Penitenciaría, porque a don Enrique lo trasladaban a todas partes y en una de esas también pasó por la Penitenciaría. El fiscal me había dicho que él me iba a esperar afuera para que nadie me desapareciera, que no me acercara a él, pero que iba a esperar

³⁷ Se refiere al coronel de Ejército Eugenio Reyes Tastets que en septiembre de 1973 asumió como “rector delegado” de la Junta Militar de Gobierno.

hasta que tomara el taxi. Y así lo hizo.

Llegué a mi casa y salió a recibirme mi hijo mayor, Marito. Mi señora se había ido a vivir a la casa de sus papás que quedaba al fondo de un pasaje, en una villa de la industria CIC. Entré sin avisar a nadie y seguramente mi suegro me divisó por la ventana y salió Marito a recibirme diciendo “papá, yo quería que vengara luego.” Nunca me olvido de esa frase. Él tenía cuatro años.

Mario cuenta que pronto encontró asilo en la agencia de publicidad de Jaime Celedón, adonde de a poco fue llevando a otros de sus compañeros de la UTE que habían quedado sin trabajo, como Omar Rojas y Alejandro Lillo. Y cuando la situación se puso más difícil con la crisis que siguió a la quiebra de los bancos, a principios del 82, él ya había empezado a hacer clases en institutos técnicos e institutos profesionales. Así retomó su quehacer de profesor. *Durante todo el tiempo de la dictadura y durante todo el tiempo de la democracia, desde los años 90 hasta el 2005, tuve que trabajar en la educación privada chilena, así que tengo muy claro cómo funciona el lucro, cómo funciona la explotación de los profesores de las universidades en el sistema privado de la educación. La USACH nunca me readmitió. Hice la presentación pertinente y la respuesta fue que no había presupuesto.*

En el primer momento de aparecida la ley, en tiempos de Aylwin, Mario Navarro fue reconocido como exonerado político de la UTE. Irónicamente, en los noventa Percy también se hizo reconocer como exonerado político de la UTE. En algún momento la gente de la imprenta descubrió una serie de manejos inapropiados por parte de Eaglehurst y lo denunció ante la autoridad militar que estaba a cargo de la UTE. Entonces se fue a trabajar a la Universidad de Chile.

Fui reconocido como exonerado político y vivo básicamente de esa pensión. Ese es mi principal ingreso. En el 2013 cuando a propósito de los cuarenta años del golpe militar en la Universidad se inauguró la exposición “Por la vida siempre”,

fue la primera vez que la USACH reconoció nuestra situación. A mí nunca me reconocieron mi nivel profesional y académico de jornada completa, porque hasta el último día hice clases y me dieron un grado muy bajo para obtener la pensión de exonerado. Fue un proceso muy arbitrario. Boris Navia me orientó y me dijo que hiciéramos una presentación después. En todo caso, eso significó que ahora tengo una pensión de un poco más de 500 mil pesos. En cambio, mis compañeros que estaban nombrados solo como profesores de jornada completa tienen una pensión superior al millón y medio de pesos.

Pero no me amargo. Lucy y yo estamos orgullosos de nuestros hijos.” Mario, el hijo, fue el curador adjunto en el Museo de la Memoria cuando en 2011 montó por primera vez la exposición Por la Vida Siempre, la que iba a ser inaugurada por el presidente Allende el 11 de septiembre de 1973 al costado de la Casa Central de la UTE. Mario-padre cuenta que su hijo la reinventó sin consultarle. Cuando ya estuvo todo listo, le dijo “presenté este proyecto y lo aprobaron.”

Mi papá me dijo una vez “tienes que lograr ser más que yo.” Eso siempre lo he tenido presente en mi cabeza. De todos mis hermanos, solo mi hermana y yo logramos estudiar en la universidad. Mis otros hermanos, por razones económicas, tuvieron que trabajar, algunos desde niños, otros desde muy jóvenes. Por eso me he propuesto siempre hacer bien mi trabajo, y así le cumplo a mi padre. Lucy y yo somos profesores de Estado en el ámbito de las artes visuales. Y lo maravilloso es que nuestros dos hijos son más que nosotros. Los dos estudiaron Artes en la Universidad Católica y han tenido becas de perfeccionamiento.

A Mario, que es el mayor, le tocó estudiar en el tiempo cuando Federicci cerró las carreras humanísticas de la Universidad de Chile, entre ellas, la escuela de Bellas Artes. Por lo tanto, su única opción era la Universidad Católica. Fue muy buen alumno. Cuando a Iván le tocó entrar a la universidad, al igual que Mario, sacó muy buen puntaje en la Prueba de Aptitud Académica. Pero hay que decir que desde niños vivieron

en un ambiente con elementos de expresión gráfica. Además, nos veían trabajar a Lucy y a mí hasta muy tarde, dibujando o haciendo nuestros trabajos extra para poder sobrevivir y, además, les incentivamos los paseos de fines de semana para visitar museos; los favoritos eran el Histórico, el de Arte Contemporáneo, el Bellas Artes y el de Historia Natural. Y ellos dibujaban mucho en la casa. Sus padres éramos profesores así que jugábamos a buscar palabras en el diccionario, integrarlos a lo que significaba el manejo del dinero en la casa y hacer con ellos el presupuesto del mes. Me acuerdo que Iván miraba la chequera y como veía muchos cheques decía “tenemos harta plata.” En la universidad, los dos fueron alumnos talentosos, preocupados de revisar todo tipo de libros, revistas y publicaciones extranjeras y, sobre todo, comprometerse apasionadamente con lo que estudiaban.

Recién egresado de la universidad, Mario ganó una beca a Francia. Eso permitió que Iván, siendo estudiante, fuera a Francia porque en ese momento yo recibí el desahucio y entonces le regalamos un pasaje a París. Estos muchachos talentosos pudieron exponer desde muy jóvenes y su desarrollo siempre ha ido en avance.

Mario ha participado en bienales en Liverpool, en Sao Paulo, en Perú, ha tenido exposiciones importantes en varias ciudades europeas y hay trabajos de él en universidades que han adquirido sus obras. Mario es un profesor con dedicación exclusiva en la Escuela de Artes de la Universidad Católica Es un artista reconocido por sus pares y continuamente está colaborando con escritos o trabajando como curador para actividades en Chile y en el extranjero.

Iván se fue hace 18 años a Nueva York, recién egresado. Vivió una época muy dura trabajando en un taller de restauración y haciendo labores como pintar casas, por ejemplo. Hasta que en algún momento participó en una exposición colectiva de artistas latinoamericanos e hizo una obra con tubos de neón que fue de interés para un señor Norton, el creador de un antivirus, un liberal multimillonario y respetado por su ca-

lidad de experto en artes contemporáneas. Y él compró la obra de Iván. Después que eso se supo, lo tomó una galería, donde lo trataron como a pajarito nuevo. Se vendían y vendían sus obras pero no le entregaban lo que le correspondía y luego esa galería quebró. Iván tiene mucha potencia y siguió trabajando hasta que una galería importante de París se interesó en él y desde ese momento mi hijo es parte de esa galería. Iván ya es un artista conocido mundialmente. Hasta ahora se han editado tres libros con su obra.

Lucy y yo estamos más que orgullosos de nuestros hijos. Esto es la gran satisfacción de mi vida porque yo también quise ser artista y no pude. Pero quizás lo más relevante, lo más espiritual, es que yo llegué a los trabajadores con la labor en Extensión y Comunicación de la UTE, y fui partícipe del proceso de la Reforma, junto a los estudiantes, con el Rector Kirberg, con los artistas, con las escuelas de temporada. Creo que fui un buen profesor universitario. Y haber trabajado en una escuela pobre, con piso de tierra, con niñitos que venían con hambre, a patita pelá, todos morenitos, con los moquitos colgando, que había que enseñarles de todo, a ellos les enseñé a leer y esa es mi mayor satisfacción.

Ricardo Núñez Muñoz

Secretario General de la Universidad Técnica del Estado y Senador de la República

Nació en 1939 en Sewell, cuando su padre era un empleado de la mina de cobre El Teniente. Estudió las Humanidades en Santiago, primero en el Liceo Valentín Letelier y luego en el Liceo Nro. 8 Arturo Alessandri Palma. A los 16 años ingresó a la Juventud Socialista cuando gobernaba por segunda vez el general Ibáñez del Campo. Estudió pedagogía en Historia y Geografía en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde también se licenció como sociólogo. Fue profesor del Instituto Pedagógico Técnico de la Universidad Técnica del Estado. En 1967 fue elegido miembro del Comité Central del Partido Socialista y después del triunfo de la Unidad Popular asumió la dirección de Planificación en la Consejería Nacional de Desarrollo Social. En 1972, durante el rectorado de Enrique Kirberg, fue elegido Secretario General de la Universidad Técnica del Estado. Después del golpe de Estado de 1973 estuvo detenido en el Estadio Nacional y en la Penitenciaría de Santiago, donde permaneció hasta mediados de 1974. Exiliado en la República Democrática Alemana y en España. En 1979 volvió a Chile. Ha sido presidente del Partido Socialista en tres períodos. Fue senador por la región de Atacama entre 1990 y 2010 y vicepresidente del Senado entre 1994 y 1996.³⁸

Esta entrevista se realizó el 26 de marzo de 2014, el mismo día en que Ricardo Núñez fue ratificado como embajador de Chile en México. Ha sido transcrita con correcciones mínimas, porque él, un político experimentado, habla como si leyera un texto que traía escrito:

Mi vínculo con la UTE venía desde 1967, cuando empecé a tener horas de clases en el Instituto Pedagógico Técnico. Hacía clases de Historia y Geografía y algunos otros cursos como Educación Cívica; también fui profesor guía de algunos estudiantes. Esas eran mis principales vinculaciones con la

³⁸ Versión libre a partir de datos tomados de Historia Política Legislativa del Congreso Nacional de Chile: reseña biográfica parlamentaria.http://historiapolitica.bcn.cl/resenas_parlamentarias.

Universidad. Pero, cuando fue la última elección democrática que hubo en la Universidad Técnica, un grupo de profesores y estudiantes propusieron mi nombre al Comité Central del Partido Socialista para que fuera candidato para remplazar a un profesor que luego de la reforma había sido Secretario General. Se trata del profesor Tomás Ireland que, según entiendo, se exilió y después se quedó en Canadá. Es, todo caso, ese grupo de profesores y estudiantes socialistas propusieron mi nombre para ser candidato a Secretario General junto con don Enrique Kirberg. Esto fue justo cuando yo tenía intención de volver a la UTE. En ese tiempo hacía un curso de Historia de América Latina en la Universidad de Chile pero, sobre todo, no me encontraba a gusto en el trabajo que estaba haciendo en la Consejería Nacional de Desarrollo Social, donde era Jefe del Departamento de planificación. Ya había estado más de un año ahí y deseaba volver a la Universidad Técnica y tener unas ayudantías de Ciencias Políticas.

Desde el punto de vista económico no había ningún problema en volver a la Universidad y de repente surgió este proyecto. Entonces me presenté y junto a don Enrique Kirberg me tocó visitar prácticamente todo Chile, desde Antofagasta hasta Punta Arenas, recorriendo todas las sedes de la UTE. Y ganamos la elección. Entre los dos sacamos alrededor del 60 y tanto por ciento entre los profesores, el 80% entre los estudiantes y el 90% general.

El partido socialista era fuerte en la UTE, teníamos muchos militantes, sobre todo, en regiones. En varias sedes, como Talca, Temuco, La Serena, éramos mayoría. También había muchos académicos socialistas. Yo diría que, tanto entre los estudiantes como entre los académicos, éramos mayoría. Y la estructura superior de la Universidad la tomó el Partido Comunista. Prefiero decirlo francamente, y debo dejar claro que hace mucho tiempo traté de despojar de mi vida y conducta política el sectarismo pero, lo confieso, a veces me aburre, o me molesta, ir a los actos de la USACH porque es como si los organizara el Partido Comunista, pareciera que lo único que existía en la UTE eran los comunistas. Sin embargo, el decano

de la Escuela de Ingeniería era socialista y el decano de la Facultad de Educación también. Algunos Vicerrectores o encargados de distintas áreas eran radicales y, por lo demás, había muchos profesores, estudiantes y funcionarios que eran DC y también había estudiantes y académicos de la derecha facista. Creo que fue por don Enrique, a quién todos respetábamos mucho. Era un hombre admirable, siempre pedagógico, digno. Pero quedó esa imagen de que toda la UTE era comunista. Sin embargo, en Copiapó los asesinados fueron miristas y socialistas, y lo mismo en muchas ciudades. Sé que la sala cuna lleva el nombre de Michelle Peña, una gran militante socialista. Y no puedo quejarme, la Universidad me hizo un homenaje muy bonito en tiempos del rector radical Zúñiga.

Mi actividad propiamente tal en el cargo de Secretario General era burocrática. Significaba ser ministro de fe de todos los actos de la universidad, hasta el traslado de un funcionario de un lado a otro pasaba por la Secretaría General. Pero, dado que con don Enrique teníamos una buena relación, no busqué cambiarme de trabajo. Él era una persona muy admirable y conmigo tuvo una relación particular. Me consideraba como su hijo, más o menos, aunque decía que yo era un extremista y me obligaba a ponerme corbata. Yo seguía haciendo ese trabajo porque para mí, él era un ser humano superior. Con él tuve una relación muy franca, me dio mucha confianza y había cosas que me las encargaba a mí, que no eran, en rigor, propiamente parte de mis atribuciones. A veces, incluso, tenía la tarea de dirigir el Consejo Superior. Viajar a regiones tampoco le gustaba a don Enrique. Yo, por lo tanto, viajaba a menudo para visitar todas las sedes.

Recuerdo una vez que junto a don Enrique fuimos a ver a Pablo Neruda porque quería entregarnos parte de la propiedad de Isla Negra a las dos universidades estatales y a la Católica con el fin de que ahí se hiciera un gran lugar de encuentro de artistas, pero bajo control de las tres universidades. Entonces para formalizar esto, fuimos al hotel Miramar de Viña del Mar, donde él estaba acostado porque ya estaba muy enfermo. En esa oportunidad nos ratificó su disposición a que

la Universidad Técnica participara en este consorcio que iba a generar las condiciones para un gran teatro, con una concha acústica para conciertos a la orilla del mar, más una suerte de población para artistas pobres. Era una idea muy bonita. Pero después, la Fundación que cuida el patrimonio de Pablo Neruda vendió una franja que fue comprada por artistas ricos o personas vinculadas al mundo artístico. Y quedó otra franja que todavía está en posesión de la Fundación Pablo Neruda.

Con el canal de televisión de la UTE tuve mucho más que ver que el propio don Enrique. El asunto del canal lo estuvimos viendo con Sergio Ortega, el creador de la canción Venceremos. Él estaba propuesto para ser director del canal. La idea del canal era tan fuerte que la tomamos con mucho entusiasmo, tanto, que en su momento yo fui a hablar con Allende. En realidad, él nos convocó a una reunión a los rectores y don Enrique no pudo ir y lo replacé yo, por lo tanto, estábamos Castillo Velasco, Boeninger y yo. La reunión fue en La Moneda y tanto Castillo como Boeninger se oponían terminantemente a que la UTE tuviera su canal. Hay que recordar que la izquierda se había tomado el canal de la Universidad de Chile y que su rector era el demócrata cristiano Edgardo Boeninger, o sea, un opositor al gobierno de Salvador Allende. Además, en esos días el canal de la UC también era fervientemente contrario a Allende y estaba tratando de expandirse a lo largo de Chile. Entonces, si la UTE tenía su propio canal, con seguridad se iba a extender más rápidamente que el de la Universidad Católica porque la Técnica tenía sedes en todo Chile y, para colmo, la Universidad Técnica se perfilaba como una universidad de izquierda.

Puedo asegurar que Allende nos facilitó todos los medios para que de manera experimental saliéramos al aire con el canal de la UTE en ese mes de septiembre de 1973. Ya estábamos preparando técnicamente el canal, teníamos una antena, modesta, pero antena al fin y al cabo, en la calle Cummings, y ahí se había arrendado una casa. No sé si alcanzaron a llegar algunos medios, cámaras particularmente, o no llegaron nunca, pero la idea era que sí o sí saliéramos el 17 de

septiembre al aire trasmitiendo el Tedeum Ecuménico que Allende hacía todos los años.

Pero esa no es toda la historia del canal, esa historia se remonta mucho más atrás, incluso más atrás de Kirberg porque el edificio -que no sé si existe todavía- donde estaban las computadoras que antes eran muy grandes, era como una enorme caja alta y había sido construido expresamente para cobijar al canal de televisión de la Universidad Técnica del Estado. No hay que olvidar que durante el gobierno de Alessandri se decidió que solo las universidades tendrían canales de televisión, y este edificio construido para cobijar el canal de TV, era parte de lo que construyó Castillo Velasco, o sea, la parte nueva de la UTE. Quizá ese edificio que construyeron para el canal sea el mismo donde ahora está la radio.

Entonces eso del canal venía desde antes de la reforma, por lo tanto, los rectores anteriores a Kirberg ya habían hecho valer el derecho de la UTE, al igual que la Chile y la Católica, a tener su propio canal. Esto no había sido aceptado ni por el gobierno anterior, el de Frei, seguramente por los intereses de la Universidad Católica y también de la Universidad de Chile. Por lo tanto, mi opinión es que la Universidad de Santiago, ahora que ya que se ha digitalizado al respecto, debe hacer uso de ese derecho histórico, que me parece absolutamente legítimo.

Uno de los contrasentidos de la historia es que nosotros estábamos discutiendo qué hacer con el canal la noche antes del golpe en la casa de Jaime Rovira, que era del Comité Central del Partido Comunista. Socialistas y comunistas estábamos discutiendo qué hacer con el canal de TV de la UTE mientras el golpe ya estaba en marcha. Esa noche en casa de Jaime Rovira había otro comunista, no recuerdo quién. Yo estaba con Eduardo Castro. Éramos 2 socialistas y 2 comunistas que discutíamos sobre ese tema. Yo estaba dispuesto a dejar la Secretaría General de la Universidad para hacerme cargo de una parte importante del canal. Necesitábamos llegar a un acuerdo acerca de quién sería el director. Por cierto, a mí el

nombre de Sergio Ortega me parecía muy bien y creo que al final teníamos el acuerdo de que así fuera. A las 3 de la mañana del día 11 recibí una llamada telefónica en la casa de Rovira, porque le había dejado dicho que ahí estábamos a Erich Schnake, que era el encargado de comunicaciones del Partido Socialista. Y él me llamó diciendo “déjense de huevadas, hay un golpe de estado, váyanse para su casa.” Entonces por la ventana vimos una movilización de milicos. Y ahí se acabó la reunión.

Con Eduardo Castro nos fuimos en su auto, atravesamos todo Bilbao -él vivía en una de las torres de Portugal y yo en San Borja- y al pasar por Antonio Varas nos llamó la atención que hubiera barricadas. Llegué a mi casa y me dormí. Fui despertado varias horas después y el golpe ya estaba en marcha.

Ricardo Núñez llegó temprano a la UTE esa mañana del 11 de septiembre. Pero antes, pasó por San Martín 138, el principal local del Partido Socialista y siguió de largo, obedeciendo las indicaciones que le dio el cuidador del local de que no se detuviera. Después supo que en esos momentos ya se había tomado la decisión de hacer arder la sede del PS por sus cuatro costados. Una vez en la UTE, participó en varias reuniones en las que se evaluó la situación. El rector Kirberg era contrario a quedarse en la Universidad pero la mayoría votó por quedarse y él acató esa voluntad, dando libertad de acción. Desde antes, a Ricardo Núñez le había llegado un instructivo de la Tercera Comuna del PS que ordenaba que en caso de una emergencia como la que se estaba viviendo ese día, se privilegiaran los cordones industriales y la defensa del gobierno popular desde las fábricas y junto a los obreros. Por tanto, a las tres de la tarde tomó la decisión de irse de la Universidad. Junto a otros socialistas de la UTE, en su citroneta se dirigieron a la Fundición Libertad. Al llegar, los trabajadores les pidieron que se fueran, que ellos habían tomado la decisión de abandonar la Fundición. Mientras manejaba por Balmaceda en dirección al oriente, al ver casas embanderadas y a cientos y cientos de trabajadores caminando hacia sus casas con

las caras llenas de rabia y temor, asumió que el golpe no iba a tener mayor resistencia. Finalmente se fue a casa de su hermana en la calle Víctor Rae en la comuna de Las Condes, donde supo con certeza que el presidente Allende había muerto. Lo supo porque el marido de su hermana era bombero y ese día estuvo trabajando en apagar los incendios en La Moneda y llamó a su mujer para decirle que con sus propios ojos había visto muerto al Presidente.

Del tema de mi detención mucho más de lo que ya se sabe no puedo contar, salvo que una de las cosas más significativas en cuanto a la magnitud moral del Golpe fue que un personaje como el señor Guillermo Clericus -que en su calidad de miembro del Consejo Superior de la Universidad Técnica del Estado había sido tan bien tratado por el propio rector Kirberg y por mí mismo- hiciera lo que hizo: señalar con el dedo y con un palo en la mano a quienes debíamos ser detenidos.

Él fue la principal carta de los militares para indicar quiénes éramos partidarios de la Unidad Popular y quiénes debíamos ser enviados a prisión. Fue un delator. Posteriormente, pensando en su actuación, no me pareció extraño porque Clericus³⁹ formaba parte de alguna de estas entidades de civiles vinculados a las Fuerzas Armadas. Era un militar retirado, cosa que no se sabía, por lo menos yo no estaba informado. Pero desde antes era un exponente muy claro del pensamiento de derecha dentro de la Universidad, respetado como profesor de matemática, creo, pero que se prestó de la manera más vil y vejatoria para actuar contra todos nosotros.

Ese día 28 de septiembre, en la zona a la que todavía le decíamos El Tattersall, iban a pagar los sueldos. Un grupo de a lo menos 6 profesores de la Universidad, entre ellos los

³⁹ Guillermo Clericus Etchegoyen egresó en 1946 de la Escuela Militar con grado de bachiller en matemáticas e ingeniero politécnico militar con especialización en química. Se retiró del Ejército en 1967 con el grado de mayor. Desde 1968 fue profesor de la Facultad de Ingeniería de la sede en Valdivia de la UTE. En 1972 fue elegido miembro del Consejo Superior de la Universidad. Después del golpe lo nombraron Secretario Nacional Administrativo; en 1974 ocupó el cargo de Pro rector y en 1978 fue director general de bibliotecas de la UTE. Fue rector delegado en la Universidad de Concepción entre 1980 y 1987.

profesores Richardson, Clemente, Mario Navarro, Víctor Sánchez, que era el ingeniero de computación, Isamitt y yo fuimos llevados al segundo piso de la Casa Central. A mí me llevaron a la rectoría, y ahí me di cuenta de que Clericus se había apropiado de la rectoría y era quien les mostraba a los militares, y a mí también, las botellas de whisky que tenía don Enrique Kirberg en su oficina; también mostraba cosas íntimas, como papel higiénico. Clericus se reía de los bigotes que les habían pintado a los retratos de algunos rectores antiguos, seguramente por los militares que habían dormido en la Casa Central. Por lo tanto, se habían fijado en la historia de la Universidad, en los retratos de los antiguos rectores, tanto de la Escuela de Artes y Oficios como de la Universidad Técnica, entre ellos el fundador y primer rector de la UTE, una persona muy conocida del mundo académico y político de la época. Bueno, a ese retrato, los militares le habían pintado bigotes.⁴⁰

En la rectoría fue la primera vez que me torturaron. Entre otro, participaba Clericus, que con gran entusiasmo caminaba encima de mi espalda. Él se dio cuenta de que yo estaba absolutamente choqueado al verlo hacer eso. No sé si estaba vestido de militar, parece ser que sí, pero no me acuerdo bien de ese detalle, pero lo que sí recuerdo es que tenía un palo en la mano y con eso me pegaba en los hombros. Lo hacía él mismo junto a un teniente de apellido Montt. Lo supe porque alguien lo llamó así. Fue un muchacho, seguramente uno que recién había terminado de hacer el servicio militar, el que lo llamó así: “mi teniente Montt.” El teniente Montt era un tipo muy joven y participaba con entusiasmo dándonos patadas y quemándonos cigarrillos en las manos y los tobillos mientras estábamos tirados boca abajo en el pasillo del segundo piso de la Casa Central, que todavía estaba con astillas y pedazos de vidrios después del asalto con cañonazos. Tanto él como los otros militares se dedicaban con ganas a pegarnos patadas y a quemarnos con cigarrillos. En la oficina grande del rector estuvimos un rato, no podría decir cuánto tiempo pero sí puedo asegurar que fue ahí donde más sufrí.

⁴⁰ Se refiere al rector Octavio Lazo Valenzuela.

En el primer piso, en la oficina de la Secretaría General –recuerde que yo era el Secretario General de la UTE- los oficiales habían encontrado mi agenda telefónica. Entre los cientos de nombres que debo haber tenido, estaba el de Carlos Altamirano⁴¹. Y por supuesto, los malos tratos eran básicamente para saber dónde estaba Altamirano. También estaba el número de teléfono de María Elena Carrera⁴², y también me preguntaban por ella. Yo ya había dejado de ser miembro del Comité Central, pero era un dirigente conocido del Partido Socialista, tanto en la Universidad como fuera de ella. Pero para estos militares yo era un académico de izquierda, un comunista a quien había que maltratar de la peor manera. El maltrato mayor fue porque encontraron esa agenda telefónica aunque es seguro que ellos deben haber tenido el teléfono de Carlos Altamirano.

Tengo que confesar que primeramente nos habían amarrado las manos y los pies por atrás, con alambres y después de muchas vejaciones –porque estuvimos hasta muy tarde, hasta mucho después de almuerzo- nos sacaron a golpes y patadas para subirnos como a sacos de papas a unos camiones. Esto sucedió alrededor de las 3:30 o 4:00 de la tarde de ese día 28 de septiembre.

Mientras tanto, después lo supe, unos amigos habían rescatado mi citroneta que había dejado cerca de Estación Central. Esto pocas veces lo he dicho pero a mí me estaban esperando a pocos metros de la Casa Central. Me bajé de la citroneta casi al frente de la Estación Central, con mi secretaria y otro amigo que era el decano de la Facultad de Educación, Eduardo Castro. Inmediatamente un tipo de civil se me acercó, claramente era un militar; por lo tanto, cuando llegué a la cola de los sueldos, yo ya venía con el tipo detrás mío.

⁴¹ Carlos Altamirano Orrego, senador y Secretario General del PS al momento del golpe de Estado. Junto a Miguel Enríquez y Oscar Guillermo Garretón, era uno de los tres políticos más buscados por las FFAA. Logró exiliarse en Cuba y posteriormente en la República Democrática Alemana. Desde el exilio encabezó el proceso conocido como “renovación” del PS.

⁴² María Elena Carrera, médico y senadora del PS por O’Higgins y Colchagua. Estuvo exiliada en México.

Pocos se daban cuenta de esto y yo trataba de avisar con gestos de la mano que nadie se acercara a mí porque el tipo lo único que quería, era saber quiénes se me acercaban y cuando mis amigos que se quedaron en la citroneta vieron que nadie lo hacía, se dieron cuenta que estaba bajo vigilancia. El propio Eduardo Castro alcanzó a decirle a la gente que no se me acercaran porque yo iba con ese tipo de civil pisándome los talones.

Es curiosa esta historia, no se olvida fácilmente, los recuerdos van adquiriendo un poco de detalles, pero estaban bien borrado en la memoria. Entonces después fui llevado a la Casa Central, donde ya estaba el profesor Clemente, -entiendo que ya murió Antonio Clemente-; ya estaba Isamitt, que creo que también murió; estaba Sánchez y Mario Navarro ya tiene que haber estado. Después de eso, como a las 4 de la tarde, fuimos subidos a un camión cualquiera, no parece haber sido un camión militar, pero, la verdad, no podíamos ver mucho porque todo el tiempo estuvimos boca abajo. El mismo tipo que nos había tomado presos, que era el que me seguía, saltaba con gran entusiasmo sobre nuestras espaldas para que no levantáramos la vista.

Primero fuimos llevados al Regimiento Tacna. Nosotros ya sabíamos que ahí habían ocurrido hechos siniestros, por lo tanto, aquellos que pudimos levantar la cabeza, apenas vimos que estábamos en el frontis de ese regimiento pensamos que hasta ahí llegaba nuestra existencia. Todos sabíamos que ahí -por lo menos, yo sabía- se habían producido fusilamientos y maltratos. El encargado de llevarse a los que fuimos detenidos en la Casa Central fue el mismo tipo vestido de civil que me había tomado preso en Estación Central y que me perseguía al interior de la UTE. Durante todo el trayecto también se encargó de golpearnos, vejarnos, caminar por encima de nosotros. Supe que eso podía terminar muy mal. Felizmente, una frase de un sargento o de un oficial me devolvió el alma al cuerpo cuando, dirigiéndose al chofer del camión, le dijo "A estos maracos hay que llevarlos al Estadio Nacional." Cuando escuché eso, pensé que estábamos salvados.

A diferencia de la gente que fue tomada presa en la Escuela de Artes y Oficios, que fueron cientos, nosotros fuimos llevados directamente al Estadio Nacional. Cuando llegamos, antes de bajarnos del camión, nos desamarraron y el tipo ese, nos revisó los bolsillos. Yo andaba con bastante dinero porque iba a pagar el teléfono de mi casa, y no alcancé a hacerlo. Nunca supe cómo se llamaba. Era un tipo alto, delgado.

En el trayecto entre el Tacna y el Estadio Nacional los que íbamos en el camión no tuvimos la posibilidad de comentar la suerte de ir a dar al Estadio. Porque llegar ahí significaba llegar a un lugar casi público, donde supuestamente nuestros familiares iban a poder llegar a vernos, lo que no ocurrió así, por cierto, al menos, en mi caso. En el Estadio Nacional, como todos los demás, fuimos revisados, vejados, garabateados y a mí me robaron la corbata. Nos tuvieron mucho rato echados en el suelo porque se tomaban su tiempo antes de tomarnos los datos para ingresarnos como detenidos. A lo largo de mucho rato estuvimos con las manos detrás de la nuca, hincados, mientras el sargento se paseaba delante de nosotros y nos miraba como a bichos raros, hasta que finalmente nos tomó los datos y pasamos a un camarín.

En el camarín me encontré con gente de la UTE pero no fue inmediatamente porque ellos estaban recién llegando. Sólo cuando salimos a las graderías me di cuenta que había una cantidad importante de estudiantes y de algunos profesores. Después llegaron otros de la UTE que fueron detenidos en sus casas. Los de la UTE constituíamos el grupo más grande de presos en el Estadio. Otro grupo grande, pero menor al nuestro, era de pobladores de La Legua. En el Estadio me informé de lo sucedido a Víctor Jara, sin mucho más detalle de lo que sabíamos cuando aún estábamos libres. Ahí también nos informamos de lo que había ocurrido en la Universidad, de lo que había pasado con el bombardeo, lo que había pasado con don Enrique Kirberg. También supe adónde se habían llevado mi auto. Ahí, en el Estadio, empezó otra odisea.

Por último, quiero decir que tengo una relación afecti-

va muy profunda con lo que fue la Universidad Técnica del Estado. No me siento ligado a la USACH porque es una universidad muy distinta a lo que fue la UTE. Creo que se debió haber recuperado lo que fue la UTE, recuperar la condición de universidad formadora de los cuadros técnicos y científicos requeridos por el nuevo proceso de industrialización. Ahora no hay industrias de chimenea como las que conocimos antaño pero hay nuevas industrias y puede haber muchas más. Hay que industrializar este país a partir de las nuevas exigencias que tiene el proceso industrial, proceso en el que Chile agregue valor a su nombre y a sus riquezas naturales. Se trata de un proceso de generación de una política de desarrollo industrial actualmente inexistente y que debió haber sido impulsada por la Universidad Técnica.

¿Cuáles son las escuelas que hoy día están formando a los técnicos? Son universidades privadas, el INACAP o el DUOC. Antes, fueron el INACAP -que era estatal- y los institutos tecnológicos que se repartían por todo Chile que también eran del Estado. Cuando se dice que hemos perdido presencia del Estado en la educación pública es cierto porque no supimos recuperar lo que teníamos. Es más fácil y barato tener carteras de pizarra en vez de formar ingenieros de primera o segunda generación e, incluso, ingenieros formados en 3 o 4 años que puedan complementar a los ingenieros civiles o en ejecución. Esa es la tarea que podría haber defendido la Universidad de Santiago. La USACH tenía un nicho histórico que era propio de la Universidad Técnica, un nicho que, por lo demás, viene de todo el desarrollo del siglo pasado. El nicho de la UTE fue perdido, por cierto, a causa de la dictadura pero no fue recuperado por los rectores progresistas, que no quisieron abordar la posibilidad de retomar ese rol. Es un nicho que ahora necesitamos más que nunca, porque si hay un país que va a depender de agregarle valor a sus riquezas naturales es Chile. No tenemos fundiciones, no tenemos refinerías, no tenemos procesamientos de celulosas, todo se exporta tal cual.

Siempre pensé que la UTE era una suerte de lo que se llamaba en esa época “la cultura académica de ciencias de

Chile”, donde se iban a formar los mejores físicos, matemáticos, científicos de Chile. El proceso de desarrollo de la Educación Superior tenía que encontrar un territorio distinto al que tiene actualmente y eso, en gran medida, podría haberlo satisfecho la Universidad de Santiago, recuperando el sentido fundamental por el cual fue creada la Universidad Técnica del Estado. La creación de esta Universidad no fue un arranque de entusiasmo. Veníamos saliendo del gobierno de González Videla y el proceso de industrialización en Chile se robustecía. Y para eso se creó la UTE.

Ciertamente esta Universidad cumplió un rol fundamental porque si logramos manejar la industria del cobre inmediatamente después de nacionalizado, fue porque existían ingenieros salidos de la Universidad Técnica y por eso no se perdió ni una hora-hombre después que los gringos se fueron. Ingenieros en Ejecución y no Ingenieros de escritorio. La Universidad Técnica proveyó a El Teniente, a Chuquicamata y a las otras minas para que no se produjera un descalabro en la industria del cobre. La Universidad Técnica estaba capacitada y en condiciones de resolver esos problemas, y así logramos generar una cantidad de ingenieros de institutos tecnológicos, técnicos de ejecución, en programas que hoy día no existen. Ya no hay ninguna razón que justifique que no lo hayamos recuperado. Ninguna. Siento que la USACH ya no se renovó, lo que es una lástima porque en el futuro próximo quienes van a tomar esa tarea van a ser las universidades privadas ligadas a los intereses de los empresarios más poderosos de este país.

En resumen, tuvimos una gran experiencia al tener la mejor universidad técnica de América Latina, como nos llamaban los alemanes cuando íbamos a conversar con ellos, comparable a las universidades técnicas de Aachen, Berlin, o Dresden. Y eso se sabía. Entonces tengo esta sensación encontrada de tener un gran cariño por lo que fue la Universidad Técnica, no habiendo sido yo un hombre tan de esta Universidad porque todos mis títulos son de la Universidad de Chile, pero me sentí vinculado y llamado a colaborar al desarrollo de una alternativa de la educación superior que se truncó con el golpe

de estado y que nunca pudimos recuperar. Era una gran alternativa y en pocos años llegamos a tener muchos estudiantes y académicos, sedes de Arica a Magallanes, y Allende entendía muy bien que eso era la base del desarrollo político industrial de Chile.

Siento una gran nostalgia por lo que era la UTE y por lo que pudo haber llegado a ser la Universidad de Santiago como continuadora de la UTE. Quiero agradecer haber conocido a tanta gente valiosa y haber compartido las alegrías del triunfo de la Unidad Popular, el triunfo de Kirberg y mío en la Universidad y también las penas y dolores de lo que fue el golpe de Estado. Pero mantengo ese cariño por la historia de la Universidad Técnica.

En todo caso, la nostalgia que siente Ricardo Núñez por la UTE lo hace cercano a la USACH porque a menudo viene a la Universidad a actos, lanzamientos de libros, a la radio y a la primera invitación accedió a dar esta entrevista.

Luis Cruz Salas

Un académico exonerado político de la UTE

Luis supo de la Asociación de Exonerados Políticos de la UTE-USACH en el año 1991, cuando volvió del exilio. *“Primero estuve en Rumania, después en Bélgica y al final, en Argentina”*. La asociación se constituyó a mediados de los años 80 y apenas supo que se reunían en alguna de las salas del Instituto Pedagógico Técnico, como aún llama a la Facultad de Humanidades, se integró a la Asociación. Recuerda que en ese tiempo, entre otras personas, participaban un par de funcionarios y una mayoría de ex académicos. De los trabajadores de la UTE, a los cuales conoció más de cerca, no encontró a ninguno. Actualmente Luis es el presidente de la Asociación de Exonerados.

En los años noventa la tarea de la Asociación fue lograr que a sus miembros se les reconociera su calidad de exonerados políticos por parte de una oficina gubernamental especialmente dedicada a esta tarea y, a partir de este reconocimiento, pedir su reincorporación a la Universidad de Santiago de Chile. Han pasado más de veinte años y la Oficina de Exonerados Políticos del Ministerio del Interior y Seguridad Pública todavía no termina el trámite del reconocimiento de la totalidad de los trabajadores, académicos y funcionarios exonerados por razones políticas de la UTE-USACH. Luis comenta: *cuando Ricardo Lagos fue ministro de Educación accedió a conceder a esta Universidad 20 jornadas completas para que pudiera procederse a la contratación de personas porque la Universidad no tenía posibilidades financieras para recontratar a ninguno de los exonerados.*

En relación a los trámites y situaciones derivadas del proceso de reconocimiento de la calidad de exonerado político, Luis cuenta su caso porque cree que es representativo: *Soy profesor de Historia y comencé a trabajar en la UTE como ayudante de Filosofía de la Educación en el Instituto Pedagógico*

Técnico. Trabajé en esta área entre 1969 y 1971. Ahí, efectivamente, mis horas de clases eran como profesor de filosofía. Sin embargo, eso era solo una nominación formal porque en la práctica, a partir del año 1971 estuve trabajando en la recién creada área de Educación Cívico-política. Al hacer los trámites para ser reconocido como exonerado y reincorporarme a la Universidad, envié mi currículum indicando las horas que había trabajado hasta el 11 de Septiembre de 1973. Del Departamento de Filosofía, con toda razón, contestaron que yo era profesor de Historia, no filósofo y que, por tanto, no tenía ninguna relación con ellos. Situaciones semejantes les ocurrieron a otros colegas.

Este fracaso en el intento de ser reincorporados a la USACH significó un declive en la asistencia y actividades de la Asociación. Después las actividades se centraron, sobre todo, en el tema de las jubilaciones. Con esta nueva tarea la Asociación nuevamente revivió y hubo asambleas hasta con 50 personas. A esas alturas, ya se había comenzado a aplicar la ley de exonerados, lo que permitió que empezáramos a recibir una pensión de monto mínimo, a las que después se hicieron los reajustes correspondientes, lo que no fue fácil ni siempre justo porque muchos documentos se habían perdido. Nosotros, como Asociación de Exonerados, nunca hicimos un trabajo sistemático con el fin de saber si en algún lugar de la Universidad aún hay documentos de la época y ya no estamos en condiciones de poder hacerlo: muchos han muerto y otros ya no pueden trasladarse a reuniones ni a hacer diligencias.

En los últimos años la Asociación se ha dedicado a recomponerse como grupo social, a juntarnos para hacer actividades recreativas con el fin de mantener nuestros lazos y contactos afectivos porque cuando uno es viejo, se van muriendo los amigos y los hermanos y uno va quedando muy solo. Desgraciadamente, nuestra relación con la Universidad se ha debilitado. Antes se nos reconocía como Asociación, nos facilitaban salas para reunirnos en la sede de FUDEA pero hace años que ya no ocurre y tampoco nos invitan a los actos de la Universidad. Aclaro que en ningún momento ha habido una acti-

tud de rechazo, sino que la Asociación ha disminuido su actividad y, además, nos hemos quedado sin objetivos. A partir de los actos de conmemoración de los 40 años del golpe de Estado nos planteamos hacer un trabajo de rescate de memoria. En esta tarea contamos con la ayuda de Mario Navarro, quien juntó, con el apoyo de otra gente, la colección de 12 números de la revista de la Universidad para donarla.

Respecto a su historia personal Luis cuenta que su mamá, por ser la hija menor, fue criada como niña mimada. No está seguro si antes de casarse ella fue costurera pero sí sabe que su padre era empleado municipal en Viña del Mar. De su padre sabe poco. Cuenta que la historia de su padre empieza con un caballero que era el segundo hijo varón de una familia de cinco hijos criados por una mamá que le lavaba ropa a una señora que trabajaba en el Ministerio de Educación. Un buen día esta señora le dijo a la abuela de Luis que su hijo parecía ser inteligente y consiguió hacerlo entrar a la Escuela Normal. *Ese caballero era el hermano de mi padre. Mi viejo, como hijo mayor, cargaba leña como burro para que la abuela lavara ropa ajena para mantener a toda la familia porque, según mi abuela, sus tres hijas eran muy bonitas y no las dejaba hacer nada para que no se dañaran y se pudieran casar bien.*

Pasó el tiempo, mi tío se tituló y se fue a hacer su vida para otro lado, las niñas se casaron y mi padre ya no tuvo que mantener a sus hermanos y entró a trabajar a la Municipalidad de Viña. Se casó, tuvo tres hijos y al tiempo quedó viudo. Parece que el viejo era uno de esos tipos mujeriegos que se gastaba el dinero en las carreras y mi mamá no debe haber estado al tanto de todos esos andares de este caballero que ella había conocido siendo niña. Estamos hablando de los años 40 y en esa época tener más de 30 años ya era haber perdido el tren, como se decía en aquellos años, y mi madre ya los había cumplido. Tal vez por eso no se preocupó de hacer averiguaciones acerca de ese joven con el que había simpatizado 20 años atrás. Se casaron pero mi madre no soportó mucho; el hecho concreto es que cuando yo tenía 11 meses de

edad, ella se separó de mi padre. Esto sucedió en 1942.

Mi mamá se vino conmigo a Santiago a vivir en su casa paterna y la única que quedaba en esa casa era una tía, una mujer que leía mucho, y que intentó que yo fuera lo más culto y milico posible. Me compró una mochila y yo tenía que pararme firme y caminar bien derecho. Viví en Barrancas, en un barrio que estaba hacia el lado de la calle 5 de abril, que en esa época era un camino de tierra. Había una pastelería a la que me llevaba mi tía cuando, según ella, yo merecía un premio; también había un convento y fábricas, como la de los Neumáticos Good Year, la constructora DESCO y una fábrica de baldosas.

Luis fue a una escuela a la que todavía recuerda como un lugar gigantesco, se llamaba Escuela 50 de Niños y quedaba frente al sitio donde ahora está la Teletón y cerca había canchas de fútbol, al parecer, de Santiago Morning. Niños y niñas no estábamos juntos, nos separaba una reja.” El mito de que la educación privada es mejor ya existía en aquellos años, así que apenas aprendió a leer y escribir su madre consideró que lo mejor era que estudiara en una escuela de curas. Entonces llegó al Liceo de los Sagrados Corazones de Jesús, en la calle Ruiz Tagle, entre Alameda y Ecuador. Éramos 70 alumnos en cada clase. Había niños todo el sector. En esa escuela de curas viví un hecho de discriminación: entre General Velásquez y Toro Mazote había una tienda de un comerciante palestino, y con su hijo íbamos a este colegio. Los compañeros lo molestaban permanentemente, diciéndole “turco”, “cara de camello”, etc. Nunca me voy a olvidar que me agarré a combos con los hermanos Cardoso por defender a mi amigo.

Estuvo en el Liceo de los Sagrados Corazones hasta el sexto año de preparatoria y entonces se presentó a la Escuela Normal pero no lo aceptaron porque cantaba muy mal, no distinguía las notas y eso en la Normal era imperdonable. Además, no tenía los 13 años cumplidos, requisito de ingreso indispensable. Al año siguiente esta vez intervino la hija de la señora del Ministerio de Educación que años antes había ayu-

dado al tío para que estudiara en la Escuela Normal Superior José Abelardo Núñez. En el año 1954 Luis también lo logró.

Al término del primer año en la Normal le fue mal en violín y su madre decidió que pasara las vacaciones tomando clases particulares. Las clases eran a las 3 de la tarde, en pleno verano, y tenía que tomar una micro que lo dejaba en Avenida La Paz y de ahí tenía que caminar varias cuadras, a pleno sol, *y, para colmo, el profesor decía que los estudiantes de violín tenían que ir con terno y corbata. Cuando en marzo salí bien en el examen, me empezó a gustar el instrumento. Me hice amigo de unos muchachos que participaban en la orquesta y primero estuve como ayudante del utilero, después de utilero y después de eso, si tenías suerte, te podían permitir tocar como violín segundo, honor del que yo también disfruté. Estuve en esta actividad hasta 1961.*

Luis recuerda bien los sucesos del 2 y 3 de abril de 1957⁴³, cuando la protesta popular se adueñó de las calles, porque en esos días murió la que lo había criado. *Mi tía murió en la casa y en ese momento empezaron dos años económicamente complicados. Así pasé el terremoto de 1958, que como un presagio se produjo el mismo día en que fue elegido Jorge Alessandri como presidente de Chile. Ese mismo año, en el mes de julio, a mi madre le ofrecieron trabajar como veladora nocturna en la Posta Central de Santiago, que está en la calle Portugal. Yo volvía a almorzar a la casa y después regresaba a la Normal. Mi madre trabajaba 3 noches, 12 horas cada una y después tenía una noche libre, independientemente de que fuera sábado o domingo. No recuerdo haber tenido miedo de dormir solo en un caserón antiguo donde, además, había muerto mi tía.*

Cuando fue la huelga larga del magisterio, los estudiantes se tomaron la Escuela Normal José Abelardo Núñez y este suceso marca el despertar político de Luis. *Entonces decidí que había que hacer política en serio. Aunque fuésemos pocos, había que meterse en una organización grande, así que*

⁴³ Ver: <http://www.puntofinal.cl/564/batallasantiago.htm>

ingresé a las Juventudes Comunistas. Era el año 1962. Yo participaba en el Centro de Alumnos, en las reuniones de profesores y en el comando de las juventudes del FRAP. Tomamos contacto con las Escuelas Normales de Niñas y con Escuelas Técnicas. En el año 1963, junto con la actividad política, tenía que terminar el sexto año en la Escuela Normal y entregar mi memoria, que versaba sobre el materialismo y su concepción de la educación.

Me ofrecieron ser funcionario de las Juventudes Comunistas, pero sucedió lo mismo que cuando los curas me preguntaron a los 11 años si quería ser cura. Cuando me hicieron ese ofrecimiento les dije que no, porque me pregunté qué pasaría si en algún momento discrepaba de la línea del Partido.

En esa época, 1964, la educación pública era un coto cerrado del Partido Radical y si no eras radical, no tenías ninguna posibilidad de trabajar en Santiago. Yo quería seguir trabajando en política y en una zona rural eso era imposible o impensable. Por una de esas casualidades de la vida, supe que en la Dirección Local de Educación un señor buscaba profesores jóvenes para una escuela que estaba en lo que hoy es Cerro Navia. No hubo muchos interesados porque para llegar a esa escuela había microbuses 3 veces al día: a las 8 de la mañana, a la 1 y a las 6 de la tarde. Y para llegar a la escuela había que caminar más de dos kilómetros por un camino de tierra. Ese fue mi primer trabajo.

Ese mismo año Luis quiso estudiar Filosofía en el Pedagógico de la Universidad de Chile pero las Juventudes Comunistas le recomendaron estudiar Historia o Castellano en el IPT de la Universidad Técnica del Estado. Comencé a estudiar Historia en 1965. Estudiaba en la mañana en el Pedagógico Técnico, partía a mi casa a almorzar y luego corría a tomar una liebre⁴⁴ que me llevaba hasta un lugar en Tropezón y de ahí, a seguir corriendo los 2 kilómetros hasta la escuela y alcanzar a llegar a la jornada de la tarde. Después, volver a la UTE porque en la tarde tenía clases y por último, iba a mi casa

⁴⁴ bus pequeño, con capacidad máxima de 17 personas sentadas.

a estudiar. No sé cómo lo hacía, corría sin parar.

En términos políticos, 1965 fue un año de rupturas. Creo que fue así porque la gente con la cual me encontré en una asamblea de estudiantes comunistas del Instituto Pedagógico Técnico me pareció una masa de adolescentes mientras yo venía de una escuela muy seria, de gente tan ortodoxa como eran los normalistas y, por tanto, me sentí a disgusto en ese ambiente. Después vino la invasión yankee a Santo Domingo, lo que desató un proceso de discusión respecto a la necesidad de la vía armada y a partir de eso, rápidamente llegué a la ruptura con la Jota. En noviembre de 1966 fue la huelga corta del magisterio y como yo seguía participando de las actividades del Sindicato de Profesores de Chile, que era el que agrupaba a los profesores de enseñanza primaria, estuve en esa huelga y el sector más activo era el del Partido Socialista.

Ese año me puse a pololear con mi actual señora. Al año siguiente, a poco comenzar el año, nos casamos, salimos unos días de luna de miel y cuando volvimos, nos encontramos con que todos estaban en huelga. La Universidad de Chile y la UTE estaban tomadas y la huelga que, se suponía, iba a durar dos o tres días, se prolongaba y prolongaba. Estábamos viviendo en la casa de mi madre y al cabo de 2 meses la situación se nos hizo insostenible porque yo recién había empezado a hacer ayudantías en la UTE y mi señora se había cambiado a estudiar Servicio Social en la Chile.

Fueron años bien movidos. Como presidente del Centro de Alumnos tenía que organizar actividades en el IPT pero participaba poca gente, solo aparecían cuando había marchas o algo especial. Organizábamos ollas comunes, salíamos a recolectar alimentos, a distribuir panfletos. Y perdimos el centro de alumnos porque no hicimos nada que permitiera crear un equipo específicamente estudiantil. Era la época en que la Jota estaba a la cabeza de la Federación de Estudiantes de la UTE y el Centro de Alumnos del IPT estaba en manos socialistas. Y en algunas otras especialidades habían ganado los

socialistas con un apoyo amplio pero poco orgánico.

En 1968 yo estaba en cuarto año, comenzando a preparar mi memoria. Había vuelto a hacer clases en la escuela 50, la de Cerro Navia, donde me fue mal porque tenía que reemplazar a un profesor que era uno de los capos en la teoría de conjuntos - incluso les hacía clases a los profesores en el Centro de Perfeccionamiento- y de eso yo no tenía idea. La Escuela Normal se había quedado en la aritmética y el cálculo simple y jamás me enseñaron teoría de conjuntos. Buscando una salida, le dije a Jorge Barría, mi profesor de Historia, que me interesaba trabajar en investigación académica y me dijo que tenía el dinero si me interesaba ser ayudante suyo en Historia de América en la Facultad de Economía de la Universidad de Chile. En 1969 empecé a trabajar en un proyecto de investigación con él, pagado por lo que en esa época empezaba a ser CONICYT.

“Ese mismo año se abrió una ayudantía de Filosofía de la Educación en el IPT, me la ofrecieron y me puse a trabajar en eso también. En ese momento en el IPT existían los llamados planes generales que comprendían estudios de introducción a la filosofía, introducción a la sociología e introducción a la psicología. Y en el segundo año, se estudiaba filosofía de la vocación, psicología de la educación y un curso de sociología educacional. Y después de eso se pasaba a la cultura profesional, en la cual se estudiaba didáctica.

El Instituto Pedagógico Técnico fue fundado en 1944, pero sus antecedentes venían de 1908, cuando comenzaron a dictarse algunos cursos de pedagogía. Su creación fue la respuesta a la necesidad de contar con una institución dedicada exclusivamente a la formación del profesorado de la enseñanza técnico profesional. En 1948 el Instituto Pedagógico Técnico se incorporó a la Universidad Técnica del Estado como una de sus instituciones originarias junto a la Escuela de Artes y Oficios, las Escuelas de Minas de Antofagasta, La Serena y Copiapó, las Escuelas Industriales de Concepción, Temuco y Valdivia y la Escuela de Ingenieros Industriales. El IPT era la única

institución que otorgaba el grado de bachiller técnico en Chile⁴⁵. En 1971 el IPT cambia de nombre, pasando a llamarse Facultad de Educación y en octubre de 1975 toma el nombre de Facultad de Estudios Generales, integrada por los departamentos de Arte, Filosofía, Ciencias Humanas, Historia y Geografía, Idiomas y Pedagogía. Después, y hasta hoy, pasó a llamarse Facultad de Humanidades.

Ese año 1969 saqué el título de profesor de Historia y Geografía, hice campaña por Allende y empecé a hacer unas horas de clases en el Instituto Superior de Comercio N. 2, donde había hecho mi práctica. Continuaba teniendo horas de ayudantía en Filosofía de la Educación en el Instituto Pedagógico Técnico, horas en la Escuela de Artes y Oficios donde enseñaba Historia y Geografía Económica de Chile y el trabajo de ayudantía en investigación con Barría. En otras palabras, continuaba corriendo de un lado a otro.

Mi señora proviene de una familia de vieja tradición socialista, del socialismo magallánico, no anárquico sino ligado al movimiento obrero de Puerto Natales, de las estancias y a la marinería. Mi suegro había estado preso bajo el primer gobierno de Alessandri, después estuvo preso con González Videla -no por comunista sino por socialista- y con Ibáñez estuvo preso 3 veces. Así que cuando Barría me propuso participar en reuniones de partidos socialdemócratas de América Latina entré en conflicto porque me parecían corruptos y derechistas. Pero mi señora y su familia estuvieron de acuerdo en que debía ir. Fue interesante compartir con gente de toda América Latina y me abrió mucho el punto de vista; también me puse más radical de lo que había sido hasta ese momento. Pero igual participé en la campaña del 70 por Allende. En esa época militaba en Ñuñoa, en la brigada de profesores, que era pequeña pero teníamos contacto con la brigada de estudiantes socialistas.

En 1970, como parte del proceso de la reforma, en la

⁴⁵ Bachillerato otorgado a partir de 1952 por la UTE a los estudiantes de enseñanza media técnica en los grados de oficios y escuelas industriales.

UTE se empezó a discutir la necesidad de formar a los estudiantes en educación cívico-política. En el año 71, en lo que era el Departamento de Ciencias Sociales, donde yo participaba como profesor en el área de filosofía, se discutió este tema y todos intervenimos con entusiasmo. Al año siguiente la educación cívico-política comenzó a impartirse a los alumnos del antiguo Pedagógico Técnico, que ya se había transformado en Facultad de Educación. Además de las horas de clases que tenía en ese momento, tuve que hacerme cargo de coordinar el trabajo en terreno. El objetivo era que los estudiantes tomaran conciencia de que pertenecían a una sociedad y, por lo tanto, tenían que vincularse a ella, como parte del proceso global que estábamos viviendo. Se trataba de un trabajo político en el sentido de establecer relaciones en las cuales todos aprendíamos de todos y todos nos educábamos mutuamente, lo que implicaba que los educadores debíamos integrarnos en el proceso de salir de los muros de la universidad. Ese era uno de los ejes que algunos teníamos en el IPT y se trataba de una postura basada en el trabajo de Paulo Freire.

Para que el curso no fuera teórico, buscamos ligarnos a organizaciones sociales. Los sindicatos eran nuestro objetivo principal pero fue un fracaso porque pedían que fuéramos avalados por un partido político. Y eso no se podía ni queríamos. Entonces tenía que hacerse de tal manera que apareciera como una relación entre la Universidad y las organizaciones sociales mismas, sin pasar por la intermediación de los partidos o el apoyo de tal o cual persona. Esta decisión fue un error y su consecuencia fue la eliminación de la parte sindical. Las Juntas de Vecinos tampoco se abrieron y con los centros culturales pasó lo mismo. Las únicas organizaciones que aceptaron trabajar con nosotros fueron los Centros de Madres. La alfabetización, por ejemplo, era una de las actividades que se podía implementar en ellos y también el tema de las formas de organización. En esto las chicas de Ingeniería Textil tuvieron una buena experiencia porque uno de los grupos había hecho anteriormente una asesoría de diseño y de cómo traba-

jar en tejidos de lana. Para el paro de Octubre del 72 ⁴⁶ muchos de los estudiantes que estaban implicados en las organizaciones de base se incorporaron a los trabajos voluntarios y a partir de ese momento el grupo se disolvió.

Hasta el paro de Octubre seguí siendo socialista, pero cada vez con más reticencia. En el intertanto, la situación política del país se había agudizado y habíamos varios -sobre todo, los trabajadores del área de mantención de la Universidad- que estábamos en una posición más radical y empezamos a darnos cuenta de que teníamos puntos de vista en común. Así fue cómo constituimos el FER, Frente de Trabajadores Revolucionarios, ligado al MIR.

La noche anterior al día del golpe había terminado el borrador final de un manuscrito y la mañana del 11 lo traje para que una secretaria lo tipografiara. Cuando venía a la UTE vi salir las tanquetas de la Escuela de Suboficiales de Carabineros que en ese tiempo estaba en Zañartu con Pedro de Valdivia. Ahí pensé que la cosa se venía complicada. Tomé la micro, llegué a la universidad a las 8 y de inmediato supe que la radio de la UTE había sido volada. Empecé a hacer clases cuando ya se escuchaban disparos por el lado de Matucana y mientras conversábamos con mis alumnos sobre el programa que iba a seguir el curso, los disparos iban aumentando. A las 8:25 ya había demasiada inquietud, por lo que a las 8:30 dije que en esas condiciones no podíamos hacer clases y que cada uno fuera donde estimase conveniente.

Desde antes yo participaba de las guardias nocturnas para defender la Universidad. Ahora, mirando con la perspectiva que da el tiempo, me doy cuenta de que era una estupidez. En esas guardias participaba, por ejemplo, José Ramón Solovera, un viejo al que le faltaba un pulmón y también estaba Mariana Morales, del Partido Socialista y un par de compañeros del área de servicios que a lo sumo, manejaban un martillo o un serrucho. Teníamos que hacer guardia en el

⁴⁶ Paro patronal, iniciado por el gremio de los dueños de camiones, contra el gobierno de la UP que se prolongó durante todo el mes de octubre de 1972.

Pedagógico y, de vez en cuando, echarle un vistazo a la radio. El problema era que las construcciones son de puro vidrio y ante disparos de ametralladoras la precariedad era absoluta. Tal vez mucha gente no participaba porque se daba cuenta de que era absurdo defender con un martillo un edificio de vidrio.

Yo hacía guardias no solo en la UTE. Primeramente hacía en mi casa porque después de algunos problemas en el 73 logré que se me asignara un departamento que estaba en construcción en la Población Jaime Eyzaguirre y había que hacer guardia para que otros no se lo tomaran. Nos turnábamos mi señora, yo, y otros parientes. Además, mi suegra era dirigente de la JAP⁴⁷ en Macul y la noche del 22 de agosto del 73 el Comando Rolando Matus⁴⁸ le lanzó una bomba a su casa y a partir de esa noche también tuvimos que realizar guardias en esa casa. Se dice que esa bomba fue la más potente que se lanzó en contra de un domicilio particular.

Volviendo al día 11, nuestra consigna era que teníamos que quedarnos en la Universidad a la espera de la orden de nuestro encargado político. Él llegó y nos dijo que teníamos que irnos a las casas de seguridad o a casas de familiares. Al final de ese día nos encontramos con que los de las casas de seguridad nos decían que la cosa estaba muy complicada y que tenían miedo. Finalmente, con otro compañero funcionario terminamos en la casa de mi madre en Villa Portales, manteniendo contacto telefónico con el encargado político de los estudiantes. Por supuesto, llegué donde mi madre sin nada porque había dejado todas mis cosas en la Universidad. Como mi madre no tenía teléfono, cuando no había patrullas militares a la vista, yo iba a hablar donde un vecino. Estuvimos ahí dos días. Cuando se levantó el toque de queda y puesto que no tenía mi carnet de identidad, no hallé nada mejor que buscar un tarro de leche para decir que iba a buscar leche para mi

⁴⁷ JAP, Junta de Abastecimiento y Control de Precios, unidades administrativas a nivel local surgidas en los 2 últimos años del gobierno de Salvador Allende con el objeto de establecer un sistema de racionamiento para aliviar la escasez de alimentos y otros suministros de primera necesidad.

⁴⁸ Ver nota 33.

hijo. Así salí a la calle. Aún había balaceras pero finalmente me dejaron pasar. Caminaba por la Villa Portales cuando me encontré con compañeros estudiantes que me contaron que había quedado la mortandad adentro y que se habían llevado detenidos a todos y que había muchos muertos y que habían sacado en camiones los cadáveres de la gente de la Universidad. Después nos enteramos que no había sido así.

Yo estaba seguro de que iba a seguir en contacto con nuestro jefe político del FTR, que era funcionario de la Universidad, y con algunos contactos de la Escuela de Artes y Oficios. Pero los compañeros de Mantención me dijeron que yo tenía que desaparecer porque conocía a demasiada gente y era un militante demasiado público. A fines de septiembre, cuando nos vinimos a pagar, habíamos 100 personas ordenadas por orden alfabético por la zona del Tattersall. De pronto vimos que venía una patrulla, y con ella marchaba un tipo que era profesor de inglés, su nombre lo olvidé pero tenía cara de gato, eso lo recuerdo muy bien. El compañero que estaba delante mío me dijo: “te vai a ir en la patrulla.” Me salí de la fila y me fui sin mirar para atrás. No sé lo que pasó después, a quiénes se llevaron, pero fue el mismo día en que tomaron detenido a Ricardo Núñez.

El sábado 29 de septiembre, a las 10 de la mañana, tuve una pelea con un tipo de la feria de mi barrio por el asunto de los precios y llegó un grupo de carabineros que empezaron a preguntarme el nombre y dónde vivía y todo eso. En la casa habíamos estado quemando libros, revistas y documentos. Mi madre iba todos los días a vernos y agarraba una bolsa con esas cosas, se las llevaba a su casa atravesando todo Santiago, desde Rodrigo de Araya con Sta. Julia hasta la Villa Portales, y se dedicaba a quemar papeles. Nosotros hacíamos otro tanto en casa. Ese día yo tenía que establecer un punto con otro compañero y llevaba un pequeño manual en los zapatos, así que pensé que esa era la causa del interrogatorio de la patrulla. En uno de los jeep venía un brasileño vestido de civil, un personaje sospechoso, al tipo le preguntaron si me conocía y él dijo que no. De todos modos, la patrulla decidió ir

a mi casa. El brasileño iba sentado adelante conversando con el oficial y lo hicieron pasar a mi casa. Mi madre estaba sentada en un extremo de la mesa, mi señora estaba al otro lado, mi hija Ivette, que tenía 2 años, estaba sentada en el suelo y mi hijo estaba jugando en la calle y unos vecinos, con mucha sensatez, se lo llevaron a su casa. Me preguntaron si yo era Jorge Luis Cruz, profesor de Historia en la Universidad Técnica. Enseguida me preguntaron si tenía armas. Un tipo se había subido a una silla para revisar la biblioteca y sacaba libros y entre ellos descubrieron un revolver. "Aquí hay armas", dijo. Era un revolver de juguete que parecía de verdad, pero estaba todo pegoteado con cinta adhesiva. El oficial me preguntó si tenía otras armas y le respondí que sí, que tenía un sable de la época de la guerra del Pacífico que había sido de mi abuelo y un rifle a postones. Anduvieron registrando con sus detectores si había armas en el patio o en otros lados pero no causaron mayores destrozos. Así fui a dar al Estadio Nacional.

Me llevaron a interrogatorio pasando por el lado de una fila donde estaban los extranjeros. Los que interrogaban eran 8 o 10 tipos que parecían gigantes. Tuvimos un diálogo en el cual respondí verdades a medias. En ningún momento hubo violencia física. Por último, me preguntaron cuál era mi relación con Wanio José de Matos. Respondí que lo había invitado varias veces a mi casa porque era un profesor extranjero con el cual trabajábamos juntos, "y yo soy chileno y los chilenos somos acogedores con los extranjeros." Wanio José de Mattos Santos también hacía clases en el programa de educación cívico-política del IPT, al que había ingresado como docente en 1969. Había sido policía en la ciudad de Sao Paulo y se integró a un grupo guerrillero que había secuestrado a un embajador europeo y después de estar en la cárcel fue expulsado a Chile. Sus torturadores fueron militares brasileños y a mediados de octubre del 73, se dice que murió de una peritonitis no tratada en el hospital de campaña del Estadio Nacional.

Ese día estaba la Cruz Roja Internacional que había ayudado a liberar gente y yo debo haber parecido muy estúpi-

do porque firmé un papel que decía que no había sido torturado, ni golpeado y listo. El milico que me acompañaba iba diciendo en cada control que yo había ido a declarar voluntariamente. Llegamos a la salida de Marathon y un oficial dijo que la orden tenía que venir firmada por el jefe, así que de vuelta para adentro. Por ahí vi en el suelo la cara de un compañero de la Universidad y supuse que había escuchado que yo había ido a declarar voluntariamente. Me sentí podrido porque ¿cómo iba a explicarle a mi compadre que no era así? Estuve hasta las 3 de la tarde esperando que volviera el oficial que me había interrogado. A mi amigo y colega Wanio de Matos lo divisé de lejos. Después supe que lo torturaron, lo quebraron entero, tomaron presa a su señora que era brasileña también y los mataron a los dos. Fui a su casa a ver qué pasaba con su hija, pero se la había llevado una vecina. Más tarde supe que vino la abuela de la niña y se la llevó a Brasil.

Mi familia y la de mi esposa estaban con dificultades y sin trabajo. Busqué a mi contacto que era un profesor de la Escuela de Artes y Oficios para decirle que yo creía que me tenía que ir porque todo mi grupo familiar estaba complicado y me habían ido a buscar a la casa de mi madre, que era la dirección oficial que había dado en la Universidad. Ricardo Lagos Escobar me consiguió el pasaje para ir a un congreso de historiadores latinoamericanos en Argentina. Salí el 2 de enero de 1974 y el 4 de enero se dejaron caer los milicos en mi casa. Al día siguiente que salí yo, salió mi suegro hacia Argentina también. Así empezamos el largo camino al exilio.

Robinson Jara Canales Vecino de la Villa Portales

“Un homenaje a mis padres, Bernardo Manuel Jara Daguerressar y Emilia Martina Canales Aguayo, que supieron educar a siete hijos”

La familia Jara-Canales llegó a la Villa Portales en los años 60, cuando al padre, un empleado particular, se le materializa el sueño de la casa propia en un lugar que en esos años era bonito ypreciado por muchas familias jóvenes porque marcaba el límite entre lo que era el Santiago tradicional y la periferia. Robinson nació en la Villa en el año 1965 y recuerda haber tenido una infancia feliz. Era una familia numerosa, con siete hijos –Rosa y Elcira, Emilio, Jorge, David, Manuel y Robinson- que se criaron en un lugar que tenía mucho espacio, mucho aire, con rincones y jardines con flores, arbolitos nuevos y zonas con pasto. Una de las cosas que más llamaba la atención a quienes visitaban la Villa eran los puentes que pasaban sobre los techos de las casas y comunicaban los blocks entre sí, sin necesidad de “bajar a tierra” para ir de un block a otro. Robinson cuenta con un dejo de pena que tuvieron que quitarlos porque con el tiempo comenzaron a haber problemas de innumerables filtraciones de agua. En los primeros años eso no sucedía porque la mantención -que consistía básicamente en recubrir los techos con alquitrán- se hacía todos los años.

La Administración de la Unidad Vecinal Portales –así se llama oficialmente- no solo se preocupaba de prevenir las filtraciones sino que también cuidaba los costados de los puentes y, dado que sobre los techos de las casas había jardines, entonces todos los años se hacía la mantención, cubriéndolos con alquitrán y encima colocaban tierra de hojas y volvían a plantar. Robinson dice que era muy moderno tener jardines sobre los techos y que los arquitectos que construyeron la Vi-

lla y también la Universidad –Fernando Castillo Velasco, Carlos Bresciani, Héctor Valdés y Carlos García Huidobro- fueron visionarios respecto a la ornamentación y no solo a lo arquitectónico. *“Por ejemplo, había cosas curiosas para aquella época y que todavía se conservan, como los bajorrelieves que hizo Ricardo Yrarrázaval en los blocks. Todo eso responde a un concepto bastante moderno que trasciende a su época.”*

La Unidad Vecinal Portales es un ícono de la arquitectura modernista en América Latina no solo por el diseño arquitectónico y el uso de hormigón a la vista sino, sobre todo, por su concepto de vida comunitaria. En palabras de Fernando Castillo Velasco la Villa fue diseñada a partir de tres postulados básicos:

“El primero consistió en un cambio de escala en las estructuras del espacio cotidiano (...) que buscaba responder a diversas escalas urbanas: la macro-medida de la metrópolis, la medida mediana del conjunto habitacional y su contexto próximo y la pequeña medida de las relaciones de proximidad de la vida cotidiana.”

“Un segundo principio fue la ocupación del espacio verde como un capital social en oposición a la figura del loteo que privatiza el verde. Un espacio verde que constituye el 80% de la superficie del terreno, organizado en distintas jerarquías de espacio público: primero, el del paisaje del valle de Santiago y la cordillera que sería enmarcado por los bloques de mayor altura organizados en escuadra con orientación nor-oriente; un paisaje que sería apreciado desde la altura por una red de circulaciones en segundo nivel que abrían una nueva perspectiva de la ciudad; segundo, el paisaje en diálogo con el entorno de la Quinta Normal orientado por los bloques de cuatro pisos; y el tercero, el verde del encuentro en la vida cotidiana, enmarcado por viviendas unifamiliares de dos pisos.”

*“Un tercer principio es el acceso controlado del automóvil para hacer del suelo el reino del peatón y del encuentro ciudadano”.*⁴⁹

Desde sus ojos de niño Robinson recuerda: *Nosotros teníamos nuestro lugar, nuestro tremendo patio, donde había plazas, lugares con juegos y árboles frutales; de hecho, por esa razón las calles tienen nombres de árboles. Cada plazuela tenía su característica, y nosotros, como niños, teníamos cuidado y también nos preocupábamos de que los jardines se mantuvieran bien. Había rondines, capataces y toda una estructura administrativa que permitía que los distintos trabajadores cumplieran una función precisa que contribuía a mantener los jardines y toda la parte ornamental. Hay que decir también que uno, como niño, igual se subía a los árboles, y salían los rondines a corretearnos. Era un lugar muy entretenido y la Universidad era una extensión de nuestro espacio porque no había rejas que nos separaran.*

Robinson habla de una época en que la ciudad de Santiago no estaba enrejada y esa ausencia de rejas creaba una unidad entre la UTE y la Villa Portales que se reflejaba en que para los niños, los jardines de la Universidad eran sus lugares de juego y los pasillos eran para andar en patines o en bicicletas o triciclos. *Nosotros corríamos y andábamos con los perros, nos gustaba meternos a un espejo de agua que antes había alrededor de la Casa Central. Ahí chapoteábamos y corríamos por un puente que todavía se conserva. Ahora todo eso está seco y resquebrajado.*

La Federación de Estudiantes de la UTE de aquel entonces organizaba trabajos voluntarios en la Villa Portales y así se hicieron algunas plazas de juegos. *Se iban a instalar allá y uno veía a los chiquillos de la Universidad, con carretillas y palas, plantando arbolitos que hoy son tremendos árboles. Pero ya nadie recuerda quién los plantó y cuando uno lo comenta, las personas se impresionan al saber que esos árboles*

⁴⁹ <http://www.plataformaarquitectura.cl/2011/04/19/clasicos-de-arquitectura-unidad-vecinal-portales-b-v-c-h/>

no estarían ahí si no fuera por el trabajo que hicieron los jóvenes de las federaciones de aquella época. También había unos asientos de puros bloques de cemento que formaban círculos y una plaza con una pequeña cúpula que era como un escenario para que hiciéramos actividades recreativas. Y también había una escolita al interior de la misma Villa Portales.

Los hermanos Jara Canales estudiaron en esa escuela: *nosotros íbamos a la escolita de la señora Inés, que todavía vive y siempre sale a caminar, a pesar de su edad. Ella vivió desde el principio en la Villa. La escuela de la señora Inés quedaba por el lado de Las Acacias con avenida Central, frente al block 4 y al block 6, en una casa pequeña que estaba entremedio. A la escuela de la señora Inés le daba mayor prestigio el hecho que ella fuera la mamá de un jugador de fútbol famoso. Se llamaba Pollo Newman y jugaba por la Universidad de Chile. Nosotros lo veíamos sentado almorzando o cuando llegaba a la casa con su uniforme de futbolista; era un tipo al que admirábamos mucho.* Robinson recuerda que ella los llevaba de paseo a la Quinta Normal y que había un trencito que recorría la Quinta y todo era más agreste porque aún estaban ahí las Escuelas de Agronomía y de Veterinaria de la Universidad de Chile. En los años sesenta aún se notaba que la Quinta Normal había sido un lugar de experimentación de la Sociedad Nacional de Agricultura, que traía especies de distintas partes del mundo y las aclimataba ahí para luego multiplicarlas y finalmente enviarlas a distintas partes del país.

Yo tenía 8 años cuando fue el golpe de Estado. Parece mentira, pero yo creo que la vida de uno ahí se paralizó. En el departamento contiguo vivían varios estudiantes de la UTE que estaban bien metidos en asuntos universitarios y políticos. Recuerdo que esa mañana, bien temprano, uno de ellos llegó corriendo desde la Universidad y les gritaba a sus compañeros y a sus hermanos, porque eran una familia que vivía con otros jóvenes: “empezó el golpe, empezó el golpe”. Y de ahí para adelante, todo fue caos, todo fue balazos, mucho ruido.

Nosotros teníamos a la Armada al lado de nuestro block y veíamos pasar el helicóptero, el famoso Puma, veíamos los movimientos militares de la Armada, se escuchaban balazos por aquí, por acá. Recuerdo haber visto el bombardeo a La Moneda desde lo alto del edificio donde vivíamos y se veía bien porque en ese tiempo había pocas construcciones de altura. Después vimos la humareda y el incendio que fue muy impactante pero nosotros, como niños, lo vivimos como si hubiésemos estado viendo una guerra en vivo y en directo. Además, en ese tiempo se hablaba tanto de guerra que uno no tenía la capacidad de discernir y comprender qué era lo que estaba ocurriendo.

Robinson cuenta que su padre era un hombre políticamente muy consciente, interesado en la actividad y debate políticos, que desde la cuna traspasó a sus hijos principios morales y que les inculcó la obligación de ser personas decentes. *“No tendremos bienes materiales, pero tenemos esto”,* les decía, indicando la sien, símbolo de la inteligencia. Robinson recuerda que esa mañana del 11 de septiembre su papá escuchó el discurso del Presidente Allende y después, desobedeciendo los bandos militares que escuchaban *por una radio chiquita, de color gris que teníamos en la casa, él se fue a su lugar de trabajo mientras mi mamá le insistía que no saliera pero él no le hizo caso y ella quedó llorando. De eso me acuerdo muy bien pese a que era cabro chico.*

La familia Jara Canales vivía en el sector de Las Encinas y por la actual calle Las Sophoras veían pasar camiones, vehículos blindados y tanques. Ellos estaban en el segundo piso del edificio, frente a lo que en ese tiempo se llamaba Avenida Norte, por detrás del Estadio Marista, que sale justo al frente de CITE CAMP. *Entonces, de repente vimos que ahí abajo del departamento habían puesto a un milico con una metralleta punto 50. El tipo estaba justo debajo de la casa nuestra, en los jardines por la Avenida Norte, apuntando directo hacia la Universidad. En el sector donde ahora está el Estadio Marista, en ese tiempo estaba el SAG y vimos cuando sacaban a los trabajadores, que eran muchos, con las manos detrás de la nuca.*

Desde la ventana de la cocina, que tenía la visión más privilegiada de la casa, y que tenía una persiana para disimularnos, vimos cómo los soldados sacaban a los trabajadores del SAG a punta de fusiles y metralletas.

Después que el padre se fue a su lugar de trabajo y aprovechando que la mamá estaba sumida en llanto, los hermanos Jara Canales también se arrancaron de la casa porque querían ir a ver la guerra que tenían al frente, o sea, en la Universidad Técnica del Estado. Robinson, que es el hermano menor, recuerda que quisieron ir directo a la Universidad, por la entrada que había entre la Avenida Sur y El Arrayán –actuales El Belloto y las Sophoras- pero el paso estaba bloqueado. Entonces, aprovechando que conocían bien todo el sector, decidieron dar la vuelta por el Estadio de la UTE, para devolverse por Ecuador, porque habían escuchado decir que *en la Escuela de Artes y Oficios estaba la guerra.*

En esa época, casi al frente de la Escuela de Artes y Oficios, en la esquina de la calle Ruiz Tagle, estaba la Vigésimo Primera Comisaría de Carabineros. *Cuando nos empezamos a aproximar, vimos a muchos carabineros con casco, con metralletas y fusiles, disparando hacia el sector de la Escuela de Artes y Oficios. Recuerdo que hubo un paco que tuvo un gesto de humanidad al ver que éramos niños y se puso al frente de nosotros y nos gritó que nos fuéramos y le dijo a mi hermano mayor que nos sacara de ahí, que nos iban a matar. Nosotros, pese a estar asustados, caminábamos despacio, mirando al suelo en busca de vainas de balas para jugar.*

Mi papá ya había regresado y nos salió a buscar y nosotros, cuando ya veníamos de vuelta, asustadísimos porque no había nadie en la calle, subimos por lo que llamábamos El Caracol que es esa subida que está en el block 2, o sea, al frente del Estadio, justo en la esquina de General Velázquez con Avenida Sur. Luego seguimos por los puentes y las bajadas por el interior de los edificios y escuchábamos los balazos. La verdad, íbamos muy asustados y cuando íbamos llegando, por entremedio de los puentes, vimos que mi papá nos andaba

buscando. Él era un tipo de un genio terrible, y cuando lo vimos, con mi hermano nos aterrorizamos pero mi papá lo único que hizo fue abrazarnos y nos llevó a la casa y ahí nos mandó el discurso: “Hijos, los podían haber matado. Por favor, obedezcan a su mamá porque se vienen encima los gorilas y son muy peligrosos.” Aún recuerdo que ese fue el concepto que ocupó: gorilas. “Por lo tanto –siguió diciéndonos- ya tuvieron su segundo de emoción y basta. Ahora se quedan en la casa.” Dijo todo eso mientras escuchábamos balazos por todas partes.

El padre había vuelto a la casa porque no pudo traspasar los límites del centro de Santiago, lo pararon los tanques y lo mandaron de vuelta a su casa. Les contó que se había ido caminando por la avenida Portales hasta San Martín. Él trabajaba en pleno centro, en Mac-Iver, en la Cooperativa de Carabineros *pero era empleado civil*, aclara Robinson. *El viejo era profundamente allendista*, dice en un susurro.

Me acuerdo que por el silencio que reinaba en aquellos días, escuchamos el llamado que los soldados les hacían a los estudiantes para que salieran antes que los bombardearan. También escuchamos cuando los tanques disparaban contra la Casa Central y la rotura de los ventanales, que eran inmensos.

Una vez que terminó el toque de queda volvimos a la Universidad a ver qué había pasado. Vimos el edificio de la Casa Central totalmente destrozado, era un desastre, sangre por muchos lugares, los pastos estaban verdecitos y hermosos, con flores, pero ya no era lo mismo, incluso había perros muertos al interior de la universidad. Y vimos muchas de las instalaciones destruidas. En esa oportunidad no entraron a la Escuela de Artes y Oficios porque el acceso a esa parte era muy controlado.

Ahora me acuerdo de algo horroroso. Yo no lo vi. Lo supe por un tercero, un compañero de Geomensura, o sea, de los tiempos cuando años después entré a estudiar en otra

universidad. Él se llamaba Jorge Flores. Todos sabemos que las vidas se cruzan, así que un día empezamos a conversar y le conté que vivía en la Villa Portales y él me dijo que su papá había sido director de la Escuela Anexa de la José Abelardo Núñez y me preguntó si me acordaba algo del 11 y ahí empezamos a conversar. Me contó que su familia vivía al interior de la Escuela Anexa y que a ellos los allanaron, que ingresaron los milicos y sacaron a toda la familia de la casa y los dejaron botados en la calle Ecuador, a la salida de la Escuela Anexa. Los pusieron a todos boca abajo, sobre los adoquines, bajo la mirada de la tropa que estaba con los fusiles listos para disparar. A pesar de que les dijeron que no levantaran la cabeza, Jorge Flores miró y vio cuando sacaban a estudiantes muertos. Me contó que los traían como bultos, tomados de las manos y los pies, como a verdaderos animales y los subían a los camiones. Él no era ni chicha ni limonada, ni de derecha ni de izquierda, me lo contó como algo que en su memoria quedó imborrable porque, como niño, no lograba comprender lo que estaba pasando. Después al papá lo echaron cascando porque la Escuela Venezuela tenía toda una connotación de izquierda, igual que la Escuela Normal José Abelardo Núñez y la Escuela de Artes de Oficios. No solo allanaron la Escuela Venezuela sino que la Escuela Normal también fue allanada y tomaron presos al director y a muchos alumnos.

Después del golpe la Villa vivió allanamientos generales y otros selectivos. En algunos casos se llevaron gente que era reconocida por ser dirigentes y a otros “que siempre estaban al pie del cañón”, cuenta Robinson. Al igual que en todo el país, el período de la UP había sido una época de mucha actividad y participación política en la Villa Portales. Estaban presentes los partidos Comunista y Socialista, había una fuerte presencia del MIR, y también había gente de la Democracia Cristiana. Y al igual que en todas partes, inmediatamente después del golpe reinó la desconfianza entre unos y otros, las relaciones de vecindad se resintieron de modo brusco y se desarticuló todo tipo de organización interna. Incluso las organizaciones deportivas quedaron debilitadas. *Siempre había sido una Villa muy organizada, que tenía varios equipos de-*

portivos, de hecho hubo jugadores que fueron muy conocidos, por ejemplo, el Marcos –no recuerdo su apellido- un arquero conocido del Colo Colo y otros personajes que salieron bajo el alero de los campeonatos que se hacían cuando cada block tenía su equipo de fútbol. Bueno y así fue como nosotros, por ejemplo, seguimos creciendo, con esos temores y terrores, después de sobrevivir al golpe de Estado.

Desde septiembre de 1973 la gente de la Villa ya no tuvo libre acceso al campus universitario: *así se pasó de haber tenido esa relación de tanta cercanía a sentir que era algo ajeno, algo donde había un control absoluto. Aparecieron las rejas y los guardias. Había harta vigilancia y nosotros no podíamos circular por la Universidad para ir a tomar el Metro, por ejemplo. Lo que pasó fue que separaron a la Universidad de la población, y eso nosotros lo sentimos con un dolor profundo. Cada rectoría que imponían, se preocupaba de tener todo un discurso anti cualquier cosa que significara contacto con “los rotos” que tenían allí de vecinos.*

Robinson cree que al igual a lo sucedido al interior de la Villa Portales, también dentro de la Universidad se perdió la cohesión interna y que el compañerismo entre los estudiantes, los académicos, los funcionarios y entre los diversos estamentos fue reemplazado por la desconfianza y el miedo. Y, según él, desde la Universidad hubo una política sistemática de distanciamiento respecto a la Villa, *de alejar y de apartar a la Universidad de la raigambre que tenía con la población; eso era lo que había que cortar. Lo mismo hicieron a nivel nacional: destruyeron la Universidad convirtiéndola en distintas universidades a lo largo de Chile.”*

Al mismo tiempo la Villa se fue deteriorando porque mucha gente que quedaba cesante arrendó sus departamentos y a los arrendatarios no les importaba el mantenimiento del entorno ni de los interiores y exteriores de los edificios. 1980, con la transformación del sistema de pensiones y el fin de la Caja de Empleados Particulares, marca el término drástico del modelo de gestión que desde los inicios administraba a

la Villa Portales. A lo anterior hay que agregar que a lo largo de estos años el modo de habitar la ciudad ha ido cambiando, se establecieron nuevas relaciones entre lo construido y las áreas verdes, en la manera de ser vecinos y usar los espacios comunes. Estábamos en los inicios de la era del individualismo. *Entonces todos los jardines, todas sus plazuelas, todos sus árboles se empezaron a deteriorar y ya no había empleados de mantención ni con qué pagarles. La gente se tomó terrenos y, a pesar de que por escritura son áreas comunes, los cercó para tener un jardín propio. Ya no hubo plata para regar y así el parque fue desapareciendo paulatinamente. Todo empezó a quedar en tierra de nadie. Las municipalidades que tenían que cuidar las calles y sacar la basura se despreocuparon porque nosotros pasamos de pertenecer a la Municipalidad de Santiago, a la de Quinta Normal y después a la de Estación Central.*

Robinson asegura que según los planos originales de la Villa Portales, en los terrenos donde está la parte norte de la Universidad —es decir, donde se ubica el CITE CAMP, el Edificio CENI y algunas instalaciones de la Facultad de Ciencias Médicas— se iban a construir otros cuatro edificios *porque el proyecto constaba de 23 edificios, pero solo se construyeron 19, además de las casas de uno y dos pisos que hay entre los blocks. Y esos cuatro edificios iban a ser utilizados para que vivieran los estudiantes de la EAO y la UTE. O sea, iban a ser como pensionados universitarios, lo cual, con el transcurso de los años, es un sueño que se cumplió por el sistema de arriendo de piezas y de departamentos a estudiantes de la Universidad.*

Este comentario es corroborado por un estudio que hizo el Ministerio de Vivienda y Urbanismo en el año 2007, según el cual un 36% de los habitantes de la Villa estudian o trabajan en la Universidad.⁵⁰ A lo anterior hay que agregar el flujo de comercio que se da entre los negocios de la Villa y los clientes de la Universidad que en sus quioscos compramos co-

⁵⁰ MINVU, 2007: Programa de recuperación de barrios, Yo quiero mi barrio: estudio de caracterización social, física y territorial de la Unidad Vecinal Portales.

mida preparada, verduras, golosinas, café y un largo etcétera.

Robinson vio los planos originales hace años atrás, cuando los vecinos se reunieron un par de veces para defenderse de la voracidad de ... *aquellos que le tienen ganas a la Villa Portales. Los alcaldes y municipalidades siempre estuvieron interesados en los terrenos que existían al interior de la Villa Portales. Y lo que uno nunca hubiese esperado fue que en el primer gobierno de la Concertación, el diputado de la zona, Carlos Dupré, lograra cambiar la modalidad bajo la cual estaban estos terrenos que, de ser bienes de uso común, pasaron a ser bienes públicos, bajo el pretexto de que esta era la única manera que tenía el Estado o, mejor dicho, la Municipalidad para intervenir y realizar labores de mejora. En el fondo, creo que el objetivo era quitarnos los espacios comunes, pasando por sobre la ley de copropiedad. Felizmente esta situación fue cambiada en los años posteriores, o sea, se volvió a que fuera propiedad común.*

Sin embargo, la desconfianza persiste. Robinson no es el único que cree que los trabajos de hermoseamiento y mantención que se han hecho en el último tiempo en la Villa esconden otra intención. Incluso un grupo se organizó en el “Comité de Desarrollo y Protección de la Villa Portales” para vigilar de cerca los trabajos ejecutados por el Programa “Quiero mi Barrio” del Ministerio de Vivienda y Urbanismo. *A la Villa la quieren echar abajo, la quieren hacer desaparecer porque es el único terreno amplio que queda cerca del centro de Santiago. Seguramente los señores de las empresas constructoras estarían felices de contar con un espacio tan grande para levantar torres. Esta ciudad ya no tiene hacia dónde expandirse y en la Villa todavía quedan sitios baldíos grandes. Pero estos terrenos no están abandonados, son de todos nosotros. Yo ya no vivo aquí pero mis raíces están en esta tierra y vengo todas las semanas a visitar a mi hermana y a mis amigos.*

Esta no es la primera vez que la Villa se llena de topógrafos, empleados municipales y otros personajes. Robinson

recuerda al menos dos oportunidades. La primera fue durante la dictadura, cuando la Villa Portales era un espacio de refugio de los grupos de izquierda debido a sus caminos laberínticos y a su tamaño, lo que hacía más fácil escapar cuando era necesario. Esto trajo una serie de enfrentamientos y persecuciones, de modo que la Villa quedó estigmatizada. *Cuando peleábamos con estas fuerzas extrañas que de repente empezaron a llegar a la Villa y hacían mediciones, nosotros les preguntábamos quiénes eran y ellos nos contestaban que los habían mandado de tal o cual empresa. Un día, por ejemplo, empezaron a hacer unos trazados sin pedirle permiso a nadie y plantaron toda la parte topográfica y resulta que en ese tiempo yo estaba estudiando Geomensura con Jorge Flores, ese compañero que era hijo del director de la Escuela Anexa. Mi amigo estaba haciendo la práctica en la Municipalidad de Estación Central en el tiempo en que estaba el alcalde Palacios, que era de la UDI. Jorge me contó que había llegado el encargado de obras de la Municipalidad y le dijo “Jorge, estos caballeros necesitan hablar contigo, te van a decir que necesitamos hacer unas calles dentro de la Villa Portales.” Entonces unos tipos extraños le pusieron el plano de la Villa Portales encima de la mesa y le dijeron “queremos calles por aquí, queremos calles por acá.” Según mi amigo, sobre todo, querían tener acceso directo al sector neurálgico del puente, que era donde nosotros confluíamos. Y también trazaron nuevos accesos. Cuando Jorge me contó esto, yo quedé abismado y convencido de que los tipos eran de la CNI. Naturalmente, le conté a mis amigos de la Villa y les dije: “todos estos vienen por obra y gracia de la dictadura así que hay que pelearla, desarmemos todas las marcas”. Y así lo hicimos.*

A fines de los setenta y principio de los ochenta, la hermana de Robinson estudió Pedagogía en la Universidad. *Ella vivió toda la revuelta interna, cuando los guardias de la Universidad tomaban detenidos a los chiquillos y se los pasaban a los cuerpos de seguridad, o a Carabineros, a la DINA o a la CNI. Ella veía todo eso y llegaba a la casa asustada, contando lo que había sucedido y cómo salían arrancando de los paños cuando los reprimían. Cuando ella estaba a punto de egre-*

sar, a fines de 1981, las universidades estatales -es decir, la Universidad de Chile y la Universidad Técnica del Estado- estaban en proceso de reestructuración, lo que en el caso de la UTE significó el cambio de nombre además del desmembramiento de todas sus sedes regionales. La familia y los amigos le recomendaban que su título apareciera otorgado por la Universidad de Santiago *“porque el nombre de la UTE te va a penar a futuro.”* Pero por las enseñanzas de su papá y mamá -de ser trabajadora, esforzada, decente, honrada y honesta- ella dijo: *“no, yo esto no lo cambio. Estoy orgullosa de haber estudiado en la Universidad Técnica del Estado.”* Y el resto de la familia hasta hoy está orgulloso de que ella fuese la primera profesional de la familia.

En los años ochenta Robinson hizo vida política en la Villa. Después de la escuelita de la señora Inés donde estudió la Educación Básica, pasó al Liceo Cervantes, en la avenida Portales, o sea, se mantuvo en el barrio. Luego, entró a estudiar Geomensura en el Instituto Tecnológico de la Universidad de Chile y estuvo a punto de terminar en 1986 pero ese año decidió cambiarse a la Universidad de Santiago, *porque aquí la actividad política era muy potente.* Estudió Mantención de Equipos Industriales en el Instituto Tecnológico cuando éste todavía estaba en Recoleta.

Respecto a la *“actividad política tan potente”* Robinson recuerda un hito ocurrido el 31 de enero del año 1988: *Un caso bullado fue el de Waldo Ramírez, que recién había ingresado a la USACH a estudiar Ingeniería Eléctrica y era un militante público del MIR en la Universidad. Por otro lado, desde chicos nosotros teníamos un amigo, Claudio Paredes, que en la Villa era conocido como “El Diablo”, que a sus 18 años ya era todo un personaje. Esa noche hubo una explosión en un departamento del block 10 y murieron 3 chiquillos -2 estudiantes universitarios, Fernando Villalón y Nelson Garrido- y el otro había salido recién del Liceo de Aplicaciones: Claudio Paredes.*

La prensa de la época informó que diez kilos de explo-

sivos componían la bomba que estalló en el interior del departamento de la Villa Portales, matando a tres supuestos subversivos. La policía dijo que una de las víctimas manipulaba el artefacto cuando se produjo la detonación, dejando al descubierto una “casa de seguridad” del Frente Manuel Rodríguez y que en el departamento se encontraron armas y elementos del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. El mismo día 2 de Febrero una radio santiaguina informó haber recibido un llamado telefónico en el que una persona que se identificó como miembro del Frente Nacionalista de Combate, reivindicaba la explosión como una venganza por la muerte del mayor de Carabineros Julio Benimelli Ruz, Jefe del GOPE, muerto el día 26 de enero al estallar un artefacto explosivo en una casa de Calle Los Maquis, en la comuna de La Cisterna. Al día siguiente El Mercurio informó que no se tenía noticias de Waldo Ramírez Venegas, quien habría estado en el sitio de la explosión en la Villa Portales, y que estaba siendo buscado intensamente después de haber sido dado erróneamente por muerto cuando Carabineros encontró su célula de identidad en el lugar de los hechos. La confusión creada en torno a la identidad de las víctimas acarreó numerosas manifestaciones de rechazo a la versión oficial y peticiones de esclarecimiento de lo realmente sucedido.⁵¹

Lo que estaba operando en la Villa era una célula del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. A estos cabros los acribillaron primero y después los dinamitaron para hacer creer que manipulaban dinamita. Yo lo único que recuerdo es que aquel día, en la mañana me reuní con El Diablo porque ese día él estaba de cumpleaños y como éramos muy amigos, lo fui a buscar a su casa, lo saludé y le propuse que nos juntáramos con los cabros en la noche. En ese tiempo habíamos hecho una placita al lado del puente que está en Las Encinas, que era el lugar neurálgico para nosotros, nuestro centro político y social. Es el puente que siempre está con unos rayados porque, por lo general, una vez al año, en la noche de la misma fecha

⁵¹ http://elpais.com/diario/1988/02/04/internacional/570927605_850215.htm, http://www.memoriaviva.com/Ejecutados/Ejecutados_P/Paredes/%20Tapia/%20Claudio/%20Andres/%20.htm

en que los mataron, les hacemos un homenaje. La explosión fue como a las ocho y media de esa noche, en pleno verano. Fue terrible para nosotros. Nos tocó el alma y la fibra, porque era un amigo, un yunta.

Robinson no solo estudió y desarrolló su actividad política en la Universidad y tiene una hermana titulada en la UTE sino que, además, su hijo actualmente estudia Ingeniería en la Universidad de Santiago. *Para mí no fue natural que mi hijo estudiara acá. A esta Universidad en todo sentido yo siempre la encontré muy bonita, como campus universitario es envidiable por sus jardines. Cuando paso por aquí, sobre todo en la época de verano, la sombra de sus árboles añosos es fantástica. A mi hijo siempre le hablaba de esta Universidad, pero él tenía que tomar la decisión por sí mismo. Él estudió en el colegio San Ignacio, porque uno trata de darles la mejor educación posible a los hijos y si él se hubiera decidido por otra universidad, yo estaría igual de feliz. Pero que esté estudiado acá me pone más contento porque tenía la casa de su abuela al lado y cuando mi mamá estaba viva, él la pasaba a visitar y a comer alguna cosita y ahora hace lo mismo con mi hermana.*

A Robinson le gusta ver signos de que la antigua relación fluida que alguna vez existió entre la Villa y la Universidad se está recuperando. Accedió a dejarse entrevistar porque le gustó lo que se hizo con motivo de la conmemoración de los cuarenta años del golpe militar. *Todas esas actividades de los cuarenta años me han parecido muy reparadoras.*

Especialmente en estos últimos años he visto que ha habido un acercamiento a partir de las actividades extra-programáticas que desarrolla la Universidad, como es el caso de los conciertos. Con mi hermana a veces vamos al antiguo Teatro de la EAO a escuchar buena música. Cuando vengo a ver a mi hermana o a mis amigos me vengo caminando desde el Metro, pasando de nuevo por el interior del campus y siempre leo los carteles. Me gustó mucho cuando vi los que anunciaban ese concierto sinfónico que iba a rendir homenaje a Víctor Jara. Con mi hermana estábamos felices y vinimos encantados

y escuchamos al Rector, que en su discurso de bienvenida mencionó a la Villa. Yo creo que estas actividades acercan y son los primeros pasos que está dando la Universidad en esta dirección. Pero creo que deben ser más potentes, o sea, si la Universidad quiere recobrar ese cariño que existía, la labor de Extensión tiene que ser mucho más directa, que no sea solo invitar a la gente, sino que de alguna manera, la Universidad vaya a la Villa, con actividades culturales, por ejemplo.

Un hecho que para nosotros, como familia, significó mucho fue cuando en los años 70 la UTE abrió las puertas a la gente que quería estudiar y una hermana y un hermano accedieron a ese programa. No eran carreras profesionales ni mucho menos; ellos estudiaron Mecánica y Corte y Confección. Si la Universidad fuese capaz de abrir sus puertas para realizar una labor educativa hacia la población de su entorno, la gente vendría feliz. Me parece que la labor de extensión debe ser no solo artística porque a nosotros también nos interesan los temas científicos, económicos, tecnológicos.

Yo soy hincha de las actividades a las que puedo acceder en la USACH porque los espectáculos son de calidad y como mi hijo estudia acá, siempre le pido que si hay algo interesante me invite para poder ir con mi hermana. En el fondo nos quedamos con gusto a poco de aquella época cuando todo era abierto y había integración. Recuerdo que en esa época la Villa Portales tenía sus propios espectáculos, ya sea organizados a nivel municipal o universitario, y siempre se hacían actividades y uno siempre quedaba como frente a algo nunca antes visto. Vi a Víctor Jara, a los Parra, a dirigentes políticos de la talla de Salvador Allende, que venía a la Universidad y también pasaba a la Villa Portales y la recorría entera y conversaba con la gente y nosotros, que éramos chicos, lo seguíamos. Tengo muchos recuerdos de ese tipo y por esta razón siento que cuando fue el golpe de Estado, a mí se me cortó la historia, a partir de ese día hubo un antes y un después. Recuerdo con nitidez cada una de estas anécdotas que nosotros vivimos y cuando hoy uno se las cuenta a los hijos, a ellos les cuesta creer que sea verdad.

María Angélica Muñoz Espíndola y Erica Osorio Araya
Amaranto y verde oliva⁵² en la Corporación Solidaria
UTE-USACH

María Angélica Muñoz, más conocida como Cachi, cuenta que la Corporación Solidaria UTE-USACH empezó a tomar forma en el año 1989, cuando regresó a Chile don Enrique Kirberg. Un grupo de antiguos estudiantes de la UTE organizó una cena en honor a don Enrique en la “Peña Chile ríe y canta” y esta fue la oportunidad para que por primera vez, después de los años de dictadura, lograran juntarse, abrazarse, saludarse, sentir que estaban vivos. Esa vez se reunieron alrededor de cien personas que espontáneamente fueron formando grupos pequeños, de acuerdo a afinidades de edad, ideologías o de las carreras que habían estudiado. El grupo en el cual estaba María Angélica era el grupo de los más jóvenes y quizá por esto mismo, se juntaban desde antes y siempre que lo hacían, surgía la inquietud de armar algo pero no sabían qué.

En el primer acto de exorcismo que se hizo en el estadio que en 1991 todavía se llamaba Estadio Chile, este grupo inorgánico sacó el primer afiche de Goyo Mimica. Una foto que no era para nada clara y que todavía la miramos y no sabemos si es él o no, pero era lo más cercano que teníamos de Goyo. Fue una marcha que salió de la Universidad, encabezada por don Enrique Kirberg. Aún no existía la Corporación, sino que éramos un grupo de amigos que nos juntábamos con cierta regularidad.

En el año 2000 uno de los nuestros, que era el que armaba los encuentros, se enfermó y necesitó dinero para hacerse una intervención al corazón. Me conseguí la sede de la AFUSACH y ahí nos juntamos un grupo, hicimos una colecta y

⁵² Amaranto era el color de las camisas de los militantes de las Juventudes Comunistas y verde oliva, el de los de la Juventud Socialista.

no logramos juntar lo que el compañero necesitaba. Bueno, igual los más pudientes de nosotros lograron hacerlo y se solucionó el problema. Pero a algunos nos quedó la frustración de no haberlo logrado y la preocupación de qué pasaría cuando otro compañero necesitara lo mismo, lo que de hecho sucedió porque hay tanta gente que ha trabajado sin contrato y no tiene previsión ni seguro de salud.

Entonces empezaron a juntarse con mayor regularidad en la oficina de María Angélica —o Cachi, como le dicen todos— entre las siete y las nueve de la noche. *Se llama Corporación Solidaria, porque en un comienzo era solidaria hacia nosotros mismos.* Pero de a poco empezaron a buscar cómo vincular la Corporación con la Universidad, en pro de recuperar la memoria de lo que esa generación de estudiantes vivió al momento del golpe de Estado y buscar la forma de transmitirlo a las generaciones posteriores.

María Angélica sigue contando que el primer acto público que hizo la Corporación Solidaria UTE-USACH fue en el 2000, durante su primer año de funcionamiento. La oportunidad se dio cuando la pareja formada por Erica Osorio y Juan Martínez donó la placa que está puesta en la sala donde el entonces capitán Marcelo Moren Brito mató de un disparo al corazón a Goyo, como le decían a Gregorio Mimica. Goyo, militante de las JJCC, era presidente del Centro de Alumnos de Ingeniería en Ejecución Mecánica y junto a cientos de miembros de la comunidad UTE fue llevado en calidad de prisionero al Estadio Chile. Salió en libertad el 14 de septiembre de 1973 al mediodía y no alcanzó a estar más de una hora libre. Una patrulla militar llegó a su casa y fue traído a la Universidad para ser interrogado acerca de dónde estaban escondidas las armas, el asunto que obsesionaba a Moren Brito, el encargado de doblegar a la UTE. Moren, -famoso, entre otras cosas mucho peores, por ser ligero de genio- lo mató de pura rabia porque Goyo le contestaba que en la Universidad no había armas.

La última actividad pública organizada y llevada a cabo

por la Corporación fue la titulación por gracia que la Universidad de Santiago de Chile hizo en el 2013 en el marco de la conmemoración de los 40 años del golpe de Estado. Esa titulación por gracia, ideada y organizada por la Corporación, contó con la participación activa de distintas unidades de la Universidad. Fue una ceremonia solemne y emotiva, en un Aula Magna repleta de familiares y amigos de los estudiantes de la sede de Santiago de la Universidad Técnica del Estado y los de la Universidad de Santiago que fueron ejecutados, dinamitados o aún son detenidos desaparecidos. Esta ceremonia de titulación por gracia significó un gran regalo para la Universidad y un acto de justicia y reparación para los familiares y amigos de estos estudiantes que finalmente obtuvieron su título profesional.

A propósito de esta ceremonia Erica y Cachi cuentan que años antes, en el Aula Magna hicieron un evento a partir del cual nació el blog de la Corporación, “La UTE vive”, en el que proyectaron un documental y participaron los Inti Illimani. *Y entonces se nos ocurrió que ingresarán al Aula Magna unos compañeros con velas encendidas y Patricio Moreira, encargado del Aula Magna, estaba verde de angustia por la madera antigua y el cortinaje que podían incendiarse. Pero de eso algo aprendimos y cuando hicimos la ceremonia de titulación, en vez de velas, llevábamos lucecitas.*

Para Erica y yo, esa ceremonia fue una experiencia muy extrema, de una carga emocional que hasta el día hoy tengo presente. A fines del año pasado me di el trabajo de llamar a los familiares, no para desearles feliz año porque cómo le vas a desear feliz año a gente que está viviendo un dolor eterno, pero me las rebusqué para saludarlos. Y el escuchar cómo te acogen, cómo están agradecidos de la Corporación y del trabajo que hicimos fue muy gratificante y así me di cuenta que pese a lo doloroso, valió la pena hacer ese trabajo.

Cachi y Erica son conocidas como “las hormiguitas” de la Corporación Solidaria UTE-USACH porque, precisamente, hacen un trabajo de hormigas. Se trata del trabajo práctico

que en el caso de la titulación por gracia significó, por ejemplo, visitar a todos los familiares de los estudiantes muertos o desaparecidos por la dictadura que estudiaban en la UTE de Santiago o en la USACH y también implicó la engorrosa tarea de recabar información en las diversas oficinas de Registro Curricular de modo de poder acreditar que ellos efectivamente estudiaban tal o cual carrera.

Ellas se conocieron hace más de cuarenta años, cuando “peluseaban” -para usar el término de Cachi- por las salas, escaleras y pasillos del Instituto Pedagógico Técnico. Cachi lo explica así: *Erica era socialista y el Centro de Alumnos del Pedagógico estaba en manos de los socialistas y tenían su sala en el segundo piso, adonde llegaban los socialistas de toda la Universidad. Yo trabajaba como secretaria del IPT en el primer piso y los veía pasar. Desde el principio me hice amiga de todos ellos y ahí yo era la infiltrada, la única comunista que andaba metida con los socialistas.*

La imagen que tengo de Erica -continúa Cachi- es que siempre andaba corriendo, acelerada, igual que ahora, pero yo era más amiga de los chiquillos, de Juan Carlos Ruiz, al que llamábamos “el Huachaca”, por ejemplo. Y ellos eran muy pelusones y en el Centro de Alumnos tenían un movimiento que se llamaba “movimiento étílico gremial.” Y teníamos picadas fuera de la Universidad, donde íbamos a..., la verdad es que yo no tomaba, yo iba a puro leer y a reírme. Íbamos al Black and White que quedaba cerca de la Plaza de Armas, en la calle Merced, y el otro lugar adonde íbamos hartito quedaba donde ahora está el Planetario; se llamaba “Cerdeña.

La historia de Erica

Erica cuenta que se veía a sí misma como muy tímida, pero cuando se armaba una reunión de inmediato se paraba a hablar: *es que cuando había que hacer cosas ¡pum!, las hacía. Yo creo que eso viene de mi mamá porque, según ella, uno tenía que saber de todo -coser y martillar, incluidos- porque si no, eras tonta . Mis hermanas y yo hacíamos de todo, desde los 12*

años yo sabía cocinar, me hacía la ropa, nunca más otra persona lavó ni planchó mi ropa, yo me hacía cargo del uniforme y hasta empapelábamos las casas donde vivimos. Aprendí a hacer de todo y se lo agradezco a mi mamá porque así me enseñó a tener una autonomía y una independencia que después me sirvió mucho.

De su infancia y familia cuenta: Somos cinco hermanos, de una familia grande y a la antigua. Mi padre era de Maipú, cuando eso era campo y ahí vivíamos. En Maipú se hacían las fiestas de la primavera y de los clubes deportivos, las procesiones de la Virgen del Carmen y las fondas del dieciocho. Mi papá era un líder del Partido Conservador en la zona. Él con mi tío formaron “Los Flamingos” junto a Armando Navarrete y otros. En ese tiempo en Maipú había restaurantes que se llamaban “El Castillo” o “El Chancho con Chaleco”, donde los santiaguinos llegaban con los hijos y los abuelos a almorzar los domingos y ahí cantaba mi papá. Mi mamá iba a comer con la guagua, con todos nosotros, nadie se quedaba en casa.

Mi mamá era hija única. Su papá era un dirigente del sindicato de Santiago Watt, comunista. Mi mamá también era comunista y mi papá conservador, así que era muy entretenido. En nuestra casa se hacían las fiestas de todo Maipú. Llegaban todos los dirigentes, el alcalde, el jefe de los carabineros y el director de la escuela, como es en los pueblos chicos. Mi papá también cantó con el dúo Rey Silva, fue amigo de Los Perlas y de Los Caporales. Mi hermano también canta precioso y toca la guitarra. En ese ambiente nació yo, en 1950.

Lo complicado empezó cuando yo tenía doce años, cuando mi papá murió y mi mamá se quedó con cinco cabros chicos. Fue bien duro y había que apechugar. Nos cambiamos a otra casa, también en Maipú, y mi mamá siguió con el restaurant que había armado con mi papá. Pero le fue mal porque por ahí eran puras chacras, malos barrios, los huasos andaban a caballo, con revólver y cuchillos, era como el Oeste y nosotros éramos puras mujeres. Mi hermano menor era el

único hombre y tenía cinco años. Si había que defenderse, mi hermana era la campeona del combo para echar a los curados. Fue una vida nada que ver con la de la infancia, tranquila junto a la familia. Ahí nos iban a defender los tíos por parte de papá que eran maceteados y buenos para el combo, pero nosotras también éramos capaces de defendernos.

Al lado de la casa había un bosque y para salir de ahí tenía que caminar hasta la población Villa O'Higgins para tomar una micro porque en ese tiempo yo iba a la Escuela 214 que estaba en la Panamericana con Salvador Sanfuentes. Era una filial para las niñas pobres del colegio de monjas de la Sagrada Familia que estaba al lado. Ahí fuimos nosotras desde el kindergarten, atravesando desde Maipú hasta allá, solitas. Y así pasó hasta que crecimos y a los quince años teníamos que empezar a trabajar nomás y seguir estudiando.

Después, por problemas familiares y económicos nos fuimos a vivir con mi abuela, a su casa de la calle San Vicente con Gorbea. En la misma calle donde está "El Hoyo", pero en la otra esquina, cerca de donde hice la Primaria pero en ese tiempo yo ya estaba en el Liceo 15, en El Integral. Y después, cuando me tuve que salir del colegio, en el mismo Integral había clases vespertinas para adultos. Con un poder de mi mamá aceptaron que estudiara en régimen vespertino. De día trabajaba planchando, cosiendo y cuidando cabros chicos. Y en las noches hacía las Humanidades. De ahí, mi mamá tuvo que vender todo lo que tenía por deudas de mi papá. Se puso muy mal la situación y no teníamos plata para nada y entonces a mi mamá se le ocurrió postular, porque tenía un contacto, a una concesión de un casino en San Bernardo. Yo todavía no cumplía quince años. Se la ganó y nos fuimos para San Bernardo, que también era campo. En la maestranza de San Bernardo quedaba el casino. O sea, había solo gente adulta. Mi hermana chica se quedó con mi tía. Ella iba a Las Ursulinas de Maipú porque su madrina le pagaba los estudios. Mi hermano se quedó también con la tía y él iba a la escuela de Maipú. Y las tres mayores nos fuimos a trabajar con mi mamá.

Vivir en la Maestranza de San Bernardo era muy entretenido porque conocía a tanta gente y, como era chica, lo pasaba regio. Conocíamos a dirigentes de la maestranza, conocimos los talleres a los que entrábamos a pesar de que estaba prohibido el ingreso a personas extrañas. Los dirigentes de la maestranza después nos siguieron acompañando harto tiempo. Vivíamos todas en una pieza que medía seis por seis, en una casa antigua. Cabían las tres camas pero había que pasar por encima de una de ellas para salir de la pieza; también había una cocina y baño común. En San Bernardo fui a otro colegio vespertino.

Cuando terminó ese contrato, al cabo de un año, nos vinimos a Santiago de vuelta. Ya había muerto mi abuela y en la casa de ella vivía su esposo. Nos vinimos a unas mediaguas con piso de tierra, en el paradero 17 en Maipú. Era saliendo de Pajaritos, en una esquina. Vivimos ahí un año y medio. Ahora estábamos los cinco hermanos con el gato y el perro. El asunto es que de nuevo había poca plata, había poca pega y ya estábamos más grandes entonces todas andábamos buscando alguna cosa en qué trabajar. Mi hermana mayor trabajó en una lavandería cosiendo botones. La otra hermana, la mayor de todas, hizo un curso de peluquería y trabajó en eso. Y yo seguía cosiendo y planchando.

Al venirnos de San Bernardo me quedé sin colegio. Fui al Ministerio de Educación y me mandaron a estudiar a Peñaflo. Viajaba todos los días pero eso también era entretenido. Allá fui presidenta de curso. Fue en el año 1967, en plena época de Frei. Para ir al liceo en Peñaflo, compré géneros y me hice el uniforme. Los zapatos tenían que durar tres años y yo iba con calcetines porque no tenía plata para comprarme medias de lana. Me acuerdo que algunas niñas andaban con medias con ligas, pero yo usaba calcetines y de puro frío me salía sangre en las rodillas y cuando me sentaba, me dolían mucho. Pero lo pasé regio en Peñaflo porque estaba lejos de todo y nadie me controlaba. Y cosía para mis compañeras y sus familias y así tenía plata. De ahí seguí trabajando en costuras y planchado.

Cuando estaba por salir del colegio decidí que quería estudiar Medicina. En ese tiempo estudiar era gratis pero Medicina era una carrera que exigía tiempo completo, lo que era limitante porque no podría seguir trabajando. Entonces pensé en Arquitectura. Así que fui a la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile que estaba en Cerrillos, pero el tiempo de viaje, los horarios, los trabajos... hasta que llegó el momento de postular. Di la prueba y me fue bastante bien. Saqué 648 puntos, que en ese tiempo era muy bueno. Quedé en Ingeniería en Química en la UTE. y a El primer día de clases llegué a un laboratorio inmenso y las pizarras también eran tan grandes y llenas de una cantidad de fórmulas extrañas. Fui a dos clases y nunca más volví. No, eso no era para mí. Después seguí viniendo a la Universidad pero de activista del Movimiento Universidad para Todos, para poder cambiarme de carrera. Y empecé a estudiar Construcción Civil en el 71. Yo creo que lo mejor que me pudo haber pasado fue entrar a estudiar a esta Universidad. Logré hacer lo que, en realidad, quería hacer. Llegar a la UTE cambió toda mi vida, porque yo era dirigente política y seguí jugando basquetbol por la Universidad y pude trabajar mientras estudiaba.

Solo una vez, el primer año, tuve que pagar matrícula y a partir de ahí, por una entrevista con la visitadora social, tuve beca de alimentación y locomoción, o sea, tenía beca completa. Estudié gratis y de noche, para poder trabajar. En segundo año me cambié al diurno y tenía horario flexible. Eso fue porque me conseguí trabajo en el Centro de Alumnos de mi Escuela, donde era la secretaria. Andaban buscando una y me preguntaron si sabía escribir a máquina. Nunca había tomado una máquina de escribir pero mentí un poquito y quedé contratada. Cuando estaba trabajando ahí, Ema Fuenzalida- que era la señora de Ariel Mancilla, un socialista que es detenido desaparecido de la Escuela de Construcción Civil- entró a trabajar a la Superintendencia de Servicios Eléctricos, Gas y Telecomunicaciones, y me propuso que me fuera a trabajar con ella a la SEGTEL. Volví al vespertino y a partir de ese día ya nadie más en mi casa tuvo que trabajar por obligación porque yo ganaba harta plata gracias a que por estar en segundo año

de la carrera ya tenía el título de dibujante técnico.

La Escuela de Construcción Civil pertenecía a la Facultad de Ingeniería y ocupaba la casa patronal de la Hacienda Chuchunco, donde actualmente está Ingeniería Geográfica. Esa Escuela era como independiente del resto de la Universidad, era muy elitista y, de hecho, tenía casino y estacionamientos propios. Además, de toda la UTE, era el lugar donde había más gente del Partido Nacional y de Patria y Libertad. Y también había mucha gente del MIR, que habían sido socialistas y después del Paro de Octubre se pasaron al MIR. En ese tiempo, todos buscábamos participar y compartir, es decir, yo no estaba solamente en la Escuela de Construcción Civil sino que iba hartito al Pedagógico y a la Escuela de Artes y Oficios. Uno conocía a todo el mundo y, además, nos encontrábamos en los trabajos voluntarios, en las reuniones, en las manifestaciones. En la UTE tuve tantos buenos amigos, entre ellos, compañeros que ahora están desaparecidos, muchos de ellos eran socialistas que después se fueron al MIR. Pienso en Jaime Buzio, por ejemplo.

En esa época el mundo era generoso, de mucha solidaridad, confianza y cariño. Éramos una familia. A tal punto esto era así, que entre los socialistas que me recibieron en la Universidad había una compañera llamada Michelle Peña -que es una detenida desaparecida desde 1975- y que conmigo se portó excelente. Yo no pagaba nada por estudiar, pero tampoco tenía plata para ir al casino y cuando me encontraba con ellos, me invitaban a comer. Me acuerdo que Michelle me entregaba documentos que debía leer y eran una lata, pero tenía que leerlos y estar enterada de lo que pasaba pero, a cambio de eso, tenía una acogida de familia por parte de ella. Por ejemplo, me hacía almuerzos especiales, cosa que mi mamá jamás hizo.

Aparte de este ambiente cariñoso, era fantástico el aprendizaje que implica la militancia, la entrega a los demás, la posibilidad de conocer la realidad del país y esa sensación de pertenecer a algo grande, a algo mayor que cada indivi-

dualidad. Me acuerdo de los trabajos voluntarios en la Población Santa Adriana, por ejemplo. Me acuerdo de haber trabajado sacando agua en Barrancas una vez que nevó; de estar metida hasta las rodillas en el barro en Pudahuel mientras Laura Allende sacaba con la pala de las casas a los viejos curados. Y después llegaba a mi casa reconfortada por haber entregado todo eso y haber recibido muchas enseñanzas, porque uno peleaba por algo de lo que tenía conciencia, uno sabía lo que significaba.

Todos trabajábamos juntos, por lo tanto, uno podía pedir hablar con don Enrique Kirberg o con don Ricardo Núñez y a la secretaria uno le decía “¿puedo hablar con Ricardo Núñez?”, y no te decían que primero había que solicitar una entrevista y esperar una semana para recibir una respuesta, sino que lo llamaban y le preguntaban si tenían tiempo para recibir a una alumna. Y si planteabas algo importante se hacía una reunión con los dirigentes y se solucionaba o se buscaban los caminos, cosa que ahora no se da en ninguna parte. El logro que tú tenías era impagable, ver que conseguías lo que buscabas, ver que ibas a ayudar. Enseñamos a leer, enseñamos a parar mediaguas, a maestrear. Todo lo que tú sabías lo entregabas y era recibido y era recibido por alguien que lo valoraba.

También tuve la posibilidad de estar en el Encuentro Mundial de Jóvenes, que se hizo en lo que en ese tiempo era la UNCTAD⁵³, en octubre de 1972. Era una maravilla conocer a tanta gente de otros países, compartir con ellos.

De los días del golpe de estado, Erica recuerda

A las siete de la mañana de ese día me fue a tocar la puerta Juan, un vecino que también era socialista. Abrió la puerta mi mamá y Juan le dijo “dígame a la Erica que algo está pasando

⁵³ El actual edificio que cobija al GAM fue inaugurado en abril de 1972 como sede de la Tercera Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo (UNCTAD). Finalizada esta conferencia fue traspasado al Ministerio de Educación que lo transformó en el Centro Cultural Gabriela Mistral. Después del golpe y del bombardeo e incendio de La Moneda, fue adaptado como sede de gobierno de la Junta Militar.

en La Moneda.” *Lo alcancé a oír y me levanté a las carreras y me vine corriendo. Llegué acá antes de todo, de hecho, la Escuela de Construcción Civil estaba cerrada, o sea, era antes de las ocho de la mañana porque a esa hora abrían la Escuela. Ya había llegado Pepe Vallejo y otros compañeros, entramos a la Escuela y éramos muy pocos así que decidimos esperar un rato. No teníamos ningún documento porque eso no se manejaba ahí y lo que yo tenía, que estaba en la casa, mi mamá lo metió a un tambor, hizo un hoyo y guardó mi camisa del partido, la insignia, el libro “Así se templó el acero”, y todos los libros que leíamos cuando entrábamos al Partido. Estuvimos como hasta las diez de la mañana en Construcción Civil y nosotros mismos cerramos la Escuela. Ya había llegado Juan Martínez, mi compañero, y nos fuimos a la Escuela de Artes y Oficios.*

Ahí nos empezamos a organizar, pero ninguno de nosotros le tomó el peso real a lo que pasaba. Nosotros veíamos qué pasaba con los aviones en La Moneda, la bulla, las balas y todo, pero nos imaginábamos que era algo como el Tanquetazo.⁵⁴ Nos reunimos en el Centro de Alumnos de Ingeniería en Ejecución, que estaba en el subterráneo del gimnasio, al lado del casino de la China. En esa época había tres casinos: el de la China, que en realidad era una japonesa; el de la Pancha que estaba donde ahora está la Biblioteca de la Facultad de Humanidades; y el de la Tía, que estaba en Construcción Civil. Nos reunimos afuera del casino un lote grande. Me acuerdo que ahí estaban Gregorio Mimica, el Huachaca⁵⁵ y todos los dirigentes estudiantiles. Yo era presidenta del Centro de Alumnos de Construcción Civil.

Después fuimos a la Casa Central, donde también hubo una reunión y todo era un despelote. Tiene que haber sido más de las 12 y la gente que logró entrar -porque no to-

⁵⁴ El tanquetazo fue un Intento de golpe de Estado llevado a cabo el 29 de junio de 1973, cuando se alzó el Regimiento Blindado N. 2, encabezado por el teniente coronel Roberto Souper. Fue rápidamente sofocado por el General en Jefe del Ejército, Carlos Prats, con la ayuda de los generales Pinochet y Pickering.

⁵⁵ Juan Carlos Ruiz, alias el Huachaca.

dos pudieron hacerlo- nos dijo que en las calles la cosa estaba fea y al oír eso, mucha gente, por temor, se quiso ir. Pero nosotros nos quedamos porque estábamos en nuestra Universidad. Lo único que nosotros sabíamos era que había que defender la Universidad pero no teníamos ni piedras.

Pasado un tiempo se hizo una reunión general, creo que en el Paraninfo. El rector Enrique Kirberg llamó a reunión a la Federación de Estudiantes, pero no sé qué pasó ahí porque yo me mantuve siempre en la Escuela de Artes y Oficios, en el sótano del gimnasio, donde estaba el Centro de Alumnos de Ingeniería en Ejecución, porque ahí teníamos un teléfono.

Después que empezó a regir el toque de queda empezaron a llamar por teléfono los compañeros de los cordones industriales. Eso fue desesperante. No sabían qué hacer y nos preguntaban qué haríamos nosotros, cuáles eran las órdenes y dónde estaban las armas. Nadie tenía armas. No teníamos idea de qué hacer, de cómo organizarnos. O sea, nadie esperaba esa situación. Nosotros, sabiendo que estaba toda esa cantidad de estudiantes ahí, nos sentíamos con una enorme responsabilidad encima. Y con esas llamadas era peor porque nos angustiábamos más sabiendo que en los cordones industriales ya había muertos y que allá tampoco sabían qué hacer.

Cuando ya estaba oscuro se escucharon los primeros disparos que venían de la Comisaría de Carabineros que estaba en la esquina de Ecuador con Ruiz Tagle. Debe haber sido como a las 10 de la noche. Poco después también empezaron los disparos hacia la Escuela de Artes y Oficios desde los blocks de la Villa Portales. Eran militares que disparaban desde los pisos de arriba, ni siquiera desde los techos. Esos disparos respondían a los disparos de los carabineros. Se armó un fuego cruzado y nosotros quedamos al medio, por tanto, nadie podía moverse. Ellos disparaban creyendo que respondían a nuestros disparos pero nosotros no teníamos armas de manera que, en realidad, se disparaban entre ellos y de paso, nos disparaban a nosotros. Así pasamos toda la noche. La gente de la Villa Portales estaba aterrada. De hecho, nos llamaron

varias veces pero nosotros no podíamos hacer nada, ni movernos. Entonces se cortó la luz y nosotros fuimos los últimos a los que se nos cortó el teléfono y ya no tuvimos más comunicación con la Casa Central, ni con los cordones, ni la Villa Portales, ni con nuestras familias.

A última hora de ese día once hubo una reunión a la que llamó el rector Kirberg. Los dirigentes máximos de los partidos que estaban en la EAO atravesaron a la Casa Central y tuvieron la reunión. Pero cuando quisieron volver ya no pudieron. Juan Martínez, mi compañero, y el Huachaca se quedaron arrinconados en la calle y no se podían mover porque pasaban milicos. Después Juan se devolvió a la Casa Central y el Huachaca entró a la EAO por atrás, escalando una reja.

Esa misma noche, la del 11, a Hugo Araya, que era socialista, lo fueron a buscar Juan Carlos Ruiz, Pepe Vallejo y Romero. Él andaba haciendo su pega, sacando fotos de lo que pasaba. En la reja por donde ahora está el Patio de los Naranjos había un espacio por donde los carabineros veían cuando te movías, y si te movías, te disparaban de inmediato. Y entonces, cuando los chiquillos volvieron con Hugo para entrar al gimnasio, agarraron unos paneles y se pusieron detrás de ellos para pasar y entremedio iba Araya. Pepe Vallejo le dijo que pasara por detrás de los paneles y justo cuando pasó, le llegó el balazo. Pepe le preguntó si estaba bien y él le dijo “no, me dieron.” Así que se devolvieron por atrás, por las logias, y llevaron otros paneles, los pusieron y así pudieron llevarlo al gimnasio. Ahí nos llamaron a Cecilia y a mí. Le pusimos pañuelos y todo lo que teníamos para pararle la hemorragia y después llegó Marcela con otras niñas a socorrerlo y nosotros nos fuimos. Después lo vi cuando ya no había nada que hacer, ya se había desangrado.

Por supuesto, esa noche no dormimos. Cuando amaneció escuchamos un bombazo y que rompían la puerta de al lado del gimnasio. Oí la carrera de los militares y mucha bulla, gritos. En ese momento Juan Carlos Ruiz, el Huachaca, fue el protagonista porque venía de vuelta de la Casa Central cuan-

do los milicos estaban entrando por el costado del Gimnasio y cuando vio que los milicos venían con granadas y con la intención de tirarlas hacia el sótano donde estábamos nosotros, se puso a gritar y a garabato limpio les dijo que ahí había estudiantes, que bajaran las armas, que no podían hacer eso. Nosotros escuchábamos sin saber qué pasaba. Nos enteramos cuando entró el Huachaca a punta de culatazo y los milicos nos empezaron a golpear y nos hicieron sacarnos las chaquetas y entregar los bolsos y carteras. Y nos robaron lapiceras, argollas, dinero, chaquetas de reno, todo lo de valor. Y de ahí a culatazos nos subieron al patio. Todavía no habíamos alcanzado a salir y un milico gritó “¡a estos hueones los vamos a fusilar a todos!”

Al llegar al patio nos gritaron: “¡párense ahí. Todos vueltos para allá, dispárense!”, y nunca disparaban. Después nos pusieron ante un muro, cerca de donde había una multicancha, al frente del gimnasio, y ahí de nuevo nos hicieron simulacros de fusilamientos. Después nos ordenaron que nos pusiéramos todos de guata en la cancha. Ahí un milico se portó muy mal y pasó por encima de nosotros caminando. Sin embargo, otro milico nos llevó agua en su casco. Nos dijo “siéntense” y nos sentamos y nos explicó que venían de La Serena y que tenían orden de matar y que si no lo hacían, los iban a matar a ellos. Nosotros teníamos compañeros haciendo el servicio militar, tenemos un ejemplo muy cercano, y murieron muchos ahí también. Y así fue que nos llevaron al Estadio Chile y ahí sigue la historia.

Hasta hoy me parece imposible que nadie hubiese pensado en una situación como esa. Teníamos plena confianza en los dirigentes pero no es posible que solo creyéramos en la fuerza del grupo, de las marchas, de estar presentes. Me acuerdo que nos hacían preparación militar en el gimnasio que consistía en karate, éramos regios en defensa personal pero no sabíamos tomar una pistola. Nadie imaginó ese escenario. Creíamos que si nosotros estábamos diciendo no a la guerra civil, que si estábamos promoviendo el socialismo por la vía pacífica, no habría guerra civil. Cuando los chicos del

Partido Socialista se cambiaron al MIR, plantearon este problema. Dijeron que teníamos que estar preparados para la revolución armada y tener a la gente con armamento y que supiera defender lo que tenía que defender. Nosotros, muy ilusos, creíamos que si luchábamos por un socialismo sin armas, respetando la Constitución y las leyes, entonces iba a ser una revolución socialista diferente. De eso estábamos convencidos. Y todo el mundo se la creyó, menos la derecha que se puso a crear todo el caos que pudo y que tenía todas las herramientas para armar la sublevación. Pero este es un pensamiento posterior. Esos dos días fueron horribles. El primer día fue con esa misma euforia que teníamos siempre para hacer las cosas, pero ya pasadas las cuatro de la tarde la situación cambió.

Cuando los milicos entraron a la Universidad y bombardearon la Casa Central tenían orden de no dejar a nadie vivo. Hubo gente valiente y decidida y que se paró y los enfrentó e hizo entrar en razón. El primero fue don Enrique Kirberg. Tengo la imagen de él, rodeado de todos los cabros, botado en el suelo y su abrigo y un pañuelo blanco, algo blanco en la mano. Él trató de convencer a los milicos de que no mataran a los chiquillos. Y en la Escuela de Artes fue el Huachaca, Juan Carlos Ruiz, el que se enfrentó a los milicos. Osiel Núñez también fue heroico. Él tiene una enorme capacidad de diálogo, de negociar y de calmar, en cambio, Juan Carlos Ruiz era parado, confrontacional pero de un modo inteligente porque manejó bien la situación. Su argumento fue “somos jóvenes.” Juan Carlos Ruiz falleció hace unos años de un infarto. Él estuvo en el campo de concentración de Chacabuco y cuando regresó, estuve con él. Le vi unas marcas en las muñecas y no sé en qué momento le pregunté qué era eso y me contó que era producto de las torturas. Yo reaccioné visceralmente, con todo el odio del mundo y dije “los mataría...”. Juan Carlos me quedó mirando y me dijo “Nunca olvides que las bestias son ellos, no nosotros.” Me puse a llorar. Me dio una lección de humanidad diciendo eso. El rector Kirberg, Osiel Núñez y Juan Carlos Ruiz fueron los hombres claves que salvaron de la masacre a esta Universidad. Ellos nos salvaron porque los milicos entraron a

matar. Le sacaron la cresta a los extranjeros. A los bolivianos les pegaron mucho. Sabemos de dos de ellos que murieron, de los otros no tenemos idea.

Erica estuvo presa en el Estadio Chile y su compañero, Juan Martínez⁵⁶, del Estadio Chile fue enviado al Estadio Nacional, donde lo pasó muy mal. Pero de eso en esta entrevista Erica no dice ni una palabra. Se salta todo ese lapso de tiempo de horror y continúa contando que en aquella época ella era muy tozuda. *Después del golpe volví a la Universidad y me puse en la fila para rematricularme y de ahí me sacaron los milicos para llevarme a la oficina del señor que en ese minuto era el Director de la Escuela de Construcción Civil. Con el milico apuntándome en las costillas escuché al Director diciendo “vamos a ver qué hacemos con ella” y me señaló una silla en un rincón. Y el milico con su metralleta al lado mío, mientras el Director atendía a otra gente. Después le dijo al milico “llévela a la Casa Central.” Y en la Casa Central me notificaron “usted está expulsada y no vuelva nunca más porque la próxima vez que la veamos, no sale más de aquí”, y el milico me llevó para afuera.*

A partir de ahí, siempre trabajé políticamente, siempre estuve en contacto con los compañeros comunistas y socialistas. La primera tarea era encontrar a Gregorio Mimica, porque mientras estuvimos en el Estadio Chile lo llamaban por parlante. Mucho después nos enteramos de que lo habían sacado de su casa y que lo habían matado en el segundo piso de la Escuela de Artes y Oficios. Pensándolo ahora, nosotros no fuimos sobrevivientes, fuimos vivientes. Aunque sí hubo un tiempo en que teníamos que sobrevivir y no podíamos decir ni pío.

Sabíamos de los compañeros presos en el Estadio Nacional porque teníamos un contacto adentro. Era la mamá de un compañero socialista de la UTE y ella pertenecía a la Cruz Roja Internacional y nos hacía llegar los nombres de los com-

⁵⁶ Ver: Juan Bautista Martínez Amigorena: 40 años de miedo, Editorial Gama Escolar, Santiago, 2013.

pañeros que estaban bien. En esos días a algunos compañeros que no estaban presos también los perdimos; por ejemplo, a Rafael Madrid lo tomaron preso en la casa de unos tíos y lo fusilaron en el túnel de Lo Prado.

Después Juan y yo logramos un contrato en el Banco Central. Por razones laborales teníamos prioridad de entrada pero un día llegamos y aparecieron los milicos y tuvimos un susto horrible, porque si te tomaban preso por segunda vez estabas liquidado. Por suerte, en ese momento pasó una persona que era un gerente y que había estudiado en el mismo colegio de Juan, el Liceo León Prado. Cuando nos vio las caras preguntó qué pasaba y el portero le explicó que tenía prohibido dejarnos entrar. Los milicos estaban a su lado y no decían absolutamente nada, ellos solo estaban esperando para trasladarnos no sé adónde. Entonces el gerente dijo “yo me encargo.” Y los milicos le dijeron que tenían órdenes, pero él insistió y nos pudo salvar.

La historia de María Angélica, alias Chica o Cachi

De su infancia cuenta que es hija única y que viene de un hogar obrero. Nací en la comuna de Santiago y viví en las calles Molina y Toesca. Mi padre trabajaba de obrero en una botica, después lo ascendieron a empleado particular. Mi mamá siempre fue dueña de casa. Como hija única no fui regalona, al contrario, se me exigía bastante, aunque nunca de un modo autoritario. Mi padre era comunista, pero mi madre le tenía prohibido influir políticamente en mí y en la casa no se hablaba de política.

Mi papá empezó haciendo aseo en la Botica. Con el tiempo, el dueño le tomó cariño y en la práctica, mi papá terminó siendo casi un químico farmacéutico. El Partido Comunista les inculcaba a sus militantes la necesidad de superarse cultural e intelectualmente y yo siempre veía a mi papá leyendo diarios, libros, revistas. En la casa tenía unas listas de remedios y yo le tomaba examen: le nombraba un remedio y él me decía los componentes, cómo se hacían, etc. Mi papá era

una enciclopedia andante. Yo lo admiraba muchísimo porque él, con suerte, terminó la primaria, si es que la terminó; lo mismo mi madre. Yo tuve mucha suerte al tener a mis viejos porque ellos me inculcaron muchos valores y me exigían muchas cosas como, por ejemplo, la disciplina, el orden, el amor a la lectura. Y, lo mejor, cuando entré a la Jota mi papá fue mi cómplice.

La primaria la hice en la Escuela Experimental República del Ecuador. Y de ahí, pasé al Liceo Experimental Darío Salas.⁵⁷ Fue muy renombrado ese colegio porque de ahí salieron personalidades muy conocidas. Salí del liceo en 1967, justo cuando se implementó la Prueba de Aptitud Académica. Fui la primera generación que la dio y, por supuesto, casi todos salimos mal. En el 68, como mis papás me dijeron que tenía que hacer algo, estudié inglés en el Instituto Chileno Norteamericano. Y así, sin saber nada de inglés, después de un año salí hablando inglés. En el 69 estaba lista para entrar a estudiar a la IBM como operadora de sistemas, lo que era difícil de conseguir. Yo era muy consciente de la condición socioeconómica de mi papá, veía que se sacrificaba mucho trabajando. Él salía en la mañana, llegaba en la tarde, dormía, se iba otra vez y llegaba a las tres o cuatro de la mañana porque en esos años las boticas no tenían horario. Entonces yo me puse como meta estudiar una carrera corta.

Un día iba pasando delante de esas mansiones de calle Ejército y me fijé en una muy linda que era la sede de la Escuela de Secretariado de la Universidad Católica. Entré, pregunté, postulé y quedé. Esto significó meterme a un mundo diametralmente opuesto a mi estrato social, lo que fue una experiencia enriquecedora. Yo, María Angélica Muñoz, me codeaba con los Larraín, los Ossandón, los Edwards, los Irarrázaval. Aprendí a enfrentarme a ese mundo y lo conocí por dentro. Además, tuve la suerte de entrar en 1969, bajo el rectorado de

⁵⁷ Las escuelas y liceos experimentales eran centros educacionales donde se experimentaba, demostraba y estudiaba nuevas propuestas pedagógicas dentro de un plan de renovación gradual del sistema educacional establecido por el Ministerio de Educación entre los años 1949 y 1964.

don Fernando Castillo Velasco. Recuerdo haber pagado el derecho de matrícula y de ahí nunca más pagué porque yo era hija de empleado y, por supuesto, tenía los mismos derechos y beneficios que los otros estudiantes. La Escuela de Secretariado de la Universidad Católica tenía tan buena fama que antes de egresar, ya teníamos ofertas de trabajo por parte de las grandes empresas de la época, como CORFO, la Compañía de Teléfono, ENDESA, las mineras.

Un día una compañera me dijo que había un concurso en la UTE, porque en esa época aquí todos los concursos eran públicos, nadie entraba por amigos. No quise presentarme porque quería aprovechar de flojear un poco antes de entrar a la vida laboral. En ese tiempo yo ya llegaba de visita a la UTE porque una amiga estudiaba acá y me invitaba. Y mi pololo también estudiaba en la UTE. Todos ellos eran de la Jota, así que yo me metía hasta a los Ampliados de la Jota.

¿Cómo ingresé a la Jota? En la campaña presidencial de Salvador Allende no tenía la edad exigida para votar pero yo igual participé en la campaña. Estaba en una escuela en la que éramos trescientas alumnas y había solo diez allendistas. La Escuela de Secretariado estaba administrada por monjas que nos llevaban a misa todos los lunes. Así era la UC en aquellos tiempos. En una oportunidad, yo estaba en un salón y estaban todas las niñas bien, que en esos años hablaban de Las Brujas, de Farellones y Lo Curro -esos eran sus temas- pero ese fin de semana la candidatura de Salvador Allende había organizado una marcha y una de ellas empezó a hablar de esa marcha a la que yo no había ido porque mi mamá no me dio permiso. Yo estaba tratando de estudiar mientras las escuchaba hasta que de pronto escuché que insultaban al pueblo. Que eran los rotos, los ladrones, los de aquí, los de allá, con términos que prefiero no recordar. Y yo aguanté, aguanté, hasta que no aguanté más y me paré y las enrostré y ellas eran como ocho y yo estaba sola. La cuestión es que hubo un intercambio de palabras. Ellas sin insultos ni nada y yo defendiendo a la clase obrera, porque sentía que también estaban insultando a mi padre. Con lo que yo no conté, fue con que estas mujeres

me fueran a acusar a la monja Directora. Ella me mandó a llamar y me tuvo un rato sentada en un sillón en una sala lúgubre, fría y oscura. De pronto la monja me dijo que había tenido una queja. Adivinando lo que se venía, en fracción de segundos busqué cómo defenderme. Yo no tenía educación política y no se me ocurrió nada más brillante que decirle a la Directora que yo, como cristiana, no podía aceptar que trataran así a los pobres y con ese argumento la desarmé a tal punto, que me tomó cariño y después me defendía.

En la Católica me pololearon harto de varios partidos políticos, pero yo los encontraba muy desordenados o muy pasados para la punta. No encontraba mi nicho hasta que una vez esta amiga que me traía a la UTE me metió a un ampliado de la Jota y de repente escuché a un dirigente, lo escuché bien escuchado y me dije “este me interpreta, esto es lo que yo quiero”. Empecé a trabajar voluntariamente en la Jota, sin militar porque yo ya sabía que eso significaba recibir órdenes.

A mediados de 1971 hubo otro concurso. La UTE estaba muy necesitada de secretarías porque muchas se habían ido a trabajar al Gobierno de Salvador Allende. Me presenté, di los exámenes y esa misma tarde el jefe, el señor Carvajal, me preguntó si me podía quedar trabajando de inmediato. Le dije que sí y el primero de Junio del 71 entré a trabajar en la Universidad Técnica del Estado siendo todavía alumna de la Universidad Católica. Me di el lujo de poner condiciones así que tenía horario libre para ir a clases porque todavía no me había titulado.

Yo tenía 21 años y mi primer trabajo fue en el Instituto Pedagógico Técnico, que, según me parece, en el 72 se transformó en Facultad de Educación. Han cambiado tanto el nombre de esa Facultad que se me olvida. Trabajé en una oficina que se llamaba Coordinación de Matrícula porque antiguamente las matrículas eran asunto de cada facultad. En ese tiempo la Universidad no tenía computador, además, uno solo ocupaba una sala completa, y se arrendaba el uso de ellos a la Facultad de Ingeniería de la Chile. De allá traían los listados de

los seleccionados, pero el corrimiento de lista, la publicación, la matrícula, todo eso lo hacíamos nosotros manualmente.

Cuando llegué, el cargo de Director del Instituto Pedagógico Técnico lo ocupaba don Arcadio Escobar⁵⁸. Él ha sido el mejor jefe que he tenido en toda mi vida. Esa generación de funcionarios que en esos años ingresamos muy jóvenes creció con la Universidad de forma distinta al resto de los funcionarios. Nuestro compromiso con la Universidad Técnica era tan grande que veníamos felices a trabajar y los horarios extensos o las horas extras no importaban. Le teníamos un gran amor a la Universidad y nos jugábamos por su prestigio. Era un fenómeno que se daba a nivel de estudiantes y de funcionarios. Yo creo que por eso se daba ese ambiente tan acogedor. Desde mi perspectiva de funcionaria, me atrevería a decir que esa entrega y compromiso que había por parte de los estudiantes venía desde todos los grupos políticos, incluso los de Patria y Libertad, que eran muy duros, estaban comprometidos con el desarrollo de la UTE. A mí me tocaba interactuar con ellos porque yo era funcionaria para todos y lo más divertido es que ellos sabían que yo era comunista y yo sabía que ellos eran de Patria y Libertad, sin embargo, intercambiábamos opiniones sin ninguna agresión, ni bronca, ni nada. Con la gente del MIR, pasaba lo mismo.

En la UTE empecé a militar formalmente en las Juventudes Comunistas. Recibí mi carnet en el año 72, pero fue solo por una necesidad administrativa porque yo estaba metida en tanta cosa que había lugares donde no me dejaban entrar sin carnet de la Jota.

Aun cuando era de la Jota, prefería andar con los socialistas porque mis compañeros comunistas eran muy serios y entonces yo, desordenada por naturaleza, me iba con los socialistas y a la Jota únicamente iba a trabajar en tareas precisas. No carreteábamos como los chiquillos de ahora y éramos muy felices. A mí se me complicaba más porque en la

⁵⁸ El abogado Arcadio Escobar, esposo de doña Guacolda Antoine, es uno de los seis profesores eméritos que ha tenido la Universidad.

oficina tenía que responder a la confianza de una jefa que era de derecha. Tenía que demostrarle que si ella me estaba dando todas las garantías, yo le iba a ser leal y tendría la pega al día y perfecta. A ella le estoy agradecida porque me enseñó a ser metódica; ella era profesora de matemáticas y su estrictez me sirvió mucho.

Del día del golpe de Estado María Angélica recuerda: El día anterior me fui tarde de la Universidad porque estábamos preparando la exposición “Por la Vida Siempre” que sería inaugurada al día siguiente por el presidente Allende. El día 11 me tocaba entrar a trabajar a las 10 de la mañana y cuando desperté, lo primero que hice fue prender la radio y tocaban marchas militares. Cuando puse más atención, me di cuenta que sucedía algo muy grave. Me arreglé y le dije a mi mamá que me iba a la universidad porque había golpe de Estado. Nunca me voy a olvidar de su cara cuando le dije eso.

En esos años existía una liebre que se llamaba Santa Julia que salía por Portugal hasta la Alameda y la tomé porque me dejaba en la puerta de la Universidad. Cuando íbamos cruzando Alameda con Portugal hubo un tiroteo entre lo que era la UNCTAD (actual GAM) y la Casa Central de la Universidad Católica y yo, pajarona, que no tenía idea lo que eran los disparos, me puse a mirar por la ventanilla sin entender nada hasta que de repente alguien me tomó por la espalda y me botó al suelo. Le pregunté al tipo porqué me había hecho eso. Era argentino y me dijo que no me levantara porque me podía llegar un tiro.

Eso debió ser como a las 9 y media de la mañana. La liebre tuvo que hacer unas zigzagueadas por el centro, saliéndose de su ruta habitual, y me dejó en Blanco Encalada con Exposición. Me vine corriendo. En la puerta de entrada por el lado de la Estación Central, que era solo una puertecita porque la entrada oficial a la Universidad era por la calle que ahora se llama Kirberg, me encontré con Goyo Mimica. Él me dijo “Chiquitita, está quedando la escoba.” –me acuerdo perfecto que esa fue la frase- y agregó que él se iba a la Escuela de

Artes y Oficios y lo vi irse caminando por la avenida Ecuador y yo entré para ir a la Facultad de Educación. Busqué desesperadamente al decano para que me abriera la Facultad porque tenía que sacar cosas de ahí, cosas que no podían caer en otras manos. Entré y saqué lo que tenía que sacar, ignorando que había otra compañera del Partido que no llegó y en un cardex había dejado fichas de ingreso de gente al Partido. Esas fichas fueron sacadas por gente de derecha, que las sacaron a escondidas. Yo creo que ellos hicieron esto porque a mí me querían mucho y ellos eran muy respetuosos de las ideas ajenas y eran decentes.

No me cabe duda de que nosotros pecamos de ingenuos e ignorantes. En esa época yo tenía media jornada en la Jota y media jornada en el Partido. O sea, estaba trabajando con los profesores del Partido. Era algo raro que una cabra joven les diera órdenes a los académicos. Dado que la gente del Partido estaba en la Casa Central decidí quedarme ahí. Cuando fue el bombardeo a La Moneda quedamos en shock, no lográbamos entender que sucediera eso. Por aquí estaba lleno de helicópteros que llegaron como a las 11: 30, después del bombardeo a La Moneda. Durante ese tiempo yo iba a la escuela, volvía, iba a la EAO, volvía, a la espera de que alguien nos diera alguna orden, orden que nunca llegó.

En algún momento de esa espera estaba sentada con un compañero en el frontis de la Casa Central y un helicóptero revoloteaba encima mientras nosotros rompíamos las agendas. El helicóptero estaba muy bajo y yo no sabía si me apuntaban con la metrallera o me estaban sacando fotos. En ese momento... no sé... hasta el día de hoy no podría explicar que me pasó, pero yo soy escorpión y tomo las decisiones de una. Y entonces le dije al compañero que estaba a mi lado que yo me iba. Y me respondió que él también. Fui a buscar a unas compañeras de la Jota y les propuse que nos fuéramos. Me dolió hartito cuando escuché a una de ellas diciéndome “No, porque el lugar de nosotros está aquí” y me lanzó todo el discurso revolucionario. Me sentí pésimo pero pensé que yo tenía demasiada información, que era un peligro público y que ex-

ponía a mucha gente. Pensé en eso, en mi mamá, en mi papá y también pensé que teníamos las manos vacías. ¿Con qué nos íbamos a defender? No estoy arrepentida de haberme ido porque las que no caímos presas tuvimos un rol básico. Y al final, la compañera del discurso también se fue cuando su papá llegó a buscarla.

Me devolví a la Casa Central y empecé a buscar a un profesor que era vecino mío en la Villa Olímpica y le dije que me quería ir a mi casa y que por favor me llevara. Respondió que sí y que después él se devolvía a la Universidad. Se nos subieron al auto dos profesoras que también eran del Partido. Estábamos al filo del toque de queda, debe haber sido como a las tres y media de la tarde. En la Alameda dejamos a las profesoras que vivían en Las Condes. Llegué a la casa y les pedí ayuda a mi mamá y a mi papá y entre los tres quemamos todo lo comprometedor. El profesor no pudo volver a la UTE porque se quedó sin bencina. Tiempo después su señora me agradeció por haberlo llevado de vuelta a su casa ya que él hacía clases en la FACH y no es difícil imaginar lo que le habría sucedido si hubiese caído preso. Era profesor de Química.

Creo que es bueno dejar claro que mayoritariamente fueron estudiantes los que cayeron detenidos porque muchos profesores y funcionarios se fueron. Eran militantes y académicos los que se fueron y pensé que si se iban ellos, qué quedaba para nosotros. Los vi subiendo a sus autos que estaban estacionados en la Villa Portales y los vi irse. Eso me hizo sentir una mezcla de desesperación y desamparo porque se suponía que ellos eran gente más preparada que uno. Y me pregunté por qué ellos se iban y el resto nos teníamos que quedar. Después, inocente o acertadamente, pensé que se iban a los cordones industriales.

De los días inmediatamente después del golpe Cachi recuerda: Yo vivía en la Villa Olímpica y el día 14 de septiembre ya sabíamos que los de la UTE estaban en el Estadio Nacional. Mi amiga y compañera a la que le decíamos Coca vivía en la Villa Santa Carolina y ese día en que se levantó el toque

de queda fui a pie a verla y cuando venía de regreso escuché disparos al interior del Estadio Nacional. Apenas supe que los chiquillos estaban en el Estadio, empecé a hacer guardia hasta que empezaba el toque de queda. Era una espera angustiante.

Todos los días nos juntábamos afuera del Estadio Nacional para saber dónde estaban los compañeros. Un cuarto para las diez de la noche ahí estaba yo, sentada en la vereda en Grecia con Marathon, pregúntame si saldrían esa noche porque sabíamos que a última hora sacaban a los chiquillos y los fusilaban a la pasada de Ñuble con Vicuña Mackenna. Muchos aparecieron fusilados ahí, en el paso a nivel. Y eso lo sabía mi papá, porque cuando él se iba en las mañanas, le tocaba ver a los muertos. La instrucción que nosotros teníamos era ver si alguien salía y si era así, había que cuidarlo. Yo tenía dos o tres casas en la Villa donde podíamos proteger a los chiquillos. Como todos los días estábamos ahí, llegó un momento en que los milicos nos conocían y se burlaban diciéndonos que los presos liberados ese día iban a salir por Pedro de Valdivia y todos corríamos para allá y los sacaban por Marathon. Entonces decidimos organizarnos y a mí me tocó quedarme todos los días en la esquina de avenida Grecia con Carlos Dittborn. Hacía turno con Ricardo Rioseco,⁵⁹ el Flaco Carita de Manzana, le decíamos. Entonces los dos hacíamos nuestro turno toda la tarde parados en esa esquina. Hasta que llegó un día viernes en que el Flaco me dijo que ese fin de semana no me podría acompañar porque iba a ir a ver a sus padres al sur. Ricardo era una persona tan buena, tan transparente. Y llegó el lunes y el Flaco no llegó. Tampoco llegó el martes y el miércoles una compañera nos juntó para avisarnos que lo habían fusilado en Angol. Hasta el día de hoy lloro su muerte porque lo quería mucho.

En realidad, toda la época de la dictadura fue muy fuerte. Estar afuera del Estadio Nacional significaba ver cómo

⁵⁹ Ricardo Rioseco Montoya, estudiante de la UTE y militante de la Jota, fue a Angol a visitar a su padre, un ex regidor comunista que estaba preso. Allá fue detenido y ejecutado de inmediato.

los compañeros salían, cómo los perdíamos, teníamos que preocuparnos de que llegaran a su casa y si no podían hacerlo porque era peligroso, teníamos que trasladarlos a otro lugar, pasarles plata, buscarles ropa. Además, salían del Estadio totalmente desorientados, no sabían para dónde ir. Muchos fueron muy torturados, otros no, pero era una tortura vivir ese infierno. Cuando salió un compañero al que le decíamos Cocoliso fui a buscarlo, lo tomé del brazo y me miraba y ni una palabra, no habló nada. Por suerte, yo sabía dónde vivía porque conocía a su familia.

En esta tragedia también hay anécdotas divertidas como la salida de Lucho Verdugo, que fue el único que salió dando entrevistas a los medios de comunicación que estaban ahí en ese momento. Yo estaba ahí con otras compañeras y cuando vimos a los periodistas entrevistándolo no lo podíamos creer. Claro que salió diciendo puras mentiras: “Está todo bien. Estamos siendo muy bien tratados.” No sé al auto de quién se subió. Nunca le he preguntado sobre esa salida tan aparatosa.

A veces, de repente había una balacera y todos corríamos a escondernos y a protegernos y podía tocarte estar al lado de un periodista extranjero estupendo, como actor de cine y no faltaba la loca que les decía “entrevístame a mí”, como si hubiésemos estado en una fiesta. Pasaban muchas cosas trágicas y cómicas. Algo trágico eran las mujeres que tenían niños chicos y les preguntaban a los milicos “¿y si yo voy con mi guagua no dejarán salir a mi marido?”, y el milico las miraba con cara de pensar “esta está loca, la van a matar a ella y a la guagua”. Era horrible la situación de la espera, de ver que algunos salían y los otros no, de escuchar las balaceras y escuchar todos los días que por los parlantes llamaban: “Gregorio Mimica, preséntese en el círculo negro”.

Volví a trabajar el 23 de Octubre. Ese día entré por la Alameda y la Universidad estaba vacía, ya no era lo que había sido nuestra Universidad, era como un funeral. Es extraño porque, al mismo tiempo en que andaba en ese funeral, veía

a mis compañeros y veía los colores y escuchaba la música y todo lo que había sido antes. Es una visión que hasta el día de hoy se me aparece cuando camino sola.

Ese día yo venía por ese pasillo largo hacia la Facultad de Educación y estaban dos muchachos de Patria y Libertad que eran alumnos de Publicidad, y uno de ellos, cuando me vio, me salió a encontrar, me abrazó y me dijo “Chica, pensé que te habían matado” y agregó: “cualquier cosa que necesites, cualquier problema que tengas, habla conmigo.” Y yo, escorpión terrible, le dije que al último que le pediría ayuda sería a él, porque yo a ningún facho le iba a pedir nada. Lo hice sin medir consecuencias. Éramos muy atrevidas. Me quedó mirando, me hizo cariño en la cabeza y entré a la Facultad.

Cuando llegué a trabajar ese 23 de octubre me hice cargo de la Oficina de coordinación de matrícula. Me pusieron en el estacionamiento de Rectoría, con un pupitre, un listado, un milico con metralleta a cada lado y una fila de chiquillos que llegaba hasta la calle. Les preguntaba el nombre, me respondían, yo los miraba y a muchísimos de ellos tenía que decirles “sancionada o sancionado” y así tuve que avisarle a cada uno de ellos que ya no podían volver a la Universidad. Al par de días ya tenía armada una red y entonces, al menos sabía adónde mandarlos para que los atendieran psicólogos amigos. Y yo misma les hacía las cartas de apelación. Pero en el caso de los expulsados, trataba que supieran por otros conductos para que no aparecieran en la fila porque ahí estaban los milicos y si habían sido expulsados era porque los militares ya los tenían en sus listas para tomarlos presos. A mí me tocó hacer sola toda esa pega. Aunque sabía que ellos recibían órdenes, tener al lado a esos milicos con sus metralletas, me tenía histérica, así que les decía que se corrieran un poquito más para los lados porque las metralletas me ponían nerviosa. Lo peor era que no podía conversar con los alumnos y menos, con mis compañeros.

O sea, volví a trabajar en la Universidad y más encima me hice cargo de una oficina. Antes de ponerme a cargo de

esa oficina me dijeron “como usted no es cristiana, no le podemos dar la jefatura”. Esas fueron las palabras exactas que usaron. Me decían, sin decirlo, que yo era marxista y, por ende, no podía tener una jefatura. Como me dijeron la verdad, yo acepté. Por supuesto, era una demócrata cristiana la que me dijo eso, porque aquí todos los cargos para suplir a los que echaron fueron asignados a demócratas cristianos. Lo que yo supe después con los años, y eso es lo más doloroso, es que las listas de los que no podían volver, fueron confeccionadas por nuestros propios colegas. Es decir, que los funcionarios delataron a sus propios colegas y los académicos delataron a sus propios colegas. Y lo más terrible de todo, porque yo trabajé 41 años acá, es que varios de los que soplaron están aquí todavía. Lástima por ellos.

Después que volvimos, todos los semestres me investigaban porque todos los semestres mis colegas se encargaban de delatarme. Mis enemigos no eran los militares, mis enemigos eran mis propios colegas. De ellos me tuve que defender durante 17 años. Tengo que aclarar que no eran todos mis colegas, eran algunos y yo sabía quiénes eran. Eso no salió en el Informe de las violaciones a los Derechos Humanos que se hizo en la Universidad, aun cuando yo hice la presentación solicitada por el Presidente de la Comisión.

Yo nunca me he quedado callada, ni siquiera durante la dictadura. Si tenía que enfrentarme a quien fuera, yo me enfrentaba nomás. No sé cuántas veces, en plena dictadura, fui donde el decano, el coronel no sé qué, a renunciar porque yo no iba a aceptar que me faltaran el respeto o me levantaran calumnias. Lo pasé pésimo, muy mal. Pero nunca tuve la intención de irme a trabajar a otro lugar porque esta Universidad para mí lo era todo. Yo aquí había tenido mis amigos, mis compañeros, mis camaradas. No, no iba a abandonar el barco. Uno decreta cosas en la vida y entonces, una vez que tuve problema con los colegas, me dije que a mí me podrían echar por ser anti pinochetista pero nunca por ser mala funcionaria. Y prometí que les iba a demostrar quién soy.

Nunca pensé que en plena dictadura yo iba a llegar a ser jefe de personal de la actual Facultad de Humanidades, que era lo máximo a lo cual podía optar un funcionario. Es decir, yo estaba por sobre todos mis colegas y cuando me nombraron, me acuerdo que me encerré en mi oficina, me puse a llorar y me dije “misión cumplida.” Eso fue en el 82. Ocupar ese cargo también significó afilar los cuchillos porque desde ese momento los colegas empezaron a dispararme aún más. La envidia, el odio, las calumnias fueron infinitas. A mí me trataron de activista, de azuzar a las masas, me acusaron de todo. Pero defendí a mis compañeros y también hice otras cosas, que en ese momento eran vitales. Por ejemplo, a las fichas de los chiquillos le sacaba las fotos pero no las rompía ahí, me las llevaba y las rompía afuera, porque todos los días tenía que atender a los efectivos de la FACH que buscaban información de nuestros alumnos y algo ayudaba que no hubiera fotos.

Éramos poquitas las funcionarias que habíamos quedado, tres comunistas y una socialista, pero las cuatro nos organizamos en la Facultad. Entonces cuando venían los milicos, mientras yo entretenía a los tipos, alguien le avisaba al que andaban buscando. Eso era pan de todos los días. Y como yo era la que les daba la información a los milicos, salía nombrada en todos los juicios hasta que llegó un momento en que me empezó a dar miedo. Entonces hablé con una de las jefas, que era demócrata cristiana, y le expliqué y me dijo que a partir de ese día ella iba a dar la información, pero yo le pasaba los listados equivocados para ganar tiempo y alcanzar a avisar.

Y después, como jefe de personal, yo era la primera que me enteraba cuando a los profesores los iban a echar, y como no podía avisarles, también organicé una red para que le avisaran a tal profesor que se cuidara porque le venía algo duro. Así estuve de jefa de personal hasta que me llamaron y me dijeron “a contar de tal fecha, usted es cajera.” Había que ubicar a una pinochetista y no la querían en ninguna facultad, porque era muy conflictiva y mala funcionaria así que a ella la pusieron en mi cargo.

En la Facultad de Educación había unos personajes muy peligrosos, académicos nazis que eran civiles pero trabajaban con la pistola sobre el escritorio. Y llamaban a las secretarias y las violentaban con la pistola. Hubo una niña que casi se trastornó. Y yo, por ayudarla a ella, caí en desgracia con ese nazi y él se encargó de sacarme del puesto. Se supone que era una gran personalidad y después que se murió le rindieron un homenaje. Y ahí me enfrenté al decano, pidiéndole que me explicara por qué me había cambiado de función. Durante todo el rato en que me contestó este caballero mantuvo la cabeza gacha, no me dio la cara en ningún momento. Yo sabía que él estaba haciendo lo contrario a lo que él quería, estaba cumpliendo órdenes, nada más.

Otro personaje que tuvimos en la Facultad fue el coronel Fontaine, que era profesor de inglés. Cuando degollaron a Parada, Nattino y Guerrero, el juez que investigaba el caso mandó preso a Fontaine⁶⁰. Yo lo conocía de antes del Golpe y parecía una persona maravillosa, todos lo querían. Entonces el Decano me mandó a llamar, me pasó una carpeta y me pidió que fuera a la Escuela de Carabineros en la calle Antonio Varas, donde estaba preso Fontaine, para sacarle la firma de permiso sin goce de sueldo mientras le hacían el juicio. Salí de la oficina del Decano, caminé por el pasillo y cuando iba bajando las escaleras me dije que yo no iba a ir a sacarle la firma al asesino de mis compañeros y me devolví y le dije al Decano “A mí no me corresponde ir. Eso no es trabajo mío. ¿Cómo se le ocurre que yo me voy a ir a meter allá? Capaz que me dejen adentro y ¿quién me va a sacar después?” Y el Decano tuvo que mandar al chofer de Fontaine a sacarle la firma.

Así era mi vida laboral hasta que llegó el día en que fui acusada formalmente, porque una cosa era el copuqueo que le llevaban a todos los jefes y otra cosa era lo formal. Y una funcionaria hizo una carta formal acusándome de activista co-

⁶⁰ El coronel Luis Fontaine era jefe de la DICOMCAR –Dirección de Comunicaciones de Carabineros- entidad responsable de los asesinatos de Guerrero, Parada y Nattino ocurridos a fines de marzo de 1985. Fontaine fue asesinado por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez en 1990.

munista pero un auxiliar le sacó fotocopia y me hizo llegar la carta. Cuando la leí casi se me cayó el pelo porque era una colega la que me acusaba. Eso fue en el año 86 y estuvieron un año entero investigándome. En esa época no se hacían sumarios porque había un comité de asesores del Rector, todos militares, por supuesto, y ellos hacían la investigación. Una vez me siguieron al interior de la Universidad, otra vez me amenazaron telefónicamente. Fue un año entero en que tuve que cambiar de hábitos, no podía andar sola, tenía que tener cuidado al atravesar las calles, me cambió la vida, las amigas que tenía ya no podían seguir siendo mis amigas, un año de aislamiento al interior de la Universidad. Y no podía darme el lujo de andar triste, de andar llorando en los pasillos ni de equivocarme en la pega. Yo tenía que ser la que siempre se andaba riendo, la que siempre tiraba la talla, no podía demostrar mi pena. Hasta en eso yo me tuve que reprimir. Esa situación cambió hasta mi forma de ser.

En algún momento hablé con una colega y le conté lo que me estaba pasando, ella habló con su decano, que era de derecha, y en 72 horas fui trasladada a la Facultad de Ciencias. Era una Facultad muy distinta a la de Humanidades y ahí trabajaba en Registro Curricular, donde me gané un espacio haciendo lo que más me gustaba, trabajar para y por los estudiantes. No era fácil pero, afortunadamente para mí, pude realizar libremente las ideas que se me ocurrían, como por ejemplo, estudios de rendimiento por asignaturas, de titulación, de ingreso, etc. O sea, empecé mi trabajo en la Universidad con los estudiantes, que eran mis amigos, y terminé mi carrera en contacto con los estudiantes. ¿Qué significó eso? Conocer a toda la generación del 80, la del 90 y la del 2000.

La generación de los 80 fue la más sufrida, esos chiquillos lo pasaron muy mal. Vi el sufrimiento de todos ellos, los esfuerzos que hacían, sus reuniones clandestinas. En esa época se dieron los primeros contactos que empezaron a tener con nosotros, los viejos. Ellos necesitaban plata para hacer fotocopias, cosas tan básicas como esas, y ahí yo los ponía en contacto con gente nuestra que tenía recursos. Hacíamos reu-

niones clandestinas en ciertos lugares. Así los empecé a conocer y hasta hoy hay un afecto muy grande. La generación de los 90 fue la del despertar. Los chicos de los 90 y del 2000 son generaciones distintas porque no vivieron nada del 11 y tampoco vivieron la época de las protestas. Entonces para ellos ha sido necesario un aprendizaje que, creo, hasta el día de hoy no se logra. No logran captar lo que significó luchar por la libertad, esa libertad que tienen hoy de hacer una barricada. Creo que no logran dimensionar que para tener esa libertad, hubo una generación de jóvenes que al igual que ellos, lucharon por verdad, justicia y libertad, pero era una lucha muy desigual, cuyo costo era la muerte, exilio, cesantía, relegación, torturas, desapariciones, expulsión de la Universidad, etc.

La cercanía con los estudiantes significó recibir el cariño de quienes fueron dirigentes en esos años en que trabajamos juntos, cuando nos juntábamos en la calle para traspasarnos información, por ejemplo. Hasta el día de hoy el cariño que recibo de ellos es enorme. El último día que estuve trabajando en la Universidad, en el 2012, a mi oficina me fueron a despedir tres chicos de la Jota con un ramo de rosas hermosas. Cuando me fui, pensé que me iba en paz con la Universidad porque no le debo nada, yo lo di todo y la Universidad me lo dio todo también.

La colección “Huella Cultural de la Universidad de Santiago de Chile” es un trabajo de la Vicerrectoría de Vinculación con el Medio que, desde distintas perspectivas y géneros literarios, rescata fragmentos para construir un relato histórico de la Universidad y de la huella que ha dejado en Chile y los chilenos.

“Vivir enfrentando las flechas, relatos de vida de la EAO_UTE_USACH” se basa en entrevistas a 13 personas pertenecientes a diversas instituciones que han confluído en la Universidad Técnica del Estado y en la Universidad de Santiago de Chile. Se trata de relatos que cubren una variedad de temas como el deporte, las artes gráficas, la pedagogía, la defensa de los derechos humanos, entre otros. Este libro narra las vidas de Guacolda Antoine Lazzarini, la primera mujer académica de la Escuela de Ingenieros Industriales; Inés Erazo Corona, viuda del rector Enrique Kirberg; Humberto Guzmán Rubio, sacerdote y profesor del Departamento de Ingeniería Eléctrica y encargado de la Pastoral USACH; Mimi Larrañaga Prichard, esposa de profesor de la EAO y madre de estudiantes de la UTE, entre ellos, de dos integrantes del Inti Illimani; Hugo Inostroza Sáez, primer director elegido democráticamente en la Escuela Normal Superior José Abelardo Núñez; Antonio Díaz Guerra, un niño del Mapocho que llegó a ser un gran empresario; José Ramírez Allende, un funcionario de la UTE y de la USACH que fue un destacado deportista; Mario Navarro Cortés, director de la Secretaría Nacional de Extensión y Comunicación de la UTE; Ricardo Núñez Muñoz, secretario general de la UTE y reconocido político chileno; Luis Cruz Salas, profesor exonerado de la UTE; Robinson Jara Canales, estudiante de la USACH y vecino de la Villa Portales; María Angélica Muñoz Espíndola, funcionaria de la UTE y USACH; Erica Osorio Araya, estudiante exonerada de la UTE.

